

LAS MIGRACIONES, RETO A LA VOCACIÓN MISIONERA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Rvdo. D. **Antonio MARTÍNEZ RODRIGO**
Delegado Diocesano de Migraciones, Madrid

I. ES LA HORA DE LA MISIÓN

*La pastoral de las migraciones, camino
para la realización de la misión de la Iglesia hoy.*

En el comienzo del tercer milenio, las migraciones se han convertido en un fenómeno global en el mundo actual e implica a todas las naciones, ya sean países de salida, de tránsito o de llegada, y a todas y cada una de las Iglesias particulares. No constituyen, de por sí, un fenómeno propio de las últimas décadas, pero sí que lo son en cuanto al volumen de los flujos y a la forma en que se plantean y realizan. Se ven alimentadas por graves conflictos bélicos y por la concentración de la riqueza y medios de producción en determinadas áreas, que crea expectativas de mejor empleo y mayores ingresos, oportunidades de educación y promoción, posibilidades de gozar de más y mejores servicios; y también por las graves crisis demográficas por las que atraviesan las sociedades más ricas. Se difunde cada vez más la forma de concebirlas como el mecanismo regulador de la mano de obra necesaria al servicio de la coyuntura económica.

Revisten una compleja problemática que interpela, hoy más que nunca, a la comunidad internacional y a todos y cada uno de los estados, que tienden, por lo general, a intervenir mediante el endurecimiento de las leyes de inmigración y asilo y el fortalecimiento de los sistemas de control de las fronteras y, en menor medida, con políticas sociales y de integración. Interpelan sobre el sentido del hombre, de la sociedad, de la cultura y de las instituciones en la forma en que se plantean y conciben entre nosotros. E interpelan también a la comunidad cristiana

El inmigrante como persona es mucho más que un mero instrumento a nuestro servicio. Sin embargo, con demasiada frecuencia, es contemplado desde una racionalidad meramente económica y, por tanto, como un simple «recurso humano» para nuestro beneficio, como un plus social del que nos aprovechamos sin muchos miramientos, minusvalorando incluso el tiempo que haya pasado entre nosotros, su contribución innegable a nuestro bienestar, y no apreciando suficientemente sus raíces familiares, culturales y religiosas. Con lo cual se olvida que ellos también son personas con una vocación y un proyecto de vida que tienen el derecho –y el deber– de desarrollar. Las migraciones pierden así la dimensión de desarrollo económico, social y cultural que poseían históricamente

Su llegada se produce en un marco de fractura y asimetría sociales, generadas –entre otras causas– por esta concepción utilitarista de los flujos migratorios como mano de obra barata disponible, a la que se une la identificación de la inmigración con el problema de la seguridad ciudadana. Luego vienen las dificultades provenientes de la asimilación de la pluralidad cultural y religiosa creciente que los flujos migratorios han introducido en nuestra sociedad, y, no en menor grado, de las situaciones de paro de larga duración y de precariedad laboral, sobre todo, para los jóvenes que buscan el primer empleo. Dificultades a las que se unen la carestía de la vivienda, el fracaso escolar y la saturación no infrecuente de los servicios sociales, y que todavía no han sido superadas satisfactoriamente

La emigración va tomando características de emergencia social, sobre todo por el aumento de los inmigrantes irregulares, La inmigración irregular ha existido siempre y a menudo ha sido tolerada porque favorece una reserva de mano de obra que abarata los costos, con la que se puede contar en la medida en que los autóctonos y los residentes suben en la escala social y se insertan de modo estable en el mundo del trabajo.

Junto con las emigraciones económicas, consideradas como desplazamiento de mano de obra, o por motivos políticos o religiosos, va desarrollándose un intenso y vasto intercambio de personas que emprenden el camino de la emigración por motivos culturales, sociales y políticos, tales como la ampliación de las relaciones sociales tanto en el ámbito individual como en el grupal, una mayor disponibilidad de tiempo libre; el bienestar difundido; un interés más vivo por la cultura de los demás pueblos; la búsqueda de formas nuevas de empleo y modelos de vida más adecuados por grupos cada vez más consistentes de las áreas más desarrolladas fuera de las fronteras de su propia nación, la protección más amplia que ofrecen a los extranjeros los ordenamientos civiles, la eficiencia y rapidez de los medios de información y el progreso y perfeccionamiento de los medios de transporte, la posibilidad de múltiples itinerarios formativos en las universidades de los diferentes países. Surgen así los asentamientos de ciudadanos originarios de países desarrollados.

A España también han llegado desde hace más de una década y continúan llegando, ciudadanos del Magreb y de otros países de África, de las naciones hermanas de América, Filipinas, y de otras zonas de Asia, del Este de Europa, de la Europa Comunitaria y otros países desarrollados.

El éxodo de grandes masas de una región a otra del planeta, que es a menudo una dramática odisea humana para quienes se ven implicados, tiene como consecuencia la mezcla de tradiciones, credos y costumbres diferentes, con notables repercusiones en los países de origen y en los de llegada. Plantea desafíos culturales, éticos y religiosos. Retos que la Iglesia peregrina puede y ha de afrontar con esperanza. Fiel a su misión al servicio del Evangelio, –Jesucristo, Verbo encarnado para la salvación del mundo, es el mismo ayer, hoy y siempre–¹, la Iglesia no deja de dirigirse a los hombres de todos los pueblos y culturas, para anunciarles la buena noticia de la salvación. Nadie queda excluido de participar en la gloria del Reino. La misión de la Iglesia, hoy como siempre, consiste en hacer posible, de modo concreto, a todo ser humano, sin diferencias de raza, credo o cultura, el encuentro con Cristo². Pues sabe muy bien que debe asociarse a aquél Rey, a quien fueron dadas en heredad todas las naciones³.

En virtud de esta universalidad, «que distingue al pueblo de Dios, por el que la Iglesia católica tiende eficaz y constantemente a recapitular la Humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu⁴, las Iglesias particulares están llamadas a prestar la debida atención para su integración social y eclesial a todos los que, por cualquier motivo, se hallan viviendo fuera de su propia patria y de su comunidad étnica, respetando su derecho al ejercicio de la libertad.⁵

La vocación misionera de la Iglesia exige de ésta que salga al encuentro de todo hombre, para hacer de él un hermano, para que tome conciencia de ser llamado del Padre, para que descubra la llamada de estar destinado a ser miembro del Cuerpo de Cristo. Y esto puede realizarse en contextos culturales, étnicos y religiosos diferentes. Así nos lo enseña la *Gaudium et Spes*:

«Son múltiples los vínculos que existen entre el mensaje de salvación y la cultura. Dios, por medio de la revelación, desde las edades más remotas hasta su plena manifestación en el Hijo encarnado, ha hablado a su pueblo según los tipos de cultura propios de cada época. De igual modo, la Iglesia, que ha vivido durante el transcurso de la historia en variedad de circunstancias, ha empleado los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación a todas las gentes, para investigarlo y comprenderlo más profundamente, para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la comunidad multiforme de los fieles»⁶.

¹ Heb. 13, 8.

² Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de la Migraciones*, 2001.

³ LG, 13. Cf. Ps, 71,10; Is. 60,4-7; Apc. 21,24.

⁴ LG, 13.

⁵ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de la Migraciones*, 2001.

⁶ *Gaudium et spes*, 58.

Ante estos fenómenos amplios y complejos de las migraciones, nuestras Iglesias están llamadas a vivir más profundamente la virtud teológica de la esperanza, que proporciona motivaciones sólidas y profundas para el compromiso en favor de la evangelización y de la atención de quienes, procedentes de países y culturas diversos, esperan nuestro anuncio y nuestra ayuda para la realización plena de sus propias potencialidades humanas, conscientes de que «el Espíritu es quien construye el reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo. El Espíritu de Pentecostés, que «hizo encontrar a los primeros discípulos del Señor, por encima de la diversidad de lenguas, el camino real de la paz en la fraternidad», vino a reconstituir con sus dones esa unidad destruida por la soberbia de la antigua Babel, rehaciéndola según el modelo de la comunidad trinitaria, en la que las tres Personas subsisten distintas en la indivisa unidad de la naturaleza divina. Quienes escuchaban a los Apóstoles, sobre los que había bajado el Espíritu Santo, quedaban asombrados al entender la palabra cada uno en su lengua⁷. La unanimidad de esa escucha, hoy como entonces, no va en detrimento de la diversidad de las culturas, pues «toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana. Más allá «de todas las diferencias que caracterizan a los individuos y a los pueblos, hay una fundamental dimensión común, ya que las varias culturas no son en realidad sino modos diversos de afrontar la cuestión del significado de la existencia personal⁸».

«La buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído; combate y aleja los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moralidad de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las perfecciona y las restaura en Cristo. Así, la Iglesia, cumpliendo su misión propia, por ello mismo ya contribuye a la cultura humana y la impulsa, y con su actividad, aun la litúrgica, educa al hombre hacia la libertad interior⁹».

«Más aún, están invitadas, y con ellas todos los hombres de buena voluntad, a dar un firme testimonio cristiano en este mundo globalizado, a reflexionar, sobre el diálogo entre las diferentes culturas y tradiciones de los pueblos, indicando así el camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado, capaz de mirar con serenidad al propio futuro. Mirando a Cristo, que revela el hombre al hombre, las diferencias culturales han de ser comprendidas desde la perspectiva fundamental de la unidad del género humano, basada en características esenciales y universales del proyecto de Dios sobre el hombre».

⁷ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones, 2001*; cf. Hch 2, 7-11.

⁸ Cf. Juan Pablo II. Discurso a la 50 Asamblea General de las Naciones Unidas, 5 de octubre de 1995, n. 5. *L'Observatore Romano*, edición en lengua española, 13 de octubre de 1995, p. 8.

⁹ *Gaudium et spes*, 58.

El valor de la fraternidad es requerido, ahora más que nunca, hoy que se globaliza los ámbitos de la economía y la cultura, pero no la justicia y la solidaridad.

En efecto, cada persona humana goza de derechos fundamentales, no como de un beneficio concedido por una cierta clase social o por el Estado, sino como una prerrogativa propia por ser persona. Cada ser humano es igual en dignidad y, por consiguiente, la sociedad tiene que adecuar sus estructuras a esta premisa¹⁰.

Con todo, no podemos caer en reduccionismos socioculturales, «la urgencia de socorrer a los emigrantes en las precarias situaciones en que a menudo se encuentran no debe frenar el anuncio de las realidades últimas, en las que se funda la esperanza cristiana. Evangelizar es dar a todos razón de nuestra esperanza. Glorificad en vuestros corazones a Cristo, el Señor, dispuestos siempre a contestar a todo el que os pida razón de vuestra esperanza, afirma Pedro en su primera carta»¹¹. Y Mateo nos dice: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.¹²

«Consecuentemente, el verdadero pastor, incluso cuando está agobiado por enormes problemas prácticos, no olvida nunca que los emigrantes necesitan a Dios y que muchos lo buscan con sincero corazón. Sin embargo, como sucedió a los discípulos de Emaús, a menudo sus ojos son capaces de reconocerlo¹³. Por eso, también a ellos se ha de ofrecer una presencia que, acompañándolos y escuchándolos, haga resonar la palabra de Dios, haga vibrar de esperanza su corazón y los guíe al encuentro con el Resucitado. El camino misionero de la Iglesia consiste en salir al encuentro de los hombres de toda raza, lengua y nación con simpatía y amor, compartiendo su situación con espíritu evangélico, para que se alimenten del pan de la verdad y de la caridad».

Ante esta correspondencia entre la realidad del mundo inmigrante y vocación de la Iglesia, Juan Pablo II no dudo en declarar que la Pastoral de las migraciones es el camino para la realización de la misión de la Iglesia hoy.

Sin embargo, en el comienzo del tercer milenio, una mirada global sobre el mundo inmigrante en el conjunto de nuestras Iglesias particulares en España nos revela que la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. Se halla todavía muy en ciernes y debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio¹⁴.

Esta situación pastoral nos recuerda, a la vez, que la renovación de nuestra propia fe y de nuestra vida cristiana pasa también por la evangelización del hombre y la mujer inmigrantes; que el anuncio de Jesucristo constituye el primer acto de caridad hacia el hombre, más allá de cualquier gesto de generosa solidaridad y, por

¹⁰ Cf. Juan XXIII, *Pacem in terris*.

¹¹ 1 P 3, 15.

¹² Mt 4, 4.

¹³ Lc 24, 16. Pero estaban tan ciegos que no lo reconocían.

¹⁴ RM, 1.

ende, el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está logrando grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia; que Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre; que el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo debe acercarse a Cristo; que la Redención llevada a cabo por medio de la cruz ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo¹⁵.

Los agentes de pastoral han de tener bien presente que la pastoral de las migraciones es el camino para la realización de la misión de la Iglesia hoy, pues ya el Concilio Vaticano II, en el Decreto *Christus Dominus*, invitaba a los obispos a mantener una preocupación especial por los fieles que, por su condición de vida, no pueden disfrutar convenientemente del cuidado pastoral ordinario de los párrocos, o carecen totalmente de él, como son muchísimos emigrantes, desterrados y prófugos, navegantes y aviadores, nómadas, etc... Las conferencias episcopales, sobre todo nacionales, preocuparse celosamente de los problemas más urgentes entre los que acabamos de decir, y procuren ayudar acordes y unidos con medios e instituciones oportunas su bien espiritual¹⁶.

II. ESPAÑA, PAÍS DE INMIGRACIÓN

Edificar sin cesar un pueblo de hermanos.

España no es una excepción. Los flujos migratorios hacia España se han diversificado y han crecido aceleradamente en muy pocos años. La población inmigrante en España hasta los años 1990 era sobre todo europea y latinoamericana.

Es en los años noventa, cuando España se convierte decididamente en un país receptor. A partir del proceso de regularización de 1991, la inmigración cambia de signo atendiendo a las zonas de origen y el nivel de desarrollo de éstas: crece la población africana –básicamente marroquí–, la latinoamericana y al final de la década la de países del Este de Europa.

El Padrón continuo a 31 de diciembre de 2001 cifra en 1.984.573¹⁷ los extranjeros en España, de los cuales sólo una cuarta parte procedería de países ricos, el 38,90 % de Latinoamérica, el 21,5 % es de África, el 10,2% del Este de Europa y el 4,7 % de Asia. Cifra que representa un 4,7 % de la población residente en España. Hoy la cifra total se situaría en torno a 2.500.000 personas, con lo que el porcentaje subiría hasta un 5,9 %

¹⁵ Cf. Juan Pablo II. *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones, 2001; Redemptoris Missio*, 15.

¹⁶ Cf. *Christus Dominus*, n. 18.

¹⁷ Cf. INE. Carlos Angulo. *La población extranjera en España*. 2003.

Desde el punto de vista cualitativo, debe señalarse en la evolución reciente el «vuelco» en las cifras de extranjeros residentes sujetos a Régimen General frente a los sujetos al Régimen Comunitario operado en España. Los primeros representan el 63,8% del total, mientras que los de Régimen Comunitario, el 36,2% restante. Otro cambio cualitativo importante es el crecimiento en mayor medida de la presencia latinoamericana y de nacionales de países del Este de Europa en España los últimos años. El peso de africanos y asiáticos se mantiene estable, lo que indica su crecimiento ha sido inferior al de los grupos anteriores, y desciende de forma importante el de los extranjeros procedentes del Espacio Económico Europeo y de los países ricos que, de superar el 40% en 1999, pasan a no alcanzar el 25% en 2002.

La primacía de la colonia marroquí, primera colonia de inmigración económica en España en la década de los noventa, prácticamente desde el proceso regularización de 1991, irá menguando en los próximos años en virtud del empuje de otros flujos procedentes sobre todo de Latinoamérica: los nacionales de Ecuador, situándose cada vez a menor distancia de la colonia marroquí, que continúa ocupando la primera posición, y los nacionales de Colombia, en tercera posición en el momento. El empuje de estas colonias de inmigración se acompaña del crecimiento moderado de otras antiguas: la peruana, la dominicana, la filipina, que fueron perdiendo intensidad sobre todo a partir de la ruptura de los convenios de supresión de visado y por el número creciente de adquisiciones de nacionalidad española por parte de sus nacionales. Por último, debe tomarse en consideración la colonia argentina, que inicia un nuevo despegue como consecuencia de la económica y que aumenta en el momento las cifras de irregulares.

Una inmigración nueva por:

- la diversidad de cultura y de religiones;
- las motivaciones económicas de la inmigración y por la existencia de un efecto llamada desde el mercado de trabajo español.
- Su establecimiento definitivo, aunque llegaron con proyectos temporales, reagrupando a sus familias o formando nuevos hogares y por la aparición de la segunda generación; no obstante el desequilibrio de género¹⁸ existente entre la población extranjera residente en España, que viene determinado, en general, por la naturaleza de los flujos de cada una de las nacionalidades y, en cada territorio concreto, por las distintas pautas de distribución de las colonias nacionales en presencia y las características residenciales de los diferentes sectores urbanos donde se asientan.

¹⁸ *Ibidem*.

El crecimiento de los menores y jóvenes extranjeros está siendo muy considerable en los últimos años, así como su presencia en la escuela, en la formación profesional y en el acceso al primer empleo¹⁹.

- La visión reduccionista que soporta como mano de obra. La mayoría ocupan puestos de trabajo en el sector servicios y básicamente en el servicio doméstico, en la construcción y en la agricultura
- El importante número que se encuentra desde hace bastante tiempo en situación irregular.

La distribución espacial de la población extranjera en España no es homogénea en el conjunto de las provincias y diócesis españolas, constituyendo Madrid el mayor polo de atracción. Pero el hecho de que en cifras absolutas la importancia de la inmigración sea menor en determinadas áreas no debe llevarnos a concluir que la incidencia en la vida de cada uno de estos lugares e Iglesias particulares es irrelevante, si no nula. Lo importante es el peso de esta población respecto al total de habitantes del lugar o diócesis donde residen.

La razón es obvia, ya que el peso relativo de esos extranjeros puede influir en las condiciones de vida de estos lugares e infraestructuras (falta de servicios, escuelas y guarderías, dificultades de alojamiento, de abastecimiento de agua...), por no hablar de los problemas de convivencia diaria e integración, y condicionar la programación pastoral. Sobre todo si se tiene en cuenta que precisamente estas provincias tienen una población autóctona muy reducida y envejecida, con el consiguiente abandono de pueblos pequeños. Si en el análisis descendiéramos a nivel municipal, y en las grandes ciudades, a nivel de distrito o barrio, en cada una de las provincias y de las diócesis descubriríamos porcentajes muy elevados y por tanto muy significativos y a tener en cuenta por las razones señaladas anteriormente.

Por ello es clave que, no sólo cada Comunidad Autónoma y cada Municipio conozcan la inmigración residente en su territorio: el peso relativo con respecto a la población total y su origen, edades, sectores laborales, etc, y disponga para ello un observatorio permanente, sino que cada Iglesia particular y cada comunidad parroquial conozcan también la inmigración que viven en su territorio diocesano o parroquial.

La demanda de participación y de servicios sería muy diferente si se tratara de los residentes comunitarios concentrados en la costa mediterránea, en Baleares y en Canarias, que si se trata de la inmigración procedente del Tercer Mundo y del Este Europeo dedicada al sector servicios, construcción o agricultura asentada fundamental y mayoritariamente en el resto de la geografía española.

¹⁹ *Ibidem*.

Sin minusvalorar los problemas de infraestructura, de convivencia y de integración, que, como hemos apuntado, un asentamiento desmesurado de extranjeros podría conllevar. El asentamiento de inmigrantes en pequeños pueblos interiores, puede conllevar beneficios más que problemas, porque gracias a estas comunidades extranjeras, han podido:

- mantener o incrementar su población, lo que ha permitido que sus ayuntamientos vean mejorar sus presupuestos.
- mantener abiertas las escuelas, el establecimiento de extranjeros con altas tasas de natalidad ha permitido mantenerlas en funcionamiento y así evitar, por una parte, el traslado de los escolares autóctonos a la capital o a otros municipios más importantes para poder estudiar y, por otra, la emigración de sus padres a estas poblaciones, con el consiguiente abandono de los pueblos pequeños, para que sus hijos no tengan que viajar tanto.
- Revitalizar las comunidades cristianas, en muchas ocasiones.

El conocimiento del peso de la población extranjera sobre la autóctona es también importante porque nos descubre que, las causas económicas o climáticas a parte, la población extranjera tiende a concentrarse en determinadas zonas, pueblos, distritos o barrios bien por motivos familiares, vecinales o de amistad, bien para sentirse miembros de un grupo homogéneo en costumbres, lengua y/o religión y así hacer frente a lo desconocido, bien por disponer de viviendas asequibles. La creación de estos pequeños guetos, en gran parte automarginados de la sociedad, más que marginados por la propia sociedad española, dificulta que la integración se realice de una forma espontánea, ya que el extranjero, a parte del trabajo, la educación o la sanidad, no necesita apenas nada del exterior a su núcleo para sentirse a gusto en su hábitat actual. De esta forma, el choque entre dos culturas, la autóctona y la foránea, conviviendo ambas en un limitado espacio, puede ser causa de conflictos, así como del abandono de la práctica religiosa y de la vida cristiana.

Son presencia significativa entre nosotros. Están ahí, los tenemos muy cerca: en nuestros pueblos, en nuestros distritos, en nuestros barrios, en nuestras fábricas, en nuestra escuela, en nuestros hogares, y, sin duda, también llaman a las puertas de nuestras comunidades cristianas.

Presencia significativa porque están ahí como hijos de un pueblo, con su cultura y su historia. «Ser hombre significa necesariamente existir en una determinada cultura. Cada persona está marcada por la cultura que respira a través de la familia y los grupos humanos con los que entra en contacto, por medio de los procesos educativos y las influencias ambientales más diversas y de la misma relación fundamental que tiene con el territorio en el que vive. En todo esto no hay ningún determinismo, sino una constante dialéctica entre la fuerza de los condicionamientos y

el dinamismo de la libertad»²⁰. Sin este enraizamiento en un sistema de valores y de actitudes, sin este sentimiento de pertenencia a una tierra, la persona humana estaría expuesta a un cúmulo de estímulos contradictorios que le impedirían crecer con equilibrio, pues cada cultura es un entrelazado original e irrepetible de elementos geográficos, históricos y étnicos²¹.

«Estamos llamados a salir al encuentro para vivir juntos. El encuentro con el otro es signo de conversión y fuente de auténtico humanismo: invita a contemplar con más hondura a la persona humana, y nos llama a crear una cultura en la que el hombre pueda ser más hombre»²². El rechazo por nuestra parte del encuentro con el inmigrante y, por la suya, del encuentro con nosotros es cegar uno de los manantiales visibles de humanismo.

«El creciente déficit humanístico de nuestro entorno cultural está en relación directa al rechazo del otro, a la exclusión del que es distinto de nosotros. Este puede ofrecer más de lo que puede recibir, y en tanto que receptor, en gratitud, será fuente de riqueza para los demás. Desde el encuentro con el que es diverso, que trae la riqueza de la diversidad, se humaniza la vida ordinaria. En un contexto histórico y cultural en el que se sufre un preocupante olvido humanístico es menester agradecer al inmigrante que nos done altas cuotas de humanismo»²³.

Presencia significativa, pues, porque nos recuerda que el conocimiento sereno, no condicionado por prejuicios negativos, de las otras culturas es el antídoto adecuado para que el sentido de pertenencia a nuestras culturas no se transforme en gueto, ni asuma modos de autoexaltación, de exclusión y, consecuentemente, de xenofobia.

Presencia significativa, porque manifiesta la pluralidad cultural y religiosa creciente que los flujos migratorios han introducido en nuestra sociedad. Son hombres y mujeres venidos desde los cinco continentes, de más de cien nacionalidades diferentes, cada uno con su patrimonio cultural y espiritual. Nueva situación irreversible. Con la ampliación de la UE, los ciudadanos de toda una serie de repúblicas del Este europeo se instalarán y participarán por derecho y, junto con los varios centenares de miles de ciudadanos comunitarios que ya residen entre nosotros, ampliarán la pluralidad de credos y culturas. Al mismo tiempo, cada día son más numerosos –se cuentan por miles– los ciudadanos de terceros países que consiguen el permiso de residencia permanente, que deciden reagruparse aquí con su familia y que optan por la nacionalidad española.

²⁰ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Día Mundial de la Paz, 2001*.

²¹ *Ibidem*.

²² Cf. Mons. Antonio M^a Rouco Varela, *Salir al encuentro para vivir juntos*. DDM. Enero 2000

²³ Cf. Mons. Eugenio Romero Pose, *La Iglesia de Madrid y los trabajadores inmigrantes*. Cuadernos de formación, 11. DDM. 1998.

Se nos plantea un gran reto: transformar la pluralidad en pluralismo. «Este paso implica tres cosas: el reconocimiento en condiciones de paridad de los diferentes grupos, la posibilidad de interacción social entre ellos y el carácter irreversible de la situación, no previsiblemente superable por la reducción de los diferentes grupos a uno que absorba a los demás». Para que ello sea posible, es necesario que crezca en nosotros –la mayoría que constituimos la cultura dominante– «la conciencia de la legitimidad, la estima y el reconocimiento de los valores religiosos y culturales de los extranjeros»²⁴.

*La Iglesia española,
llamada a testimoniar la calidad de la integración que practica en su seno*

Esta es la población emigrante asentada en nuestros pueblos y en nuestras iglesias particulares. Va a permanecer como mostraremos después.

«Su presencia obliga a la sociedad y a la comunidad cristiana a reflexionar para responder adecuadamente, al inicio del nuevo milenio, a estos desafíos emergentes en un mundo donde están llamados a convivir hombres y mujeres de culturas y religiones diversas»²⁵. Los cristianos estamos invitados a asumir con mayor claridad y determinación nuestra responsabilidad en el seno de la Iglesia y de la sociedad. En cuanto ciudadanos de un país de inmigración y conscientes de las exigencias de la fe, los creyentes debemos mostrar que el evangelio de Cristo está al servicio del bien común y de la libertad de todos los hijos de Dios. Tanto individualmente como en las parroquias, asociaciones o movimientos, los cristianos –pastores y laicos– no podemos renunciar a tomar posición a favor de las personas marginadas o abandonadas a su impotencia. La inmigración es uno de los debates que nunca se agotan y se replantean continuamente. Los cristianos deben participar él, formulando propuestas con el fin de abrir perspectivas seguras que puedan realizarse también en el ámbito político. La simple denuncia del racismo o de la xenofobia no basta²⁶.

«Se pide a toda la Iglesia que dé nueva esperanza a los pobres... Amarlos y mostrarles que son los predilectos de Dios, significa reconocer que las personas valen por sí mismas, cualesquiera que sean sus condiciones económicas, culturales y sociales en que se encuentren, ayudándolas a valorar sus propias capacidades... Y que se deje interpelar por los problemas relacionados con los crecientes flujos migratorios»²⁷.

²⁴ Cf. Juan de Dios Martín Velasco. *Las migraciones: encrucijada de credos y culturas*. Cuadernos de Formación 11. DDM. Madrid, 1998.

²⁵ Cf. Juan Pablo II. *Mensaje Jornada Mundial, 2002*.

²⁶ Cf. Juan Pablo II. *Mensaje Jornada Mundial, 9 de octubre 1998*.

²⁷ Cf. Juan Pablo II. *Carta La Iglesia en Europa, 2003*.

«Pues esta experiencia (la de la inmigración) no puede ser positiva más que si el inmigrante goza de una integración económica, social y eclesial que le aporte dignas condiciones de vida y de progreso, respetando a la vez su personalidad, sus raíces(...). En todo ello, la Iglesia tiene un papel capital que ejercer en la educación del pueblo, de los responsables y de las instituciones de la sociedad, para sensibilizar a la opinión pública y despertar las conciencias. Pero ella misma debe testimoniar la calidad de la integración que practica en su mismo seno. ¿No es el sacramento de la unidad acogiendo en la unidad la diversidad católica, testimoniando así la reconciliación que Cristo nos ha obtenido en la cruz? Las comunidades cristianas deberían vivir, mejor que otros grupos sociales, este dinamismo de la unidad fraternal y del respeto de las diferencias. Gracias al Espíritu Santo, ellas deben ayudar a edificar sin cesar un pueblo de hermanos, que hablen el lenguaje del amor, para ser fermento de la construcción de la unidad humana, de la civilización del amor. Que los pastores se empeñen en ello. Que inviten y eduquen constantemente en el diálogo, luchando contra el lastre de las mentalidades y de los hábitos contrarios a esta ley de la acogida del «hermano extranjero»²⁸.

Pues nunca hemos de olvidar que «la Iglesia, Madre y Maestra, trabaja en todo momento para que se respete la dignidad de toda persona, para que el inmigrante sea acogido como hermano y para que toda la humanidad forme una familia unida, que sepa valorar con discernimiento las diversas culturas que la componen»²⁹.

III. LA CONDICIÓN INMIGRANTE.

LAS MIGRACIONES, MANO DE OBRA AL SERVICIO DE LA COYUNTURA ECONÓMICA.

*El conocimiento del hombre, que la Iglesia tiene en Cristo, la impulsa
a anunciar los derechos humanos fundamentales
y a hacer oír su propia voz cuando éstos se ven atropellados.
Por eso no se cansa de afirmar y defender
os derechos fundamentales que de ella se desprenden*³⁰.

El fenómeno migratorio no es nuevo en la Historia de la Humanidad, pero en cada época reviste formas nuevas. Las migraciones modernas echan sus raíces en el

²⁸ Cf. Juan Pablo II. *Discurso al 2º Congreso Mundial de pastoral de la emigración, 1985.*

²⁹ Cf. Juan Pablo II. *Mensaje Jornada Mundial, 21 noviembre 1999.*

³⁰ Cf. Juan Pablo II. *Mensaje Jornada Mundial, 2001.*

³⁰ Cf. Josep F. Mària i Serrano. *La globalización. Cristianisme i Justícia*, nº 103. Barcelona. 2000.

sistema económico. No son un fenómeno coyuntural. Su evolución está ligada a la coyuntura económica y su existencia ligada a la persistencia del sistema. No se puede prescindir de ellas en la estructura de los sistemas productivos. Se planifican con una racionalidad meramente económica en función del crecimiento económico y de la realización rápida de beneficios. No se tiene en cuenta el costo humano, que conllevan para quienes se ven forzados a abandonar su entorno, su pueblo, su cultura y su familia, y menos aún la necesidad de eliminar de la superficie del planeta las causas profundas, las injustas y crecientes desigualdades entre pueblos ricos y pobres.

Los hombres y mujeres inmigrantes no vienen sólo porque ellos tengan necesidad, sino también, y sobre todo, porque nosotros les necesitamos. E, incluso, su necesidad, nacida de la dependencia del Tercer Mundo y su progresivo empobrecimiento, está generada por nuestros propios intereses. Las migraciones no se han inventado para resolver el problema del hambre del Sur, sino para hacer más rico al Norte y en todos los países hay un Norte y un Sur. Se deben, en consecuencia, al proceso de reindustrialización y a la política seguida para conseguirla en los países ricos, a la dependencia y desorganización de la economía en los países pobres y a la reestructuración del mercado de trabajo en función de la precariedad de los empleos. Acentuados todos estos fenómenos por la revolución tecnológica de las técnicas de la información y de la comunicación, que permite:

- La deslocalización de la producción intensiva en mano de obra en tramos según las ventajas que ofrezca cada país; es decir, la traslación a los países con mano de obra barata de las fases de producción que implican más intensidad de trabajo,
- La demanda de mano de obra barata para aquellos sectores productivos de bienes intensivos en trabajo, que no puedan ser desplazados a otra áreas, caracterizados por la peligrosidad, penalidad, dureza y precariedad.
- La liberación y libre circulación de capitales. La integración a escala global de los mercados financieros acentúa el anonimato y la deshumanización de las decisiones empresariales, guiadas por una racionalidad meramente económica en la que no cuentan los costos humanos que se desencadenan, como es el caso de la inmigración. Por otro lado, el poder de regulación económica de los Estados se ha reducido también por causa de los movimientos de capitales³¹.

Ciertamente, los flujos migratorios se han diversificado y acelerado de manera espectacular como consecuencia de la globalización. Pero en modo alguno son su consecuencia y la realidad de la emigración es sólo en apariencia totalmente otra.

³¹ Cf. Comité Episcopal des Migrations. *Un peuple en devenir*. Francia, 1995.

Pero no sería lógico concluir de esta complejidad, que las migraciones han cambiado de signo: y han dejado de ser la mano de obra que necesitan nuestros mercados laborales, sino el grito de los pobres del mundo entero, víctimas de la miseria y de la violencia, que resuena en el corazón de nuestra sociedad opulenta³².

Hoy como ayer, los flujos migratorios no dejan de ser la mano de obra que demanda nuestro mercado para aquellos nichos laborales que no quieren ocupar los nacionales o para los sectores faltos de mano de obra especializada, y cuya presencia, a pesar de las altas tasas de desempleo, encuentra su justificación en la segmentación de mercado laboral y el gran desarrollo que ha experimentado el sector servicios. Afirmar lo contrario supondría ignorar la relación estructural de los flujos migratorios modernos con el sistema económico que los ponen en marcha y no podríamos luchar por una política migratoria y un estatuto digno del inmigrante.

En este contexto, los mecanismos que ponen en marcha las migraciones, alimentadas por la concentración de la riqueza y medios de producción en determinadas áreas, son: de orden económico: las expectativas de mejor empleo y mayores ingresos; de orden cultural: más oportunidades de educación y promoción, y de bienestar social: mayores posibilidades de gozar de más y mejores servicios. Estos mecanismos, una vez activados, continúan ejerciendo su función impulsora de los movimientos migratorios independientemente de que la coyuntura económica sea de expansión o de recesión.

MANO DE OBRA QUE DEBE SER REGULADA

*Es evidente que este sistema es inaceptable,
pues en él se ignora prácticamente la dimensión humana del trabajo*

Los flujos migratorios deben ser regulados. No es posible una política de fronteras abiertas. No se puede afirmar que circule libremente la mano de obra como circulan libremente los capitales. Como ya hemos indicado las migraciones se organizan con una racionalidad meramente económica sin tener en cuenta los costos humanos. Están al servicio de un capital que busca en todo momento el mayor y más rápido beneficio. Por lo demás, no hay país alguno que pudiera resistir el efecto llamada de una política de fronteras abiertas. No habría trabajo ni medios de subsistencia para todos, ni se pueden improvisar, ni dispondría de los medios para crear las infraestructuras necesarias.

Actuar de otro modo, sería convertir a estos trabajadores «en siervos de la gle-

³² Cf. Juan Pablo II. IV Congreso Mundial sobre la pastoral de los emigrantes y refugiados. Octubre 1998.

ba, vinculados al capital móvil que, entre las muchas situaciones de pobreza, selecciona aquellas en que la mano de obra es más barata. Es evidente que este sistema es inaceptable, pues en él se ignora prácticamente la dimensión humana del trabajo», nos dice Juan Pablo II³³. Y fundamenta esta afirmación suya de esta forma: «La Iglesia, en su actividad pastoral, procura tener constantemente presentes estos graves problemas y no se cansa de afirmar y defender la dignidad de la persona, destacando los derechos irrenunciables que de ella se desprenden. Éstos son, en particular, el derecho a tener una propia patria; a vivir libremente en el propio país; a vivir con la propia familia; a disponer de los bienes necesarios para llevar una vida digna; a conservar y desarrollar el propio patrimonio étnico, cultural y lingüístico; a profesar la propia religión, y a ser reconocido y tratado, en toda circunstancia, conforme a la propia dignidad de ser humano».

«Estos derechos encuentran una aplicación concreta en el concepto de bien común universal. Éste abarca toda la familia de los pueblos, por encima de cualquier egoísmo nacionalista. En este contexto, precisamente, se debe considerar el derecho a emigrar. La Iglesia lo reconoce a todo hombre, en el doble aspecto de la posibilidad de salir del propio país y la posibilidad de entrar en otro, en busca de mejores condiciones de vida. Desde luego, el ejercicio de ese derecho ha de ser reglamentado, porque una aplicación indiscriminada ocasionaría daño y perjuicio al bien común de las comunidades que acogen al emigrante»³⁴. E insiste, a todos estos problemas sociales y laborales, se añaden los problemas culturales y religiosos. «El temor, por parte de las comunidades de llegada, a perder su propia identidad a causa del rápido aumento de estos extraños, en virtud del dinamismo demográfico, de los mecanismos de reagrupación familiar y de la misma inserción clandestina en la economía sumergida»³⁵

En esta misma línea, afirmaba ya el Papa Juan XXIII juzgamos lo más oportuno que, en la medida de lo posible, el capital busque al trabajador, y no al contrario. Porque así se ofrece a muchas personas la posibilidad de mejorar su situación familiar, sin verse constreñidas a emigrar penosamente a otros países, abandonando el suelo patrio, y emprender una nueva vida, adaptándose a las costumbres de un medio distinto³⁶.

Consecuentemente, la articulación de una política de inmigración, respetuosa de los derechos humanos, reclama saber conjugar en un Estado autonómico los siguientes elementos: No sólo las compatibilidades económicas, demográficas internas, sino también las laborales, educativas, culturales, sanitarias, vivienda y bienes-

³³ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje jornada Mundial de las Migraciones*, 2001.

³⁴ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje jornada Mundial de las Migraciones*, 1998.

³⁵ Cf. *Pacem in terris*, nº 102.

³⁶ Cf. *ibidem*.

tar social, y la lucha contra la economía sumergida, sino también la posición geopolítica de España sus obligaciones y lazos históricos con Iberoamérica, Filipinas, Guinea Ecuatorial, Marruecos, Unión Europea, las nuevas causas de éxodo, derecho de asilo y motivos humanitarios, la definición de un plan de integración, que garantice la equiparación en derechos y deberes, la asociación a un proyecto común de sociedad y el derecho a vivir en familia, los acuerdos bilaterales con los países de origen para la canalización de nuevos flujos y el reconocimiento en ambos países de los derechos sociales y laborales, y la definición y puesta en marcha de una política exterior de invertir para el desarrollo.

NO SE TRATA DE UNA PRESENCIA TEMPORAL, SINO PERMANENTE

La Iglesia, como sacramento de salvación ha de significar, por sus realizaciones, el amor incondicional de Dios a todo hombre y a todo el hombre. En consecuencia, la pastoral inmigrante debe estar integrada en el plan pastoral de toda Iglesia diocesana.

Concebidas como un fenómeno transitorio al servicio de la coyuntura económica, las migraciones se convierten en un fenómeno permanente, en un movimiento de población. El arraigo cada vez mayor de la población inmigrante es puesto de relieve por los siguientes indicadores: el aumento de la reagrupación familiar, el mayor número de nacimientos entre la población inmigrante y de los matrimonios entre inmigrantes y mixtos; el mayor porcentaje de alumnos extranjeros en todos los niveles de la escolarización obligatoria; el número creciente de inmigrantes que han adquirido permisos de residencia y de trabajo ilimitado; el importante número de inmigrantes que han adquirido la nacionalidad española, el aumento de la población no activa y un hecho considerable, el aumento de inmigrantes en paro con permisos ilimitados.

Van a permanecer y van a permanecer en la diferencia. La diferencia la marcamos nosotros. Les imponemos directivas, tratados, leyes y normas que condicionan su presencia entre nosotros. La desaparición de las fronteras interiores en la UE no debería haberse traducido en una política de migraciones meramente represiva, sino que, sobre todo, debería haberse expresado en una política de integración de los trabajadores inmigrantes ya asentados, que llevara a la equiparación de derechos sociales, laborales y ciudadanos con los trabajadores comunitarios, incluidos el derecho a la libre circulación y el voto en el ámbito municipal. Sin embargo, no ha sido así.

Una política de integración no ha sido posible y no será posible mientras al situarnos ante la persona inmigrante:

- La contemplemos sólo en función del empleo y del paro, como fuerza de trabajo y no seamos capaces de descubrirla como un movimiento de población: hombres y mujeres que por vocación son hacedores de historia; hombres y mu-

jeros, sujetos de su historia y no sólo objeto de los otros, de la economía y de los cambios por ella determinados.

- Magnifiquemos las características de identidad de las comunidades en presencia: la nacionalidad, la etnia, la religión, que les diferencian, y que, sobre todo, nos oponen por cuanto simbolizan. Es decir, mientras privilegiemos lo simbólico con relación a lo social que se encuentra, por el contrario, en la base de todas las relaciones y de la convivencia en los barrios, en la escuela, en el trabajo, y que nos iguala por sus problemas comunes.

Van a permanecer siendo diferentes. Si les mantenemos en la diferencia excluyente, *permanecerán diferentes*. Se verán obligados a afirmarse en su diferencia, porque no pueden negarse a sí mismos aceptando como natural un estatuto y un trato social, jurídico y político discriminatorios. Estatuto del extranjero que es concebido diferentemente en función del concepto de «nación», mantenido por cada uno de nosotros. Si la nación es considerada –como es lógico– como el espacio dónde se fragua la identidad social del hombre, es natural que todos tengan en gran estima su historia, su cultura y el futuro de éstas. Resulta también normal que se la quiera defender de toda agresión injusta, pues la condición del hombre histórico se halla en juego. En este sentido, nacionales e inmigrantes, tenemos el derecho y la responsabilidad de defender la propia identidad.

Cualquier acción, que busque una respuesta ética al fenómeno de la inmigración, deberá abordar el sentimiento nacionalista que mira al otro como inferior y peligroso, cerrando el camino de una auténtica igualdad. Es responsabilidad de las instituciones de una sociedad democrática denunciar esta mirada perversa y el propiciar caminos de una visión correcta del inmigrante portador de una cultura diferente.

Que las migraciones se convierten en un movimiento de población lo revela muy bien la frase de Schifer: *Pedimos mano de obra y nos llegaron personas*. Los trabajadores inmigrantes no son una herramienta que hoy se alquila y mañana se devuelve, sino personas, que echan raíces, establecen un tupido mundo de relaciones, han de recomponer su escala de valores y necesitan hacer un proyecto de vida personal y familiar.

*La Iglesia, germen firmísimo de unidad,
de esperanza y de salvación para todo el género humano,
constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad,
es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra*³⁷.

³⁷ LG, 9.

La respuesta ética al fenómeno de la inmigración ha de fundamentarse en la solidaridad fraterna, basada en un Dios que no hace acepción de personas, donde el hombre y la mujer inmigrante sean reconocidos como socios necesarios para la edificación de todos³⁸. Los cristianos estamos llamados a manifestar personal y comunitariamente la filantropía divina por el inmigrante en una sociedad que les impulsa hacia la marginalidad.

La acogida del inmigrante ha de tomar en serio que éste es un sujeto de derecho y deberes. Hemos de cambiar la mirada. El trabajador inmigrante ha de ser contemplado no como un problema, sino como hijo de un pueblo portador de su historia, que le constituyen en hombre concreto, con quien construir unidos el hombre nuevo, la sociedad nueva que hemos recibido *in solidum*; no como un indigente, sino como un obrero que tiene derecho a un salario digno y justo; como un extraño, sino como un hermano, haciéndonos avanzar así hacia un antropología de la fraternidad que, enraizada en el ser social del hombre y afirmada por la teología de la Creación y de la Redención, es el verdadero fundamento de la igualdad y de la libertad de las personas y de la diversidad de los pueblos. Quien renunciase a la tarea ardua, pero noble, de mejorar la suerte de los hombres y mujeres inmigrantes, no respondería al designio de Dios que quiere un desarrollo integral para todos.

Consecuentemente, nuestras comunidades cristianas, conscientes de que «la Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales de los fieles que, unidos a sus pastores, reciben también el nombre de Iglesias en el Nuevo Testamento y de que, por más que sean con frecuencia pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su poder da unidad a la Iglesia, una, católica y apostólica. Porque «la participación del cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa sino que pasemos a ser aquello que recibimos»³⁹», a integrar su vida y sus celebraciones de la fe el patrimonio cultural y espiritual de los inmigrantes católicos y a promover los encuentros ecuménicos con los cristianos de otras Iglesias y comunidades eclesiales.

Como sacramento de salvación ha de significar, por sus realizaciones, el amor incondicional de Dios a *todo hombre y a todo el hombre*. En consecuencia, la pastoral inmigrante debe estar *integrada* en el *plan pastoral* de toda Iglesia *nacional y diocesana*.

Urge, pues, la definición y aplicación de un plan pastoral global de atención al hombre y de servicio a la fe, que todos hagamos posible desde una acción coordinada. Nuestras sociedades ya no son homogéneas, la cultura ya no actúa como elemento cohesivo. Es necesario inculcar la vivencia de valores superiores

³⁸ Cf. ANTONIO BRAVO, *Los derechos del hombre inmigrante interpelación a la sociedad y a la Iglesia*, Simposio Delegación Diocesana de Migraciones-ASTI, Madrid 1988.

³⁹ LG, 26.

que devuelvan la cohesión a la existencia social para una convivencia enriquecedora en paz.

Los inmigrantes reclaman, pues, de nosotros, que, en tanto que Iglesia de Jesús, sepamos:

- * Vivir y manifestar con nuestras realizaciones que somos «germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano, constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra».⁴⁰
- * Toda la comunidad cristiana está llamada a ser signo de salvación y sacramento de unidad del género humano. Toda la comunidad, no sólo un pequeños equipo al que se le asignan unas salas para su tarea.
- * Devolver al inmigrante la capacidad de ser un auténtico sujeto de la historia. Devolverle una visión positiva de su dignidad. La problemática migratoria no es sólo económica, sino antropológica y está dando una identidad negativa al hombre inmigrante. ¿Qué puede decirle al hombre curtido por las migraciones el hombre nuevo recreado en Cristo?⁴¹
- * Que tengamos presente que también ellos están llamados a ser testigos del Evangelio.
- * Vivir y proclamar los valores del Reino, frente a un sistema que utiliza a los hombres y a los pueblos pobres para su beneficio material.

⁴⁰ LG. 9

⁴¹ Servir al hombre significa promoverlo en su relación consigo mismo, en la posesión inalienable de la dignidad de persona, dignidad que se deriva de ser creado a imagen y semejanza de Dios y ser llamado a convertirse en hijo de Dios en el Hijo Unigénito: el hombre «es en la tierra la única criatura a la que Dios ha amado por sí misma» y «no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo. Promover al hombre significa y, por tanto, exige, el compromiso de los laicos, para que:

- se respete la dignidad personal de todos y de cada uno, con particular atención a las varias formas de marginación;
- se supere toda forma de reducción a la que son sometidos los valores y las exigencias de la persona;
- se combatan y venzan enérgicamente las más diversas instrumentalizaciones y las más variadas formas de esclavitud que violan la dignidad personal del hombre, considerado y tratado como cosa.

Cf. SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, Lineamenta, nº 32-35, 1985. ANTONIO BRAVO, *Los laicos y el compromiso con los marginados*, Teología del Sacerdocio, Vol. 20, Burgos 1987; Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos en el mundo*, nº 50. PABLO VI, *Populorum Progressio*, 42; JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 11 y *Centesimus Annus*, 50.

Principios éstos que deben vertebrar un plan pastoral de inmigrantes, que se distancie de quienes:

- * reducen el compromiso con los inmigrantes a entrega generosa, sin poner de relieve las cuestiones antropológicas, económicas y políticas que entraña la colaboración con el Dios que actúa en la historia y a través de la historia,
- * ponen de moda las migraciones –como pusieron de moda otros colectivos marginados– y no van más allá de la creación de *servicios específicos*, en vez de trabajar por abrir tanto la comunidad humana, para que el inmigrante tenga acceso a los recursos básicos existentes, como la comunidad eclesial en la que nadie debe sentirse extranjero,
- * confunden la misión con la acción paternalista o con soluciones en las que los marginados ahondan en su condición de dependencia, en lugar de descubrir los caminos por los que el Señor viene al encuentro de su pueblo; en lugar de poner a los hombres en el camino de la esperanza, que cada día se abre paso en la historia de los hombres,
- * reducen el compromiso eclesial con los inmigrantes a programas marco en el ámbito socio-cultural, olvidando que, desde el dinamismo del hombre nuevo recreado en Cristo, la comunidad cristiana, toda ella, asumiendo la condición del inmigrante y su causa, es la que debe contribuir a la edificación de la humanidad nueva y la que debe trabajar para que surjan apóstoles inmigrantes para los inmigrantes.

En consecuencia, la acción pastoral debe orientarse a sensibilizar y a animar desde esta área la comunidad cristiana, coordinándose *colegialmente* con las demás áreas pastorales. El Papa Juan Pablo II, nos enseña a superar todo reduccionismo y a evitar toda dicotomía en nuestra acción pastoral con los inmigrantes.

«Pensamos igualmente en los extranjeros, en los trabajadores inmigrados, {...} que, en este tiempo de crisis económica, son los más amenazados a causa de la precariedad de su situación. Aun cuando su integración siga siendo un problema complejo, en atención al bien común del país, la Iglesia no debe resignarse a que se falte al respeto a sus personas y a sus raíces culturales, o mengüe la equidad ente sus necesidades o las de sus familias que deben vivir con ellos».

«Los cristianos estarán luchando en primera línea para que sus hermanos originarios de otros países gocen de las legítimas garantías, y las mentalidades se abran en actitud más acogedora al extranjero. Estarán atentos a su dificultades y ayudarán a los emigrantes a asumir sus propias responsabilidades {...} La Iglesia ha de ser aquí voz de los que no tienen voz. Se esforzará por ser la imagen y el fermento de una comunidad más fraterna {...} Cristo se ha identificado con estos hambrientos. El hombre no vive sólo de pan: tiene sed de dignidad, de libertad, de libertad de conciencia, tiene sed de amor y, aunque no siempre sea consciente, tiene sed de Dios».

«Sí, debemos contribuir a liberar al hombre de tantas servidumbres, sin mezclar en nuestra lucha solidaria la violencia, el odio, el apriori ideológico de clase, que acarrearían males peores que los que se quiere eliminar. La esperanza sólo habita verdaderamente el corazón del hombre, cuando éste hace la experiencia del Salvador. La Palabra de Dios es entonces una fuerza de liberación del mal, incluido el del pecado. Anunciar el Evangelio es el mayor servicio que se puede prestar a los hombres. {...} Los pobres tienen derecho, en efecto, a la totalidad del Evangelio. La Iglesia respeta la conciencia de quienes no comparten su fe, pero tienen la misión de dar testimonio del amor que Dios les tiene»⁴².

IV. LA DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA DE LAS MIGRACIONES

El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y fundamentalmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo.

Al contemplar el fenómeno migratorio, hemos de tener en cuenta que lo importante no son las cifras. Lo importante son las personas: quién llega, cómo llega y dónde llega.

El inmigrante llega a un mundo urbano. El fenómeno urbano: no es la ciudad en el que uno conoce, es conocido y participa. La *Redemptoris missio*, lo describe de esta forma: «Hoy la imagen de la *missio ad gentes* quizá está cambiando: lugares privilegiados deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas costumbres y modelos de vida, nuevas formas de cultura, que luego influyen sobre la población. Es verdad que la opción por los últimos debe llevar a no olvidar los grupos humanos marginados y aislados, pero también es verdad que no se pueden evangelizar las personas o los pequeños grupos descuidando, por así decir, los centros donde nace una humanidad nueva con nuevos modelos de desarrollo»⁴³.

El fenómeno urbano impone una manera de pensar, pautas de comportamiento, la diversidad. Crea nuevas necesidades. Realizar un proyecto de vida personal y familiar no es fácil para el inmigrante en ese nuevo contexto. Lo urbano es, además, un fenómeno en crisis como consecuencia, entre otras, de la nueva organización del trabajo y la división de los trabajadores (trabajadores autoprogramables y genéricos, fijos y temporales, ocupados y parados, ilegales y sumergidos), flexibilidad, precariedad, explotación. Un fenómeno marcado por las corrientes de la posmodernidad: caída de las ideologías, crisis razón objetiva, del progreso indefinido,

⁴² Cf. Juan Pablo II, *Homilía*, 4.10.86, Lyon.

⁴³ Cf. *Redemptoris missio*, 37.

por el cambio cultural, por el cambio de valores, la búsqueda de sentido del vivir. Implica otra manera de sentir, pensar, organizarse, celebrar, compartir, un profundo cambio de experiencias: como la fiesta, la vida religiosa, el asociarse, el mundo laboral, la vida en pareja, la convivencia, la relación con el poder.

En medio de este mundo urbano llega el inmigrante con su visión del mundo y su religiosidad. ¿Una religiosidad sociológica? ¿Una religiosidad que se debate entre secularización e integrismo? ¿Una religiosidad que vive del diálogo fe-cultura? ¿Dónde queda el inmigrante en medio de este mundo urbano con el que se encuentra?

Todo ello, afirmaba Ricardo Alberdi, implica un cambio de civilización para el trabajador inmigrante:

«El hombre está arraigado, el hombre está enraizado en una tierra, el hombre está enraizado en una cultura, en una manera de ser, en un sistema de valores, en un sistema de actitudes, y cuando hay un cambio espacial como las migraciones, o cuando hay un cambio de estilo de vida, como, por ejemplo, en la transferencia de un sector agrícola y ganadero a un sector industrial y de servicios, de un mundo rural a un mundo urbano, que significa un cambio de civilización, se produce inmediatamente un hecho considerable que merece nuestra atención, y es que la gente pierde la base de sustentación, que la gente pierde aquel substrato sociológico que sostenía toda su vida y también su vida religiosa. Se produce un vacío peligroso hasta que él mismo en una síntesis nueva organice su nuevo sistema de valores»⁴⁴.

Cambio de civilización que conlleva naturalmente graves implicaciones para las personas y para su vida de fe.

La persona inmigrante podríamos decir que es un ser en paréntesis. Vive entre la dialéctica del mito del retorno y la exigencia de integrarse. Cada día que pasa el retorno es más un mito y la exigencia de quedarse mayor. Vive atrapada en un proyecto provisional de vida y en el papel meramente económico que se le ha asignado. Lo nuestro es, decían unos inmigrantes, metro, trabajar, dormir. Las personas con proyectos provisionales no crecen con equilibrio. Debe asumir y respetar como nuevos deberes todos los logros democráticos y las normas de convivencia de esta nueva sociedad y el trabajo como un derecho y un deber. También se encuentra cuestionada su creencia religiosa en un mundo secularizado, urbano y con escala de valores muy distinta. ¿Podrá recomponer su escala de valores en una síntesis nueva en las condiciones de precariedad en las que se producen los flujos migratorios? ¿Cómo acompañar a la persona inmigrante? ¿Cómo hacer que la fe no quede en ellos como un recuerdo? ¿Cómo ayudarle en la vivencia de una ciudadanía participativa y responsable?

⁴⁴ Cf. RICARDO ALBERDI, *Cambios históricos e identidad cristiana*. Sígueme. Salamanca, 1978.

La familia inmigrante. Está herida en su cohesión interna. Muchas veces, el hecho migratorio provoca largas y dolorosas separaciones, en el país de llegada se encuentran con modelos de familia diferentes. Reagrupan a la familia y reemprenden la convivencia en situaciones económicas muy precarias y en una sociedad que impone roles diferentes a cada uno de los miembros de la pareja, con el futuro de sus hijos problematizado: hijos reagrupados con una cierta edad, otros muy pequeños y otros nacidos aquí. Tienen que educar en un contexto cultural no sólo nuevo, sino con una vivencia diversificada en su propio seno. Su vivencia religiosa es también cuestionada.

¿Cómo acompañar a la familia inmigrante para que lleve a cabo su papel educativo e integrador y todos y cada uno de sus miembros sean ellos mismos y crezcan con equilibrio?

La segunda generación. Constituye ya una parte importante de nuestra sociedad. Su representatividad es cada día mayor entre la juventud española. Muchos de los que llegaron con cierta edad no se reconocen ni en nuestra sociedad, ni en nuestra escuela. Cerca de un 40% de la juventud autóctona no les reconocen en la escuela. No tienen sitio. En su casa junto al conflicto generacional viven el conflicto cultural al inculturarse generalmente más rápidamente que sus padres. Su futuro y su integración educativa y laboral están muy problematizados. Esta necesitada de formación humana y de educación de la fe. ¿Quién va a acompañar a estos jóvenes? ¿Se puede hacer pastoral de juventud sin tener en cuenta a la juventud inmigrante?

La mujer inmigrante. Sufre muy fuertemente el cambio sociocultural, tiene que hacer frente sola a duras condiciones de vida. Se inserta en nichos laborales (servicio doméstico interna) que dificultan su vida de familia, su formación y promoción. Se ve responsabilizada de la integración de los suyos y de su futuro. Se encuentra, muchas veces, en la dialéctica de volver y fracasar o de quedarse y perder a su familia. La mujer inmigrante es clave en la reagrupación y en la integración social de sus familia. ¿Cómo acompañar a la mujer inmigrante? ¿Cómo ayudarle en su formación humana y de fe? ¿Cómo ayudarle en la vivencia de una ciudadanía participativa y responsable?

En tales circunstancias, la fe no puede quedarse en un simple recuerdo para el inmigrante. Tiene que cultivarla y con su luz poder leer su nueva historia. Por ello la comunidad cristiana no puede reducir su compromiso con los inmigrantes a meros servicios sociales de orden puramente material, por muy generosos que sean, sin poner de relieve las cuestiones antropológicas, teológicas, económicas y políticas que entraña la respuesta al Dios que actúa en la historia y a través de la historia; ni puede tampoco confundir la misión con la acción paternalista, en lugar de descubrir los caminos por los que el Señor viene al encuentro de las personas y de sus pueblos; ni reducir el compromiso eclesial con los inmigrantes a programas marco en el ámbito socio-cultural, olvidando que ha de preocuparse de que no les

falte el anuncio de Jesucristo, la luz y el apoyo del Evangelio, que abre a los hombres el horizonte de la esperanza. La misión de la Iglesia consiste, hoy como siempre, en hacer posible, de modo concreto, a todo ser humano, sin diferencias de cultura o de raza, el encuentro con Cristo.

Estas cuestiones son capitales. Si no se tienen en cuenta, falsearán la dimensión intercultural, haciendo imposible el diálogo entre culturas, y ésta será utilizada para ocultar las verdaderas causas y problemática de los flujos migratorios. El inmigrante ha de poder leer desde la fe su nueva historia de hombres y mujeres que salieron de su tierra.

En la Iglesia española hemos vivido el éxodo millones de personas desde nuestras poblaciones rurales hacia la urbe y de unas regiones a otras. Hombres y mujeres de nuestros campos que han sufrido el choque cultural del mundo urbano. No siempre les hemos ayudado a asumir y personalizar su fe y leer desde ella su nueva historia. Cuando vuelven a sus pueblos vuelven a ser ellos mismos. No podemos fracasar de nuevo con el mundo inmigrante y con esta nueva sociedad que el fenómeno urbano y las nuevas tecnologías están creando.

La alternativa a la urbe y la nueva sociedad intercultural y de la nueva tecnología es posible. Es posible porque Jesús es la medida del hombre y de toda cultura. El camino es el que nos indica la *Redemptoris missio*: «Encarnar el evangelio en las culturas de los pueblos». Es un proceso. «Un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia. Es proceso también difícil, porque no debe comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana. Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, la mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad, transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas. Por su parte, con la inculturación, la Iglesia se hace signo más comprensible de lo que es e instrumento más apto para la misión⁴⁵.

Un proceso que alienta en la comunidad cristiana a una continua renovación, «La inculturación del Evangelio es obra del Espíritu y de los testigos apasionados del Resucitado, que relegados a la periferia amaron sus pueblos y culturas hasta el don de su propia vida. El protagonista de la inculturación es el Espíritu, que nos fue dado en Pentecostés. He ahí un desafío apasionante: inculturar el Evangelio a la luz de los tres misterios de Navidad, Pascua y Pentecostés. La Eucaristía nos hace entrar todos los días en este dinamismo de la fe, del amor y de la esperanza, que preside el proceso de inculturación». «Inculturar el Evangelio es dar testimonio de

⁴⁵ Cf. *Redemptoris missio*, 52. Exh. Ap. *Catechesi tradendae* (16 de octubre 1979), 53: AAS 71 (1979), 1320; Ep. Enc. *Slavorum apostoli* (2 de junio de 1985), 21: AAS 77 (1985), pp. 802 s. Cf. Pablo VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 20: l.c., 18.

la Persona de Cristo, que es, a un tiempo, gracia y signo de contradicción. Y esto es obra del Espíritu en los testigos del evangelio. El trabajo paciente de la inculturación exige una actitud constante de discernimiento. El gano fecundo de la Palabra, que estamos llamados a depositar en las culturas de nuestros pueblos, debe estar limpio de toda ganga, de las adherencias inevitables que se acumulan con el tiempo. Purificación, muerte, catarsis, vigilancia son necesarias para seguir anunciando e implantando la fe como fermento dentro de las culturas»⁴⁶.

V. UNA SOLA MISIÓN ANTE UN MARCO RELIGIOSO, COMPLEJO Y CAMBIANTE

*Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo
en las otras tradiciones religiosas
–reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres–,
sigue en pie su deber y su determinación de proclamar
sin titubeos a Jesucristo– que es «el camino, la verdad y la vida»⁴⁷.*

Nos encontramos, como hemos visto, ante una situación religiosa bastante diversificada y cambiante; los pueblos están en movimiento; realidades sociales y religiosas, que tiempo atrás eran claras y definidas, hoy día se transforman en situaciones complejas⁴⁸.

A la Iglesia se le exige la acogida, el diálogo, la ayuda y, en una palabra, la fraternidad. Migraciones y fenómeno urbano han creado y están creando constantemente un marco religioso, complejo y cambiante. Es un trastocamiento tal de situaciones religiosas y sociales, que resulta difícil aplicar concretamente determinadas distinciones y categorías eclesiales a las que ya estábamos acostumbrados. Antes del Concilio ya se decía de algunas metrópolis o tierras cristianas que se habían convertido en «países de misión»; ciertamente la situación no ha mejorado en los años sucesivos.

Nos encontramos con áreas de antigua cristiandad, que es necesario reevangelizar. Tanto es así que algunos se preguntan si aún se puede hablar de actividad misionera específica o de ámbitos precisos de la misma, o más bien se debe admitir que existe una situación misionera única, no habiendo en consecuencia más que una sola misión, igual por todas partes. La dificultad de interpretar esta realidad compleja y mudable respecto al mandato de evangelización. Hay que precaverse

⁴⁶ Cf. Antonio Bravo Tisner, *Inculturación del carisma del Prado*. R. El Pardo, 176. 2003.

⁴⁷ Cf. *Redemptoris missio*, 56.

⁴⁸ Cf. *Redemptoris missio*, 32.

sin embargo contra el riesgo de igualar situaciones muy distintas y de reducir, si no hacer desaparecer, la misión y los misioneros ad gentes. Afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye que haya una específica misión ad gentes; al igual que decir que todos los católicos deben ser misioneros, no excluye que haya misioneros ad gentes y de por vida, por vocación específica⁴⁹.

Con estas palabras la *Redemptoris missio* nos describe con claridad la complejidad de la situaciones que los flujos migratorios han contribuido a crear. En efecto, los flujos migratorios han introducido y/o aumentado en nuestra sociedad la presencia de

- cristianos católicos, con manifestaciones culturales propias de una misma fe,
- cristianos católicos que viven y celebran su fe en ritos distintos al rito romano tales como los greco católicos, armenios, caldeos, etc,
- cristianos, hermanos separados, de la Iglesias Ortodoxas,
- cristianos, hermanos separados, de las distintas Iglesias protestante,
- no cristianos, musulmanes y otras confesiones religiosas,
- y no creyentes.

Hombres y mujeres, que se encuentran en una encrucijada de credos y culturas. Su convivencia sólo será posible si, entre los miembros de las diferentes religiones, caen las barreras de la desconfianza, de los prejuicios y de los miedos que, por desgracia, aún existen.

Por eso, las Iglesias de antigua cristiandad, ante la dramática tarea de la nueva evangelización, comprenden mejor que no pueden ser misioneras respecto a los no cristianos de otros países o continentes, si antes no se preocupan seriamente de los no cristianos en su propia casa⁵⁰.

En ese nuevo marco, los cristianos católicos venidos de lejos reclaman de nosotros la atención necesaria para poder vivir y celebrar su fe, profundizarla, personalizarla y dar testimonio de ella con su vida. «Si bien es verdad que el camino normal es la integración en la Iglesia local, hemos de respetar las etapas de ese caminar. En el trabajo pastoral con los inmigrantes hemos de trascender de la consideración sobre la fe que está en peligro a aquella más apropiada del derecho del inmigrante al respeto de su propio patrimonio cultural en la atención pastoral».

«Los inmigrantes no representan, en efecto, una categoría comparable a aquellas en las que está articulada la población parroquial –niños, jóvenes, personas ca-

⁴⁹ Cf. *Ibidem*, nº 33.

⁵⁰ *Ibidem*, 34.

sadas, obreros, empleados, etc.– que presentan una homogeneidad cultural y lingüística. Ellos forman parte de otra comunidad, a la que se aplica una pastoral con elementos semejantes a los del país de origen por lo que se refiere al respeto del patrimonio cultural, a la necesidad de un sacerdote del mismo idioma y a la exigencia de estructuras específicas permanentes. Se precisa una pastoral estable, personalizada y comunitaria, capaz de ayudar a los fieles católicos en tiempo de emergencia, hasta su inserción en la Iglesia local, cuando serán capaces de valerse del ministerio ordinario de los sacerdotes en las parroquias territoriales».

«La atención pastoral a los inmigrantes ha llegado a ser, pues, una actividad institucionalizada, que se dirige al fiel, considerado no tanto como individuo, sino como miembro de una comunidad particular para la cual la Iglesia organiza un servicio pastoral específico; éste, sin embargo, es, por su misma naturaleza, provisional y transitorio, aunque la ley no establezca de modo perentorio ningún término para que cese. La estructura organizativa de ese servicio no es sustitutiva, sino acumulativa respecto a la pastoral parroquial territorial, en la cual, según se prevé, tarde o temprano debe confluír. En efecto, la pastoral de los inmigrantes, aunque tenga en cuenta que una determinada comunidad posee su propia lengua y cultura, que no han de ser ignoradas en el trabajo apostólico diario, no se propone, sin embargo, como propio objetivo específico, su conservación y desarrollo»⁵¹.

La presencia de las comunidades de cristianos que no viven unidos a nosotros en la plenitud de la comunión es una ocasión providencial para un mejor conocimiento mutuo y para un diálogo fecundo que allane el camino hacia la comunión plena.

«Nuestro espíritu, nos dice la *Gaudium et Spes*, abraza al mismo tiempo a los hermanos que todavía no viven unidos a nosotros en la plenitud de comunión, y abraza también a sus comunidades. Con todos ellos nos sentimos unidos por la confesión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y por el vínculo de la caridad, conscientes de que la unidad de los cristianos es objeto de esperanzas y de deseos hoy, incluso por muchos que no creen en Cristo. Los avances que esta unidad realice en la verdad y en la caridad bajo la poderosa virtud del Espíritu Santo serán otros tantos presagios de unidad y de paz para el universo mundo. Por ello, con unión de energías y en formas cada vez más adecuadas para lograr hoy con eficacia este importante propósito, procuremos que, ajustándonos cada vez más al Evangelio, cooperemos fraternalmente para servir a la familia humana, que está llamada en Cristo Jesús a ser la familia de los hijos de Dios»⁵².

Por último, la presencia de inmigrantes no cristianos en los países de antigua tradición cristiana representa un desafío para las comunidades eclesiales. «Es un fenómeno que fomenta en la Iglesia la caridad. En cada país son necesarios el diá-

⁵¹ Cf. JUAN PABLO II. *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*. 2001.

⁵² Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 92.

logo y la tolerancia recíproca entre cuantos profesan la religión de la mayoría y los que pertenecen a las minorías, constituidas frecuentemente por inmigrantes que siguen religiones diversas».

«El diálogo es el camino real que hay que recorrer, y por esta senda la Iglesia invita a caminar para pasar de la desconfianza al respeto, del rechazo a la acogida. Forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*, es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor; y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no sólo en cada individuo sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan lagunas, insuficiencias y errores. Todo ello ha sido subrayado ampliamente por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio posterior, defendiendo siempre que la salvación viene de Cristo y que el diálogo no dispensa de la evangelización».

«El diálogo no siempre es fácil. Pero para los cristianos, su búsqueda paciente y confiada constituye un esfuerzo que hay que realizar siempre. Contando con la gracia del Señor, que ilumina las mentes y los corazones, permanecen abiertos y acogen a los que profesan otras religiones. Sin dejar de practicar con convicción su fe, buscan el diálogo también con los no cristianos. Sin embargo, saben bien que para dialogar de modo auténtico con los demás es indispensable un claro testimonio de la propia fe».

«Este esfuerzo sincero de diálogo supone, por una parte, la aceptación recíproca de las diferencias, y a veces de las contradicciones, así como el respeto de las decisiones libres que las personas toman según su conciencia. Por tanto, es indispensable que cada uno, cualquiera que sea la religión a que pertenezca, tenga en cuenta las exigencias inderrogables de la libertad religiosa y de conciencia, como puso de relieve el Concilio Vaticano II»⁵³.

En este orden de cosas es muy importante tener en cuenta que el diálogo interreligioso no debe producirse en detrimento de la *missio ad gentes*, del anuncio de Jesucristo en el mundo inmigrante: «A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve una oposición entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión *ad gentes*. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni

⁵³ Cf. JUAN PABLO II, *Jornada Mundial de la Paz. 2001*; Concilio Vaticano II, *Dignitatis humanae*, 2.

instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables»⁵⁴.

«Recientemente he escrito a los Obispos de Asia: Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo en las tradiciones religiosas del Budismo, del Hinduismo y del Islam –reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres– sigue en pie su deber y su determinación de proclamar sin titubeos a Jesucristo– que es “el camino, la verdad y la vida”... El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que él ha establecido no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos».

«En efecto, Cristo mismo, al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta. El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación».

El diálogo no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que «sopla donde quiere»⁵⁵. Con ello la Iglesia trata de descubrir las «semillas de la Palabra» el destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres, semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad. El diálogo se funda en la esperanza y la caridad, y dará frutos en el Espíritu. Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y a conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad ya testimoniar la integridad de la Revelación, de la que es depositaria para el bien de todos.

«De aquí deriva el espíritu que debe animar este diálogo en el ámbito de la misión. El interlocutor debe ser coherente con las propias tradiciones y convicciones religiosas y abierto para comprender las del otro, sin disimular o cerrarse, sino con una actitud de verdad, humildad y lealtad, sabiendo que el diálogo puede enriquecer a cada uno. No debe darse ningún tipo de abdicación ni de irenismo, sino el testimonio recíproco para un progreso común en el camino de búsqueda y experiencia religiosa y, al mismo tiempo, para superar prejuicios, intolerancias y malen-

⁵⁴ Cf. *Redemptoris missio*, 32.

⁵⁵ Jn 3, 8.

tendidos. El diálogo tiende a la purificación y conversión interior que, si se alcanza con docilidad al Espíritu, será espiritualmente fructífero».

«Si todos tienen voluntad de dialogar, aun siendo diversos, se puede encontrar un terreno de intercambios provechosos y desarrollar una amistad útil y recíproca, que puede traducirse también en una eficaz colaboración para alcanzar objetivos compartidos al servicio del bien común. Sería una ocasión providencial, especialmente para las metrópolis donde es muy elevado el número de inmigrantes pertenecientes a culturas y religiones diferentes. A este propósito, se podría hablar de auténticos “laboratorios” de convivencia civil y diálogo constructivo. El cristiano, dejándose guiar por el amor a su divino Maestro, que con su muerte en la cruz redimió a todos los hombres, abre también sus brazos y su corazón a todos. Debe animarlo la cultura del respeto y la solidaridad, especialmente cuando se encuentra en ambientes multiculturales y multirreligiosos»⁵⁶.

La parroquia representa el espacio en el que puede llevarse a cabo una verdadera pedagogía del encuentro con personas de convicciones religiosas y culturas diferentes. En sus diversas articulaciones, la comunidad parroquial puede convertirse en lugar de acogida donde se realiza el intercambio de experiencias y dones, y esto no podrá por menos de favorecer una convivencia serena, previniendo el peligro de tensiones con los inmigrantes que profesan otras creencias religiosas.

«En efecto, cada día, en muchas partes del mundo, emigrantes, refugiados y desplazados se dirigen a parroquias y organizaciones católicas, buscando apoyo, y son acogidos sin tener en cuenta su pertenencia cultural y religiosa. El servicio de la caridad, que los cristianos siempre están llamados a realizar, no puede limitarse a la mera distribución de ayudas humanitarias. De este modo se crean nuevas situaciones pastorales, que la comunidad eclesial no puede por menos de tener en cuenta. Corresponderá a sus miembros buscar ocasiones oportunas para compartir con quienes son acogidos el don de la revelación del Dios Amor, “que tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único” (Jn 3, 16). Junto con el pan material, es indispensable no descuidar el ofrecimiento del don de la fe, especialmente a través del propio testimonio existencial y siempre con gran respeto a todos. La acogida y la apertura recíproca permiten conocerse mejor y descubrir que las diversas tradiciones religiosas contienen a menudo valiosas semillas de verdad. El diálogo que resulta de ello puede enriquecer a cualquier espíritu abierto a la verdad y al bien»⁵⁷.

⁵⁶ Cf. *Redemptoris missio*.

⁵⁷ *Ibidem*.

VI. LA IGLESIA DIOCESANA, CASA Y ESCUELA DE COMUNIÓN.

*«Hacer de la Iglesia, –de nuestra Iglesia diocesana–, la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas» de los hombres y mujeres inmigrantes y sus familias que viven y trabajan entre nosotros*⁵⁸.

Las migraciones, revestidas de su compleja problemática, forman ya parte del panorama de nuestras diócesis, de nuestras parroquias, de nuestras comunidades y de nuestra convivencia diaria. Estamos llamados a cambiar la mirada y a conocer a los inmigrantes que viven y trabajan entre nosotros, a profundizar en las causas que provocan los flujos migratorios y en la condición inmigrante, y a abrir procesos de sensibilización e integración en nuestras comunidades.

Salir al encuentro de los hombres y la mujeres inmigrantes y refugiados, que viven y trabajan entre nosotros, y a sus familias es esencial para poder ofrecerles la respuesta y la acogida que ellos esperan de nosotros. Más allá de la frialdad de las cifras, los hombres y mujeres inmigrantes son, ante todo, imagen de Dios: cada hombre y mujer, cada inmigrante está creado a imagen y semejanza de Dios⁵⁹. En expresión de San Agustín: toda criatura es Adán y toda criatura es Cristo. El rostro inconfundible de cada inmigrante refleja el rostro concreto de Cristo⁶⁰.

Profundizar en la comprensión de la condición inmigrante que curte a la personas y que viene determinada por el cambio de civilización que implica su desarraigo, por la normativa legal, así como por aquellas actitudes y actuaciones nuestras –de ciudadanos e instituciones– que precarizan su presencia entre nosotros y les hacen sentirse extranjeros, y, en consecuencia, trabajar para mejorarla se convierte en supuesto indispensable para que la persona inmigrante sea reconocida como un sujeto de derechos y deberes y goce de la indispensable estabilidad legal y laboral, y unos y otros nos sintamos miembros del mismo pueblo de Dios⁶¹.

Nuestra Iglesia está llamada a renovarse en su mente, en su corazón y en su acción para brindar una acogida generosa a nuestros hermanos inmigrantes.

La solicitud pastoral ha de llevarnos a poner todo empeño en que, «a pesar de sus difíciles condiciones de vida, no les falte a los hermanos inmigrantes que viven y trabajan entre nosotros el cuidado pastoral ordinario, el anuncio de Jesucristo, la

⁵⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Novo Milennio Ineunte*, 43.

⁵⁹ Gn 1, 27; 2, 7.

⁶⁰ Cf. *Instrucción para la Pastoral de los Inmigrantes en las diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid*. 13 Febrero 2002.

⁶¹ Cf. Antonio María ROUCO VARELA, Prólogo del estudio *«La Población Extranjera en la Comunidad de Madrid: 1999»*.

luz y el apoyo del Evangelio, que abre a los hombres el horizonte de la esperanza»⁶².

En modo alguno se podría pensar la pastoral de los trabajadores inmigrantes como una *pastoral marginada para marginados*⁶³. Ha de insertarse en el centro de nuestra planificación pastoral, como la del resto de los colectivos que viven en nuestras ciudades y pueblos.

En el comienzo de este nuevo milenio, hemos de tener presente que «la pastoral de las migraciones, es el camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy»⁶⁴. La pastoral, es decir, «la presencia y acción del cristiano en el mundo –persona, palabra y gesto– que ofrece un nuevo modo de contemplar e interpretar la creación y la criatura, está siempre necesitada de recuperar con frescura la originalidad y singularidad de la antropología cristiana: cada hombre y mujer, cada trabajador inmigrante está hecho (creado) a imagen y semejanza de Dios»⁶⁵.

La acción de la Iglesia con cada uno de los que llegan a nuestra puertas es invitarles a que entren en ella y convivan con nosotros. «Aceptar y amar al que llega porque es un hermano tendrá como fruto eficaz la realización de una sociedad y humanidad nuevas. Pero para entrar en una experiencia de comunión, de encuentro y de reconciliación es necesaria la conversión»⁶⁶. En el momento actual, el encuentro con el inmigrante ha de ser para cada comunidad cristiana «la ocasión propicia para la aparición de una nueva apologética cristiana, no ya en escritos, sino con acciones y testimonios personales: vivir la fraternidad»⁶⁷.

El encuentro invita a contemplar con más hondura a la persona humana y nos llama a crear lugares y organizar acciones que nos aportan humanismo, y a crear una cultura en la que el hombre pueda ser más hombre. El rechazo del encuentro con el inmigrante es cegar uno de los manantiales visibles de humanismo. Desde el encuentro con el que es diverso, que trae la riqueza de la diversidad, se humaniza la vida ordinaria. En un contexto histórico y cultural en el que se sufre un preocupante olvido humanístico es menester agradecer al inmigrante que nos done altas cuotas de humanismo.

Nuestras comunidades parroquiales, como lugar de encuentro e integración de todos los miembros de una comunidad, hacen visible y sociológicamente percepti-

⁶² Cf. PABLO VI, Motu proprio *Pastoralis migratorum cura*.

⁶³ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*, 1985.

⁶⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*, 2001.

⁶⁵ Gen. 1,27; 2,7.

⁶⁶ Cf. EUGENIO ROMERO POSE. *Los trabajadores inmigrantes. reto a la misión evangelizadora de la Iglesia*. Cuadernos de Formación 11. Delegación diocesana de Migraciones. 1998.

⁶⁷ Cf. ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA. Presentación del estudio «*Extranjeros en Madrid capital y en la Comunidad. Informe 2000*» y del método de alfabetización «*En Contacto con...*». Delegación diocesana de Migraciones. Junio 2001.

ble el proyecto de Dios de invitar a todos los hombres a la alianza sellada en Cristo, sin excepción o exclusión alguna», y «son, por naturaleza, solidarias con el mundo de los trabajadores inmigrantes»⁶⁸. Por ello, están llamadas vivir el compromiso con los inmigrantes como un deber propio de su misión institucional y ser:

1. Un espacio acogedor, donde se le reconoce al trabajador inmigrante la dignidad que le otorgó su Creador, pues en la Iglesia nadie es extranjero y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre en ningún lugar⁶⁹.

La comunidad parroquial, en consecuencia ha de vivir una gratuidad total en la acogida y tomar en serio que el trabajador inmigrante es portador de la historia de un pueblo, abriéndose con simpatía a los valores culturales que le constituyen en hombre concreto, sin que siempre sean coincidentes con los nuestros, considerando a todo hombre como el prójimo al que es preciso amar. No ha de preguntarse a quién debe amar, porque preguntarse ¿quién es mi prójimo?, ya implica poner límites y condiciones. Ha de hacerse prójimo de «cualquiera que sufra necesidad, aunque me sea desconocido», manifestando así el amor incondicional de Dios a los trabajadores inmigrantes en una sociedad que los impulsa a la marginalidad y recordar a la sociedad el camino de la fraternidad como fuente de la justicia que defiende al forastero de todo atropello económico, cultural y político.

«Las parroquias constituyen puntos visibles de referencia, fácilmente perceptibles y accesibles, y son un signo de esperanza y fraternidad a menudo entre laceraciones sociales notables, tensiones y explosiones de violencia. La escucha de la misma palabra de Dios, la celebración de las mismas liturgias, la participación en las mismas fiestas y tradiciones religiosas ayudan a los cristianos del lugar y a los de reciente inmigración a sentirse todos miembros de un mismo pueblo. En un ambiente nivelado e igualado por el anonimato, la parroquia constituye un lugar de participación, de convivencia y de reconocimiento recíproco».

«Contra la inseguridad, ofrecen un espacio de confianza, en el que se aprende a superar los propios temores. Ante la falta de referencia donde encontrar luz y estímulos para vivir juntos, presenta, a partir del Evangelio de Cristo, un camino de fraternidad y reconciliación. Puesta en el centro de una realidad marcada por la precariedad, la parroquia puede llegar a ser un verdadero signo de esperanza. Canalizando las mejores energías del barrio, ayuda a la población a pasar de una visión fatalista de la miseria a un compromiso activo, encaminado a cambiar todos juntos las condiciones de vida»⁷⁰.

⁶⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Jornada Migraciones 1999*. 2 febrero.

⁶⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Jornada Mundial de la Migraciones*. 25 julio 1995.

⁷⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje Jornada Migraciones 1999*. 2 febrero.

2. Promotoras de justicia por la defensa y el reconocimiento de los derechos del trabajador inmigrante y del refugiado y sus familias, enfrentándose al reto decisivo de cómo desmarcarse de un sistema, generador de injusticia y de violencia, para encaminar el mundo migrante hacia una nueva humanidad, expresión de la justicia del Reino de Dios, en el que los últimos de la sociedad son los primeros.

En el seno de la acción política, de los centros de creación y de difusión de la cultura, en el ámbito de la educación y del bienestar social, así como en el campo laboral y en las decisiones económicas, los cristianos han de trabajar en favor del reconocimiento de los trabajadores inmigrantes.

La comunidad cristiana está urgida a dar cuenta de su esperanza con gestos y palabras, en fidelidad a la realidad encarnada de nuestra fe operante por la caridad. «Recordando que Jesús vino a evangelizar a los pobres ¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados? Esta pregunta, que interpela a toda comunidad cristiana, pone de relieve el laudable compromiso de tantas parroquias en los barrios donde existen fenómenos como el desempleo, la concentración de espacios insuficientes de hombre y mujeres de diversa procedencia, la degradación vinculada con la pobreza, la escasez de servicios y la inseguridad. Exhorto a las comunidades parroquiales a perseverar con valentía en la labor iniciada a favor de los emigrantes, para ayudar a promover en su territorio una calidad de vida más digna del hombre y de su vocación espiritual»⁷¹.

3. *Espacios de encuentro y de integración.* «Desde la pascua de Cristo no existen ya el vecino y el lejano, el judío y el pagano, el aceptado y el excluido». La parroquia ha de ver en los inmigrantes a hermanos llamados a compartir los bienes provenientes de Cristo. Cuando se trata de cristianos, éstos han de poder reconocer en nuestras comunidades su misma fe y compartir la original expresión de la fe católica con igualdad de derechos en la vida cristiana y de nuestras comunidades en la que no cabe la palabra extranjero.

Con los no cristianos, han de servir a Cristo en ellos recordando sus palabras: «Era extranjero y me acogisteis»⁷². Cuando permanece vivo el sentido de la parroquia, nos enseña Juan Pablo II, se debilitan o desaparecen las diferencias entre autóctonos y extranjeros, pues prevalece la convicción de la común pertenencia a Dios, único Padre. De la misión propia de toda comunidad parroquial y del significado que reviste dentro de la sociedad brota la importancia que la parroquia tiene en la acogida del extranjero, en la integración de los bautizados de culturas dife-

⁷¹ *Ibidem.*

⁷² Mt 25.

rentes y en el diálogo con los creyentes en otras religiones. Para la comunidad parroquial no se trata de una actividad facultativa de suplencia, sino de un deber propio de su misión institucional»⁷³.

5.«A vivir la catolicidad no solamente en la comunión fraterna de los bautizados, sino también en la hospitalidad brindada al extranjero, cualquiera que sea su pertenencia religiosa, en el rechazo de toda exclusión o discriminación de la dignidad personal de cada uno, con el consiguiente compromiso de promover sus derechos inalienables»⁷⁴. Cuando los cristianos venidos de lejos no encuentran su sitio entre nosotros, porque no sabemos ver en ellos a hermanos llamados a compartir los bienes provenientes de Cristo. Cuando los no cristianos no pueden descubrir en nosotros el testimonio de la fe que profesamos, porque no somos lo bastante gratuitos en la acogida, hemos de reflexionar sobre nuestra vivencia de la catolicidad, que debería ser expresión del amor gratuito de Dios y de la misma vocación de la Iglesia de recapitular en Cristo a todos los hombres y todos los valores de la humanidad, sobrepasando todas las fronteras y diferencias.

Los cristianos hemos de empeñarnos sin vacilación en esa formación de un clima social y de una opinión ciudadana, abierta y receptiva para los inmigrantes, en la sociedad y en nuestras comunidades cristianas, testimoniando en nuestra vida la Encarnación y la presencia constante de Cristo, quien, por medio de nosotros desea proseguir en la historia y en el mundo su obra de liberación de todas las formas de discriminación, rechazo y marginación⁷⁵, pues sin el anuncio de la Palabra, las denuncias de las injusticias quedan desprovistas del horizonte salvífico en que debe moverse todo cristiano; sin el anuncio cristiano no hay denuncia cristiana, que invite a la conversión y a la esperanza⁷⁶.

VII. EL COMPROMISO CON LOS INMIGRANTES, UN DEBER PARA LA COMUNIDAD PARROQUIAL PROPIO DE SU MISIÓN INSTITUCIONAL.

• LAS COMUNIDADES CRISTIANAS ESPACIOS DE FRATERNIDAD⁷⁷:

La comunidad cristiana, cuyo fin principal es anunciar a Jesucristo, puede y debe conformar un espacio privilegiado donde pueda llevarse a cabo una verdadera

⁷³ *Ibíd.*

⁷⁴ *Ibíd.*

⁷⁵ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*, 2003.

⁷⁶ Cf. Antonio María Rouco Varela. *Carta dirigida a la Asamblea Nacional de la HOAC*.

⁷⁷ Cf. Seguimos las orientaciones de carta pastoral y otros escritos de Mons. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal-Arzobispo de Madrid, de la Instrucción pastoral de la Provincia eclesiástica de Madrid, del *Vademécum*.

*pedagogía del encuentro, y promover en medio de sus realidades pastorales, auténticos laboratorios de convivencia civil*⁷⁸.

Que estos trabajadores venidos de otros países sean aceptados plenamente y encuentren su sitio entre nosotros, no es sólo una cuestión de tiempo. Los ecuatorianos, colombianos, rumanos, filipinos, dominicanos, polacos, por citar algunos de entre ellos, con facilidad acusados de rebajar los salarios y las condiciones laborales y de aumentar la precariedad –cuando a veces carecen de lo más elemental para la supervivencia lejos de su tierra y de su familia–; los marroquíes, subsaharianos y chinos, a los que se considera de difícil integración por determinados sectores, y tantos otros que han llegado buscando trabajo o huyendo de la persecución, necesitan ser comprendidos y estimados como nos lo enseña el Evangelio de la verdad de Dios, Padre Misericordioso de todo hombre y de todos los hombres. Porque, además, estos hombres y mujeres son –y van a ser– los que cuiden de nuestros ancianos, de nuestros enfermos, atiendan a nuestros niños, construyan nuestras casas, cultivan nuestros campos y nos presten servicios que nos facilitan la vida cotidiana.

Superar todas las incomprensiones y las dificultades propias de una convivencia entre personas y grupos que no tenemos la misma historia, ni las mismas costumbres, que no hablamos la misma lengua, incluso, que no profesamos la misma religión y que, en último término, no nos conocemos, no es evidentemente una mera cuestión de tiempo; sobre todo, si como acabamos de ver, lo que nos impulsa a encontrarnos es la mera e inevitable vecindad, forzada por las circunstancias, en un contexto de asimetría social, impuesta por la condición de inmigrante. Supone e implica, antes que nada y principalmente, llevar a cabo una tarea humana y cristiana que entraña y exige conversión de actitudes y de corazones.

El camino para una convivencia pacífica y enriquecedora, integrando estos nuevos compatriotas nuestros y conciudadanos y construyendo una sociedad que se caracterice por no ser excluyente para nadie, pasa, siguiendo al Papa Juan XXIII, por la afirmación práctica de cuatro pilares éticos y espirituales: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. La verdad será fundamento de una convivencia, auténticamente democrática y humana, cuando cada individuo tome consciencia rectamente, más que de los propios derechos, de los propios deberes con los otros: La justicia edificará la nueva sociedad cuando cada uno respete concretamente los derechos ajenos y se esfuerce por cumplir plenamente los mismos deberes con los demás. El amor será fermento de una sociedad integradora, cuando la gente sienta las necesidades de los otros como propias y comparta con ellos lo que posee, empezando por los valores del espíritu. Finalmente, la libertad alimentará el crecimiento humano y lo hará fructificar cuando, en la elección de los medios para al-

⁷⁸ Cf. Mons. D. Antonio María Rouco Varela, *Por una convivencia verdaderamente humana, fraterna y cristiana*. Madrid, Abril 2003.

canzarlo, los individuos se guíen por la razón y asuman con valentía la responsabilidad de las propias acciones⁷⁹.

Para que este camino sea viable, en medio de todas las tensiones y vicisitudes humanas que acompañan los flujos migratorios, habremos de apoyarnos en una convicción fundamental: la de que todo ser humano es igual en dignidad no por concesión graciosa de ninguna instancia humana, incluido el Estado, sino en virtud de su condición de persona. Del principio de la igual e inviolable dignidad de toda persona humana se deriva para la sociedad y su ordenamiento jurídico el postulado de adecuar sus estructuras y funcionamiento a esta exigencia fundamental⁸⁰. Sólo así se logrará una convivencia verdaderamente humana y socialmente fecunda. Convivencia que, de este modo, podrá ir naciendo y desarrollándose en la vida diaria a través de los gestos de respeto, de fraternidad y de mutua ayuda y amistad, realizados con sencillez y constancia, capaces de producir un auténtico cambio en la relación interpersonal. Los españoles hemos de sentirnos interpelados en su relación con los inmigrantes por esta verdad del hombre y han de saber despojarse de actitudes de repliegue egoísta, que en nuestra sociedad se han hecho hoy muy sutiles y penetrantes, de modo que favorezcan que los inmigrantes por su parte y como un deber se abran a los valores, cultura y las tradiciones de nuestro pueblo y al respeto de nuestras leyes⁸¹. De este modo sí reinará la armonía social.

Se hace preciso, pues, animar a todos a trabajar incansablemente a favor de una convivencia pacífica y solidaria en la nueva sociedad española que está emergiendo cada vez más visiblemente. Juntos hemos de empeñarnos en derribar las barreras de la desconfianza, de los prejuicios y de los miedos, que por desgracia existen, y rechazar la discriminación o exclusión de cualquier persona, con el consiguiente compromiso de promover sus derechos inalienables para que aumente la comprensión y la confianza. No podemos considerar lo que nos diferencia como un muro infranqueable. La responsabilidad de nuestras comunidades cristianas es muy grande a este respecto: a ellas les toca muy especialmente crear espacios de encuentro en orden al conocimiento y enriquecimiento mutuos⁸². «Nadie es extraño al corazón de la Iglesia. Nadie es diferente para su ministerio. Nadie le es enemigo, con tal de que él mismo no quiera serlo. No en vano se llama católica; no en vano está encargada de promover en el mundo la unidad, el amor y la paz»⁸³.

Nuestras comunidades parroquiales, cuya misión primordial es el anuncio de Jesucristo y de la Salvación propuesta en el Evangelio, tienen en este orden de co-

⁷⁹ Cf. Juan XXIII, *Pacem in terris*, 6.

⁸⁰ Cf. Juan Pablo II, *Pacem in terris una tarea permanente*, 01 enero 2003.

⁸¹ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*, 2003.

⁸² Cf. *La pastoral de los inmigrantes, camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy. Vademécum*. Pág. 12.

⁸³ Cf. Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 88.

sas el papel decisivo de procurar servir de mediadoras entre esos grupos sociales que se ignoran o que desconfían los unos de los otros, muy especialmente cuando sus procesos de integración avanzan tan trabajosamente. Para ello, les ha de ayudar mucho el reconocimiento del otro en su identidad y en su diferencia y aprender a discernir en las personas de orígenes y culturas diferentes la obra de Dios⁸⁴. Como Iglesia –la parroquia– que se encuentra entre las casas de los hombres, vive y obra profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas,⁸⁵ y, por ello, puede y debe conformar un espacio privilegiado donde pueda llevarse a cabo una verdadera pedagogía del encuentro entre inmigrantes y autóctonos, ayudando a superar el desafío de pasar de la mera tolerancia en relación con los demás al respeto real de sus diferencias; de vencer toda tendencia a encerrarse en sí mismos y de transformar el egoísmo en generosidad, el temor en apertura y el rechazo en solidaridad⁸⁶. Porque sucede que los cristianos participamos muchas veces de la mentalidad colectiva de la sociedad y sus reacciones no siempre proceden de la fe, sino de sistemas de valores contrapuestos al Evangelio⁸⁷.

Es más, la Iglesia está llamada a promover un medio de sus realidades pastorales auténticos laboratorios de convivencia civil⁸⁸ y de diálogo constructivo de donde se irradie a la sociedad ese estilo nuevo de vivir y convivir digno del hombre. Cada día son más los inmigrantes que se dirigen a nuestras comunidades parroquiales buscando apoyo, y son acogidos con independencia de sus orígenes y condición social. Pero no basta el ejercicio de la caridad que se limita a la mera distribución de ayudas humanitarias. Los Arciprestazgos y parroquias de las ciudades y pueblos de nuestra Archidiócesis, y no digamos los movimientos apostólicos del mundo del trabajo, han de esforzarse para que los hombres y mujeres inmigrantes sean asociados plenamente a las tareas comunes del barrio, de la comunidad ciudadana y de la comunidad cristiana. Ello comporta:

- Abrir nuestras parroquias, comunidades y movimientos. Que los inmigrantes sean incorporados a la vida de la comunidad cristiana como miembros de pleno derecho.
- Abrir nuestra convivencia, acogiendo al hombre y a la mujer inmigrantes con sus valores y su personalidad propia en nuestras asociaciones, grupos, e instituciones.

⁸⁴ *Ibidem*.

⁸⁵ Cf. CEE. *La Pastoral Obrera de toda la Iglesia*.

⁸⁶ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones, 2003*.

⁸⁷ Cf. *La pastoral de la Migraciones, camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy. Vademécum pastoral*. Pág., 16, nº 2.

⁸⁸ *Ibidem*.

- Abrirles el mundo del trabajo sin considerarles rivales, propugnando, por el contrario, su reconocimiento como trabajadores, a los que se les permita trabajar por un futuro mejor para todos, compartiendo las dificultades presentes.
- Abrir nuestros municipios, integrándoles, sin privilegios pero tampoco sin discriminaciones, en todos los planes y mejoras sociales que se proyecten y facilitándoles la participación en la vida ciudadana.

El Pueblo de Dios, precisamente porque es unidad en la diversidad, comunidad de hombres y pueblos diversos, que no pierden su diversidad, aparece como anuncio y figura; más aún, como germen y principio vital de la paz universal...; lo que acontece en el Pueblo de Dios sirve de base para que se cree lo mismo entre los hombres⁸⁹. No se trata pues de otra cosa, a la hora de la integración del inmigrante, que de poner en práctica esa íntima catolicidad de la Iglesia que nos enseña el Concilio Vaticano II, y que debe de impregnar toda realización de la vocación cristiana. Dice así el Concilio: Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor por el que la Iglesia católica tiende eficaz y constantemente a recapitular la humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu. En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes ofrece sus dones a las demás y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se enriquecen con las aportaciones mutuas de todos y con la tendencia común de todos a la plenitud en la unidad. De donde resulta que el pueblo de Dios no sólo congrega gentes de diversos pueblos, sino que está integrado por diversos elementos⁹⁰.

Con este trasfondo teológico es fácil de comprender cómo ha de llevarse a la práctica esa labor de mediación social de las comunidades eclesiales, a la que nos estamos refiriendo ahora. Se ha de comenzar por mostrar una gran capacidad de escucha y una gratuidad total en la acogida de los inmigrantes. Luego se ha de facilitar la creación de espacios en los que sea posible el intercambio de experiencias y dones y el descubrimiento de las semillas de la verdad en las diversas culturas y credos, donde todos, autóctonos e inmigrantes, sepan plantear las grandes y pequeñas cuestiones de la vida –de su sentido último, de las exigencias de la ley moral, de su relación con Dios, etc.– y de abordarlas, abriendo horizontes de solidaridad y de esperanza. Su lógica –la propia de la mediación auténticamente humana y cristiana– requiere respetar, en todo momento, los principios de alteridad, reconocimiento, interacción, solidaridad y cooperación.

La integración en la comunidad de acogida es ciertamente para los inmigrantes un proceso natural, y sin ninguna duda también deseable; la prudencia recomien-

⁸⁹ Cf. Juan Pablo II, *Discurso a los Obispos Argentinos*, 1982, n.5. Edic. Paulinas. Buenos Aires, 1982. 63.

⁹⁰ Cf. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen Gentium*, 13. Cfr. S. Juan Crisóstomo, *In Jo. Hom.* 65,1; PG 59,391.

da, sin embargo, no caminar demasiado de prisa, no se deben precipitar, en nombre de la unidad, los legítimos procesos que requieren tiempo: sería privarse del patrimonio que debería enriquecer y fecundar toda una forma común de ser, el arte de vivir juntos. La Iglesia, defendiendo y favoreciendo el derecho a la identidad cultural, reconoce e incluye también las manifestaciones de tal derecho en el campo religioso. La Iglesia local tiene el deber de respetar, mejor de favorecer, la identidad cultural de los inmigrantes; ellos, en efecto, llevan consigo valores radicados en experiencias seculares de sus respectivos pueblos, que han dado vida en el tiempo a formas y experiencias a menudo geniales de civilización, de arte y de religión, que forman la íntima estructura de su personalidad. Es esta actitud de fraterna caridad la que debe ser objeto de viva solicitud y la que facilitará al inmigrante el deber de una responsable colaboración.⁹¹

• **COMPARTIR EL DON DE LA REVELACIÓN DEL DIOS AMOR.**

*Lo que era desde el principio,
lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado,
lo que han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida,
pues la vida se ha manifestado,
la hemos visto, damos testimonio de ella y os anunciamos la vida eterna, que
estaba junto al Padre y se nos ha manifestado;
eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros, como
lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo.
Os escribimos todo esto para que nuestra alegría sea completa⁹².*

Este cúmulo de circunstancias crea nuevas situaciones pastorales que la comunidad eclesial no puede por menos de tener en cuenta. Corresponderá a sus miembros buscar ocasiones oportunas para compartir con quienes son acogidos el don de la revelación del Dios Amor, «que tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único».⁹³ A pesar de las difíciles condiciones de vida, no debe faltarles a los trabajadores inmigrantes y a sus familias el cuidado pastoral ordinario, el anuncio de Jesucristo, la luz y el apoyo del Evangelio, que abre a los hombres horizontes de salvación y de esperanza.⁹⁴

El hombre y la mujer inmigrantes han sufrido un profundo cambio cultural con el desplazamiento geográfico y con la transferencia de un mundo rural a un mundo

⁹¹ Cf. *La pastoral de los inmigrantes, camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy. Vademécum*. Pág. 45-46.

⁹² I Jn, 1,1-4.

⁹³ Jn 3, 16. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*, 2002.

⁹⁴ Cfr. *Pastoral de los Inmigrantes. Instrucción. Prov. Eclesiástica de Madrid*. Madrid, 2002.

urbano y del sector agrícola y ganadero al sector industrial y de servicios. Las migraciones conforman una situación de encrucijada de credos y culturas. Los españoles hemos pasado por experiencias similares con los desplazamientos de tantas gentes nuestras de las zonas rurales a un mundo urbano industrializado, incluso más allá de nuestras fronteras.

Sobre este supuesto, es claro cuán urgente se manifiesta nuestro deber de ayudar a que la fe no se quede en un simple recuerdo para el inmigrante. Necesita imperiosamente cultivarla para que con su luz esté en condiciones de leer su nueva historia. De aquí resulta la evidencia pastoral de que el compromiso de la comunidad cristiana con los inmigrantes no puede reducirse a meros servicios sociales de orden puramente material, por muy generosos que sean, sino que ha de incluir la respuesta debida desde el Evangelio a todas las cuestiones antropológicas, teológicas, económicas y políticas que encierra la condición del inmigrante, y del modo como se plantean en la hora actual de la historia. Es más, a la Iglesia en su relación con el inmigrante ha de importarle en primer término, hoy como siempre, el ofrecerle el servicio eminentemente evangelizador del encuentro con Cristo, concretamente, como a todo ser humano, sin diferencias de cultura o de raza.

Más necesaria aún, si cabe, es la atención pastoral a la familia inmigrante. La situación en que llegan a encontrarse los emigrantes es a menudo paradójica: al tomar la decisión valiente de emigrar por el bien de la familia que tienen, o que quieren constituir, se ven de hecho privados de la posibilidad de lograr sus legítimas aspiraciones: las parejas se ven forzadas a una separación que hace aún más traumática la experiencia migratoria; los hijos se ven separados de sus padres y llegan a formar parte de la sociedad privados de la imagen paterna y educados a la vera de personas ancianas, no siempre capaces de ayudar a las nuevas generaciones a proyectarse hacia el futuro. De este modo, la familia, cuya misión consiste en transmitir los valores de la vida y del amor, encuentra difícil, en la emigración, vivir esta vocación. Pues, aunque se empieza a reconocer el derecho a la reagrupación familiar, la precariedad económica y material de los primeros años, unida al hecho de reanudar la convivencia en el contexto de una nueva cultura que asignan roles diferentes a cada uno de sus miembros, hace mella en la estabilidad de las familias inmigrantes. Y superadas las dificultades iniciales tiene que hacer frente a una nueva dificultad: la de la tentación de seguir el impulso de los valores consumistas y descuidar las opciones necesarias de orden espiritual y cultural.

Han de crearse las condiciones válidas para la plena realización de los valores fundamentales: la unión tanto del matrimonio mismo como del núcleo familiar que implica la armonía en la mutua integración de los esposos desde el punto de vista moral, afectivo y de su fecundidad en el amor; y conlleva un crecimiento ordenado de todos los miembros de la familia. Es así como se hace posible la formación de personalidades sólidas y comprometidas socialmente con un amplio sentido de solidaridad y disponibilidad para el sacrificio generoso.

La fe aporta, a este respecto, una luz y una fuerza que exalta profundamente y desarrolla, perfeccionándolos, los valores inherentes a la institución familiar, definida por el Vaticano II “Iglesia doméstica”, y que hace ver cómo las exigencias de vida, que de ellos se desprenden, responden a las profundas exigencias que el Creador ha puesto en el corazón del hombre. “Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”⁹⁵.

La superación de ese contexto difícil con que el que se encuentra la familia emigrante exige el esfuerzo mancomunado de todos y de los mismos emigrantes; y, no en último lugar, de la propia Iglesia.

Por otra parte, los jóvenes, reagrupados por su padres o nacidos aquí, atraviesan por una difícil situación intercultural. Frecuentemente –como algunos han confesado– no se reconocen a sí mismos ni en nuestra sociedad, ni en nuestras escuelas, siendo el resultado un sufrimiento más doloroso del rechazo social que el que padecen los adultos, y que se hace especialmente hiriente en el ámbito escolar.

Se impone pues, y urge, el promover y cuidar, a través de los diversos cauces de la pastoral ordinaria y de la pastoral obrera y del trabajo, la formación de padres, jóvenes y niños inmigrantes, incorporándolos a nuestros grupos y asociaciones de pastoral familiar, movimientos apostólicos especializados y de acción católica general.

«Hay que dirigir, pues, la atención misionera hacia aquellas áreas geográficas y aquellos ambientes culturales que han quedado fuera del influjo evangélico. Todos los creyentes en Cristo deben sentir como parte integrante de su fe la solicitud apostólica de transmitir a otros su alegría y su luz. Esta solicitud debe convertirse, por así decirlo, en hambre y sed de dar a conocer al Señor, cuando se mira abiertamente hacia los inmensos horizontes del mundo no cristiano»⁹⁶.

VIII. CONCLUSIÓN

La *missio ad gentes* se realizará más fácilmente, si la pastoral de los inmigrantes sabe valorar la aportación de las diversas comunidades, evitando el peligro de llevar a cabo una pastoral marginada para marginados⁹⁷

⁹⁵ San Agustín, *Confesiones* I,1,1.

⁹⁶ *Redemptoris missio*, 40.

⁹⁷ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones*, 1993.

EL MENSAJE DE JESUCRISTO A LOS JÓVENES NO CRISTIANOS

Rvdo. P. **Justo GONZÁLEZ MARTÍN**, SDB
Delegado de Animación Misionera de la Procura Salesiana

INTRODUCCIÓN

En la Encíclica RMI de 1991 Juan Pablo II escribe: Quiero invitar a un renovado compromiso misionero. Y trata de señalar el camino y las formas. En ella y por ella andará mi reflexión y comunicación sobre la evangelización de los jóvenes que aún no conocen a Jesucristo, con la aportación del carisma de las diversas familias en la primera evangelización de estos jóvenes.

Os presento, de entrada, un dato doloroso y estimulador para nosotros: el 70% de la población aún no conoce a Jesucristo, y de estos, la mitad o más son jóvenes, futuro cierto de algunos continentes. Del 30% que se confiesa cristiano, sólo el 18% es católico. “La misión se halla todavía en sus comienzos” (Juan Pablo II).

El Concilio Vaticano II ha querido renovar la vida y la actividad de la Iglesia, según las necesidades del mundo contemporáneo, y ha subrayado su índole misionera. El ámbito juvenil que no conoce a Jesucristo – y en los países occidentales – exige caminos y modos, compromisos y actuaciones adaptados a su tiempo, psicología, necesidades y situaciones concretas. El impulso misionero pertenece a la naturaleza íntima de la vida cristiana. La misión atañe a todos los cristianos. Y en este tiempo, aparece una nueva conciencia y un nuevo compromiso cristiano.

Este es el primer servicio que la iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, que está conociendo grandes conquistas, pero que parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia.

El Evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto de las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión.

El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente, más aún, desde el final del Concilio se ha más que duplicado. Por todo esto, es patente la urgencia de la misión.

Por otra parte, nuestra época ofrece en este campo nuevas ocasiones a la iglesia: la configuración de un mundo más unido y globalizado, los medios de comunicación, el afianzamiento en los pueblos y gentes de los valores evangélicos que Jesús encarnó en su vida (paz, justicia, fraternidad, dedicación a los más necesitados); un tipo de desarrollo económico y técnico falto de alma que, no obstante, apremia a buscar la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el sentido de la vida.

Dios abre a la Iglesia horizontes de una humanidad más preparada y necesitada para la siembra evangélica y una nueva conciencia se va afirmando: la misión atañe a todos los cristianos.

Preveo, dice Juan Pablo II, que éste es el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la misión “ad gentes”.

La misión “ad gentes”, en virtud del mandato universal de Cristo, no conoce confines. Sin embargo, se pueden delinear varios ámbitos en los que se realiza, de modo que se pueda tener una visión real de la situación.

ÁMBITOS DE LA “MISIÓN AD GENTES”

La RMI cita tres ámbitos. Nosotros nos fijamos en el segundo:

Mundos y fenómenos sociales nuevos.

Las rápidas y profundas transformaciones que caracterizan el mundo actual, en particular al Sur, influyen grandemente en el campo misionero; donde antes existieran situaciones humanas y sociales estables, hoy día todo está cambiado: la urbanización; las megalópolis, donde los problemas humanos se agrandan por el anonimato en el que se sumergen las masas humanas. En algunas de éstas, de no pocos países, vive más de la mitad de la población. El futuro de las jóvenes naciones se está formando en estas ciudades.

De manera muy especial –objetivo de esta comunicación y preocupación constante en la Iglesia– son los jóvenes, que en numerosos países, representan ya más de la mitad de la población. Muchos de ellos, viviendo en la pobreza y en el abandono en todos los aspectos... y en camino hacia el cristianismo.

¿CÓMO HACER LLEGAR EL MENSAJE DE CRISTO A LOS JÓVENES NO CRISTIANOS QUE SON EL FUTURO DE CONTINENTES ENTEROS?

Son: los innumerables jóvenes en países o zonas de misión “ad gentes” y de no conocimiento de Cristo. Los jóvenes no cristianos que llegan, por la emigración, en

gran número a los países de antigua cristiandad que exigen a la Iglesia acogida, diálogo, ayuda, fraternidad..., muchísimos jóvenes que vienen desde la ruptura de los vínculos familiares, la opresión política, la miseria humana, las carestías y sequías de dimensiones catastróficas que los han hundido en la más profunda de las miserias.

He aquí un campo en el que los movimientos más comprometidos de la Iglesia tienen amplio espacio, reto evangélico de hoy y de siempre, para trabajar con empeño y emplear las mejores fuerzas y los compromisos más apreciables. Es verdad que la actividad misionera “ad gentes”, al ser diferente de la atención pastoral, se ejerce entre grupos humanos bien definidos. Evidentemente ya no bastan los medios ordinarios de la pastoral; *hacen falta iniciativas culturales y sociales para los jóvenes.*

¡Qué fenomenal trabajo y compromiso apostólico para todos, cristianos e instituciones que sienten en su alma el mandato evangélico: id por todo el mundo... !

La Iglesia debe acogerlos en el ámbito de su solicitud apostólica y la comunidad de los creyentes en Cristo debe sentirse interpelada por estas situaciones inhumanas y el anuncio de la buena nueva del Evangelio debe llegar a ser instrumento de rescate humano para estos seres.

LOS CAMINOS DE LA MISIÓN

La Iglesia propone y sigue determinado pasos para realizar la tarea de anunciar el Evangelio en el mundo a los hombres. Los cito como los enuncia la RMi: *el testimonio, el primer anuncio de Cristo salvador, la conversión y el bautismo, formación de iglesias locales, encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos, diálogo con los hermanos de otras religiones, promover el desarrollo educando las conciencias, la caridad fuente y criterio de la misión.*

El testimonio

El hombre contemporáneo, especialmente los jóvenes, cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en las teorías; el testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión: Jesucristo es el testigo por excelencia y el modelo del testimonio cristiano.

El testimonio evangélico, al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana es un testimonio del Evangelio, si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre.

El primer anuncio de Cristo salvador

El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede sustraerse al mandato explícito de Cristo, no puede privar a los hombres de la buena nueva de que son amados y salvados por Dios. La evangelización también debe contener siempre una clara proclamación de que en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y de la misericordia de Dios.

Al anunciar a Cristo a los no cristianos, el misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, para conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza de modo que el misionero no se desalienta ni desiste de su testimonio cuando es llamado a manifestar su fe en un ambiente hostil o indiferente.

Conversión y bautismo

El anuncio de la palabra tiende a la conversión cristiana, es decir, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su Evangelio mediante la fe. Hoy la llamada a la conversión que los misioneros dirigen a los no cristianos, se pone en tela de juicio o pasa en silencio. Se ve en ella un acto de proselitismo; que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión; que basta formar comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Pero se olvida que toda persona tiene el derecho a escuchar la buena nueva del Evangelio. La conversión a Cristo está relacionada con el bautismo, no sólo por la praxis de la Iglesia. Sino por voluntad del mismo Cristo, que envió a ser discípulos a todas las gentes y a bautizarlas.

Formación de iglesias locales

La conversión y el bautismo introducen en la Iglesia, donde ya existe o requieren la constitución de nuevas comunidades que confiesen a Jesús Salvador y Señor. La misión “ad gentes” tiene este objetivo: fundar comunidades cristianas, hacer crecer las iglesias hasta su completa madurez. Esta es una meta central y específica de la actividad misionera, hasta el punto de que esta no puede considerarse desarrollada mientras no consiga edificar una nueva iglesia particular que funcione normalmente en el ambiente local.

Las comunidades eclesiales de base

Son un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y de evangelización, un punto de partida válido para una nueva sociedad fundada sobre la civilización del amor. Son instrumento de evangelización y de primer anuncio, así co-

mo fuente de nuevos ministerios, a la vez que animadas por la caridad de Cristo, ofrecen también una orientación sobre el modo de superar divisiones y racismos.

Encarnar el Evangelio en las culturas: inculturación

Al desarrollar su actividad misionera entre las gentes, la Iglesia se ve comprometida en el proceso de inculturación. Es esta una exigencia que ha marcado todo su camino histórico, pero hoy es aguda y urgente.

El proceso de la inserción de la iglesia en las culturas de los pueblos requiere largo tiempo: no se trata de una mera adaptación externa, ya que la inculturación “significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas”. Es, pues, un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la iglesia. Pero es también un proceso difícil, porque no debe comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana.

Por medio de la inculturación, la iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro. Por su parte, con la inculturación, la iglesia se hace signo más comprensible de lo que es el instrumento más apto para la misión.

Los misioneros deben insertarse en el mundo sociocultural de aquellos a quienes son enviados, superando los condicionamientos del propio ambiente de origen. Así, deben aprender la lengua de la región donde trabajan, conocer las expresiones más significativas de aquella cultura, descubriendo sus valores por experiencia directa. Solamente con este conocimiento los misioneros podrán llevar a los pueblos de manera creíble y fructífera el conocimiento del misterio escondido (cf. Rom 16, 25-27; Ef 3,5). Para ellos no se trata de renegar a la propia identidad cultural, sino de comprender, apreciar, promover y evangelizar la del ambiente donde actúan y, por consiguiente, estar en condiciones de comunicar realmente con él, asumiendo un estilo de vida que sea digno de testimonio evangélico y de solidaridad con la gente.

La inculturación, en su recto proceso debe estar dirigida por dos principios: “la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la iglesia universal”. Se cuidará de la fidelidad y, sobre todo, del discernimiento, para lo cual es necesario un profundo equilibrio; en efecto, existe el riesgo de pasar acríticamente de una especie de alienación de la cultura a una supervaloración de la misma. También ella –la cultura– debe ser purificada, elevada, perfeccionada. Este proceso será gradual, fruto de la experiencia. La salvaguardia de los valores tradicionales es efecto de una fe madura.

Promover el desarrollo educando las conciencias

La “misión ad gentes” se despliega aún hoy día, mayormente, en aquellas regiones del Sur del mundo donde es más urgente la acción para el desarrollo integral y la liberación de toda opresión. La iglesia siempre ha sabido suscitar, en las poblaciones que ha evangelizado, un impulso hacia el progreso, y ahora mismo los misioneros, más que en el pasado, son conocidos también como promotores de desarrollo.

En la Encíclica “*Sollicitudo rei socialis*” se afirma: “la Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer al problema del subdesarrollo en cuanto tal”, sino que “da su primera contribución a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta”. “el mejor servicio es el de la evangelización, que lo prepara a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente”. La misión de la Iglesia consiste esencialmente en ofrecer a los pueblos no un “tener más”, sino un “ser más”, despertando las conciencias con el Evangelio. El desarrollo humano auténtico debe echar sus raíces en una evangelización cada vez más profunda”.

La Iglesia y los misioneros son también promotores de desarrollo con sus escuelas, hospitales, tipografías, universidades, granjas agrícolas experimentales. Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica. La iglesia educa las conciencias revelando a los pueblos al Dios que buscan, pero que no conocen; la grandeza del hombre creado a imagen de Dios y amado por él; el dominio sobre la naturaleza creada y puesta al servicio del hombre; el deber de trabajar para el desarrollo del hombre entero y de todos los hombres.

Con el mensaje evangélico la iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida. He aquí por qué entre el anuncio evangélico y promoción del hombre hay una estrecha conexión.

Un desarrollo sin alma no puede bastar al hombre, y el exceso de opulencia es nocivo para él, como lo es el exceso de pobreza.

“Contra el hambre, cambia la vida” es el lema que indica a los pueblos ricos el camino para convertirse en hermanos de los pobres; es necesario volver a una vida más austera que favorezca un nuevo modelo de desarrollo, atento a los valores éticos y religiosos. La actividad misionera lleva a los pobres la luz y aliento para un verdadero desarrollo.

La caridad, fuente y criterio de la misión

“La Iglesia en todo el mundo quiere ser la iglesia de los pobres”. Quiere enseñar esta verdad y quiere ponerla en práctica, igual que Jesús vino a hacer y enseñar.

“Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso, Dios toma su defensa y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús”.

Juan Pablo II: “la Iglesia está llamada a compartir con los pobres y los oprimidos de todo tipo. Por esto, los discípulos de Cristo y las comunidades cristianas, desde las familias a las diócesis, desde las parroquias a los institutos religiosos, deben hacer una sincera revisión de la propia vida en el sentido de la solidaridad con los pobres”.

En efecto, son las numerosas “obras de caridad” que atestiguan el espíritu de toda la actividad misionera: El amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, es también “el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno”.

DOCTRINA, EN ESPECIAL, DE ALGUNAS FAMILIAS E INSTITUCIONES MÁS COMPROMETIDAS CON EL ÁMBITO JUVENIL EN GENERAL:

¿Tienen alguna característica, derivada de su carisma, que puedan aportar al proceso de la primera evangelización de los jóvenes?

En este ámbito tan urgente, la actividad misionera pone en movimiento y hace emerger la capacidad educativa y las características juveniles de sus carismas. La originalidad carismática no se pierde en la finalidad general sino que le da color y peculiaridad propios. Es decir, esta misión dejará en la Iglesia que nace la marca de la sensibilidad del carisma, sobre todo por la educación de las nuevas generaciones y por el interés en los problemas juveniles. Capacitará a la Iglesia, que está naciendo, para ser lugar de encuentro y de diálogo sobre la fe y los valores entre las generaciones. Así, las misiones, para estos grupos, no son una obra más entre las muchas que realizan, sino la avanzada de todo el carisma, que ofrece, junto al mensaje evangélico, el espíritu, la misión, el método educativo y las opciones preferentes.

Pero la misión tiene otras dos características: el esfuerzo de inculturación y el interés por arraigar en el pueblo.

El misionero no se presenta como el que lleva desde fuera un mensaje religioso, sino como quien da testimonio del Evangelio, haciendo propio los valores del pueblo y compartiendo sus angustias y esperanzas. Es criterio para cada misionero hacerse en todo semejante a los hermanos que evangeliza y es también una indicación para las distintas familias cuyo rostro misionero exige que, de verdad, se haga asiática, europea, americana, polinesia o africana, según el lugar donde el señor las llama a florecer.

Para todos, la “misión ad gentes” forma parte esencial del fin y pertenece al núcleo esencial de sus familias. En el trabajo misionero reconocen un rasgo esencial de su compromiso eclesial. Esta obra que nos sitúa en el corazón de la Iglesia, moviliza todos los recursos educativos y pastorales típicos de nuestros sistemas.

La animación misionera es una constante y permanente preocupación.

La animación misionera no es un componente más de la actividad pastoral, sino una dimensión de toda ella, no es un apéndice, es la corona de toda actividad pastoral.

No se puede confundir la “misión ad gentes” con la solidaridad ni con la nueva evangelización que se pretende en los países de antigua tradición cristiana. Ésta, cuando es verdadera y auténtica, genera vocaciones misioneras, voluntarios y compromisos solidarios.

CAMINO PARA HACER LLEGAR EL MENSAJE DE CRISTO A LOS JÓVENES QUE NO CONOCEN A CRISTO (Y A LOS QUE LO CONOCEN):

MODELO DE ACTUACIÓN

Desde el testimonio personal y comunitario, como ambiente significativo de toda actividad pastoral, suscitamos interrogantes que despiertan admiración y seguimiento.

Estos son nuestros pasos: acogida, promoción y evangelización. Los presento y enuncio de forma esquemática:

Acogida: *desde el ser y sentirse testigos y pastores:*

- conocer sus ambientes
- buscarlos, ir a donde están, acogerlos en la situación en que están
- curar sus heridas
- darles pan y casa
- ofrecerle amistad
- escuchar sus inquietudes
- dialogar con ellos
- valorarlos y valorar sus cualidades y tradiciones
- hacer que se sientan amados

Promoción: *desde la cercanía y amistad:*

- ofrecerles posibilidades de formación
- posibilidad de salir de sus pobreza
- aprendizaje de oficios
- en clima de grupo (muy importante)
- aclarar, sin imponer, sus dudas e inquietudes religiosas

- proponer valores –paz, justicia, solidaridad– que llevan al Evangelio
- hacer honrados ciudadanos
- acompañarlos en su camino

Evangelización: *desde el convencimiento de que sólo Cristo es camino, verdad y vida:*

- invitarlos desde un proceso catecumenal y seguimiento
- la conversión
- el bautismo
- el amor a los demás
- el mensaje cristiano
- la solidaridad
- la integración en grupo de vida cristiana
- el compromiso de servicio gratuito
- buenos cristianos, testigos de la Buena Noticia
- compromiso a favor de los demás, especialmente los jóvenes más necesitados
- vocaciones al servicio del reino
- con la presencia y bajo la protección de María estrella de la nueva Evangelización.

Concluyo: Os he presentado la misión “ad gentes” –en el ámbito juvenil desde un carisma y estilo, especialmente experimentado con los jóvenes –opción preferencial – que los acoge, los acompaña y los lanza hasta el ser testigos y evangelizadores de sus paisanos y compañeros.

EL INSTITUTO ESPAÑOL DE MISIONES EXTRANJERAS (IEME) UN CAUCE PARA LA MISIÓN “AD GENTES”

Rvdo. D. José Manuel MADRUGA SALVADOR
Misionero del IEME

1. INTRODUCCIÓN

El Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME) es uno de los cauces que tiene el clero secular español para colaborar y participar en la misión “ad gentes” de la Iglesia.

Son notas esenciales que configuran su identidad y que han permanecido siempre en la convicción íntima de sus miembros, la pertenencia al clero secular español, la plena dedicación a la actividad misionera de la Iglesia y la asociación mutua para poder realizar mejor la común vocación misionera, viviendo la fraternidad y comunión apostólicas.

2. BREVE BOSQUEJO HISTÓRICO

El caminar del IEME hunde sus raíces en la iniciativa de un sacerdote diocesano, D. Gerardo Villota, quien sintió la necesidad de que el clero secular pudiera participar, como tal, en la actividad misionera de la Iglesia universal. Tal iniciativa se plasmó en la fundación de un Colegio en la ciudad de Burgos que seleccionó y que preparó a algunos sacerdotes para enviarlos a América Latina. Los primeros fueron enviados en la primera década del siglo XX a Chile, más en concreto a la diócesis de La Serena.

Fueron muchas, sin embargo, las dificultades que tuvieron que superarse para mantener viva la intuición de D. Gerardo y las perspectivas que poco a poco se abrieron –y que aún hoy siguen abriéndose– para realizarlas en plenitud.

La llegada a la sede de Pedro del Papa Benedicto XV (1914) significó una era nueva en la renovación misionera de toda la Iglesia y el nombramiento para la sede de Burgos del arzobispo y luego cardenal Benlloch (1919) dinamizó la búsqueda de un cauce misionero para el clero secular español.

Cuando el arzobispo Juan Benlloch llegó a la sede de Burgos traía una carta del Papa Benedicto XV en la que le instaba a poner en marcha, con la colaboración de sus hermanos en el Episcopado, un Seminario de Misiones para el clero secular español. El punto de partida sería “esa como semilla” que había sembrado D. Gerardo Villota, “sacerdote de santa memoria”.

El Seminario de Misiones inició su andadura con un gran dinamismo y vitalidad el curso 1921-22 y en el otoño del curso siguiente salieron hacia la misión del San Jorge (Colombia) los tres primeros sacerdotes misioneros.

Desde un principio se vivió la estrecha vinculación del Seminario con el Episcopado y con el clero secular español. En el nuevo Seminario se dio luz verde a la Unión Misional del Clero y allí, en la persona del arzobispo, Juan Benlloch, todos los obispos españoles asumieron la encomienda de potenciar el Seminario como un cauce por el que podrían discurrir y canalizarse los afanes misioneros universalistas de todos los sacerdotes seculares españoles.

Mientras la vida del Seminario se robustecía, aumentaban las vocaciones y se abrían nuevos campos de trabajo en África y en Asia, no progresaba, en cambio, en la misma medida la definición jurídica de aquella diocesaneidad que estaba en la raíz de la intuición de D. Gerardo Villota y que mantenían y defendían los conocedores y seguidores de su inspiración, entre ellos D. Emilio Rodero, Rector por varios años del seminario y Vicario general de la diócesis de Burgos.

En el año 1947, por decisión de Propaganda Fide, el Seminario Nacional de Misiones quedó situado en el marco jurídico de Sociedades de Vida en Común sin votos y pasó a llamarse Instituto Español de Misiones Extranjeras.

La intervención de Roma definía la vida del Seminario de Misiones pero la alejaba de su concepción inicial, es decir, la asimilaba más al talante de los institutos misioneros no teniendo en cuenta su raíz secular y diocesana.

Por otra parte, en aquellas mismas fechas y, fuera del ámbito de Propaganda Fide, se gestaban en Roma otros caminos y otras formas de concretar el compromiso, la colaboración y ayuda misioneras del clero secular español, sobre todo de cara a América Latina. Me refiero a la “Misión Diocesana” de Vitoria en los Ríos (Ecuador) y a la Obra de Cooperación Sacerdotal para Hispanoamérica (OCSHA).

La aceptación obediente de la decisión de Roma, no fue nada fácil para los misioneros del IEME. Fue el suyo un sacrificio y un ejercicio de fidelidad. Por eso, no es de extrañar que pronto comenzaran a reivindicar su identidad como clero secular y diocesano. En esta búsqueda el IEME tuvo que gastar buena parte de sus energías y de los primeros decenios de su existencia.

Fue el Concilio Vaticano II quien, con una nueva reflexión teológica sobre la misión, sobre las Iglesias particulares y sobre el asociacionismo dentro de la Iglesia, ayudó a dibujar mejor el perfil de instrumento, de cauce misionero del clero secular español para la misión “ad gentes” que el IEME pretendió diseñar desde sus comienzos.

El incesante y espinoso camino hacia el reconocimiento de la propia identidad secular y diocesana se fue articulando a partir del año 1970 a base de trabajos de sincronización de propósitos originales con requisitos canónicos y con un atento discernimiento de los signos de los tiempos.

En este trabajo de sincronización merece especial mención el apoyo otorgado por la Conferencia Episcopal Española quien ya en el año 1978 dio el parecer favorable para que los sacerdotes del IEME que estaban incardinados en la institución pudieran incardinarse en sus diócesis de origen.

La incardinación en las diócesis fue acompañada de la renuncia a tener un seminario propio. Desde ese momento todos los sacerdotes que se incorporan al IEME han estudiado no sólo en sus seminarios diocesanos sino que además han debido de permanecer en la diócesis, después de ordenados, un mínimo de tres años trabajando pastoralmente e integrados en sus respectivos presbiterios.

Hoy, el IEME, a partir de la VI Asamblea General celebrada en el año 1988, se define como una Sociedad de Vida Apostólica de sacerdotes seculares españoles que se asocian entre sí para dedicarse a la actividad misionera de la Iglesia. Las constituciones, aprobadas por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, recogen el anhelo sentido por todos de ser, al mismo tiempo, sin lesión de uno ni otro concepto, misioneros y sacerdotes diocesanos, incardinados en nuestras diócesis, parte de un presbiterio y expresión misionera “ad gentes” del mismo.

3. NOTAS DE SU IDENTIDAD

El IEME es uno de los cauce para la realización de la vocación misionera que tenemos los sacerdotes diocesanos, quienes, por nuestra ordenación, hemos de llevar en nuestro corazón la solicitud por todas las Iglesias. (cfr. PO 10).

Por nuestra parte, nos sentimos impulsados a realizar esta misión en nombre de nuestras iglesias diocesanas, que nos alientan y acompañan en la tarea misionera, bien como misioneros en servicio permanente a la misión “ad gentes”, bien como misioneros por un tiempo determinado.

Unos y otros seguimos incardinados en nuestras diócesis de origen y nos sentimos enviados por ellas, permaneciendo unidos tanto al presbiterio como a las comunidades en donde hemos nacido y crecido. El IEME da así a las iglesias locales una expresión peculiar de su responsabilidad misionera, y a los sacerdotes diocesanos un modo propio de vivir su diocesaneidad.

Las relaciones entre la diócesis de origen, el IEME y el sacerdote misionero se regulan por un acuerdo escrito firmado por el interesado, su Obispo y el Director General del IEME.

4. NUESTRO APORTE ESPECÍFICO

Nuestro aporte específico al clero diocesano es el de ofrecer un cauce concreto para servir a la misión “ad gentes” en pueblos de cultura diferente a la nuestra de origen:

- a) donde la Buena Nueva del Reino anunciado por Jesús no es conocida,
- b) donde no existe la comunidad cristiana local,
- c) donde la comunidad cristiana es insuficiente en sí misma.

Este cauce que es el IEME ofrece una experiencia misionera contrastada; atiende los procesos de discernimiento de la vocación misionera; pone especial cuidado en los procesos de preparación e inserción en la misión; garantiza el acompañamiento y ofrece a los sacerdotes la posibilidad real de poder vivir la concreción de su vocación misionera en el marco de una fraternidad sacerdotal y misionera.

Los sacerdotes del IEME desarrollamos la actividad misionera bajo la dependencia pastoral del obispo de la iglesia a la que somos enviados, integrados en la vida y en el trabajo del presbiterio local. El IEME no tiene ni pastoral ni misiones propias, tampoco tiene territorios asignados. En diálogo con el obispo que nos recibe, procuramos estar en aquellas situaciones “ad gentes” que se consideran más misioneras. Nuestra tarea no consiste tanto en mantener y en conservar estructuras pastorales que, de alguna manera ya funcionan, sino más bien en poner los cimientos y las bases de nuevas comunidades cristianas.

Por eso, nuestro trabajo misionero “ad gentes” se centra en el primer anuncio de Cristo y de su evangelio, en la edificación de la iglesia local y en la promoción de los valores del Reino. De ahí que pongamos un énfasis especial en la creación de pequeñas comunidades cristianas, en la formación del laicado y en la promoción, formación y acompañamiento del clero diocesano nativo para que la iglesia local alcance su plena madurez.

Una de las tareas que se nos ha confiado ha sido la formación de los futuros sacerdotes y el acompañamiento de los más jóvenes. Hay compañeros que trabajan en seminarios, formando parte de los equipos de formadores, y en las incipientes y débiles instancias de acompañamiento que comienzan a articularse para el clero diocesano local.

Algunos de nosotros compartimos en misiones la vida y el trabajo con otros sacerdotes nativos del presbiterio local. Queremos de esta forma apoyarles en su vida pastoral y en sus esfuerzos por realizar un estilo de vida propio del clero secular diocesano. Por otra parte, concientes de que la Iglesia es esencialmente misionera y que, desde su pobreza, debe abrirse a la misión “ad gentes”, nuestra tarea consiste también en *suscitar ese talante específicamente misionero* en las iglesias y presbiterios locales donde desarrollamos nuestra actividad misionera.

Los vínculos de unión que mantenemos los sacerdotes del IEME con nuestras diócesis de origen así como nuestra inserción en las iglesias locales crean en nosotros la exigencia de ser *vehículos de comunión entre las Iglesias*. De ahí que mantenemos siempre vivos y operantes los lazos con nuestras diócesis de origen mediante la información y comunicación constantes, la solicitud mutua y el aporte a la animación y formación misioneras.

5. ¿DÓNDE ESTAMOS?

El IEME ha servido de cauce misionero a más de 500 sacerdotes diocesanos a lo largo de estos 80 años, dedicados, en su mayoría de por vida, a la misión “ad gentes”. Actualmente somos 178 los misioneros que formamos parte de este cauce misionero que es el IEME.

Procedemos de la mayoría de las diócesis españolas, siendo Burgos y Pamplona las que más sacerdotes aportan seguidas de Madrid, Ciudad Real y Valencia. Ahora bien, mientras que la diócesis de Pamplona se halla estancada desde hace décadas, no sucede lo mismo con la de Burgos que junto con Ciudad Real son las diócesis que más sacerdotes están aportando en estos últimos años.

El hecho de proceder de casi todas las diócesis de la Iglesia española nos da también una gran riqueza al interior de los grupos y de los equipos. Vivimos como un don las diferentes aportaciones y vivencias de nuestros presbiterios e iglesias particulares.

De los 178 misioneros, 3 son obispos y el resto son sacerdotes. El 40 % del total están trabajando en América Latina y el Caribe, el 25 % en África, el 12 % en Asia y un 23 % están en España. Entre los que residen actualmente en España hay que enumerar a los que están en los Servicios Comunes del IEME, a los jubilados y enfermos, a otro grupo que están atendiendo situaciones familiares y que trabajan pastoralmente en sus respectivas diócesis.

El ritmo de nuevas incorporaciones en el IEME en estos últimos años ha sido de un promedio de cuatro sacerdotes por año, habiéndose cambiado la tendencia de los destinos. En estos momentos las prioridades son Asia, África y aquellas situaciones más misioneras de América Latina y el Caribe.

El primer campo de misión fue Colombia, donde se llegó en el año 1923. Los cuatro últimos campos son: Tailandia (1991), Panamá (1992), Benín (1999) y Cuba (2001). El IEME está en los siguientes países:

a) ÁFRICA

Zimbabwe (1949)
Mozambique (1954)
Zambia (1970)
Togo (1975)
Benín (1999)

b) ASIA

Japón (1953)
Tailandia (1991)

c) AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Colombia (1923)
Guatemala (1953)
Brasil (1970)
Perú (1970)
República Dominicana (1972)
Nicaragua (1981)
Panamá (1992)
Cuba (2001)

Estamos, pues, presentes en 15 países y siendo muy conscientes de que nuestra labor misionera es **transitoria y subsidiaria** dando prioridad a las primeras etapas del anuncio del Reino y por eso termina cuando “las nuevas iglesias quedan plenamente constituidas, es decir, provistas de fuerzas propias y medios suficientes para poder realizar por sí mismas las tareas de evangelizar” (CIC c. 786). De ahí que marchemos a nuevos campos de misión “ad gentes” una vez cumplidas las tareas propias de la actividad misionera. De hecho, las nuevas presencias en América Latina y el Caribe, a partir de los años setenta, son fruto de los procesos de reubicación que se dieron al interior de los mismos grupos.

6. PERFIL ORGANIZATIVO DEL IEME

Con respecto al perfil organizativo del IEME, nos importa, sobre todo, la tarea misionera y a ello, con espíritu de servicio orientamos las distintas instancias de la organización. Son estructuras del IEME el Equipo, los Grupos y los Servicios Comunes.

El IEME está estructurado en Equipos y Grupos. El Equipo constituye una comunidad elemental de encuentro más personal y cercano donde se deben dar la comunión, el discernimiento y la ayuda mutua en orden a vivir fielmente la propia vocación misionera. Podríamos decir que es el primer núcleo que mantiene la vida en común, flexible según las necesidades pastorales y abierto a otros sacerdotes del presbiterio local. El Equipo posibilita el vivir y trabajar en común, ofrece un espacio apropiado para la oración, la revisión de vida.

El Grupo está constituido por dos o más equipos que trabajan en una misma área territorial, aunque algunas veces pertenecen a diócesis distintas. El Grupo, además de prestar a sus miembros una serie de servicios, es el lugar apropiado pa-

ra impulsar la formación permanente y revisar el trabajo dentro de los planes pastorales diocesanos. El Grupo ayuda a asumir un estilo de vida común y coherente y a cultivar la espiritualidad misionera. Se tiende a tener una economía en común de acuerdo a los criterios de cada Grupo. Un equipo responsable, elegido por ellos mismos, con el coordinador el frente, cuida y se preocupa de la buena marcha del Grupo y de las necesidades de cada uno de los miembros.

El IEME tiene una Dirección General que es elegida por la Asamblea General y que es centro y signo de comunión de todos los miembros, equipos y grupos. Está constituida por el Director General y otro cuatro miembros. Sus tareas se orientan a facilitar la buena marcha y continuidad del IEME y su tarea evangelizadora, así como garantizar las buenas relaciones con la Iglesia española.

En el IEME hay otros cuatro misioneros, destinados en España y que, junto a la Dirección General, forman los Servicios Comunes. Estos servicios se orientan principalmente a la debida atención a todos los misioneros y a la colaboración en la animación y formación misioneras de la Iglesia española. Están formados por los Departamentos de Secretaría, Formación, Animación Misionera e Información, Economía, el Equipo de Formación y Animación (EFAM) y el Servicio de Atención a Jubilados y Enfermos. Al frente de estos Departamentos están quienes trabajan en los Servicios Comunes.

Finalmente, está la Asamblea General Ordinaria que, convocada por la Dirección General y con representantes de todos los grupos se reúne cada cinco años para revisar y contrastar la labor evangelizadora del IEME y la situación de las personas, equipos y grupos a todos los niveles. También actualiza las normas del IEME, traza líneas y prioridades y elige la nueva Dirección General.

El IEME tiene su domicilio social en Madrid. Hay una casa en la calle Ferrer del Río con capacidad para 30 personas cuyo objetivo es servir de sede de los servicios centrales del IEME, de casa de acogida de los misioneros y de centro de preparación de los nuevos. Otra casa en la Dehesa de la Villa (Madrid) con capacidad para 20 personas sirve para los misioneros jubilados que no desean estar en su diócesis, para misioneros en procesos de recuperación de su salud y para los sacerdotes que están haciendo algún tipo de reciclaje.

Ambas casas han estado abiertas y lo siguen estando a la acogida de sacerdotes diocesanos que se preparan a la misión, siempre por supuesto, que haya una solicitud por parte del obispo diocesano respectivo.

7. ESPIRITUALIDAD Y ESTILO DE VIDA

La espiritualidad –el vivir todas las dimensiones de nuestra vida según el Espíritu– es para nosotros elemento de identidad, sostén de nuestra relación como discípulos del Señor Jesús y motor para la acción apostólica.

Nuestro estilo de vida viene marcado por tres notas esenciales: *sacerdotes diocesanos, asociados y misioneros* y es la misión “ad gentes” la que nos define fundamentalmente. Como sacerdotes diocesanos la fuente básica de nuestra espiritualidad es la caridad apostólica en el ejercicio del ministerio teniendo en cuenta que el ministerio ordenado tiene una radical forma comunitaria (cfr. PDV 17). Como misioneros, nuestra espiritualidad está configurada por el seguimiento de Jesús, misionero del Padre. Seguimiento de Jesús y misión “ad gentes” constituyen la esencia de nuestra espiritualidad misionera.

Hay algunos pilares que sustentan y configuran nuestro estilo de vida, siendo conscientes de que se trata de un ideal a alcanzar. Entre ellos significamos la opción por los pobres, la inserción, la fraternidad apostólica. Los sacerdotes nos unimos para ayudarnos mutuamente a realizar la común vocación misionera; realizamos nuestro ministerio unidos fraternalmente mediante lazos de caridad, de oración, de revisión y de cooperación fraterna. Integrados en equipo, y desde ellos en un Grupo, entendemos y vivimos la fraternidad apostólica como ayuda mutua en las necesidades personales y en la tarea misionera. Queremos también salir así al paso del peligro de individualismo que nos acecha.

Otras actitudes básicas y fundamentales en la vivencia de la espiritualidad son la contemplación, la disponibilidad y entrega totales, la humildad, la capacidad de acoger a las personas, la interioridad, la coherencia de vida, el espíritu ecuménico y el diálogo.

8. EL DISCERNIMIENTO, LA PREPARACIÓN Y LA FORMACIÓN PARA LA MISIÓN

En el IEME se quiere dar importancia a estas realidades que implican todo un proceso personal y comunitario.

EL DISCERNIMIENTO de la vocación misionera exige por parte del interesado un dejarse acompañar. De ahí que el IEME disponga de un equipo de tres sacerdotes misioneros llegados de los tres continentes donde el IEME trabaja.

La tarea del equipo consiste fundamentalmente en la realización de visitas a las diócesis y a los seminarios y en la organización de convivencias, unas de animación misionera, abiertas a todos los seminaristas y otras más específicas de preparación misionera para los que quieren realizar su vocación misionera a través del IEME.

Los seminaristas que aspiran a realizar su vocación de sacerdotes misioneros diocesanos, en ningún momento se desligan de su propia diócesis. Para una integración plena en su presbiterio diocesano realizan su formación y estudios eclesiales en su propio seminario, se ordenan en su diócesis y trabajan pastoralmente en

la misma durante algún tiempo. Sólo después de un proceso se podrán integrar al IEME para la actividad misionera.

Se organizan también convivencias destinadas a sacerdotes cuyo objetivo es lograr que sean sensibles a la misión universal de la Iglesia y que hagan suyas las esperanzas y la problemática de otras iglesias.

A quienes desean canalizar su vocación misionera a través del IEME se les ofrece un seguimiento más cercano. Así se facilita su discernimiento vocacional, su formación misionera y una relación más estrecha con el IEME. En este trabajo de discernimiento y de acompañamiento, el IEME quiere contar cada día más con los respectivos obispos y con las propias instancias de cada diócesis.

Los sacerdotes que deciden integrarse a la actividad misionera a través del IEME, siempre con el consentimiento de su obispo, tienen que realizar el *CURSO DE PREPARACIÓN MISIONERA*. Este curso se realiza en Madrid y tiene los siguientes objetivos:

- a) El conocimiento mutuo y la integración afectiva y efectiva entre los candidatos y el IEME.
- b) La preparación inmediata, a nivel de conocimientos, con materias específicamente misioneras y a nivel de cualidades y actitudes requeridas para la misión.

Este Curso de Preparación es seguido, en algunos casos, con el aprendizaje de alguna lengua europea y para todos con un período de inserción en el lugar de la misión y en los casos de Asia y África deben estudiar también una lengua local.

En el IEME se procura dar importancia a la *FORMACIÓN*, entendida como una dimensión de toda la vida que sólo termina con la muerte. La primera exigencia de la formación es ayudarnos a situarnos bien en la realidad en la que estamos llamados a realizar la misión.

Esto supone tomar conciencia del tiempo y del espacio en que vivimos. Y los tiempos están cambiando y hay continuos desplazamientos de las mismas situaciones misioneras, lo cual exige de nosotros mantenernos en un constante y dinámico aprendizaje.

Sin duda alguna que mucho de nuestro aporte dependerá de la calidad de la formación específicamente misionera que estemos ofreciendo y recibiendo en las diversas etapas de nuestra vida. De la calidad de esta formación dependerá nuestro compromiso misionero, la renovación en profundidad del mismo IEME como cauce misionero, nuestras respuestas a los desafíos y retos de la misión “ad gentes”, la palabra oportuna y la decisión madura tanto en los momentos más difíciles como en los más ordinarios y cotidianos.

Necesitamos de una formación que nos configure con Cristo, misionero y enviado del Padre; una formación personalizada en el marco de una vida fraterna. La

fraternidad es el espacio donde se debe facilitar el aprendizaje, donde se vivencie la unidad en el pluralismo y se compartan los dones. Debe ser también una formación continuada, siendo conscientes de que en la formación ya no hay un antes que nos prepara a un después. Aprendemos viviendo dentro de un proceso dialéctico de acción y reflexión. Finalmente tiene que ser una formación que nos capacite para ser misioneros “ad gentes”.

Estamos convencidos de que cada uno de nosotros tiene que ser sujeto de su propia formación pero también es verdad que no podemos dejar a la simple iniciativa de cada uno, una dimensión tan importante como la formación.

De ahí que el IEME tenga entre sus servicios un Departamento de Formación que vela por todos los aspectos que se relacionan con la formación. También en cada grupo hay un responsable de formación cuya tarea es “promover y coordinar en el grupo iniciativas mediante las cuales sus miembros profundicen en el conocimiento de las ciencias sagradas, o con ellas conexas, y de los métodos pastorales, entre los cuales no faltarán cada año encuentros prolongados por varios días como útil complemento de la formación recibida” (Const. 70).

Tarea es también del equipo coordinador de cada grupo “favorecer la formación especializada en materias relacionadas con la actividad misionera que desarrollan, especialmente entre los misioneros jóvenes, después de un período de experiencia apostólica, y teniendo en cuenta sus cualidades personales” (Const. 67,i)

9. EL IEME AL INTERIOR DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

El IEME, como institución específicamente misionera, dirige su mirada y sus esfuerzos fundamentalmente fuera de España. No obstante, tiene cometidos y actividades en relación con la Iglesia española.

9.1. Vinculación con la Conferencia Episcopal Española

El IEME está encomendado desde su fundación a la solicitud pastoral del Episcopado español. Por ello se mantiene una vinculación con la Conferencia Episcopal Española, a través de la cual el Episcopado ejerce su solicitud por el IEME, sin limitar su autonomía en el gobierno interno ni debilitar su dependencia jurídica de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. (CEP)

Esta vinculación se articula y explicita a través de la Comisión Episcopal de Misiones y tiene una doble dirección desde la Conferencia al IEME y viceversa.

El IEME informa anualmente a los Obispos de su andadura y quehacer misioneros. Recaba el parecer de la Conferencia sobre los procesos de formación y sobre la apertura de nuevos campos de misión. Además coopera en la formación de la conciencia misionera entre el clero y los seminaristas diocesanos.

Por su parte, la Conferencia Episcopal reconoce al IEME como un cauce de la Iglesia española para la actividad misionera de sus sacerdotes seculares diocesanos; asiste al IEME con los medios a su alcance; evalúa anualmente su andadura; da sus puntos de vista, si lo estima oportuno, al igual que su parecer y recomendaciones, a la hora de la apertura de nuevos campos de misión.

También en las Asambleas Generales del IEME, el Presidente de la Conferencia Episcopal preside la celebración de la Eucaristía en la que el nuevo Director General del IEME hace la profesión de fe al iniciar el ejercicio de su cargo.

En los últimos años muchas han sido las muestras de solicitud de nuestros Obispos y de nuestras diócesis de origen. Se ha logrado un nivel profundo de comunicación y de confianza a través de contactos, comunicaciones periódicas, diálogos, visitas a los países de misión.

9.2. Diocesaneidad de origen y destino

Somos conscientes de que “el don espiritual que los presbíteros hemos recibido en la ordenación no nos dispone para una cierta misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación hasta los extremos de la tierra (Hch 1,8), porque cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los apóstoles” (PO 10; cfr. AG 5; RMI 63).

Nuestro sacerdocio es participación del de Jesucristo, que es universal. Pero el sacerdocio diocesano hace referencia a una Iglesia particular, que es “la porción del Pueblo de Dios que se confía al Obispo para ser apacentada con la cooperación de sus sacerdotes” (CD 11).

Esta referencia se expresa y formaliza a través de la incardinación. “La incardinación no se agota en un vínculo puramente jurídico, sino que comporta también una serie de actitudes y de opciones espirituales y pastorales, que contribuyen a dar una fisonomía específica a la figura vocacional del presbítero” (PDV 31). La incardinación no limita tampoco la llamada universal de nuestro sacerdocio, sino que nos concede la pertenencia y la comunión con nuestra diócesis (Iglesia local).

Un elemento que constituye a la Iglesia particular en Iglesia es precisamente su apertura a la Iglesia universal y su solicitud por las demás Iglesias. Y es por el carisma de nuestra vocación misionera como nos ofrecemos para que la Iglesia particular realice a través nuestro la solicitud por las demás Iglesias. Somos diocesanos para realizar la responsabilidad misionera de la diócesis. Esta es nuestra actitud y opción pastoral como sacerdotes diocesanos.

En virtud de la incardinación, el Obispo puede enviar al sacerdote diocesano en su nombre y como colaborador suyo, a culminar efectivamente su solicitud por las Iglesias y su responsabilidad en la actividad misionera universal. Es más acci-

dental el hecho de que ese envío lo haga directamente o a través de alguna otra mediación eclesial, por un tiempo o de por vida, para un trabajo concreto o más general.

Así, el sacerdote diocesano misionero se convierte en instrumento de intercambio y comunión efectiva y visible entre las Iglesias, como preconiza el Papa en la encíclica *Redemptoris Missio* (cfr. 68)

Por lo tanto, nuestra diocesaneidad hace referencia a dos Iglesias particulares, la de origen y la de destino, y reviste unas condiciones especiales que exigen un mayor cuidado para seguir cultivando todo el afecto y sentido de pertenencia a una sin menoscabo del servicio a la otra, para la que hemos sido llamados y enviados.

Hay sin embargo algunas dificultades en la comprensión y aceptación de esta diocesaneidad que tiene una característica especial, en cuanto que es misionera. Somos sacerdotes diocesanos para realizar la dimensión misionera de la Iglesia particular. Pertenece a una diócesis para trabajar lejos de ella, ayudando al nacimiento y consolidación de otras Iglesias.

A veces, las distancias hacen difícil mantener una comunicación viva y frecuente con nuestras diócesis de origen, debido al excesivo trabajo y también porque en la medida en que nos vamos identificando con aquellos pueblos nos vamos distanciando de los orígenes. Puede ser también que no encontremos suficiente eco y sensibilidad en nuestras mismas diócesis y presbiterios de cara a las realidades que estamos viviendo.

Como sacerdotes diocesanos y miembros del IEME, encontramos, a veces, dificultades en algunos ámbitos, en la comprensión de nuestro marco jurídico de "*Sociedad de Vida Apostólica*". Somos conscientes de que hay como una cierta prevención, dentro del clero diocesano, a todo tipo de formas organizativas o asociativas que nosotros y otros grupos más, consideramos como necesarias para la actividad misionera. No olvidemos que "el ministerio ordenado tiene una radical *forma comunitaria* y puede ser ejercido sólo como una tarea colectiva" (PDV 17).

9.3. La animación misionera en los seminarios y en los presbiterios

El IEME ha tenido muy claro, desde sus inicios, la responsabilidad en *la animación misionera de los seminaristas y del clero diocesano*.

Siempre ha sido una labor realizada en coordinación con los Rectores y Formadores de los Seminarios Diocesanos, con los Delegados Diocesanos de Misiones y del Clero de cada diócesis. En los últimos años la animación se hace en colaboración con las OMP y con el respaldo, apoyo e integración en la Comisión Episcopal de Misiones.

El IEME dispone de un equipo de Formación y Animación Misionera (EFAM) formado por tres sacerdotes misioneros venidos de cada uno de los tres continen-

tes donde el IEME trabaja y que se renueva todos los años, con el relevo de uno de sus miembros, para asegurar así la vivencia y la frescura de la misión.

Hay también en las diócesis compañeros que tienen que estar o por enfermedad o atendiendo situaciones familiares. Algunos de ellos se incorporan también a las tareas de animación ya sea asumiendo las mismas Delegaciones de Misiones, ya sea poniéndose al servicio de las mismas, sobre todo, para retiros, charlas, jornadas de animación misioneras.

Los mismos compañeros de la Dirección General están abiertos a colaborar en estas tareas de animación en medio de sus múltiples ocupaciones. Últimamente se está colaborando también en la animación misionera de las Iglesias de misión. El IEME considera como una de sus prioridades este trabajo.

El principal objetivo de la animación misionera es animar a todo sacerdote diocesano y a todo seminarista, que se forma para serlo, a vivir y a desarrollar la dimensión universal que es elemento esencial de su vocación (cfr. PO 10). A partir de ahí, es bueno promover las posibles vocaciones misioneras, sin poner el énfasis en el cauce a través del cual decidan realizarlo.

Las diócesis agradecen que sigamos aportando “lo misionero”, es decir, el testimonio de Iglesias jóvenes que crecen, las necesidades que estas Iglesias tienen, la necesidad de apertura de nuestros presbiterios a la misión “ad gentes”.

9.4. Colaboración con otras instancias misioneras

El IEME ha estado siempre animando y dando su apoyo a iniciativas de trabajo en conjunto con las diferentes instancias misioneras de la Iglesia española.

Participó activamente en la creación del Servicio Conjunto de Animación Misionera (SCAM) y ahora colabora formando parte del equipo de reflexión del mismo.

Estuvo también en el lanzamiento de la actual Escuela de Misionología y colabora en ella desde la coordinación y con el aporte de profesores y de alumnos.

Desde hace más de 50 años publica la revista “Misiones Extranjeras” cuya temática misionológica nos acerca a la realidad y a la reflexión de otros pueblos e Iglesias. Desde el año 1997 es un proyecto común con las instituciones misioneras de la Iglesia española. El IEME mantiene la dirección y la administración de la misma y la dirección nacional de las OMP colabora económicamente para hacer frente al déficit.

En el seno de la revista “Misiones Extranjeras” en el año 1998 se puso en marcha el FORO de la Revista Misiones Extranjeras, que se define como un espacio de reflexión y de debate teológico-pastoral sobre la vida y el quehacer misionero de la Iglesia española.

Los objetivos del Foro son crear un ámbito de reflexión y comunión para fortalecer y acompañar la acción misionera; recoger y encauzar los diferentes retos y desafíos que plantea la misión “ad gentes” hoy; iluminar y acompañar la animación misionera en la Iglesia española; contribuir a la búsqueda de un lenguaje común de las cuestiones misionológicas y proponer e impulsar iniciativas que contribuyan a la difusión y al dinamismo de la vida misionera.

El Foro se reúne tres veces al año y son miembros del mismo las personas que determine el Consejo de Dirección de la revista. Un equipo responsable se encarga de coordinar las actividades.

El IEME forma parte del Consejo Nacional de Misiones, organismo que tiene la doble misión de ayudar a programar, dirigir y revisar las principales actividades de cooperación a nivel nacional, y de coordinar el trabajo e iniciativas de las diferentes instituciones misioneras.

En los últimos años hemos abierto la casa y la dinámica del Curso de Preparación a aquellos sacerdotes diocesanos que se preparan para ir a proyectos misioneros diocesanos y también a algunos sacerdotes-OCSHA. En ambos casos deben ser los obispos diocesanos y la OCSHA quienes lo soliciten. El IEME considera como muy positiva esta experiencia de convivencia de los sacerdotes que se preparan a la misión independientemente del cauce que hayan elegido.

Queremos seguir colaborando también con la dirección nacional de las OMP en todo aquello que nos soliciten y que esté a nuestro alcance. En esta línea se sitúan todos nuestros trabajos de animación y formación misioneras así como la misma colaboración para dinamizar y relanzar la PUM.

10. RETOS Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Durante el mes de mayo del año 2002, el IEME convocó a 25 de sus misioneros y les invitó a soñar el futuro. Fue un trabajo y un ejercicio de creación y de prospección partiendo de nuestro caminar en los últimos años. Y es que no podemos renunciar a contemplar nuestra historia misionera como un memorial vivo de identidad y de pertenencia. Sin memoria no tendríamos esa coherencia misionera que da la experiencia y que el IEME ha adquirido como fruto de su caminar misionero.

Son muchos los retos que tenemos: unos son de orden más interno, otros los compartimos con todo el clero secular español y también, en menor medida, con las demás instancias misioneras de la Iglesia española. A todos ellos queremos responder desde nuestra coherencia de vida, con la ayuda de los demás y con la apertura a toda posible forma de colaboración y comunión participativa.

Intento en este final de la comunicación presentar simplemente algunos de los retos que nos afectan más directamente con la esperanza de que, una vez conscien-

tes de ellos, pongamos los medios, la voluntad y los recursos para abordarlos con ciertas garantías de éxito.

- 1º. Al IEME le gustaría continuar profundizando el diálogo entre los diferentes cauces misioneros del clero secular español. Después de una corta pero fructífera historia de presencia misionera, y, ante las circunstancias del presente, nos preguntamos si no habrá llegado el momento de que la Comisión Episcopal de Misiones nos convoque a los diferentes cauces para evaluar el pasado y proyectar una mayor coordinación para el futuro. De esta forma, podríamos, como clero diocesano, afrontar con más y mejores garantías los retos y responder mejor a las exigencias de la misión ad gentes.
- 2º. Nos preguntamos cómo lograr que nuestras iglesias particulares y presbiterios se enriquezcan a partir de la comunión entre iglesias y, a través de la presencia misionera de sus misioneros, algunos de ellos sacerdotes diocesanos seculares.
- 3º. Nos preguntamos también cómo alimentar y seguir despertando la dimensión universal de nuestro sacerdocio entre el clero y los seminaristas. Para ello sería conveniente establecer fórmulas concretas que respondan a las peticiones de las diócesis que solicitan ayuda para atender la formación misionera de sus seminaristas y presbiterios.
- 4º. Nos gustaría hacer una llamada al clero secular español y de una manera especial a los más jóvenes de cara a una mayor presencia en África y en Asia. Somos conscientes de que no podemos olvidar los lazos históricos que nos unen a las Iglesias de América Latina y el Caribe, pero nuestra presencia debiera privilegiar las situaciones más misioneras, tratando de ayudar a despertar y a canalizar su propia vocación misionera “ad gentes”.
- 5º. Sería también necesaria y conveniente una mayor colaboración aquí y en misiones entre los diferentes cauces misioneros del clero secular español. Para ello se podrían organizar actividades conjuntas para atender humana y sacerdotalmente a los presbíteros de los diferentes cauces que se preparan para la misión, están en ella o han regresado.
- 6º. Habría que estudiar formas para que las experiencias misioneras de los sacerdotes regresados revirtieran más positivamente sobre las Iglesias particulares y sobre los presbiterios.
- 7º. Todos tendremos que hacer también un esfuerzo para que la dimensión misionera deje de ser algo marginal en la vida de las Iglesias. En este sentido es de desear una presencia más numérica y representativa de Obispos en la Comisión Episcopal de Misiones como expresión y ejercicio del compromiso misionero de nuestros Obispos en la corresponsabilidad con el Papa de la Iglesia universal y de la importancia de la misión ad gentes para la vida de nuestras Iglesias particulares.

- 8º. El IEME inició en los últimos años nuevas formas de colaboración con las diócesis españolas de cara a emprender nuevos compromisos misioneros. No se pretende quitar el protagonismo a las Iglesias locales, sino más bien apoyarlas y fortalecerlas en sus compromisos. Seguimos estando abiertos a éstas y otras formas de colaboración conjunta.
- 9º. Nos sigue pareciendo de suma importancia la animación misionera al igual que el cuidado de los procesos de discernimiento, de preparación y de formación para la misión. Por ello, seguiremos aportando recursos humanos y buscando formas de colaboración con el clero diocesano, a la vez que asumimos como un desafío el relanzamiento desde las OMP de la Pontificia Unión Misional (PUM).
- 10º. Uno de los objetivos de este Congreso y que el IEME comparte es el avanzar en la creación de un Centro de Animación y Cooperación Misionera de la Iglesia española cuyos objetivos están explicitados, de alguna forma, en el capítulo IV del documento de la Comisión Episcopal de Misiones “*La misión ad gentes y la Iglesia en España*”. Nos gustaría que la iniciativa y puesta en marcha se hiciera desde la Comisión Episcopal de Misiones y la Dirección Nacional de las OMP, pero que, al mismo tiempo, fuera un ejercicio de comunión y de participación de todas las fuerzas misioneras y expresión de las ricas sensibilidades que confluyen en el campo de la misión.

EL SACERDOTE DIOCESANO EN LA MISIÓN – MISIONES DIOCESANAS –

Rvdo. D. Jesús María PEÑA PEÑACOBÁ
*Delegado Diocesano de Misiones
Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño*

INTRODUCCIÓN

Cuando, con frecuencia, me preguntan sobre las razones que me impulsaron a ir a misiones como sacerdote diocesano, sin pertenecer a ningún instituto específicamente misionero o a una congregación religiosa que también haya optado por la Misión, sino poniendo toda mi confianza en la Iglesia local que me enviaba, no encuentro una respuesta fácil.

Acudo al evangelio: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Juan 20, 21); “id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad” (Marcos 16, 15); “la mies es abundante y los obreros pocos; por eso, rogad al dueño que envíe obreros a su mies” (Mateo 10, 38). Acudo a Pablo y su gran misión. Vuelvo a ver el hermoso ábside de la capilla del seminario mayor de Logroño, con Jesús extendiendo los brazos invitando a los apóstoles a salir para predicar el evangelio, y recuerdo con cariño y nostalgia a los sacerdotes que venían de misiones a contarnos lo que allí vivían...

He preguntado a varios sacerdotes diocesanos que están actualmente en misiones cómo viven la diocesaneidad lejos de casa. He aquí alguna de las respuestas:

Como sacerdote diocesano veo la misión ad gentes aquí, en África, de una manera distinta a como la veía en mi Diócesis de España.

La esencia es la misma, pero es muy cierto, al menos en mi caso, que al venir a la Misión cambian totalmente los esquemas que sustentan esa esencia misionera.

“Venid y lo veréis” dijo Jesús a unos que le preguntaban: “Maestro, ¿dónde vives?”... Ir, ver... Ésta creo que es la nota previa que debe tener el sacerdote diocesano sobre la Misión.

No es bueno, no es suficiente con imaginarse cómo es el lugar de misión; no es suficiente que te lo cuenten otros que han estado... Hay que experimentarlo personalmente: yendo, viendo, viviendo en países de Misión. La misión cambia a las personas, transforma a los sacerdotes diocesanos como lo estoy viendo en mi persona.

Tengo ahora visión distinta de la realidad social y del modo de vivir de las gentes: sencillez a raudales; solidaridad a espuertas; felicidad y alegría a toneladas, viviendo con los pocos gramos de consumismo.

He visto, estoy viendo otro modo de pensar. Noto y siento que estando aquí el evangelizador es evangelizado, y se hace bueno el dicho "hay más alegría en dar que en recibir".

Finalmente, y ante todo, aquí he sido contagiado por la juventud y fresca que emanan las diversas comunidades cristianas que ya están implantadas y que tratan de seguir adelante contra el viento – fuerte – de la religión tradicional, y contra la marea de otras religiones, sobre todo del Islam.

Para mí todos los sacerdotes diocesanos deberían pasar por la misión, para después agrandar y dignificar nuestro servicio sacerdotal en la diócesis de origen.

En todo esto y en el convencimiento personal de que una Diócesis puede y debe comprometerse directamente en la misión, intento encontrar la respuesta que justifica plenamente la presencia de los sacerdotes diocesanos en la misión, enviados directamente por el obispo diocesano apoyado por su presbiterio.

DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO

La llamada a los sacerdotes diocesanos para la Misión se lleva a cabo desde el Magisterio de la Iglesia. Se ha escrito mucho sobre estos textos por lo que todo lo que yo pueda decir en esta comunicación sobre ello no sería más que repetir lo ya dicho. Recuerdo el buen resumen que monseñor José Capmany Casamitjana, Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias durante dieciséis años y presidente de la Comisión Episcopal de Misiones a lo largo de dos trienios, hizo al respecto en la introducción al libro "La Iglesia Misionera. Textos del Magisterio Pontificio" (BAC Minor, nº 78 – 1994).

Permítaseme no obstante señalar los documentos más importantes y el año de su publicación:

- *"Maximum Illud"* –Carta Apostólica– Noviembre de 1919, del Papa Benedicto XV.
- *"Fidei Donum"* –Encíclica– Abril 1957, de Pío XII.

- Decretos del Concilio Vaticano II: “*Ad gentes*”, “*Presbyterorum Ordinis*” y “*Optatam Totius*”, los tres del año 1965.
- “*Redemptoris Missio*” –Encíclica– Diciembre de 1990, de Juan Pablo II.

Que los sacerdotes diocesanos pueden tener una vocación estrictamente misionera y, partiendo de la Iglesia particular a la que sirven, irse a territorios lejanos de misión, no ofrece ninguna duda. Ésta surge a la hora de plantearse la forma concreta y canónica de envío. Monseñor Capmany lo resumía perfectamente en el libro anteriormente citado: “*Pío XII vio este problema y pidió que sacerdotes diocesanos por tiempo limitado sirvieran las misiones de África; intuía que esta forma de colaboración sería provechosa también para las Iglesias que la protagonizaran (FD 17). Esta experiencia fue luego extendida a todo el mundo, tomando la denominación de sacerdotes Fidei donum por el documento de Pío XII. Ello permite mantener la incardinación y la profunda relación del sacerdote con su diócesis de origen, a la cual vuelve luego enriqueciéndola por su experiencia misionera. En el lugar misionero desarrolla su actividad de acuerdo con su condición de sacerdote diocesano, o sea, al servicio inmediato e incondicionado del obispo misionero.*”

Juan Pablo II califica de “intuición profética” la iniciativa de Pío XII y certifica la “validez y los frutos de esta experiencia” que “pone en evidencia de manera singular el vínculo de comunión entre las Iglesias”. Recuerda que los sacerdotes a enviar deben ser “escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados”, que “deben insertarse en el nuevo ambiente” y, bajo el obispo, formar parte del único presbiterio. Desea que esta experiencia aumente en las Iglesias antiguas y ello “sea promovido en el presbiterio de las Iglesias más jóvenes” (RMi 68).

La encíclica *Fidei Donum* pide sacerdotes diocesanos que voluntariamente partan a Misiones, enviados por su obispo, y eso aunque la diócesis tenga penuria de sacerdotes (n.15). Treinta y tres años después, la encíclica *Redemptoris Missio* da un paso más. La llamada a voluntarios se convierte aquí en llamada al sacerdote diocesano para salir a misiones por la naturaleza del propio carisma sacerdotal.

Merece la pena que nos detengamos un instante en la encíclica que marcó con claridad esta “nueva fórmula” tal y como la calificó el beato Juan XXIII: El 21 de abril de 1957, Pío XII envió a todos los obispos del mundo, el que se ha venido llamando su “testamento” misionero: la carta encíclica “*Fidei Donum*” (el don de la fe). Invitaba a los obispos a llevar con él “la preocupación por todas las iglesias” (2Cor 11, 28) a través de la oración y la cooperación económica, pero también poniendo al servicio de los obispos de África, por un tiempo determinado, algunos de sus sacerdotes (y laicos comprometidos). Aunque la carta se orientó hacia el continente africano, su llamada se extiende también al sostenimiento de todas las misiones. En el momento en el que muchos países africanos se disponían a acceder a la independencia, la preocupación de Pío XII se centraba en constituir iglesias locales. Los Institutos Misioneros no podían ellos solos llevar adelante una tarea cada vez más pesada y urgente. La Evangelización de África (y los otros continentes) exige la participación

de toda la Iglesia bajo la autoridad de la Sede Apostólica y del conjunto de los obispos que solidariamente son responsables de la misión universal.

La carta encíclica propone la renovación de la misión de la Iglesia. No solamente la Misión debe renovarse en sus fundamentos, sino también en sus aplicaciones: las diócesis son invitadas a enviar sacerdotes diocesanos en la perspectiva del “intercambio de vida y de energía” entre las Iglesias así como de la responsabilidad común de todos los obispos en orden a la misión.

“Lo que es necesario es la igualdad” (2Cor. 8, 13). Esta cita de la segunda carta de Pablo a los Corintios por el Papa Pío XII continúa siendo hoy un interrogante. Oímos con frecuencia que “los países del Tercer Mundo tienen cada vez más vocaciones... ¿por qué, pues, enviar sacerdotes, cuando escasean entre nosotros?”

Si comparamos el número de sacerdotes con el de habitantes, todavía estamos lejos de la igualdad de la que habla Pablo. Efectivamente, ¡cuántas parroquias de más de 100.000 habitantes hay en los extrarradios de las grandes ciudades americanas, africanas y asiáticas, asistidas por un solo sacerdote! ¡Qué inmensos territorios deben recorrer los misioneros para poder entrar en contacto con algunas comunidades! Juan Pablo II, consciente de la desigualdad y el mal reparto de los sacerdotes diocesanos escribía en 1996: “No podemos olvidar que el porcentaje de sacerdotes *Fidei Donum* es de poco más del 1% del total. Parece legítimo pensar que, juntos, se puede hacer más y mejor” (18 de febrero de 1996).

El envío de sacerdotes *Fidei Donum* a los diferentes continentes es no solamente una respuesta a la llamada paulina a la igualdad, sino también un camino de enriquecimiento mutuo. En efecto, cuanto más pobres, más necesidad hay de contactar con los demás. La reciprocidad entre las iglesias es indispensable. Una Iglesia local que busca caminos nuevos para el anuncio del Evangelio debe poner su interés en el envío de misioneros que, a su vuelta, transmitirán la vitalidad de las jóvenes iglesias.

CAUCES DE LOS SACERDOTES DIOCESANOS MISIONEROS

Estos documentos dieron pie a la creación de diferentes cauces para que los sacerdotes diocesanos pudieran salir a territorios de Misión.

No hubo que esperar al Concilio Vaticano II para ver en España un Instituto que ofrecía esta posibilidad. Allá por el año 1921, solamente 2 años después de la publicación de la Carta Apostólica “*Maximum Illud*”, nacía el *Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME)* que tantos servicios misioneros y de animación misionera sigue prestando a la Iglesia en España. Envío a sus tres primeros sacerdotes hace ahora 80 años.

Las *Misiones Diocesanas Vascas*, largamente preparadas desde los tiempos de D. Ángel Sagarmínaga en el Seminario de Vitoria, comienzan su andadura en

1948, nueve años antes de la aparición de la encíclica “*Fidei Donum*”. A los sacerdotes diocesanos se unen en estas misiones diocesanas misioneros consagrados o consagradas que pertenecen a un Instituto religioso de Vida activa o a una Sociedad de Vida Apostólica, así como misioneros seculares, tal y como queda reflejado en el Convenio Integrado de los Obispos de Bilbao, San Sebastián y Vitoria, sobre la colaboración interdiocesana a ‘Misiones Diocesanas Vascas’. Son los pioneros en lo que años después tomará el nombre de Misiones Diocesanas y es justo reflejarlo en esta comunicación.

Un año después, en 1949, constituida por la Conferencia de Metropolitanos de España, nace la *OCSHA (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana)* que ha ayudado a tantos sacerdotes diocesanos misioneros en tierras de América.

LAS MISIONES DIOCESANAS

Ciertamente no es fácil hablar de un modo general de *Misiones Diocesanas*. La mayor parte de ellas nacieron con el Concilio Vaticano II, aunque su constitución definitiva es mucho más reciente. La excepción la constituye las anteriormente citadas Misiones Diocesanas Vascas y la experiencia navarra con su Misión Diocesana. Además, no en todas las diócesis se ha llegado a un consenso en lo que se entiende como Misiones Diocesanas.

Por otra parte, otros muchos sacerdotes salen a misiones por acuerdo entre sus diócesis de origen y las de destino formando allí, muchos de ellos, equipos sacerdotales misioneros. Unos y otros son 291, de 53 diócesis, según la “Guía de los sacerdotes diocesanos españoles en misiones” publicada por la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias en 2002. Esta es la relación de Diócesis que comparten de una u otra forma esta realidad: Alcalá de Henares, Almería, Astorga, Ávila, Barbastro-Monzón, Barcelona, Bilbao, Burgos, Calahorra y La Calzada-Logroño, Canarias, Cartagena-Murcia, Ciudad Rodrigo, Córdoba, Cuenca, Girona, Granada, Guadix-Baza, Huesca, León, Lleida, Lugo, Madrid, Málaga, Mallorca, Mérida-Badajoz, Mondoñedo-Ferrol, Orihuela-Alicante, Osma-Soria, Ourense, Oviedo, Palencia, Pamplona-Tudela, Plasencia, Salamanca, San Sebastián, Santander, Santiago de Compostela, Segorbe-Castellón, Segovia, Sevilla, Sigüenza-Guadalajara, Solsona, Tarazona, Tarragona, Tenerife, Teruel y Albaracín, Toledo, Tui-Vigo, Valencia, Valladolid, Vitoria, Zamora, Zaragoza.

Las *Misiones Diocesanas* no pretenden suplantar los diferentes cauces establecidos para los sacerdotes diocesanos que quieren ejercer su ministerio en la Misión. Nacen con el afán de ofrecer una vía más, a fin de que los sacerdotes enviados por el obispo diocesano mantengan, no sólo la incardinación en su diócesis, sino que vivan permanentemente su *diocesaneidad*, es decir, el contacto permanente con la diócesis de origen a través de las visitas del obispo, delegado de misiones y vicario de pastoral, así como la continua información de lo que ocurre en la diócesis, y la integración total en la tarea pastoral de la diócesis de destino.

Es importante que los miembros del equipo sacerdotal que forma una Misión Diocesana se sientan enviados por toda la Diócesis en general, y por el presbiterio y el obispo de modo particular. El envío se debe celebrar solemnemente.

El principio de las Misiones Diocesanas es el *intercambio entre dos diócesis* que se comprometen a colaborar estrechamente. En este intercambio, ambas diócesis se enriquecen. Ambas aportan y, por consiguiente, ambas reciben. En esta cooperación, nadie se debe mostrar por encima de nadie, y nadie debe sufrir complejos ni de superioridad ni de inferioridad. Quizás todavía estemos en un momento en el que una parte aporta más medios económicos, materiales y personales. Pero la cooperación, continuada en el tiempo, debe reportar frutos en ambas direcciones.

La Misión Diocesana no es una prolongación más del territorio diocesano, aunque sí es conveniente insistir en la importancia de la estrecha relación que se crea entre las dos diócesis, personalizada en sus obispos respectivos y favorecida por las visitas. Así se visibiliza la *cooperación entre las Iglesias*. Por tanto el sacerdote diocesano que ejerce su ministerio en un territorio de Misión sigue siendo miembro del presbiterio de su diócesis y, durante su estancia en Misión, se incorpora a un presbiterio local que le acoge en su seno.

La *integración en el presbiterio local* no debe desvincularle de la diócesis que le ha enviado. Probablemente viva su ministerio con expresiones distintas a las ya conocidas, lo cual supone un enriquecimiento recíproco. El sacerdote diocesano incorporado al trabajo pastoral en una diócesis perteneciente a los llamados territorios de misión, aporta la experiencia pastoral acumulada durante siglos en su diócesis de origen, y recibe la frescura con la que se expresa la fe en Iglesias más jóvenes. Su carácter secular le 'obliga' a estar en contacto permanente con las gentes con quienes comparte su fe. Necesita conocer la cultura del pueblo para poder inculturar el Evangelio. Para ello su integración le debe llevar a participar en actos, celebraciones y ceremonias tradicionales y populares, aprender la lengua local y formar agentes de pastoral laicos locales.

En tierras de primera evangelización la marcha es quizás lenta por la aridez del camino, pero enriquecedora: hay tiempo para reflexionar siguiendo el ritmo de quienes poco a poco van descubriendo el misterio de la fe. El libro de Hechos de los Apóstoles es el mejor manual para el misionero en general y el sacerdote diocesano, insertado en el pueblo, en particular. Los ritmos de Dios no siempre coinciden con los programas que establecemos, que tampoco suelen coincidir con los ritmos africanos, americanos o asiáticos. Por eso importa, y mucho, una adaptación paulatina a esos ritmos. La imposición de prácticas tanto religiosas como sociales que nosotros hemos ido descubriendo a lo largo de los siglos, no tienen razón de ser. Hay que observar, escuchar y callar antes de hablar y actuar. Y nunca juzgar. Y después de mucho observar, mucho escuchar y más callar, ser paciente, muy paciente para después... continuar practicando la paciencia.

Nos incorporamos a culturas y tradiciones muy diferentes a las nuestras. Llevados por complejos de superioridad, en épocas no muy lejanas, hemos querido imponer nuestras formas, nuestros modos de ser tanto en política como en economía y también en el ámbito socio-religioso. Lo que nosotros hemos tardado en alcanzar no es necesariamente lo mejor en otras latitudes, pero sí sirve para evitar errores pasados y mejorar lo hasta ahora realizado.

El sacerdote diocesano, al depender solamente de la autoridad del obispo, posee una mayor autonomía en el ejercicio de su ministerio. La única persona que puede limitar su actuación es el obispo local con quien su diócesis de origen ha establecido un acuerdo de colaboración. Estos acuerdos de colaboración, llamados contratos en unas diócesis y convenios pastorales en otras, dejan claro que el equipo sacerdotal debe permanecer unido ejerciendo su trabajo en la zona pastoral encomendada hasta el momento en el que se crea conveniente un cambio de lugar, previo acuerdo entre los dos obispos. Los equipos sacerdotales pueden ser ejemplo de vida comunitaria y de oración para quienes comienzan sus primeros pasos en el camino de Jesús.

La *adaptación* de los sacerdotes misioneros cuando vuelven a sus diócesis de origen no es fácil. La ausencia demasiado prolongada puede causar desarraigo. Sin embargo, pertenecemos al presbiterio de una diócesis concreta. ¿Cuánto tiempo se debe permanecer en Misión? Yo creo que no hay que poner límites a la estancia de un sacerdote en Misión, aunque sí es importante que tenga frecuente contacto con su diócesis de origen. Además desde ésta es necesario el contacto permanente con sus sacerdotes en Misiones a través de las visitas del obispo, sus vicarios, delegados de Misiones, envío de las programaciones pastorales, Boletín Oficial de la Diócesis...

ANIMACIÓN EN LA DIÓCESIS PARA OFRECER ESTE CAUCE

Sabemos que la Iglesia no puede existir sin la Misión, y que no hay Misión sin misioneros. Sabemos que los misioneros no surgen por generación espontánea y que se necesita un ambiente que propicie la opción misionera ad gentes. Conocemos las dificultades que existen y cómo, a pesar de los esfuerzos, los resultados escasean. Los sacerdotes diocesanos, por otra parte, ordenados al servicio de una Iglesia Local olvidan que el ejercicio de su ministerio en un territorio de misión reportará frutos a la Iglesia Diocesana que envía si la Misión se entiende en clave de cooperación e intercambio. Las Misiones Diocesanas quieren ser el lazo de unión entre dos Iglesias que se van enriqueciendo con el contacto permanente entre sus miembros. Todos dan y todos reciben. Conseguir que toda la diócesis se sienta responsable de la Misión exige un trabajo de animación constante. A continuación señalo algunos aspectos que hay que tener en cuenta para llevar a cabo dicha animación:

- Consejo Diocesano de Misiones.
- Presencia del Delegado de Misiones en el Consejo Diocesano de Pastoral y en el Consejo Presbiteral.
- Que la dimensión misionera esté presente en las programaciones pastorales diocesanas y parroquiales.
- Contactos frecuentes con los directores de los distintos secretariados diocesanos para que la dimensión misionera esté presente en sus programaciones.
- Creación de Grupos Parroquiales de Animación Misionera.
- Jornada de los Misioneros Diocesanos y de las Misiones Diocesanas.
- Convivencias y encuentros con familiares de Misioneros.
- Contacto permanente y cercano con los sacerdotes diocesanos.
- Presencia del Delegado de Misiones en las reuniones sacerdotales por arci-prestazgos, al menos una vez al año. Solicitar la presencia siempre y cuando una situación especial lo requiera.
- Visitas y encuentros con los seminaristas diocesanos.
- Recuperar la Pontificia Unión Misional para la animación misionera de los sacerdotes.
- Favorecer las visitas, debidamente encauzadas, de sacerdotes y seminaristas a las Misiones Diocesanas.
- Aprovechar los Medios de Comunicación locales y las publicaciones diocesanas para dar a conocer la situación de las Misiones Diocesanas.

CONCLUSIÓN

No cabe la menor duda que debemos *continuar reflexionando* sobre la identidad de las Misiones Diocesanas. Por encima de todo conviene pensar que son un *cauce misionero más que enriquece la vida diocesana*. El servicio que los sacerdotes realizan en la Misión se debe considerar como realizado en su diócesis de origen. Se debe aprovechar su experiencia y, a su vuelta, aceptar las aportaciones que traen. A veces son ignorados, cuando no tachados de ilusos, y no se aceptan sus vivencias como válidas para nuestras viejas Iglesias.

Permítaseme, antes de terminar, una referencia a la *participación de los laicos en las Misiones Diocesanas*. La presencia de laicos misioneros enriquece el equipo de una Misión Diocesana. Cada vez es más frecuente que en las Diócesis se les tenga presentes y se les ofrezca este cauce diocesano como modo de vivir su fe. Además su preparación profesional es una ayuda inestimable para la evangelización.

LA OCSHA, UN SERVICIO DEL CLERO SECULAR ESPAÑOL A LA COOPERACIÓN EVANGELIZADORA ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Rvdo. D. Vicente MORENO NEVARES
Delegado Diocesano de Misiones, Palencia

1. INTRODUCCIÓN

a) Mi experiencia: Sacerdote de Palencia, ordenado en 1963; desde 1966 hasta 1995, en Colombia; por la OCSHA, en equipo con otros dos compañeros. 12 años en Ocaña NS, un año en la Prefectura de Leticia, Amazonas, y 17 en Bogotá.

En la actualidad, capellán en Hospital Río Carrión y Delegado Diocesano de Misiones.

Se me ha pedido un aporte de la dimensión misionera del sacerdote diocesano a través de la OCSHA.

O la OCSHA como servicio del clero diocesano español para la misión en América Latina.

b) Cuando se me pedía esto, como por casualidad abro la *Redemptoris Missio* que tenía a mano y me aparece la página con el título:

Sacerdotes diocesanos para la misión universal Nº 67

Quiero comenzar citándole porque en él se encuentran reunidas las orientaciones del Vaticano II, ya –podemos decir– doctrina común sobre el tema que se exponen en los principios básicos:

Colaboradores de Obispo, *los presbíteros*, en virtud del sacramento de Orden, *están llamados a compartir la solicitud por la misión (resaltado mío)*: “El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a

una misión limitada y restringida, sino a *la misión universal y amplísima de salvación* ‘hasta los confines de la tierra’, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los “Apóstoles” (Vat II: PO 10, AG 39). Por esto, la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles “*un espíritu genuinamente católico* que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito y lanzarse en ayuda a las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el evangelio en todas partes” (Vat II, OT 20). *Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misioneros*, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente...

Los sacerdotes “no dejarán además de *estar concretamente disponibles al Espíritu Santo y al Obispo, para ser enviados a predicar el Evangelio más allá de los confines del propio país*...”

Esto exigirá en ellos, no sólo madurez en la vocación, sino también una capacidad no común de desprendimiento de la propia patria, grupo étnico y familia, y una particular idoneidad para insertarse en otras culturas, con inteligencia y respeto “(Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Congregación para Evangelización de los Pueblos*, 14-4-89 AAS 81,1989, 1140).

En la Encíclica *Fidei Donum*, Pío XII, con intuición profética, *alentó* a los Obispos *a ofrecer algunos de sus sacerdotes para un servicio temporal a las Iglesias de Africa*, aprobando las iniciativas ya existentes al respecto. A 25 años de distancia, quise subrayar la gran novedad de aquel documento, que ha hecho superar “la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia” (Mensaje Domund 1982). *Hoy se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia; ... Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones*. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera (Vat II, AG 38; Congregación para el Clero, Normas *Postquam apostoli*, 24s. 361). Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia, que os recibe con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del Obispo (Congregación para el Clero, Normas *Postquam apostoli*, 362; AG 20).

1. La OCSHA cauce misionero de los presbíteros diocesanos

No puede decirse que las diócesis – iglesias particulares– ni las parroquias fueran ajenas a las misiones y de ellas no salieran misioneros y su acción se limitara a la participación con la oración y colaboración económica. De las parroquias han procedido muchas de las vocaciones que han alimentado las congregaciones e institutos misioneros.

En la primera mitad del s. XX, cuando los seminaristas y sacerdotes diocesanos sentían la vocación misionera tenían que encauzarse por las congregaciones, institutos misioneros específicos de carácter religioso o por el IEME creado para dar cauce a las vocaciones de los seminarios o diocesanos; pero perdían su diocesa- neidad al ser un Instituto dependiente de Propaganda Fide, (a la que han vuelto y no quieren perder desde la renovación conciliar).

En la década de los 40, (la Encíclica *Mystici Corporis*, 1943, no hay duda que tuvo su influencia) el clero diocesano inquieto por las misiones, comienza a plantearse la dimensión misionera que implica el sacerdocio, la ayuda que puede darse sin perder el ser diocesano ni tener que encauzarse en las instituciones propiamente misioneras.

Había la experiencia de las diócesis misioneras, como las vascas, que habían asumido la atención misionera de algún territorio en América; pero era en dependencia de Propaganda Fidei, asumiendo el territorio que se les confiaba.

El Espíritu misionero del clero diocesano busca como hacerse presente ante las necesidades de un mundo que se nos acerca a través de la radio y prensa en el que Jesucristo apenas es conocido, que le acoge donde se le anuncia, que necesita ser anunciado. En otros países, Bélgica, Francia, Italia, también surgían obras del clero secular, que más tarde intercambiarán experiencias.

Por otro lado, está la cercanía y sintonía histórica, cultural y religiosa con Hispanoamérica, subcontinente todo él católico pero con un déficit de sacerdotes, en un momento crucial de cambios en que se vislumbran amenazas para la fe.

La propuesta de los sacerdotes encuentra eco en los obispos y, recíprocamente, la demanda que llega a los obispos va a encontrar una respuesta; un grupo de sacerdotes y acompañamiento de un obispo inicia su andadura.

Antonio Garrigós nos relata su andadura desde los inicios en 1948-49:

“Se ha puesto en marcha un proceso que va incidir muy notablemente en la configuración del sacerdote diocesano español de toda una época” (Garrigós, 16).

Pasando en pocos años, 1953-1963, por su periodo de consolidación y maduración (o.c., 29), apertura del Seminario Hispano, primeros sacerdotes enviados, Se eleva la OCSHA a Comisión de la Conferencia... se realiza la primera visita del secretario a América Latina.

El periodo del concilio Vaticano II es el de gran expansión: aumenta el numero de sacerdotes que se ofrecen para ir a América Latina... el plan Juan XXIII se presenta como reto, aunque se cumpliera a medias (o.c., 143).

A partir de 1966, 2º año con el mayor número de envíos después de 1963 (Día de Hispanoamérica, 29) se evidencia crisis y paralización de la ida de sacerdotes: recelo a salir a la misión, críticas a los que regresan, se secularizan... desmantelamiento de del Seminario Hispano...

En 1973 se encara la crisis que supone estudiar situaciones de los misioneros, de los responsables de la organización, recursos, contacto con episcopado Latinoamericano; se reorganiza el personal y... la historia sigue (Garrigós, 260-272).

Desde 1981 se viven nuevas perspectivas... aunque sigue reducido el número de misioneros. Al cumplirse, en 1987, los 25 años de Plan Juan XXIII, “el episcopado español reclama un gesto de generosidad y comunión de la Iglesia de España con las Iglesia de Hispanoamérica”. “La conciencia de la responsabilidad misionera en la evangelización universal creada por la *Evangelii Nunciandi* ha supuesto nuevas aportaciones al espíritu de cooperación entre las Iglesias particulares... postulan una colaboración apostólica más efectiva, coordinada y orientada al mutuo enriquecimiento eclesial” (La OCSHA, un servicio..., 9s).

2. Momento actual

Aunque hayan disminuido los misioneros, se hable y se escuche menos, la OCSHA es una realidad actual. De los 995 sacerdotes diocesanos que en la actualidad están en misiones, 409 pertenecen a la OCSHA, presentes en la misión a todos los países de América Latina.

Cada dos años se promocionan reuniones regionales, momentos de encuentro, animo de no saberse solos, debate, expresión de aspiraciones y exigencias. En todos los países de América Latina, donde hay un numero significativo de sacerdotes diocesanos, hay un delegado nacional de OCSHA que es enlace de comunicación y referencia.

Esta realidad muestra que es cauce valido para la comunión evangelizadora como dice el título de la exposición.

Desde la Comisión nacional se envía la Carta de Casa, se mantiene coordinación y ayuda con otras instancias misioneras... y se quiere mantener el espíritu que debe animar la dimensión misionera del clero diocesano, así la jornada anual, primer domingo de marzo.

En las diócesis españolas hay buen número de sacerdotes que han tenido su experiencia misionera a través de la OCSHA; muchos se han integrado en la asociación OCSHA y se reúnen periódicamente; algunos han creado la ONG Misión América para encauzar ayudas para el desarrollo y promoción

Creemos haber logrado recoger todo el espíritu y experiencia eclesial propia y ajena en el que proponemos sea en adelante una especie de Directorio, de guía practica de la OCSHA de que nos oriente y estimule a todos en la continuación y profundización de esta obra generosa de nuestro clero y de nuestra pueblo (La OCSHA, un servicio del clero... Guía práctica, 10).

En este librito “*La OCSHA, un servicio del clero secular español a la comunión evangelizadora entre España y América Latina*. Guía práctica” se encuentran los

principios básicos y operativos aprobados por la Asamblea Extraordinaria de 1985 y muchos de los cuales fueron aprobados en forma de proposiciones por la XLV Asamblea Plenaria del Episcopado, noviembre 1986.

La situación que ha vivido la OCSHA dudas, crisis, cuestionamiento obligó a una reflexión seria y metódica que aclarara los fundamentos de su existir y ofreciera orientaciones operativas prácticas.

La Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias después de largo y minucioso proceso de elaboración llegó a los siguientes principios que se recogen en este Libro, se expusieron a la XLV Asamblea plenaria de los Obispos en 1986 que los acogió muy favorablemente y aprobó en los aspectos sustanciales.

2. PRINCIPIOS BASICOS

Resaltaré alguno de ellos y los encontrarán en el librito susodicho. Los cuatro primeros apartes los aprobó la Conferencia Episcopal, como antes indicaba:

1. En virtud de circunstancias históricas y providenciales, la Iglesia española se siente ligada particularmente al pasado, al presente y al futuro de las Iglesias en América.

2. La OCSHA es un servicio común de las diócesis de España, integrado en la Conferencia Episcopal, por el cual sus Obispos y sacerdotes seculares significan y realizan su comunión con las Iglesias de América.

3. Los sacerdotes enviados a América con vinculación a la OCSHA:

a) tienen en la comunión con el Obispo y presbiterio de su diócesis de origen el fundamento de su peculiar situación eclesial. El Obispo debe reconocerles como colaboradores cualificados de su misión universal. El presbiterio debe buscar modos de significar y desarrollar esta comunión: oración, escucha, información, comunicación de bienes,

b) en su diócesis de destino, son agentes de comunión eclesial por la fidelidad al Obispo y por la inserción en el presbiterio y en la comunidad. Al mismo tiempo que sirven, recogen las realidades eclesiales que allí descubren y comparten, para aportarlas como enriquecimiento de la Iglesia de la que proceden.

4. La Conferencia Episcopal Española debe potenciar y estimular la OCSHA para lograr una mayor comunión entre las Iglesias de España y América, en cumplimiento de los compromisos adquiridos en la Asamblea Plenaria de noviembre de 1979.

Los fundamentos teológicos de esta opción de comunión y misión están expuesto extensamente en los principios básicos aprobados en la Asamblea General de la Comisión de Misiones, anteriormente citada; resalto los siguientes.

1. Responsabilidad misionera del Pueblo de Dios

1.1. En consecuencia, es a la Iglesia entera, a todos y cada uno de sus miembros, a quienes atañe e incumbe el deber de que el Evangelio llegue a todos los hombres.

Todo el Pueblo de Dios se debe a la misión de anunciar en todo el mundo la llegada del Reino de Dios, hasta el punto que esta misión de amplitud universal constituye la única y suprema razón de ser de la Iglesia en la historia de los hombres (LG 5, ASG 36, CDC 211. 781).

1.2. Ningún bautizado, por tanto, puede eximirse de tal deber sino que todos y cada uno deben tener conciencia y sentirse aguijoneados por la responsabilidad de la evangelización universal.

2. La Iglesia particular y su responsabilidad misionera

2.1. En consecuencia: toda Iglesia particular debe tener conciencia y vivir intensamente su responsabilidad en la evangelización universal, tiene que ser misionera fuera de su territorio como lo fueron las iglesias particulares de los primeros siglos.

Toda Iglesia particular, por pobre que sea, debe plantearse seriamente la ayuda a la Iglesia Universal, esta sensibilidad será el termómetro para conocer su vitalidad espiritual y apostólica pues es, al mismo tiempo, índice y fruto de su vitalidad interna

3. El Obispo con su presbiterio

3.1. Ahora bien, esta responsabilidad, no la asume el Obispo en solitario sino dentro de la pastoral normal de la Diócesis (PO 10, CDC 257).

3.2. Todo ello trae como consecuencia que todo presbítero que, fiel a la *«llamada especial»*, se ofrece y marcha para ejercer su ministerio en otra Iglesia, no lo hace a título personal e individual sino como miembro del presbiterio diocesano, del que es como un sacramento a través del cual, Obispos, presbíteros e Iglesia local viven su responsabilidad misionera.

4. Servicios para la intercomunicación eclesial

4.1. No basta con la buena voluntad cuando se trata de un tema tan importante como es el de la cooperación entre las Iglesias.

Se necesitan también unos cauces y unos servicios, precisamente para evitar que esta ayuda se haga de un modo demasiado burocrático y teórico, o que se quede sólo a merced de entusiasmo del momento.

4.2. Habrán de estar vinculados a la Delegación y Consejo Diocesano de Misiones, en íntima conexión con los Consejos Presbiteral, Pastoral y demás organismos de responsabilidad de carácter diocesano.

4.3. En el nivel supradiocesano, *«se requiere la colaboración de todos los obispos de la misma nación o del mismo territorio»* (Post Ap 18).

4.4. Por ello, la Conferencia Episcopal Española deberá contar con un organismo verdaderamente eficiente para la cooperación sacerdotal entre las Iglesias particulares.

Este organismo será dependiente de la Comisión Episcopal de Misiones ya que ésta, por mandato de la Conferencia Episcopal, «*es la responsable de dirigir los asuntos referentes a la cooperación ordenada del país*» (RMIE 3.2.1) dentro de los cuales está la «*solicitud hacia las Iglesias particulares que se encuentran fuera del territorio*» (Post Ap 20) procurando que «*en la medida de lo posible, algunos sacerdotes marchen a las antedichas misiones o diócesis para ejercer allí el ministerio sagrado a perpetuidad o, por lo menos, por un tiempo determinado*» (ChD 6).

4.5. Por último, debido a que la Iglesia en España se siente especialmente unida con especiales vínculos fraternos con las Iglesias de América Latina –lo que se expresa en el compromiso de los Obispos de enviar sacerdotes diocesanos a estas Iglesias–, este organismo habrá que concebirlo como un servicio al cumplimiento de esta responsabilidad especial para la cooperación de cada una de las Iglesias se realice con espíritu de unidad y de eficacia (RMi 2,2 y compromiso 11).

3. LINEAS OPERATIVAS

Aquí recojo las proposiciones aprobadas por la Asamblea de la Conferencia Episcopal de noviembre de 1986 conservando la enumeración con que aparecen en el referido libro.

A) Nivel diocesano

Relación entre las Iglesias que dan y reciben sacerdotes

- (2ª) Previamente al envío de sacerdotes a una diócesis de Hispanoamérica, por primera vez, la diócesis española consultará a la Conferencia Episcopal de Misiones acerca de la conveniencia del destino, en función de una mayor y mejor labor de conjunto. En la medida de lo posible, es muy conveniente que los sacerdotes vayan formando equipo con otros sacerdotes de la misma diócesis.
- (3ª) La diócesis de origen y de destino procurarán un conocimiento mutuo de su situación pastoral a través del diálogo entre sus responsables. Este conocimiento facilitará en su día una más viva inserción de los sacerdotes enviados, en la diócesis de destino. Cuando se establezca una relación permanente entre una diócesis de España y otra de América, se hará constar en su acuerdo que fije las condiciones y modalidades de la misma. Es recomendable este compromiso estable de una diócesis con otra.

Presencia de lo misionero en las estructuras diocesanas

- (4ª) El *Consejo Presbiteral*, presidido por el Obispo, se preocupará de que la dimensión universal de la iglesia local tenga en él una presencia viva. Además, los sacerdotes misioneros, que son también miembros del presbiterio diocesano, han

de estar debidamente representados en el Consejo Presbiteral, bien por el Delegado Diocesano de la OCSHA o por otro sacerdote elegido por ellos.

En el Seminario

(5ª) Obispo y Presbiterio urgirán para que *en el seminario* tanto en su vertiente espiritual y pastoral, como en la académica, los seminaristas *reciban una formación que fomente en ellos el espíritu misionero y la disponibilidad para dedicar una parte de su vida sacerdotal en las misiones* (OT 9 AG 39). La eclesiología deberá tener muy explícita la dimensión misionera bien disponer de una cátedra de Misionología, que destaque especialmente la historia de la evangelización y la realidad actual de la Iglesia en América.

Llamada explícita

(6ª) Como expresión del compromiso solidario y eficaz, inherente al sacramento del orden, a cooperar fraternalmente con todas las Iglesias, el Obispo y su presbiterio *llamarán explícitamente* a los sacerdotes y seminaristas a ofrecerse para el servicio sacerdotal en otras iglesias necesitadas de ministros sagrados.

Envío de sacerdotes

(7ª) La diócesis procurará que el sacerdote cumpla su deber de preparación inmediata realizando el cursillo establecido por la Conferencia Episcopal. Este cursillo dará información práctica e inculcará las actitudes básicas del misionero. Esta preparación y adaptación se continuará en el lugar de destino en la forma que las circunstancias lo requieran.

(8ª) Previo el envío de la documentación necesaria por parte de los responsables de la diócesis, se tramitará el acuerdo correspondiente, según lo establecido por el nuevo CDC. La Comisión Episcopal ofrecerá su modelo propio de Acuerdo, en virtud del cual ella asume su parte de responsabilidad en conformidad con lo establecido en la Guía Práctica de la OCSHA.

(9ª) La diócesis organizará a su debido tiempo la CELEBRACION DEL ENVIO o despedida de misioneros a ser posible presidida por el Obispo diocesano para expresar el sentido eclesial del envío y hacer patente el carácter testimonial y consiguientemente vocacional del mismo.

Atención a los sacerdotes durante su permanencia

(10ª) Los sacerdotes enviados recibirán en forma tangible el apoyo de la comunidad diocesana que, de forma especial se expresará, en la medida de lo posible, en la visita del Obispo y/o delegado Diocesano. Sería muy valioso el seguimiento y colaboración de la Parroquia o comunidad de donde procede el sacerdote.

Se velará para que la administración diocesana efectúe, de modo regular, la cotización, a ser posible íntegra, a la Seguridad Social del Estado por los sacerdotes enviados, y se les proporcionará algún tipo de ayuda económica, según las circunstancias pastorales y personales, en diálogo con cada uno. Se

cuidará, en todos sus detalles, el cumplimiento del Acuerdo establecido con la diócesis de destino y de que éste sea debidamente actualizado a su tiempo.

Vacaciones en la Iglesia que les envía

- (12ª) El sacerdote deberá tomarse un periodo de vacaciones cada tres años, según determine el Acuerdo.

Se velará para que la administración diocesana le haga entrega mensualmente, durante ese periodo de vacaciones, de la cantidad que, como nómina, suele percibir un sacerdote que trabaja dentro de la diócesis

Actualización teológico-pastoral

- (13ª) Se deberá prever un tiempo de actualización teológico-pastoral para el sacerdote, con una periodicidad a concretar en cada caso.

Se le ayudará a buscar y escoger el medio más apropiado y la financiación correspondiente.

Al regreso definitivo

- (14ª) Es un principio fuera de toda cuestión que los años de servicio a la Iglesia fuera de la propia diócesis le ha de ser computados, a todos los efectos, al sacerdote que regresa, como si hubiera permanecido dentro de ella.

- (15ª) Debe ofrecerse la posibilidad de que algún sacerdote, en razón del tipo de trabajo desarrollado en el exterior o del clima soportado durante años, llegue a cambiar de Diócesis.

Organismo de servicio

- (16ª) La dedicación ordinaria a suscitar y preparar a los vocacionados y a atender a los sacerdotes enviados mientras están allá y en el momento de su regreso, en principio la desempeñará el Delegado Diocesano de Misiones con el título de Delegado de la OCSHA.

- (17ª) Dicho trabajo se llevará a cabo en el contexto del Consejo diocesano de Misiones si está constituido y en íntima relación con el Obispo y su Presbiterio

- (18ª) Para su trabajo y actuación podrá o deberá, en su caso, hacer uso de servicio interdiocesano OCSHA y de los otros servicios en el seno de la Conferencia Episcopal Española.

B) Nivel interdiocesano

Naturaleza y características del Servicio interdiocesano

- (19ª) Los principios de coordinación y subsidiariedad, en relación con la cooperación exterior de los presbiterios diocesanos, exigen la existencia de un servicio común dependiente de la Conferencia Episcopal, cuyas finalidades sean:

- *Cooperación al cumplimiento de la comunión intereclesial* de las Iglesias particulares.
- Ayuda a que los servicios diocesanos correspondientes desarrollen de *forma coordinada* y efectiva las tareas que les incumben respecto a dicha comunión.

Como órgano de *carácter subsidiario* al servicio de los organismos diocesanos, el Servicio interdiocesano OCSHA

- En ningún caso sustituirá las competencias de los organismos diocesanos. Su función consistirá en ofrecer apoyo para la mayor eficacia de los mismos
- Pondrá a disposición de los servicios propios, así como los que fuera preciso establecer, para que aquellos cumplan con su finalidad y según las necesidades presentadas por las diócesis.

(20^a) Para el conjunto de las diócesis de España, el Servicio OCSHA lo realiza, como órgano decisorio y en permanente relación con el CELAM, LA Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias de la Conferencia Episcopal Española y el Secretariado de dicha Comisión Episcopal como órgano ejecutivo.

Sacerdotes vinculados al servicio OCSHA

(21^a) Se considerarán sacerdotes vinculados al Servicio OCSHA de la Conferencia Episcopal Española aquellos sacerdotes que tiene al día el acuerdo previsto por dicha Conferencia Episcopal o no tienen Acuerdo actualizado por circunstancias ponderadas. Tendrán la misma consideración aquellos otros que en su día marcharon por la OCSHA y están incardinados en las diócesis de destino. Todos estos sacerdotes gozarán de los derechos y servicios que pueda ofrecerles la OCSHA.

Funciones de sensibilización y animación del Servicio interdiocesano OCSHA

- (22^a) Dentro de esta tarea, hay que resaltar, como actividad más exigente la de colaborar con las Iglesias particulares en la promoción de vocaciones para Hispanoamérica.
- (23^a) También la de promover y potenciar la jornada de Hispanoamérica y cooperar con la Jornada de ayuda a los misioneros diocesanos que se establezca en la diócesis

«La Jornada de Hispanoamérica, enriquecida allí donde convenga con el subtítulo de Día de los Misioneros diocesanos, cumple un objetivo necesario de sensibilización y de comunión de nuestras Iglesias con las de aquel continente y de colaboración espiritual y material con nuestros sacerdotes que allí ejercitan su apostolado».

Se organizarán también jornadas de reflexión teológica y de conocimiento y profundización en los valores auténticos de las Iglesias de Hispanoamérica, especialmente en torno a la Jornada de la que se habla en el párrafo anterior.

Apoyo económico a los sacerdotes

(24^a) Aunque las diócesis arbitrarán la forma de disponer de un fondo permanente de ayuda a sus sacerdotes en el exterior, el Servicio interdiocesano dispondrá de un fondo de compensación, que se nutrirá de: 1º del fondo de bienes para fines propios de la OCSHA, 2º de la asignación que establezca la Conferencia Episcopal para estos fines; 3º: de la parte proporcional que se determine como aportación de las diócesis al fondo común de la OCSHA; y 4º: de otros donativos particulares o de instituciones.

Las aportaciones de las diócesis serán, básicamente, el 50% de la colecta del día de Hispanoamérica o el 25% de la colecta que se haga en la Jornada de los Misioneros diocesanos.

La distribución del fondo común la hará la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, atendiendo a las peticiones recibidas para financiar proyectos de los sacerdotes, que pueden ser: 1) de tipo personal; 2) directamente apostólico ó 3) asistencial.

En los últimos casos, la petición deberá venir en formulario oficial en que aparezca el Visto Bueno del Obispo de la Diócesis de destino, el de la diócesis de origen (Obispo o Delegado diocesano) y la aportación que hace dicha diócesis de origen

Ayuda económica a los misioneros seculares de OCASHA

(25^a) Los misioneros seculares de OCASHA, históricamente ligados a la OCSHA, también podrán acogerse a estas ayudas en la misma forma que los sacerdotes, con tal de que obre en el Secretariado de la OCSHA copia de su compromiso apostólico en vigor.

Disposición adicional

(26^a) Todos estos servicios estarán coordinados con los servicios ofrecidos a los demás misioneros españoles a través del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, y se procurará que sean servicios comunes en la medida de lo posible.

4. DESAFÍOS A ATENDER

a) Misioneros que están en misión

A través de la OCSHA, desde 1949, han ido a América Latina 2151 sacerdotes.

EL MINISTERIO MISIONERO DE PRESBITEROS: OCSHA

De los 995 sacerdotes diocesanos que en la actualidad están en misiones, 409 pertenecen a la OCSHA.

Cada año salen de España entre 10-20 sacerdotes por medio de la OCSHA.

Esto indica que la OCSHA no sólo tiene historia sino que cuenta con un grupo de sacerdotes que merecen atención, dedicación, animación para que su labor misionera sienta ese respaldo diocesano y nacional.

Esto exige:

- Suscitar la inquietud de la comunión y cooperación misionera de allá hacia aquí, en un primer momento de cara a la emigración que viene.
- Editar folletos con las direcciones de todos los misioneros.
- Mantener los datos, lo mas que se pueda, actualizados y la comunicación con un tono lo más posible, personalizado.
- Procurar que se mantenga la comunicación necesaria con las Delegaciones Nacionales, también en todo personalizado.
- Procurar que las sugerencias, las necesidades, los acuerdos que se presenten en las reuniones regionales para que se tengan en cuenta en la Dirección general o en las diócesis tengan la acogida del caso o se informe de las dificultades por las que no se pueden atender.
- Recordar de vez en vez, a los misioneros y Delegaciones diocesanas de Misiones, los servicios que pueden encontrar a través de la OCSHA (residencia Vasco Quiroga, la atención en las oficinas...).

b) Los que han regresado

El número de sacerdotes regresados es significativo. La Asociación OCSHA creada es un cauce para mantener nuestra conexión, la animación misionera, y para las inquietudes, iniciativas y (si se considera) necesidades que surjan.

En nosotros hay una fuerza para la animación misionera en cada diócesis, tanto a través de la Delegación de Misiones, como por arciprestazgos, instituciones. Quizá necesitemos comunicar experiencias, iniciativas...

Podemos encontrar un campo especial (si no es que debemos) en la acogida, atención... a la pastoral de emigrantes:

- Nos será más fácil mantener el contacto con los misioneros de la misma diócesis, ya sean diocesanos o religiosos o que se han incardinado allá.
- No hay que olvidar a los ex-sacerdotes, religiosos/as quienes pueden ofrecer su amistad...

c) Animación misionera

Es campo propio que hay que seguir manteniendo y alentando, deseando que este Congreso Nacional de Misiones, dé renovado compromiso y vigor.

Animación misionera general, que en lo que se refiere a América Latina será mas fácil de concretar.

d) Coordinación con otras instituciones

Desde el Secretariado de la Comisión de Misiones de la Conferencia Episcopal Española, ya se señala:

“la coordinación de los diversos organismos de animación misionera deben fomentar las buenas relaciones entre la Comisión Episcopal de misiones y la Dirección Nacional de las OMP, informando al Director Nacional de las deliberaciones e iniciativas de la Comisión integrando los programas pastorales de las Diócesis e invitando a Presidente de la Comisión Episcopal a los encuentros anuales de la OMP” (OCSHA 50 Aniversario, 47).

Esta misma coordinación existe con otras Instituciones misioneras en animación, en la formación a los misioneros que va a salir a la Misión.

Todo lo que sea unir fuerzas y superar individualismos será en beneficio para la misión.

5. HACIA EL FUTURO (OCSHA 50 aniversario, 48s y 61ss)

El futuro es lo que nos espera y sobre el que actuará nuestra compromiso.

Ya dice Juan Pablo II que la misión esta en sus comienzos, cuando nos pareciera que los 20 siglos no dieran para más.

El Secretariado de la Comisión de Misiones de la Conferencia Episcopal Española, ya nos dice en el folleto citado:

Cartas de navegación para un tiempo cercano.

Son los documentos emanados de las Asambleas Generales del Episcopado Latinoamericano y de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para América. La evangelización de América no es sólo un don del Señor, sino también fuente de nuevas responsabilidades... “La singularidad y novedad de la situación en la que el mundo y la Iglesia se encuentran, a las puertas del tercer milenio, y las exigencias que de ello se derivan, hacen que la misión evangelizadora requiera hoy un programa también nuevo que puede definirse en su conjunto como nueva evangelización... Al aceptar esta misión, todos deben recordar que el núcleo vital de la nueva evangelización ha de ser el anuncio claro e inequívoco de la persona de Jesucristo, es decir,

el anuncio de su nombre, de su doctrina, de su vida, de sus promesas y del Reino que El nos ha conquistado a través de su misterio pascual” (o.c., 48).

La sensibilidad que fue creciendo a partir del Concilio y con las Asambleas generales del Episcopado Latinoamericano, de que las iglesias, tanto en las diócesis como en las Comunidades religiosas, no deben seguir dependiendo de la ayuda externa sino que deben asumir su propio protagonismo, exige la actitud de subsidiaridad ayudado a este crecer de las iglesias y comunidades latinoamericanas y a plantear la misión en plan de reciprocidad. Y en lo que a acogida de la misión que necesitamos desde allá, habrá mucho que aprender y acoger.

CONCLUYENDO

La OCSHA sigue siendo, superadas las crisis con tesón y esperanza, servicio y cauce de y para el clero diocesano español para la comunión y cooperación evangelizadora entre España y América.

Su actividad y dinamismo corresponderán al dinamismo misionero del clero diocesano; al igual que el clero diocesano necesita y espera una renovada actividad y cooperación de la OCSHA.

Como *el protagonista de la misión sea el Espíritu*, tenemos fuerza para nuestros compromisos y esperanza.

Acabo con este hecho:

En la diócesis de Ocaña, NS Colombia en unas fechas, 1968-1978, estuvimos 18 sacerdotes entre de la OCSHA y del IEME. Problemas de aquellas fechas (incomprensión de líneas y compromisos pastorales), hicieron que todos los españoles saliéramos de la diócesis y cuando parecería que la diócesis pasaría por una agonía... sorpresa que a los 10 años ya se habían ordenado 10 sacerdotes de la misma diócesis; hoy ya los sacerdotes en su mayoría jóvenes son suficientes para atender la pastoral y un “Instituto Misionero S. Juan Eudes” creado por un sacerdote diocesano tiene vocaciones abundantes y ya presta su servicio misionero en tres lugares fuera de aquella Diócesis.

El Espíritu sopla donde y cuando quiere. Confiar en él y en lo posible acoger sus impulsos. El amor y la devoción a María anima muchos corazones. No hay que rehuir, cuando las condiciones lo exigen, lo de el Bautista: Conviene que el crezca y yo mengue. Jesús es el único Salvador.

La misión es de todos. Los sacerdotes diocesanos no podemos estar ausentes.

MINISTERIO MISIONERO DE LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS

Rvdo. P. Carlos **MARCILLA GUTIÉRREZ**
Misionero de La Consolata

En este momento tan importante para reavivar la dimensión misionera de la Iglesia española tiene un papel y una presencia muy activa y participativa la vida consagrada y más en concreto la vida religiosa,

Difícilmente hablaríamos de lo misionero sin tenerles presentes y sobre todo difícilmente les comprenderíamos sin acercarnos a las motivaciones de su ser y estar en el mundo y en medio de la Iglesia.

No se trata de un estudio exhaustivo del tema, se trata sobre todo de una aproximación a esta realidad y que siempre es una oportunidad para renovar horizontes, discernir inquietudes y sobre todo animar búsquedas.

Bien es verdad que sería pretencioso hablar en globalidad de la vida religiosa, a menudo caemos en “simplismos reductivos” que nos impiden ver la riqueza, la pluralidad y la variedad de esta realidad. Desde la pretensión de querer acercarnos a esta polifonía pido comprensión y sobre todo el esfuerzo de contextualizar lo que aquí digamos.

Desde aquí nuestra admiración, agradecimiento a tantos religiosos-as que a lo largo de la historia han aportado tanta vida, entrega, creatividad e iniciativas para una renovación constante de lo misionero.

“Una tarde calurosa de verano nos invitaba a oxigenarnos en el parque. Sobre un viejo terreno de chabolas, se había construido un hermoso parque en el barrio, amplio, con los árboles todavía demasiados pequeños y que están en clara fase de crecimiento, hay también variadas curiosidades y con diversas zonas de entretenimiento para los diferentes niveles de personas que por allá se acercaban. En el paseo tranquilo percibía mil historias, gozaba de las risas y los juegos de los niños, jóvenes y mayores, pero un momento, un átomo de historia

se detuvo en el grito desgarrador de una trompeta, evocaba lejanía, profundidad, absolutos. Una chica inmigrante acompaña a unos viejos, se ven y perciben razas diferentes, culturas diversas, a todo esto se une cantidad de juegos variados, todo esto hacen de este parque una bella sinfonía de humanidad”.

He querido transcribir este pequeño relato de unos jóvenes que sitúan el trasfondo de lo que aquí quiero transmitir:

- la búsqueda del Absoluto, horizonte de la Vida Religiosa
- la humanidad, espacio de entrega
- la pluralidad, expresión del Espíritu
- la variedad, signo del Dios Creador
- lo nuevo del Espíritu en la experiencia de lo vivido

Por eso el esquema en el que me muevo es:

- Pinceladas en torno a la Vida Religiosa
 - en las raíces de lo Cristiano
 - en el universo eclesial
 - en los parámetros de la contracultura
- Dimensión Profética
 - a la intemperie de la Historia
 - parábola de la caridad
 - sabiduría del caminante
- Acordes de la sinfonía
 - los tiempos, pasados, presentes y expectativas
 - los encuentros, personas y culturas
 - los procesos, periferias, barrios
- En la Iglesia al servicio del Reino que está llegando
 - *“misterium lucis, via lucis-via crucis”*

La clave desde donde leemos y tratamos esto es el enunciado y el objetivo de la comunicación, el ministerio misionero de la Vida Religiosa.

En los albores del nuevo milenio necesitamos miradas esperanzadoras que nos motiven a discernir retos, intuiciones y caminos de presencia misionera en la vorágine del mundo actual donde descubrimos una tarea y una llamada a vivir fielmente el Valor de Dios Padre-Madre y su Reino.

Objeto de esta comunicación es acercarnos a la misión *ad gentes* desde la perspectiva particular y específica de la vida religiosa, y también acercarnos a la vida religiosa desde la perspectiva particular de la misión *ad gentes*. Habiendo sido, sobre todo en los siglos pasados, la vida religiosa la protagonista o agente casi única de la misión *ad gentes* corremos el peligro de dar demasiadas cosas por supuestas como demasiado evidentes.

Corremos también el peligro de dormirmos en los laureles de un cierto “triumfalismo” numérico. Veremos después en que medida es significativa la vida religiosa todavía hoy en su aspecto cuantitativo. Hay que preguntarse, sin embargo, si el valor cuantitativo y numérico de los religiosos en la misión, todavía hoy, van acompañado de una cualidad evangélica, de estilo de vida, de búsqueda del Absoluto, de seguimiento de Jesús, de solidaridad con los pobres, rasgos todos que caracterizan y cualifican la vida religiosa en su pasado, en su presente y en sus perspectivas de futuro auténtico.

1. PINCELADAS EN TORNO A LA VIDA RELIGIOSA

Lo sabemos todos. La vida religiosa nace en la Iglesia como expresión de búsqueda del Absoluto, pero no de un Absoluto cualquiera, de una simple experiencia religiosa muy radicalizada. La vida religiosa es búsqueda del Absoluto por los caminos de Jesús, siguiéndole a Él, que vive en perfecta unidad y armonía la búsqueda de la comunión y de la intimidad con el Padre y la pasión por el anuncio y el hacer visibles los signos del Reino de Dios que ya está cerca. La consagración es la expresión de esta experiencia de ser “reservado” para las cosas de Dios, para aquello que Dios quiere de una manera absoluta, dejando de lado mediaciones humanas legítimas por medio de las cuales se sirve normalmente al Reino y al proyecto de Dios.

Este ser “puesto aparte” para las cosas de Dios, se hace siguiendo la huellas de Jesús, El es el verdadero rostro de Dios. Hoy, la vida religiosa, como componente de su aporte específico a la misión tiene que gritar esta realidad: el Dios de Jesús no es homologable con cualquier experiencia religiosa sea la que sea. Circulan por nuestra sociedad globalizada imágenes falsas de Dios, nuevos paganismos y gnosticismos que hacen que la búsqueda radical de Dios, por los caminos de Jesús, sea ya una aportación esencial a la misión de la Iglesia en el mundo, y en especial a la que llaman misión *ad gentes*.

Cuanto más irrelevante se hace el testimonio de esta búsqueda, más se relativiza la búsqueda del Absoluto, más se diluyen la dimensión y la raíz teológica de la misión, donde encuentra su fuente y su razón de ser la vida religiosa. Específica de la vida religiosa es la radicalización de la experiencia cristiana en todas sus expresiones y aspectos. La vida religiosa está también para, radicalizando su fundamento teológico, apuntar hacia lo que es el centro de la misión, explícito o implícito, anun-

ciado con la palabra o testimoniado con la vida: la palabra, la persona, la obra y el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios. Sin presencia totalizante de Jesús, sin referencia existencial a Él, la vida religiosa no tiene nada significativo que hacer o que decir en la misión *ad gentes*, que deja también de ser misión.

La misión es una de las formas privilegiadas y una de las llamadas y “provocaciones” más fuertes para vivir radicalmente la consagración. La vida religiosa, en la misión, está para decir, especialmente que “la misión es de Dios”, que es expresión de su ser más íntimo, que es participación de su misma vida, y que en nombre de ese Dios, y buscando apasionadamente su rostro, es como se acerca a las situaciones extremas donde está amenazado lo que Dios más ama: el hombre en todas las dimensiones de su ser y de su existencia.

En definitiva, la vida religiosa se sitúa como radicalización de la experiencia teológica para, desde ahí, aportar lo mejor de sí misma a la misión. Desde el deseo y el proyecto de ser un signo fuerte de Dios, y del Dios de Jesús para los últimos, los excluidos, los que no han oído jamás este anuncio. Los compromisos tradicionales que se expresan en los votos no son más que aplicación a dimensiones fundamentales de la vida humana de la radicalidad del ser “segregados para Dios y para su misión”.

Pobreza como desapropiación total de las cosas y de sí mismo, como liberación de la idolatría del poseer, como provocación a todos los proyectos que, en la misión de la Iglesia, se basan en lo absoluto y en la fuerza de los medios materiales y humanos, desplegando fuerza y poder y ofendiendo a los pobres en su dignidad. Pobreza como anuncio de los valores del Reino y denuncia de la miseria e injusticias que ofenden la dignidad humana. Pobreza como expresión de solidaridad y cauce para compartir con los que no tienen. Pobreza para seguir a Jesús pobre, débil y humillado.

Castidad como liberación total de todas las energías que poseemos para amar y ser amados, para crear relaciones humanas fraternas, fundadas en la dignidad y en el valor absoluto de cada persona. Castidad como liberación de cualquier tipo de relación posesiva y excluyente.

Obediencia como libertad de todo lo que puede ser proyecto individualista, cerrado en sí mismo, apego exasperado a la propia autonomía, que no es siempre verdadera libertad. Obediencia como posibilidad de no engañarse o de engañarse menos en la búsqueda común y compartida de la voluntad de Dios. Obediencia como expresión de una vida unificada en un único proyecto y centrada en la búsqueda de un único Absoluto, que, en el caso de la vida religiosa-misionera es el amor apasionado de Dios hacia todos los hombres especialmente los últimos y los que no le conocen.

Se trata, en definitiva, de situarse en las raíces de lo cristiano, y en las raíces de lo cristiano está una misión que es “de Dios” para la que Dios llama y envía, busca y prepara colaboradores, se sirve de ellos en su fragilidad para desplegar la fuerza débil de su amor, la pasión de amor por el hombre y por su dignidad, y el deseo de

ser reconocido, amado y correspondido en semejante despliegue de amor y de misericordia por los que “nunca oyeron hablar de El”.

El Dios que se expresa a sí mismo en el envío, en la llamada para vivir la comunión con Él y la misión hacia los hombres, es, en sí mismo, un misterio de comunión y de amor. Cuando la experiencia de la vida religiosa se sitúa en las raíces de lo cristiano, se sitúa en la comunión y en la fraternidad como lugar donde se vive la común búsqueda del Absoluto y el servicio al Reino y a la misión. Ser fraternidades que nacen de la comunión y generan a su alrededor más comunión y más fraternidad. Este es otro de los dinamismos fundamentales de la vida religiosa en su expresión misionera.

Fraternidades que de manera especial hoy, y no exentas de dificultades, configuradas muy a menudo desde procesos de interracialidad y de interculturalidad que se significan como semillas de una comunidad-Iglesia católica, universal y se convierten en anticipo de humanidad reconciliada. Fraternidades que en su propia dinámica hacen posible la “misión compartida” abiertas a crecer en comunión vital.

Fraternidad y comunión significa, para la vida religiosa, estar dentro del universo eclesial, con unas referencias eclesiales fuertes, afirmadas en lo esencial, afirmadas en lo carismático y en lo profético. Sabemos que en la Iglesia hay muchas maneras de estar. La forma típica de la vida religiosa en sus momentos de fecundidad, ha sido siempre la de ser alternativa a todo lo que en la Iglesia haya sido instalación, deterioro de la dimensión institucional en una burocracia sin alma, apropiación indebida de las cosas de Dios por quienes pueden estar tentados de convertir la misión del servicio en poder que no sirve ya para convocar y reunir a los hombres en un único rebaño, sino para “apacentarse a sí mismos”.

Típico de la vida religiosa, y debido a su sintonía profunda con la misión es el estar en las situaciones de periferia no sólo humana, social o cultural, sino también religiosa y eclesial. Solamente así, descubriéndose como reclamo a las raíces de lo cristiano, como llamada de atención a todo lo que es burocracia e instalación, formas institucionales que pueden sofocar y, de hecho, sofocan el Espíritu. La vida religiosa es ella misma y ofrece lo mejor de sí misma a la misión de la Iglesia. En las fuerzas del mundo de los religiosos, la Iglesia ha encontrado siempre, de manera casi exclusiva en los siglos pasados, los operarios de la misión, como afirmando de hecho este vínculo fuerte entre libertad y radicalidad evangélica y disponibilidad misionera.

Hoy ya no es así, porque una nueva eclesiología ha visto desarrollarse otras formas igualmente legítimas de servicio a la misión, y esto comporta que la vida religiosa sepa encontrar su espacio eclesial volviendo a sus raíces y volviendo a las fronteras para las que nació. Situar en la periferia de la Iglesia es un modo particular de estar y de ser Iglesia. El “sentir con la Iglesia”, en su sentido más profundo y genuino ha sido siempre garantía de fecundidad apostólica y misionera. El mundo de los religiosos ha sido siempre un mundo inquieto, tenaz en la búsqueda

de los valores del Evangelio y del servicio al hombre, y esto genera tensiones con la autoridad que son sanas cuando son provocación al diálogo, al crecimiento en la fe, en el sentido misionero y, sobre todo, en la fidelidad al Señor Jesús. Este es el modo, para la vida religiosa, de ser Iglesia y de servir a la misión.

En el ser mismo de la vida religiosa hay también una dimensión contracultural que ha hecho muchas veces de ella una “fuerza de choque” en lo que es el testimonio de valores evangélicos que van contra la sensibilidad y la cultura dominante. Pobreza, castidad y obediencia, vividas radicalmente, son contraculturales. Una auténtica búsqueda del Absoluto por los caminos de Jesús es contracultural respecto a un tipo de experiencia religiosa o “mística” que lleva a la paz interior por medio de técnicas sofisticadas, de tipo narcisista y absolutamente egocéntrico. Es una “espiritualidad light”, sin dinamismo de encuentro personal, sin compromiso hacia los demás, muy a la medida de un mundo que relativiza todo, donde todo vale y donde, en el ámbito religioso, cada uno puede organizarse una propia experiencia religiosa a su medida.

En nuestros ambientes de desarrollo y bienestar, es contracultural una radical experiencia teologal, experiencia de un Dios personal que se compromete en alianza y exige obediencia de fe, fidelidad y amor. Es contracultural también el afirmar con la vida que el Evangelio es buena noticia que debe ser anunciada, que es relevante y significativa para todos los hombres en su diversidad cultural y religiosa. Hoy se es sensible a la dimensión social, humanitaria, de ayuda a situaciones de pobreza y marginalidad, y es uno de los signos de nuestro tiempo, que genera un gran potencial de solidaridad. Es más irrelevante culturalmente la dimensión más “religiosa” de la misión, la que habla de anuncio y de encuentro con el rostro del Dios de Jesús, porque hay una memoria de un pasado de imposiciones violentas e intolerancias que tenemos que purificar.

Yendo a las raíces de lo cristiano, se radicaliza también la oposición entre el proyecto de Jesús, la búsqueda del Absoluto en el amor del Padre por todas sus criaturas, y el mundo entendido como conjunto de fuerzas y de realidades que se oponen frontalmente a este proyecto. Los religiosos tienen como elemento característico de su modo de vivir la misión el estar en la primera línea de combate contra todas las fuerzas de deshumanización, contra todos los falsos dioses, contra todos los falsos mitos del mundo globalizado.

Ser contraculturales en una pretendida cultura hegemónica, que desplaza todas las legítimas identidades culturales para imponer un modelo único, sin alma y sin rostro, fundado en el producir para consumir, donde los valores humanos, éticos, trascendentes y definitivos no cuentan nada. Ser contraculturales también en la lucha contra un sistema económico internacional que considera una fatalidad el abandonar a su propia suerte a quienes no estén en grado de competir en el mercado global, pueblos enteros y grupos humanos marginados del gran banquete del bienestar. Todo esto es altamente significativo en la misión *ad gentes*, en situaciones donde una pretendida cultura dominante y globalizada está imponiendo valores y modelos de vida opuestos al Evangelio.

2. DIMENSIÓN PROFÉTICA

Sabemos lo que significa ser profetas. La vida religiosa no puede vanagloriarse de haber sido siempre profética, sin embargo, la profecía está en su esencia más profunda. La profecía ha sido un rasgo distintivo de la vida religiosa cuando ha sido más ella misma y cuando ha dado, en el pasado y en el presente, su mejor aportación a la Iglesia y a su compromiso misionero. La capacidad de percibir los signos de los tiempos, los cambios sociales y culturales que exigían nuevas formas de presencia de la Iglesia, ha sido siempre característica de los nuevos carismas que iban naciendo. Las inevitables ambigüedades de cada época histórica, lo que hoy percibimos como errores del pasado no empaña el hecho de que la vida religiosa ha estado presente allí donde se abrían nuevos espacios, donde se encontraban nuevos pueblos, donde se estaban gestando nuevas formas de vida. La historia de la evangelización nos ofrece innumerables ejemplos de esta presencia de punta en las fronteras de la humanidad.

Esta dimensión profética no ha hecho más que acrecentarse en los últimos años revelando una presencia, a veces heroica, en tantas situaciones que podemos llamar de fractura de la humanidad: hambre, guerra, violencia, minorías en peligro de supervivencia, grupos de riesgo, etc. Todos sabemos que la presencia de misioneros en todas estas situaciones representa el rostro más creíble de la Iglesia. Y esto lo decimos no con aire triunfalista sino con la certeza de afirmar que la vida religiosa, no obstante muchas contradicciones y ambigüedades, sigue estando en los lugares y situaciones para los que nació. La vida religiosa se encuentra a sí misma cuando sale de situaciones confortables donde ha dejado de decir algo significativo a la “intemperie” de situaciones de riesgo, donde no tiene la situación cómoda del poder y del prestigio, donde la presencia, a veces, se justifica solamente por el deseo de estar junto a los que sufren, o junto a los que no conocen el Evangelio, con un estilo de vida amistoso y fraterno.

La vida religiosa, en su deseo de ser presencia visible de la caridad de Cristo, ha escrito siempre páginas significativas en el ámbito de la misión, manifestando una creatividad y una capacidad de respuesta inagotables a las necesidades y retos de la sociedad y del mundo, a las nuevas pobrezas que han ido naciendo y desarrollándose, mucho antes de que las sociedades civiles estuvieran en condiciones de afrontar esas necesidades y retos. La capacidad de respuesta a estos retos y nuevas situaciones, en una línea evangélica, de testimonio y profecía, es uno de los aportes mayores de la vida religiosa a la misión. No se trata tanto de tener la capacidad organizativa, financiera, estructural, de afrontar tantas necesidades dramáticas, sino de saber donde situarse, hacia donde apuntar, indicando cuales son los verdaderos valores y cual es la óptica evangélica para trabajar en la solución de esos problemas. Es siempre la mirada especial que nace en quien se ha consagrado a buscar el Absoluto de Dios allí donde Él quiere ser encontrado, la que genera estos gestos intrépidos y creativos de la caridad.

En esta multiforme presencia de caridad, una aportación típica de la vida religiosa a la misión es la calidad evangélica de la presencia, y el valor del testimonio. Nuestra presencia no está siempre en función de lo que “podemos hacer”, o de la eficacia de servicios que podemos prestar, a veces esenciales para en lugares carentes de todo tipo de servicios. Una presencia de caridad llega también al “estar” gratuito incluso cuando no se puede “hacer” nada y solo se puede manifestar la solidaridad de una presencia, de la amistad, del deseo de correr los mismos riesgos de la gente, por ejemplo en situaciones de guerra o de violencia tan frecuentes en lugares de frontera misionera. A la misión hoy le sobra caridad hecha “desde arriba”, y le falta capacidad, por parte de los agentes de la misión, de “estar con”, de “caminar juntos”.

Ante formas de cooperación, menos eclesiales a veces, que reproducen esquemas viejos de dependencia, paternalismo y manifestaciones de poder, la vida religiosa, en la misión, debe saber inventar unas formas de caridad y de solidaridad hechas “desde la pobreza”, al ritmo de la gente, respetando su ritmo y su cultura, aceptando también límites y ambigüedades. Característica de un servicio de la caridad como componente esencial de la misión debe ser hoy también la simplicidad, la agilidad, la provisionalidad del que debe estar siempre de paso y debe procurar que cualquier iniciativa camine por su propio pie, con las personas y los recursos locales, dentro de lo posible,

Todo esto supone, para nuestras instituciones de vida religiosa, una purificación grande de esquemas, estructuras y modos de hacer que nos han alineado, a veces, con lo que hacen todos y como lo hacen todos, con modos de hacer lejanos de la fuerza débil del Evangelio, del estilo de Jesús hecho de compasión, cercanía y capacidad de entender lo que había en el corazón de cada persona. Tenemos que purificarnos de un posible sentido de superioridad o autosuficiencia por el volumen de nuestras obras o servicios, cuando esto es más valorado que la calidad evangélica de nuestra presencia y nuestro testimonio. En esto se juega buena parte de nuestra aportación significativa a la misión.

La historia de la misión, realizada en buena parte por los religiosos ha acumulado mucha sabiduría y experiencia que hoy debe ser preciosa para nosotros. Tenemos una perspectiva de siglos para analizar experiencias, formas de evangelización logradas, fracasos, iniciativas cortadas en su raíz, que hoy echamos de menos, ocasiones perdidas y momentos luminosos.

Cuando hablamos, por ejemplo, de inculturación, deberíamos hacer uso de esta sabiduría, fruto de discernimiento y de examen de conciencia, para no perder de nuevo la ocasión del momento que vivimos. Frente a la amenaza de una cultura global, que barre las diferencias e identidades más legítimas, debemos saber captar la sabiduría de cada pueblo y de cada realidad humana. Frente a intentos centralizadores e impositivos, también en el ámbito eclesial, la óptica de la radicalidad evangélica debe darnos la capacidad de conocer y discernir lo que hay en cada hombre y en cada experiencia humana, donde el Espíritu ha dejado desde siempre sus signos

y manifestaciones. La inculturación antes que obra de expertos es obra de la gente que, espontáneamente, y cuando la dejan, va haciendo síntesis de sus valores culturales más genuinos y de los valores del Evangelio. Es el primer paso de la inculturación, y misión especial de los consagrados, es favorecer estos procesos en la base.

Hay luego otros procesos más de estudio, más técnicos en los que personas competentes pueden reflexionar sobre lo vivido, sacar conclusiones y ofrecer pistas concretas de realización. La vida religiosa, en la historia de la evangelización, ha estado siempre en los dos niveles dando la mejor contribución a la inculturación. Es la profunda sensibilidad hacia todo lo que es genuinamente humano la que permite a quien se sitúa en la óptica radical de Jesús entrar en el corazón de una cultura con amor, respeto y pobreza de espíritu, y desde ahí a que cada hombre y cada grupo humano puedan hacer suyo el Evangelio sin tener que renunciar a nada de lo mejor que la sabiduría de cada pueblo ha sabido expresar en modos de vida, organización social, expresiones religiosas, etc.

3. ACORDES DE LA SINFONÍA

Hemos visto como en el pasado los religiosos han sido casi los únicos agentes de la misión, para la cual nacieron, en época más reciente instituciones exclusivamente misioneras. Aun con los inevitables errores y connivencias con la mentalidad y los esquemas de cada tiempo, los religiosos han escrito páginas gloriosas y heroicas de la evangelización, casi siempre, lo sabemos, siguiendo los pasos de conquistadores o colonizadores. La misión fue casi exclusivamente tarea de las órdenes religiosas y de las congregaciones. Monopolio de los religiosos como agentes de la misión, y monopolio también territorial de cada institución, a la que venía asignado un territorio en exclusiva como campo de misión.

Hoy, sabemos que no es así, que la misión se ha diversificado en sus agentes, en las instituciones que la realizan y en las formas de realización. Esto da lugar, sobre todo, a una mayor autonomía y protagonismo de las Iglesias locales, y dando espacio a todos los componentes del pueblo de Dios: laicos, presbíteros, religiosos, miembros de comunidades y movimientos varios, que dan riqueza y vitalidad al compromiso misionero de la Iglesia.

La misión es hoy mucho más eclesial, no es monopolio de nadie y necesita de la aportación y del compromiso de todos. En esta nueva situación, los religiosos siguen siendo una presencia mayoritaria entre las fuerzas misioneras (son más de quince mil los misioneros religiosos y religiosas españoles). Una presencia altamente significativa que se encuentra ante varios retos de cara al futuro.

Tal vez todos pensamos al número como reto del futuro. El descenso de vocaciones nos ha hecho pensar a todos que la vida religiosa va a dejar de ser un agente numéricamente significativo de la misión. La realidad es más compleja, y presenta

luces y sombras. En nuestros países más secularizados y de vieja cristiandad disminuyen las vocaciones, y, naturalmente, también las vocaciones misioneras. Si la cuestión es solamente numérica, todos sabemos que los países llamados “de misión” son ricos de vocaciones. Todos sabemos también de presencias misioneras realizadas, con mucha ambigüedad para conseguir vocaciones. Todos sabemos también de jóvenes que corren el riesgo de entrar en nuestras congregaciones pensando más bien en un status, viendo en nuestros ambientes bienestar, posibilidades de carrera y de promoción.

Son cuestiones éstas muy complejas que sobrepasan los límites de una comunicación como ésta. El reto con el que no enfrentamos de verdad, de cara al presente y al futuro, es el de la autenticidad, calidad y radicalidad de nuestro testimonio. Es este el aporte más específico de la vida religiosa a la misión. Pasar de ser los que lo hacen todo a ser presencia significativa de una comunidad fraterna que busca a Dios y su voluntad como único absoluto, siguiendo a Jesús por los caminos de la misión y del servicio al Reino. Y esto estando presentes en las fronteras y en las fracturas de la humanidad.

Este es el verdadero reto, una presencia tan transparente que no se preste a ambigüedades por parte de quienes tienen otras motivaciones menos evangélicas. La vida tiene que ser ella misma, no serlo todo. Tiene que dar lo que ella es a la misión. La preocupación nuestra, de religiosos, de cara al futuro, no es que nuestras congregaciones puedan morir, sino que pueda morir la misión. En la medida en que trabajemos para que la misión continúe y siga siendo la misión de Jesús, nuestras comunidades vivirán, y no solo vivirán, sino que podrán renacer y también “refundarse”. “Refundarse en la misión”, “refundarse desde la misión”. Es la fidelidad a la misión la que ayuda a volver a las fuentes, a salir del callejón sin salida de nuestras contradicciones institucionales, donde, a veces, el miedo y el espíritu de supervivencia son más fuertes que la fe, el coraje y la intrépida confianza en Dios, que nos lleva a abrirnos a nuevas realidades.

Calidad evangélica, presencia, testimonio, inserción, capacidad de anuncio y denuncia, vida fraterna, búsqueda de Absoluto, compromiso por la justicia. Todos rasgos de un proyecto renovado de vida religiosa. Rasgos también de un proyecto misionero vivido desde la consagración.

El presente y el futuro nos traen, como sabemos, una diversificación no exenta de confusión y ambigüedades del concepto de misión *ad gentes*. Sabemos que la identificación geográfica de “países de misión” no es única ni exclusiva, porque representa una imagen reductiva de misión. El criterio geográfico no es el único para determinar las prioridades y lugares de la misión, si bien sigue siendo importante. La RMi nos ha habituado a otras categorías que cambian significativamente el panorama de la misión *ad gentes*: grupos humanos y situaciones necesitadas del primer anuncio, incluso en nuestros países de antigua cristiandad. Pensemos, por ejemplo, en los grupos de inmigrantes; los nuevos areópagos de los que también habla la RMi (27), etc. Determinar hoy dónde está la misión para nosotros y para

toda la Iglesia, según el propio carisma y respondiendo a las urgencias misioneras, es un ejercicio de discernimiento que requiere todas esas condiciones de un proyecto de vida religiosa que, frecuentemente, vivimos de manera muy diluida y mediocre: fraternidad, sentido del Absoluto, lectura de la realidad y de los signos de los tiempos, coraje y audacia, etc.

Es propio del ministerio misionero de los religiosos el tener una particular sensibilidad evangélica para indicar lugares, situaciones, grupos humanos necesitados de evangelización o de una presencia de caridad, testimonio, o de servicio a la promoción integral del hombre. Es el mejor servicio que los religiosos, incluso más reducidos numéricamente, pueden dar a nuestras comunidades eclesiales tan tentadas de cerrarse en sí mismas e incapaces de abrirse no sólo a los que están geográficamente lejos, sino a los “diferentes” que se acercan a nosotros y llaman a nuestras puertas.

Tenemos que preguntarnos si los religiosos somos una fuerza que provoca y estimula a nuestra Iglesia a abrirse a la misión, o bien somos los primeros que, por nuestro peso institucional, por nuestras inercias, tenemos dificultad para despertar y movernos.

La misión es hoy una sinfonía de muchas voces y fruto de la armonía de muchos instrumentos. Hemos hablado de muchos aspectos de cómo la vida religiosa se sitúa radicalmente en el seguimiento de Jesús, que va de la consagración a la misión y crea fraternidad. Hay vías privilegiadas para vivir la misión como consagrados.

Ya hemos hablado de la inculturación como uno de los ámbitos del ministerio misionero. Los religiosos, para poder ayudar y servir a la inculturación del Evangelio debemos aprender a inculturarnos en todo: Estilo de vida, modos de presencia, medios materiales, formas de trabajo. Si no es así, terminamos por atraer y hacer que se fijen en nosotros, no por nuestro testimonio, sino por todo lo contrario, con las inevitables ambigüedades de quien pide o decide unirse a nosotros. No somos, como misioneros extranjeros, los agentes primeros de la inculturación, lo es el pueblo, los agentes pastorales de la Iglesia local, etc., pero nuestra presencia más o menos comprensible, transparente, respetuosa de la cultura local, es decisiva para ayudar y favorecer este proceso. El amor genuino hacia la gente lleva a amar su visión del mundo, sus categorías existenciales, y, amando todo esto se aprende a conocer, a valorar y a discernir.

Hoy, en las fronteras y periferias donde se realiza la misión, vuelve al centro de la atención el desafío del diálogo interreligioso. Tal vez la dimensión de la misión que requiere más cambio mental, más conversión y también más conocimiento y competencia. Vuelve la preeminencia de lo religioso, aunque nos choque a nosotros, hombres y mujeres de una sociedad secularizada, donde se está produciendo también lo que algunos llaman la “revancha de Dios”. Basta ver la actualidad internacional para darse cuenta de cómo la componente religiosa está presente en tantos conflictos.

La misión cristiana ha pasado de una percepción de las otras experiencias religiosas como error absoluto a una actitud más positiva y lúcida que intenta descubrir por todas partes los signos de la presencia de Dios que El mismo ha dejado en la historia y en el camino de los diferentes pueblos y religiones. Hoy sabemos que hay un gran proyecto de Dios, del cual el centro es Jesús, que comprende a toda la humanidad y a todos los esfuerzos de los hombres por buscar el Absoluto y acogerlo en sus propias vidas. Sabemos que estas afirmaciones abren muchas cuestiones teológicas que son objeto de debate, de estudio y también de contrastes.

La vida religiosa, situándose en la misión como una experiencia privilegiada del Absoluto que se nos ha revelado en Jesús de Nazaret, está llamada a entrar en diálogo, de una manera privilegiada, con las otras sabidurías y experiencias religiosas. Tal vez estemos menos preparados, pero estamos llamados a dar mucho más en este ámbito de la misión que ha llegado también a nuestras sociedades secularizadas, insatisfechas y en búsqueda también de experiencias espirituales fuertes.

En la promoción de la justicia y de la paz tenemos más tradición y experiencia, es también un ámbito privilegiado del ministerio misionero. Hoy, la promoción de la justicia tiene una dimensión global que no se puede eludir, pero hay también que saber actuar en lo pequeño, cotidiano y concreto, en las iniciativas pequeñas y locales como en las grandes iniciativas y proyectos a escala global.

De las iniciativas de desarrollo y promoción humana se ha ensanchado el compromiso hacia la sensibilización, la denuncia, la educación para la justicia y la paz, la promoción de nuevos estilos de vida más solidarios y justos, el saber actuar en las causas que generan pobreza e injusticias, en influir en los centros de decisión política y económica donde se toman decisiones que afectan a la vida de millones de personas sumidos en la pobreza.

Todos estos compromisos, experiencias, abren a la vida religiosa un horizonte de misión que podemos llamar también un horizonte de éxodo. Para ser fiel a su ser misionero, la vida religiosa debe vivir en estado permanente de éxodo que es estado permanente de misión. Vivir en éxodo e indicar al pueblo de Dios la vía del éxodo como experiencia de encuentro con los lejanos, de purificación de idolatrías y adherencias falsas, como camino de verdadero y auténtico encuentro con Dios. Ponernos en camino y acoger los caminos que Dios nos va indicando, que tal vez nunca hubiéramos recorrido por propia iniciativa. Éxodo espiritual y existencial, éxodo de estructuras, éxodo eclesial, esta es la actitud básica y de fondo que define una vida religiosa que quiere refundarse asumiendo con radicalidad su ser misionero.

4. EN LA IGLESIA AL SERVICIO DEL REINO QUE ESTÁ LLEGANDO

La comunidad cristiana hace suya la Misión del Señor Jesús, la referencia esencial de la comunidad, el centro y el horizonte es la vida, la Pascua del Señor

Jesús. En Él descubre su “obediencia radical” al proyecto del Padre: “que todos tengan vida y ésta en abundancia” (Jn 10,10) descubre su fidelidad y entrega diaconal al Reino-filiación y fraternidad.

El estilo de vida de Jesús, sus actitudes, los hechos y dichos no son indiferentes, nos revelan una manera de ser y de estar en el mundo, señalo particularmente: la encarnación, la cercanía, misericordia, entrega y profunda solidaridad en la compasión, en la consolación, en la justicia por restablecer a todas las personas en la dignidad de Hijos de Dios.

Es desde esta referencia al señor Jesús que la comunidad animada y guiada por la fuerza y la presencia del Espíritu se pone en camino exodal y en “obediencia radical” al Proyecto de Dios, proyecto universal de Vida para toda la Humanidad, sin exclusiones ni partidismos, valorando y acogiendo todo germen de vida que busca plenitud en Dios.

La Iglesia está al servicio del Reino, se descubre en la escucha humilde y atenta del Proyecto de Dios y se reconoce en la entrega generosa y kenótica. Por esto la vida religiosa que vive radicalmente del dinamismo carismático, de la profunda comunión eclesial se alimenta y se ofrece en la comunidad con toda la riqueza de lo diverso y plural. A lo largo de toda la historia ha sido precisamente esto una fuente de tensiones: animar esta dinámica misionera y acoger este espíritu misionero evitando localismos, cerrazones, instalaciones y reduccionismos esterilizantes.

La Misión no responde y no es cuestión solamente de unos criterios geográficos, es sobre todo dinamismo de encuentro, desde las fuentes Trinitarias, con todo y con todos para anunciar, celebrar y realizar el Reino que de manera particular está en las tensiones liberadoras de salir a las fronteras de lo cultural y de lo humano, que lee y percibe la realidad desde la mirada de Dios y la descubre como tarea. Los religiosos-as viviendo de este dinamismo misionero están llamados a secundar y animar a toda la comunidad eclesial, estamos hablando aquí, también de la Animación Misionera.

Una de las tareas urgentes y vertebradoras de la vida eclesial ha de ser la animación misionera como nos dice Juan Pablo II en la RMi.

La formación misionera del Pueblo de Dios es obra de la Iglesia local con la ayuda de los misioneros y de sus Institutos, así como de los miembros de las iglesias jóvenes. Esta labor ha de ser entendida no como algo marginal, sino central en la vida cristiana. Para la misma nueva evangelización de los pueblos cristianos, el tema misionero puede ser de gran ayuda; en efecto, el testimonio de los misioneros conserva su atractivo incluso para los alejados y los no creyentes, y es transmisor de valores cristianos. Las Iglesias locales, por consiguiente, han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles (RMi, 83).

La manera de vivir los cristiano, la búsqueda constante de Dios, la fidelidad a su reino, los valores de la consagración y la fraternidad son elementos que han dado y que dan un “colorido y sabor” especial a la misión, que han generado tantas vidas y tantas iglesias locales y que son de una gran “utilidad evangélica y pastoral” en la animación misionera del Pueblo de Dios y de las realidades humanas. La entrega y la presencia en tantas situaciones humanas de periferia, de marginación, de fracturas humanas y culturales es el patrimonio más rico que merece la pena disponer de ello para el bien de toda la comunidad eclesial y en especial para la animación misionera y sobre todo para acompañar la animación con el testimonio tan vivo, diverso y plural.

Ante tantas suspicacias, fruto de experiencias de incomprensión y marginación, síntomas de luchas intraeclesiales tan poco evangélicas se nos impone un horizonte de animación con espíritu abierto y con sentido profundo de comunión, buscando y descubriendo juntos cauces reales de colaboración, de trabajo y de servicios eficaces a la causa misionera desde el respeto y la estima mutua.

La situación de nuestro mundo marcado por enormes dialécticas hirientes y desestructuradoras como la globalización y los particularismos localistas; lo colectivo anónimo y los individualismos; las exclusiones y divisiones y el deseo de unión nos están convocando proféticamente a la búsqueda de caminos de unión, a converger para ofrecer un testimonio real de comunión, de unidad en la pluralidad y en la diversidad de las presencias misioneras de tantos religiosos-as.

En la comunidad cristiana, la vivencia, el testimonio de tantos religiosos-as nos pueden ayudar a una “ortopraxis” misionera que insertado en el dinamismo misionero hace que la comunidad se sienta “exodal” y siempre en situación de “salir” al encuentro de los otros y sobre todo a tomar conciencia cada vez más “práctica” de su dinamismo misionero.

En este momento histórico en el que nos encontramos, tan cargado de luces-sombras y claroscuros, tan lleno de esperanzas, expectativas y doliente de tantas heridas y sufrimientos, la Iglesia está llamada ser “sigo” de la Luz de Cristo y no precisamente por los “oropeles” “aparatos” y “parafernalias” que se nos pegan del mundo sino por la entrega humilde a la causa de la Nueva Humanidad Reconciliada. Solo desde aquí se entiende la Misión, Anuncio de la Vida de Dios y sólo desde aquí la vida de tantos religiosos-as con sus claroscuros y búsquedas se insertan en este misterio de Luz, haciendo que la Iglesia recorra el camino de la vida de la humanidad que es cruz y resurrección.

Por eso señalo algunas actitudes que desde la misión *ad gentes*, lugar de encuentro con Dios, con su proyecto universal, su presencia embrionaria nos revela y nos cuestiona:

- Acompañar itinerarios humanos de exclusión, de fracturas humanas donde a las personas se les niega de hecho su “dignidad de Hijos de Dios”, estos itine-

rarios están suponiendo presencias desde la debilidad de su propio y único testimonio. Presencias cargadas de gratuidad y sobre todo con la conciencia de estar significando el amor misericordioso y consolador de Dios.

- Suscitar, promover procesos de solidaridad, de justicia y paz que revelen las entrañas de misericordia y de compasión de Dios. Nos está convocando a una lectura lúcida y crítica de la realidad para desvelar los mecanismos de empobrecimiento y muy a menudo a situarnos en zonas de conflicto.
- Animar, desde el anuncio testimonial y profético de los valores de la consagración el espíritu universal misionero. Ante tantas asociaciones, grupos, ongs aportar desde lo específico de la consagración una vida entregada, abierta a todas las culturas, razas y religiones. La propia fraternidad que se hace “interracial” es un signo evidente de universalidad, sabiendo que esto tiene un camino no exento de dificultades y de renunciaciones.
- Apoyar iniciativas de los pueblos en donde se está presente y de las iglesias locales con espíritu de servicio y de comunión recorriendo el camino de la conversión para no caer en protagonismos antagónicos y contratestimoniales.

Los retos de la humanidad nos están convocando a una renovación profunda de la vida religiosa, a saber recorrer el camino de entrega a la misión desde las raíces de los valores propios de ella y sobre todo con las motivaciones espirituales que puedan responder con generosidad a las situaciones duras, penosas y sangrantes de nuestra humanidad:

También la Misión sigue siendo difícil y compleja, como en el pasado, y exige igualmente la valentía y la luz del Espíritu. Vivimos frecuentemente el drama de la primera comunidad cristiana que, veía cómo fuerzas incrédulas y hostiles se aliaban “contra el Señor y contra su ungido” (Hech 4,26). Como entonces, hoy conviene orar para que Dios nos conceda la libertad de proclamar el Evangelio; conviene escrutar las vías misteriosas del Espíritu y dejarse guiar por él hasta la verdad plena (Jn 16,13) (RMi, 87).

Al misionero se le pide “renunciarse a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces y a hacerse todo para todos” en la pobreza, que lo deja libre para el Evangelio; en el desapego de personas y bienes del propio ambiente, para hacerse así hermano de aquellos a quienes es enviado y llevarles a Cristo Salvador (RMi, 88).

“Por ello, la Iglesia, confortada por la presencia de Cristo, camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María” (RMi, 92).

Desde este foro eclesial del Congreso Nacional de Misiones demos gracias a Dios por tantos dones dados a la comunidad y a la humanidad en la vida y entrega de tantos religiosos-as, que conscientes también de sus debilidades se han entrega-

do y que son invitación a renovar la entrega misionera en un servicio humilde y buscando el Reino que está llegando.

De manera especial recordamos a tantos religiosos-as que en la entrega silenciosa de la vida contemplativa quieren vivir la radicalidad del amor y se sutúan en el corazón de la Misión y alientan el espíritu misionero. Y cómo no tener presente a todos aquellos que por apostar en situaciones conflictivas por la causa del Reino han sufrido, sufren tribulaciones y persecuciones, ellos son el mejor patrimonio y la mejor referencia para renovar la entrega, el impetu misionero, que María, madre y estrella de la Evangelización nos proteja.

LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS ESPECIALMENTE COMPROMETIDOS CON LA MISIÓN AD GENTES EN CUALQUIERA DE LOS ÁMBITOS DE LA MISIÓN

Hna. Juana PAGAN CASCANES
Misionera Comboniana

1. **La Vida Consagrada su vocación fundamental y su misión:** la vida religiosa, consagrada como dice el Papa en la introducción a la exhortación apostólica VC, “*esta enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo*”, por lo que podemos decir que su *vocación fundamental* es el seguimiento radical a la forma de los apóstoles, dejarlo todo (Mc 10,28) “*para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hermanos*”. De aquí que la vida consagrada tiene su razón de ser en la llamada que Jesús hace a los que quiere, para estar con Él y *para enviarles a predicar el evangelio*. Como el Padre consagra al Hijo y lo manda al mundo (Jn 10,36) también los que Él llama a seguirle son consagrados y enviados al mundo a continuar la misión. Esto vale para todo cristiano y en modo particular para aquellos/as que del seguimiento de Jesús hacen la *única opción de vida*. Podemos, así, afirmar que el único fin, o misión, de la vida consagrada es continuar la misión del Señor proclamando los valores del Reino por medio de la vivencia y el testimonio de los consejos evangélicos. Para promover el Reino, la vida consagrada ha de implicarse, además que en el testimonio, en el anuncio del Evangelio hasta los confines de la tierra, y en el compromiso por la justicia y la paz en fidelidad a las enseñanzas y misión de Jesús (Lc 4,19).
 - a) **breves notas históricas:** “A lo largo de los siglos nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido este camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón «indiviso»” (VC nº 1).

Todos sabemos, pero no está mal recordarlo, para no perder “*la memoria*”, que la evangelización de los pueblos, desde sus comienzos ha tenido en la vida consagrada su principal agente. Baste recordar a las ordenes monacales que hacían surgir a su alrededor comunidades cristianas; paulatinamente, a lo largo de los siglos, fueron surgiendo según el Espíritu concedía a la Iglesia los carismas más variados para dar respuesta a las necesidades de cada momento, *sea con relación al anuncio del Evangelio que al testimonio de la caridad* que es el sello de autenticidad y credibilidad de lo que se anuncia (cf. *Ecclesia en Europa*, 37).

Posteriormente son las grandes órdenes (Dominicos, Franciscanos y Jesuitas, en particular) que acompañando a los exploradores y colonizadores se encargan de la Evangelización de los demás continentes, teniendo más éxito en América y en Asia que en África, donde por lo adverso de las condiciones climáticas y el desconocimiento del continente fracasan todas las expediciones hasta el 1800.

Un nombre importante, a mediados del 1800, es el de Sor *Anne Javouhey*, que promovió contra viento y marea la formación del clero africano al mismo tiempo que la primera evangelización. Gracias a la obra prodigiosa de esta religiosa inspirada, Senegal contaba con 6 sacerdotes diocesanos en 1872. La siguieron grandes fundadores de la época de las Congregaciones que todavía hoy están desarrollando la labor de Evangelización en los cinco continentes, entre otras y significativas para el continente africano fueron las fundadas por, el que ya podemos decir, San Daniel Comboni, y Monseñor Lavigieri, no menciono otras por falta de tiempo y por temor de olvidar alguna.

No puedo dejar de hacer mención a la gran figura contemporánea de Madre Teresa de Calcuta que todos admiramos y con su beatificación nos viene propuesta por la Iglesia como modelo a seguir en lo que a la caridad cristiana se refiere.

Además es muy significativo que los patronos universales de las misiones sean *Santa Teresita, una monja de clausura*, de la que tenemos el privilegio de venerar sus reliquias en España con ocasión de este Congreso y *San Francisco Javier*, el gran apóstol y misionero a quien tantos fundadores se inspiraron.

b) lo que dice VC documento de la Iglesia:

VC nº 75

En los posibles *ámbitos de la caridad*, el que sin duda manifiesta en nuestros días y por un título especial el amor al mundo “hasta el extremo”, es *el anuncio apasionado de Jesucristo* a quienes aún no lo conocen, a quienes lo han olvidado y, de manera preferencial, a los pobres.

VC nº 76

La *aportación específica* que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización está, ante todo, en *el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos*, a imitación del Salvador que, por amor del hombre se hizo siervo.

VC nº 77

Las personas consagradas, tienen la *tarea de hacer presente también entre los no cristianos a Cristo casto, pobre, obediente, orante y misionero*. En virtud de su más íntima consagración a Dios, y permaneciendo fieles a su carisma, no pueden dejar de sentirse implicadas en una singular colaboración con la actividad misionera de la Iglesia.

VC nº 78

“El amor de Cristo nos apremia” (2Cor 5,14): los miembros de cada Instituto deberían repetir estas palabras con el Apóstol, *por ser tarea de la vida consagrada el trabajar en todo el mundo para consolidar y difundir el reino de Cristo, llevando el anuncio del Evangelio a todas partes, hasta las regiones más lejanas*.

De hecho, la historia misionera testimonia la gran aportación que han dado a la evangelización de los pueblos: desde las antiguas familias monásticas hasta las más recientes Fundaciones dedicadas de manera exclusiva a la misión *ad gentes*, desde los Institutos de vida activa a los de vida contemplativa...

Este deber *continua urgiendo hoy* a los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica: el anuncio del Evangelio de Cristo espera de ellos la máxima aportación posible.

VC nº 79

El anuncio de Cristo tiene la prioridad permanente en la misión de la Iglesia y tiende a la conversión, esto es, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su evangelio. Forman parte también de la actividad misionera el proceso de inculturación y el diálogo interreligioso. *El reto de la inculturación ha de ser asumido por las personas consagradas* como una llamada a colaborar con la gracia para lograr un acercamiento a las diversas culturas.

VC nº 80

La vida consagrada, es de por sí portadora de valores evangélicos y, consiguientemente, allí donde es vivida con autenticidad, puede ofrecer una aportación original a los retos de la inculturación.

Si la vida consagrada mantiene su propia fuerza profética se convierte, en el entramado de una cultura, en fermento evangélico capaz de purificarla y hacerla evolucionar. ... El estilo de vida evangélico es una fuerza importante para proponer un nuevo modelo de cultura.

2. La vida consagrada y la misión *ad gentes* y sus ámbitos:

La encíclica *Redemptoris Missio* da a cada bautizado el marco de su propia responsabilidad con la misión *ad gentes* y a la vida consagrada se dirige muy explícitamente en el nº 69b con las siguientes palabras: “A los institutos de vida activa indico los inmensos espacios para la *caridad, el anuncio evangélico, la educación cristiana, la*

cultura y la solidaridad con los pobres, los discriminados, los marginados y los oprimidos". Esta solicitud ha sido acogida de parte de muchos institutos, pero es necesario que sea considerada mejor para un autentico servicio. *La Iglesia debe hacer conocer los grandes valores evangélicos de los que es participe y nadie puede testimoniarlos más eficazmente que quienes profesan la vida consagrada en castidad, pobreza y obediencia, en total donación a Dios y a los hermanos, en plena disponibilidad de servir a la humanidad siguiendo el ejemplo de Cristo misionero del Padre y como él pasar haciendo el bien.*

La RMI nos evoca la AG en su nº 40, momento de la Iglesia en el que muchos institutos han abierto sus horizontes a la misión *ad gentes* siguiendo con entusiasmo la invitación del Concilio. La pregunta que en este numero de AG viene dirigida a toda la vida consagrada nos recuerda la que se hacen los apóstoles en He 6,1-7 "No es bueno que abandonemos la Palabra por las mesas... buscad personas capaces de atender las necesidades de la comunidad ..." es lo que AG 40 viene a decir a la vida consagrada. "*Otras fuerzas en la Iglesia pueden llevar a delante ciertas obras y ministerios que los institutos llevan a termino y estos den un paso más adelante a favor de la extensión del Reino*". A partir de este gran impulso de la actividad misionera de la Iglesia, son pocas las congregaciones o institutos que no hayan dado este paso y muy generosamente están colaborando a la única labor de la Iglesia, de la que todos somos responsables en repuesta al mandato del Señor: "*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a todas las gentes*" (Mc 16,15).

La NMI nos habla de la "*Fantasia de la caridad*" es una expresión que indica la profundidad de la llamada a testimoniar el amor de Dios a la persona humana. La palabra fantasía evoca *creatividad, novedad, dinamismo, gozo y entusiasmo*, todos atributos de Dios que no deja de sorprendernos con su amor creativo y siempre nuevo. La caridad no puede ser rutinaria, ni humillante, quien la recibe debe sentirse dignificado, como nosotros nos sentimos dignificados por el amor de Dios, la caridad es solo la trasmisión de este mismo amor que circula entre los miembros de su cuerpo, sin que ninguno pueda considerarse el final del circuito y sintiendo la responsabilidad de que el Amor de Dios pase de miembro a miembro, poseyéndolo todos sin que ninguno sea propietario. En una palabra, la persona a la que nuestra caridad viene dirigida o se siente dignificada o no es caridad; si este es un gesto que humilla a la persona, es mejor que omitamos el gesto, porque Dios no humilla, se humilla para ensalzarnos (cf. NMI 49-50).

El compromiso misionero es una cuestión de fe (RMI 11) de una fe que es también parte de la experiencia personal y eclesial que hacemos centro de nuestra vida, de nuestra liberación personal. Porque creemos que solo en Cristo la persona humana puede encontrar la plenitud de su realización integral, nos sentimos impulsados, por la experiencia del amor de Dios, a compartir con los demás hermanos y hermanas la razón de nuestra esperanza, la fuente de nuestra paz, gozo y alegría. Seria una contradicción profunda el querer tener para nosotros una

experiencia tan profunda y enriquecedora, que mientras se comparte se dilata y engrandece. Por el contrario cuando se tiene encerrada, guardada con auto complacimento, se empequeñece, se desvirtúa al punto de transformarse en *idolatría*.

Si damos una mirada a la realidad del mundo no podemos quedarnos tranquilos, al constatar que la mayoría de las personas en el mundo no han recibido el primer anuncio y que con el crecimiento de la población mundial no crece proporcionalmente el número de creyentes en Cristo, es más, *los creyentes* van convirtiéndose paulatinamente en *pequeño resto*. Esto aunque sea cierto que la Iglesia esta presente ahora en todos los continentes y que la misión *ad gentes* no está ya circunscrita a regiones geográficas como era en el pasado. Lo que permanece cierto es que en todos los continentes *la misión ad gentes* está muy lejos de haber logrado su razón de ser: hoy más que nunca la palabras de Jesús de “id y anunciar el evangelio a todas las gentes” son actuales. Dice la RMi,¹ que la misión *ad gentes* de la Iglesia esta a sus inicios y que todos debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio. Si la solicitud de anunciar el evangelio es de todos, a mayor razón no puede la vida consagrada eximir esta gran responsabilidad.

Algunos elementos que caracterizan la consagración de los misioneros/as “ad gentes”, “ad vitam” y “ad extra”:

- en primer lugar el seguimiento radical de Cristo al estilo de los apóstoles que aunque sea de todos los cristianos, lo es en modo particular para los misioneros.
- El “*ad vitam*” hace del misionero un enviado/a que por un lado favorece el proceso evangelizador con continuidad sea por su entrega personal sin límites de tiempo, que como miembro de una comunidad participe al mismo proyecto al servicio de la Iglesia local que los acoge.

Los misioneros/as “*ad gentes, ad vitam y ad extra*” se caracterizan por lo específico de su misión bien descrita por la RMi como:

- Primer anuncio o Evangelización de los no cristianos
- Formación de comunidades cristianas
- Consolidación de las nuevas comunidades y haciendo las mismas misioneras desde sus orígenes

En el nº 66 de la RMi el Papa nos dice que la vocación especial de los misioneros “*ad vitam*” conserva su validez y nos estimula a renovar con valentía el camino de nuestro carisma, pues según él, aunque la misión no sea hoy, solo cuestión de especialistas de la misión, se necesitan también estos. Y es que hay situaciones y realidades de misión, que si somos honestos, tenemos que reconocer el carisma que el Espíritu ha dado a estos hombres y mujeres para el servicio de la “misión *ad gentes*” en la Iglesia y a favor de la humanidad. Vocación a la que ellos y ellas responden con toda naturalidad, sin por ello ser o considerarse héroes, aunque tengan en su vocación misionera una clara e implícita vocación al *MARTIRIO*.

Los *objetivos de la misión “ad gentes”* hacen al misionero un enviado humilde, sencillo y a su vez creativo:

- **humilde** porque sabe que la misión no le pertenece y es consciente del protagonismo del Espíritu Santo que actúa en todos y que lo precede en la misión que le confía.
- **Sencillo** por la necesidad de aculturarse y de entrar en dialogo con las culturas y religiones e implicarse a fondo en la promoción de los *VALORES DEL REINO* consciente de que es trasmisor de un mensaje que solo el pueblo que lo acoge puede *INCULTURAR* y así llevarlo a la madurez cristiana.
- **Creativo** porque ha de encontrar el modo de involucrar a las gentes en el proceso evangelizador, formador e inculturador de la comunidad, esto si verdaderamente quiere ser un *SENO* donde gestar la *VIDA*.

De aquí emanan otras dos convicciones del misionero/a “ad vitam”:

La *temporaneidad y la itinerancia*: Como Pablo de Tarso el misionero/a forman la comunidad y se disponen a la itinerancia, es decir a formar nuevas comunidades que surjan por el anuncio del Evangelio.

¿QUE HACER?

a) *Ad extra*

La apertura misionera se concretiza en dos líneas, en el ser y en el actuar.

En cuanto al *ser*, la vida consagrada tiene un servicio importante que ofrecer a la Iglesia y a la misión: el de la oración e íntima unión con Dios, y el de dar testimonio de la trascendencia de Dios, de afirmar con la vida el primado de los valores espirituales en una sociedad y cultura siempre más secularizada.

La contribución de los religiosos/as a la evangelización es de proclamar el evangelio con su propia vida fundamentalmente en el vivir la pobreza, castidad y obediencia. La RMI relaciona la misión con la santidad (RMI, 90-91): “*la misión necesita de auténticos santos!*” De aquí que no solo la vida consagrada activa esté llamada a dar su aporte a la misión, sino también la contemplativa.

En cuanto a las *obras* los campos de actividad son inmensos pues no se puede limitar ni circunscribir la “*fantasía de la caridad*” (cf. NMI, 49-50). Dependerá de cada Iglesia particular y de sus necesidades, pero me atrevo a decir que todos y cada uno de los carismas de los institutos de vida consagrada tienen cabida en la actividad misionera, pues todos son carismas surgidos por obra del Espíritu para la Iglesia: explicitan en un modo u otro la misión de Cristo.

La RMI nos describe las fases de la misión *ad gentes* en las que cada uno debe sentirse de dar respuesta según su carisma específico: según la descripción del Pa-

pa la *misión ad gentes* tiene que pasar por un proceso que cuenta con las etapas de *primera evangelización, de formación de la comunidad cristiana y la consolidación de la misma hasta hacer de cada iglesia local una Iglesia misionera* desde sus orígenes, pues desde el momento que se recibe la fe surge la necesidad de comunicarla.

En estas etapas de primera evangelización, la formación de comunidades y de consolidación de las mismas hay cabida para todos los carismas de la vida consagrada.

Debemos además recordar que la misma encíclica nos dice que *las fronteras de la misión ad gentes no son hoy fácilmente separadas* y que geográficamente son esparcidas por todo el mundo.

En este campo la vida consagrada de las iglesias locales han de tener una particular atención para responder a las situaciones ad gentes que pueden existir “ad intra”, y permitir que los institutos misioneros de especial vocación ad gentes y “ad extra” centren sus energías en la misión específica a la que son llamados. Las Iglesias particulares han de tener una particular atención a las situaciones “ad intra” y colaborar con la misión “ad extra”.

La evangelización pasa necesariamente por el testimonio de la caridad, o sea por la promoción de los valores del reino que hacen creíble el anuncio del evangelio que se proclama. De aquí que la vida consagrada con la infinita “fantasía de la caridad” que el Espíritu ha hecho surgir en ella tiene un rol importantísimo en la misión sea “*ad intra*” que “*ad extra*”.

El “*genio femenino*” de las religiosas al servicio de la misión:

La vocación al amor aunque sea de toda persona humana, en la mujer tiene una connotación muy particular, la mujer es madre por naturaleza, generadora y defensora de la vida. *Ha dicho el Papa en su reciente viaje a Croacia* que el mundo necesita del “genio de la mujer”, palabras que acogemos con alegría, pues en realidad la misión de la Iglesia a lo largo de toda su historia ha tenido una *protagonista oculta* y ésta ha sido la mujer, particularmente la mujer religiosa.

Las misiones *ad gentes* y *ad extra* sin la mujer tenían muy poco éxito o fracasaban, donde los misioneros varones daban un rol relevante a la mujer y a la religiosa, la misión florecía.

Permítanme citar al Beato Daniel Comboni, que en cuestión de días será canonizado por Juan Pablo II.

“La mujer católica es todo, tengo la esperanza que la eficaz labor de la mujer católica sea útil, no solamente a la clase femenina, sino también a la conversión de los herejes”.

“La hermana de caridad en el África Central es de la misma utilidad del misionero; es más, el misionero haría muy poco sin la hermana. En los países musulmanes solo a la religiosa le está permitido penetrar en los secretos del harem y comunicarse con las mujeres que tanta importancia tienen en la vida y en la educación del hombre.”

*“La Misión del África Central esta teniendo éxito porque yo de acuerdo con Pío IX he consagrado solemnemente el Vicariato al Sagrado Corazón de Jesús, a nuestra Señora del Sagrado Corazón y a S. José y porque en todos los santuarios del mundo que he visitado y en casi todos los mas fervientes monasterios e institutos de Europa, se reza ardientemente por la conversión de la Nigrizia y porque en el apostolado de África Central fui el primero a llevar el **omnipotente ministerio de la mujer** del evangelio y hermana de la caridad, que es el escudo, la fuerza y la garantía del ministerio del misionero” “... quisiera describir brevemente el apostolado de estas hermanas verdadera imagen de las antiguas mujeres del evangelio ... no tienen miedo ni a la muerte en tal de ganar almas a la iglesia, y corresponder con sus propias fuerzas, con la **milagrosa debilidad** y con la vida a aquel Corazón, que: igne venit mittere in terram”.*

“Aquí la labor de la religiosa es un sacerdocio. Donde están las religiosas se consolida la misión”.

Baste pensar, en occidente, a las religiosas en el mundo de la enseñanza y de la salud cuando solo la Iglesia daba respuesta a estas necesidades básicas, cosa que continua a ser realidad en tantos países del sur del mundo, donde la pobreza coincide con la falta de anuncio del Evangelio y la misión *ad gentes* es doblemente urgente.

“La misión ad gentes ofrece a las religiosas/os misioneras/os un campo vastísimo para entregarse por amor de un modo total e indiviso. El ejemplo y la laboriosidad de la mujer virgen, consagrada a la caridad hacia Dios y el prójimo, especialmente el más pobre, son indispensables como signo evangélico entre aquellos pueblos y culturas en que la mujer debe realizar todavía un largo camino en orden a su promoción humana y a su liberación” (RMi 70).

Ámbitos en los que la vida consagrada ha dado y puede continuar a dar su aportación:

1. primera evangelización
2. construcción de comunidades
3. consolidación de comunidades
4. acompañar la vida cristiana de las comunidades
5. nueva evangelización

Caminos de comunión eclesial:

1. cooperación y colaboración eclesial
2. sentido de pertenencia a una gran familia común
3. mirar todos juntos al mismo y común objetivo: que el Evangelio sea proclamado a toda criatura, que ninguna persona o pueblo sufra la injusticia de ser privado de este derecho.

Que el reino de Dios se haga presente en la familia humana y esta pueda gozar de la fraternidad universal que ofrece el Reino. Para ello es necesario:

4. una actitud de profundo respeto y acogida de lo diferente
5. una actitud de sincero dialogo Inter-religioso y cultural

b) *Ad intra*:

Bajando a lo concreto de nuestro aquí y ahora. ¿Qué aportación puede o debe dar la vida consagrada en España en el ámbito *ad gentes*?

A mi juicio es de primera necesidad que la vida consagrada en nuestra Iglesia particular, mire siempre más a la misión universal como una prioridad, no como una aportación casual en momentos puntuales (cf. *Ecclesia en Europa*, 38). Para poder realizar esto es de gran importancia que las fuerzas de la vida consagrada tengan presente la necesidad de coordinarse y trabajar en comunión, con un fuerte sentido de pertenencia, sin dejar lugar a “proselitismos competitivos” que son los que matan toda iniciativa verdaderamente evangélica y eclesial.

Es importante dejar que el Espíritu del Señor conduzca la misión, ser dóciles a Él teniendo muy presente que Él es el verdadero protagonista de la misión, que quiere nuestra colaboración y que no la obstaculicemos. A nosotros la elección.

El campo de la *animación misionera*, de la sensibilización a todo el pueblo de Dios que reside en España, es algo que nos debería ver a todos unidos y como en una red de colaboración, de fraternidad solidaria, para que llegue este nuevo despertar misionero de la Iglesia, que reside en España, a todos. Despertar que enriquece y rejuvenece con el entusiasmo que la misión conlleva a las comunidades que lo reciben.

En esto la vida consagrada tiene un rol imprescindible por su fuerte presencia en toda la vida eclesial y en el ámbito educativo, ambos campos propicios para la formación de la conciencia cristiana y misionera.

Si todos los colegios o centros educativos tenidos en manos de instituciones religiosas se abrieran a la animación misionera en España, no cabría lugar a dudas de que estaríamos delante del mayor gesto de comunión y participación, de renovación eclesial y de vida cristiana que podemos ofrecer a la juventud.

AMBITOS DE LA MISION *AD GENTES* (RM, 37):

Según la RMi 37 la misión *ad gentes* no tiene confines, pero delinea algunos ámbitos con el fin de tener un cuadro real de la situación misionera.

1. Los ámbitos territoriales:

La encíclica admite que la actividad pastoral que se preocupa del desarrollo normal de la vida cristiana de los fieles e incluso de la nueva evangelización, no puede ser paragonada y tiene que ser diversificada con aquella que llamamos actividad *misionera ad gentes*, la cual todavía hoy se desarrolla en territorios bien de-

terminados, aunque es un hecho que donde quiera existe ya la Iglesia local por incipiente que esta sea. Realidad que no nos debe llamar a engaño que la evangelización de los pueblos haya llegado a su saturación.

Esta realidad que llamamos 1ª evangelización se encuentra hoy día en territorios de antigua tradición cristiana, ya sea por el fenómeno de la inmigración o por el proceso de secularización que hace de las nuevas generaciones destinatarios del primer anuncio. No obstante esto, dice el Papa, que no es justo equiparar estas dos realidades entre un pueblo que jamás ha oído hablar de Jesucristo y de quien ha tenido una tradición de conocimiento del Evangelio.

Esto esta a señalar que el criterio geográfico es cuestionable, aun manteniendo una cierta validez que no podemos negar.

En esta ámbito de 1ª evangelización la vida consagrada tiene un rol importantísimo que jugar, pues mientras los institutos de misionero *ad gentes* con especial vocación *ad extra*, los así llamados por el Papa “especialistas de la misión”, son siempre menos y con mayor razón deben concentrarse en lo que les es a ellos específico. *A la Iglesia local en general y a la vida consagrada que en ella opera, toca dar respuesta a las situaciones de misión ad gentes ad intra, así como favorecer la sensibilidad y la animación misionera en favor de toda la misión ad gentes.*

2. Mundo y fenómenos sociales nuevos:

Es verdadera, para toda la misión *ad gentes*, la afirmación de que ésta se está trasladando del ambiente rural a las grandes megalópolis donde se forma el futuro de nuevas generaciones y la importancia de anunciar el Evangelio a esta nueva juventud en su mayoría no cristiana o que pasa del cristianismo envuelta o distraída por tantos otros intereses que le ofrece el mercado social.

La vida consagrada no debe perder este ámbito en todo el mundo y debe penetrar en modo particular en el ámbito de la cultura y del pensamiento para dar una influencia significativa. Esto no quiere decir que no deba preocuparse de la marginación, todo lo contrario, la atención a ésta hace creíble la corriente de pensamiento que en los ámbitos culturales debe llevar adelante donde este esté dirigido a favorecer los valores del reino que son universales y la plataforma más genuina para preparar el terreno a la “semina verbi”, o mejor aún, a hacer florecer la “semina verbi” ya presente en el corazón de la persona humana sedienta de vivir los valores para los que ha sido creada. En estos ámbitos la vida consagrada tiene un rol insustituible por su carisma claramente identificado con los valores del reino de justicia, libertad, solidaridad, compasión y misericordia que encierra la vivencia de los consejos evangélicos.

3. Áreas culturales, o areópagos modernos:

El primer areópago es el mundo de la comunicación dice la RMI. En el mundo global en el que vivimos los medios de comunicación tienen una importancia tal que dejar de usarlos sería cerrar los canales naturales de nuestro tiempo al anuncio del evangelio.

La Iglesia ha hecho muchos esfuerzos y continúa a realizarlos, pero este ámbito es tan complejo y rápidamente cambiante que no podemos dejar de actualizarlos en él continuamente si queremos que el evangelio penetre y transforme la cultura hodierna, pues *los medios de comunicación social son hoy los verdaderos generadores de cultura, de pensamiento y de opinión*, la vida consagrada no puede, ni debe estar ajena a esta realidad como medio eficaz de transmitir al mundo global en el que vivimos los valores evangélicos que represente. Si no se afronta este reto habremos privado a la humanidad de un don del espíritu.

Además este es un medio favorable para una verdadera animación misionera, pues mientras se van proponiendo los valores evangélicos se va motivando a quienes los acogen a involucrarse y responder en forma personal y concreta a la difusión del reino de Dios.

Veo con optimismo, en este campo, como puede ser el medio privilegiado de nuestro tiempo para anunciar a Jesucristo, medio del que todos somos receptores. Para este campo de la evangelización se necesita una preparación muy peculiar, especializada y competitiva. Demos gracias a Dios por los carismas que Él ha hecho surgir por la acción del Espíritu en la Iglesia, para ser especialistas en este ámbito. Ellos han de estar abiertos a la colaboración y aportación del resto de los carismas en la Iglesia, buscar la colaboración y favorecer en espíritu de comunión a quienes no son especialistas esta vía

4. Otro areópago irrenunciable es el del compromiso por la justicia y la paz. Se han dado pasos significativos, pero la vida consagrada puede y debe dar aun más signos de compromiso con los más desfavorecidos, no solo en las obras asistenciales, sino también en la reivindicación de los derechos universales de estos hermanos/as. La construcción del reino de Dios reside en la práctica de la justicia que la podemos definir en pocas palabras como *“el establecer relaciones de equidad entre las personas y de estas con la creación”*. Mientras la justa relación no se establece, no hay justicia y de consecuencia la paz o está amenazada, reprimida o no existe.

Este es el primer compromiso que Jesús vino a realizar en su misión, no sólo predicó los valores del reino, los vivió con su acercamiento a los alejados, devolviendo la dignidad a quienes de ella eran privados por el sistema injusto y finalmente pagando de persona, muriendo con la más ignominiosa de las muertes para restablecer la justicia y dar la dignidad de hijos de Dios a todos.

...YO SERÉ EL AMOR

Hna. Mitsue TAKAHARA
Carmelita Descalza, Sevilla

¡Que el mismo Espíritu Santo que movió tanto a S. Francisco Javier siga actuando en cada uno y en todos los cristianos de todo el mundo!

A petición del Sr. Arzobispo de Sevilla, animada por mi Madre Priora, con gran emoción personal y mucha preocupación por cómo hacerlo, he acudido a este Congreso para hacer visible con mi modesta presencia la necesaria e íntima relación entre la contemplación y la evangelización, entre la vida en clausura y la actividad misionera, como dos realidades inseparables en el quehacer de la Iglesia Católica.

Espero, con la ayuda del Señor, acertar con las palabras oportunas para expresar lo que significa ya mi presencia aquí, entre Vds.

Antes que nada, quiero agradecer de todo corazón a todos Vds., y a todos los españoles por habernos hecho posible recibir el don de la fe enviando a tantos misioneros y misioneras al Japón. ¡Muchas gracias de corazón! Gracias a Vds., hoy, estoy aquí como una japonesa católica y como Carmelita Descalza. Y con mucha alegría quiero presumir diciendo: “Quien me ve a mí, ve el fruto de la semilla que sembró S. Francisco Javier.”

Siempre cuando pienso en este “Apóstol de Oriente”, mi corazón rebosa de admiración y de agradecimiento profundo. ¡Qué designio de Dios! Llegó a Japón en 1549 y antes de su llegada, ningún japonés conocía a Dios, “Uno y Trino”, ni a Jesús ni a María, no había ningún católico. Pero, después de escuchar las pláticas del Santo, unos 500 se convirtieron en seguida. Esto fue el comienzo de la historia de la Iglesia católica en Japón. Después de dos años y pico de estancia, S. Francisco Javier se marchó para China, pero antes de llegar, enfermó y no pudo realizar su proyecto, porque arriba en lo alto le llamaban.

Cuando pienso en todo eso, no puedo dejar de exclamar: ¡Cuánto bien puede hacer a toda la humanidad, un hombre verdaderamente enamorado de Dios! ¡Qué

fuerza cobra para superar todas las dificultades si uno deja trabajar libremente en su corazón al Espíritu Santo!

En mi familia no había ningún cristiano, sin embargo, mis padres desearon enviar a sus cuatro hijos a las escuelas de los misioneros católicos, porque creían que allí daban una educación con un espíritu firme. En el año 1952, mi hermana mayor, deseó bautizarse con 9 años, mientras estudiaba en la escuela de las Mercedarias. Fue entonces, cuando entró la religión católica en mi familia. Después de cuatro años, en 1956, mi segunda hermana fue bautizada en la escuela de las Carmelitas de la Caridad. Más tarde, en 1967, mi hermano, con 18 años, en el colegio de los Jesuitas.

En este mismo año, mi hermana mayor, entró en el convento de las Carmelitas Descalzas de Tokyo. Yo tenía 16 años, y aún no era católica y mis padres tampoco. La acompañamos toda la familia el día de su entrada. Fue la primera vez que visité un convento de clausura. Un muro de cemento de tres metros de alto cercaba el gran terreno del convento, una reja negra con una cortina negra en el locutorio, y una bombilla desnuda, con una pobre pantalla de metal era la única iluminación para ese cuarto. No había ningún adorno. Sólo un Crucifijo. ¡Qué pobreza y qué desnudez! Allí dominaba un silencio absoluto. Desde lejos se acercaba el ruido de las llaves, se paró y abrió la puerta. Me pareció que era una auténtica cárcel. ¡Alabado sea Jesucristo! Nos saludó la Madre Priora abriendo la cortina. Me quedé sorprendida, porque apareció una monja vestida exactamente igual a Sta. Teresita. (Después me enteré de que el convento fue fundado por las Madres de Francia y conservaba las costumbres francesas.) Junto a ella, había otras dos hermanas muy sonrientes. La Madre Priora hablaba pausadamente con una voz cristalina. A mi oído llegaban muchas veces las palabras como “oración”, “vida de oración”, y de vez en cuando, la Priora nos contaba unas cosas graciosas que nos hacía reír. ¡Qué simpática y qué amable! ¡Quién jamás pudiera imaginar que dentro de tal muro había un mundo tan puro, tan lleno de paz y alegría! Allí había un no sé qué que elevaba nuestro corazón a lo alto, a lo sobrenatural. A la salida me llamó la atención una tabla donde, con una preciosa caligrafía japonesa, decía: *“Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra”* (Sta. Teresa de Jesús). Ese día, regresamos a casa tristes por la separación de nuestra querida hermana, y en mi corazón dejaba muchos interrogantes: ¿Por qué viven dentro de un muro tan alto, y qué hacen allí escondidas? ¿Para qué sirve aquella vida? ¿De dónde nacen aquella paz, alegría y sonrisa?...

Terminé 6 años de estudios en el colegio de las Esclavas del Sgdo. Corazón. Conocí a muchas monjas españolas, y seguí estudiando en la Universidad de ellas. Cuando ya tenía 20 años, en 1971, yo también deseé ser bautizada. Como mi hermana Carmelita no pudo salir del convento, fuimos nosotros a la Iglesia de ella, y acompañada de toda la Comunidad, recibí el agua bautismal e hice la Primera Comunión. Me pusieron el nombre católico de M^a Teresa por Sta. Teresita de Lisieux. Como recuerdo de ese día, la Madre Priora me regaló un librito sobre la doctrina de Sta. Teresita, que me gustó mucho. Lo leí y lo releí, porque cada vez que lo leía

encontraba en él, alegría, luz, consuelo y ánimo y me daban ganas de amar a Jesús, más y más. Desde entonces, Sta. Teresa del Niño Jesús es mi íntima amiga, y mi muy querida hermana y Maestra.

Después del Bautismo, conocí a muchos fieles y misioneros de varios países. (Dicen que ahora en Japón, hay sacerdotes de 37 nacionalidades, y 116 son españoles) Se iba abriendo delante de mí un mundo nuevo e internacional. Me sentía cada día más libre y feliz por haber sido bautizada y dije al Señor: “Muchas gracias Señor, por haberme dejado ser miembro de la Iglesia Católica. Espero que mis padres y todos los hombres también te conozcan a Ti”

Pasaron los años, y en el año 1976, hice los Ejercicios Espirituales, con un padre misionero español, y ví que mi vocación era ser carmelita Descalza. Jesús me llamó para ser su amiga. Al principio me quedé sorprendida y algo aturdida ante tal invitación, pero, la acepté con agradecimiento. En estos Ejercicios recibí la gracia de entender, más que nunca, lo grande que era el sacramento del bautismo. Mi corazón rebosaba de alegría y agradecimiento de verme verdadera hija de Dios, y hermana y amiga de Jesús y de todos los hombres del mundo. Al mismo tiempo me daba mucha pena ver a tantos japoneses, que aún vivían sin conocer ese “gran regalo” de Dios, y sentía nacer en mi corazón un fuerte deseo de hacerles conocer a ese Dios Misericordioso. No sabía cómo agradecer a todos los misioneros que me habían guiado hasta el bautismo y hasta encontrar mi vocación. Me dije a mí misma: “Cuando yo sea Carmelita, ofreceré mi vida especialmente por ellos y pediré mucho por ellos y trabajaré con ellos, recorriendo el mundo entero, a través de la oración, para que todos los hombres conozcan y amen al Señor, y encuentren una verdadera felicidad, como yo la he encontrado.”

Quería entrar desde el principio en un convento de España fundado por Sta. Teresa de Jesús, pero al ver a mis padres sufrir tanto, no quise insistir, y entré en 1980, en el convento de Yamaguchi, que acababan de fundar las Madres de Tokyo. Entre las fundadoras, estaba mi hermana. Vivimos juntas 18 años. (A propósito, Yamaguchi, es la ciudad donde trabajó San Francisco Javier enérgicamente. Dijo él mismo: “Me parece que con verdad podría decir que en mi vida nunca tanto placer ni contentamiento espiritual recibí....” Allí siguen trabajando muchos Jesuitas con mucho fervor).

Desde que entré en el Carmelo, mi única ambición es, siguiendo el rastro de Teresita, *“Amar a Dios y hacerle amar, y trabajar por la glorificación de la Santa Iglesia, salvando a las almas.”* Y me ofrezco todos los días, especialmente por los sacerdotes, misioneros y sus familias, y por los seminaristas y novicios y por el aumento de las vocaciones en la Iglesia, haciendo pequeños sacrificios, imitando a Teresita, de quien cuentan una anécdota. Dicen que un día, ella, enferma, se paseaba muy fatigada por el jardín, cumpliendo la obediencia. Entonces dijo: *“Camino por un misionero. Pienso que allá abajo, muy lejos, algunos de ellos, puedan estar agotados por sus correrías apostólicas y para disminuir sus fatigas, yo ofrezco las mías a Dios”*. Ví

en Japón a muchos misioneros, que trabajaban con una entrega generosísima, olvidándose totalmente de sí mismos, haciendo un esfuerzo muy grande por inculturarse. Pero a pesar de eso, ¡qué pena!, la cosecha era muy poca, y algunos misioneros se cansaban, se desanimaban e incluso se pusieron enfermos. Ante tal panorama me dolió tanto el corazón, que me surgió la idea de hacer un intercambio. Ellos se dan generosamente en Japón, entonces yo, me daré toda a los españoles en España, amando y sirviendo a las hermanas del Convento. Pedí el traslado pero tardé muchos años en conseguirlo. Y por fin, hace cinco años, en 1998, el Señor me trasplantó a Sevilla, y estoy muy feliz, muy unida en la oración con los misioneros de todo el mundo, de una manera muy especial. Además, el Señor misericordioso, no se olvidó de aquel deseo mío de entrar en un convento fundado por Sta. Teresa y en el que también intervino San Juan de la Cruz, trasladando 10 años después a la Comunidad al convento actual. Ahora, ya me queda sólo una cosa que hacer, que es, vivir una vida puramente contemplativa, como una verdadera hija de nuestra Madre Sta. Teresa, y como hija de la Iglesia.

Siempre cuando pienso en la vida puramente contemplativa, me salen espontáneos aquellos versos de San Juan de la Cruz:

*“Olvido de lo criado,
memoria del Creador,
atención a lo interior,
y estarse amando al Amado.”*

Olvido de lo criado... parece que es una paradoja absurda, pero ese “*olvido*” no es ser indiferente a lo criado. No, al contrario. Como amo tanto a mi familia y a mis amigos, y a todo lo criado, lo pongo de una vez, en las manos de Dios, y después, lo veo y lo trato de nuevo con Dios, desde la fe, la esperanza y el amor. Creo que lo que la Iglesia espera de mí, como Carmelita Descalza, para colaborar por la misión es esto: Me retiro del mundo, “*al desierto*”, separándome de mi familia y mis amigos, de mi patria, para la continua búsqueda de Dios en la soledad y silencio, adonde Jesús, el Amado, me llama para hablarme al corazón. Abierta, como María, a la acción del Espíritu Santo, que me conduce *a lo interior*, donde descubro a la Stma. Trinidad. Y ya me queda sólo un oficio, que es “*estarme amando al Amado*”, y adorar al Padre en espíritu y en verdad. Sólo cuando vivo con toda fidelidad una vida puramente contemplativa, me siento útil para la misión.

Las Carmelitas nos dedicamos a la oración continua, y rogamos por las intenciones de nuestro Santo Padre, el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan todo el universo, y asumimos en nuestra plegaria contemplativa el clamor de tantos hermanos y hermanas sumergidos en el sufrimiento, en la pobreza y en la marginación. En nuestra clausura entra la humanidad entera y estamos siempre unidas a todos los hombres y nos quedamos junto a ellos, a través de la oración.

Estoy comprobando cada día, aquella frase que me impresionó cuando entré la primera vez en el Carmelo de Tokyo: “*Esta casa es un cielo, si le puede haber en la*

tierra.” ¡Qué feliz estoy! Aunque hay que fijarse en lo que dice a continuación *“para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo.”* En esta casa no puede entrar el egoísmo, hacemos todo, sólo para contentar a Jesús y a los demás.

Nosotras no vemos casi nunca los frutos de lo que pedimos en nuestras oraciones, ipero no importa! Porque sabemos que María, Madre de la Iglesia, se lo transmite todo a su hijo Jesús, y El hace todo lo mejor para cada uno y para toda la humanidad. Pero, algunas veces, Dios misericordioso, nos da la alegría de ver algunos frutos. Les cuento algo que me hizo sentir muy feliz.

El 21 de Mayo de 1983, el día anterior a mi primera Profesión, que fue la víspera de la Solemnidad de Pentecostés, el Señor me hizo un gran regalo. Mi madre decía que quería creer en el mismo Dios que sus hijas Carmelitas, y por fin, fue bautizada ese día en nuestra Iglesia. Nosotras, siempre pedíamos mucho por la conversión de mis padres, pero nunca jamás nos imaginábamos que se realizase de esta manera. Cuando la ví comulgar el día de mi Profesión, no pude contener las lágrimas. Ese día fue uno de los días más felices de toda mi vida. ¡Qué bueno es el Señor! En cuanto a mi padre, se bautizó hace ocho años, con 80 años, en la misma misa de Bodas de Plata de mi hermana Carmelita.

Sé que soy muy débil, pobre, y muy limitada. Encima soy una extranjera en España y hay muchas cosas que no entiendo, ni sé hacerlas. Pero no me desanimo, porque Teresita está siempre conmigo y me anima diciendo: *“Hermanita, no te preocupes, lo que le agrada a Jesús es verte amar tu pequeñez y tu pobreza, es la esperanza ciega que tienes en su misericordia...es la confianza, y nada más que la confianza que debe conducirnos al Amor, y recuerda siempre que el más pequeño movimiento de puro amor, es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas.”*

Me parece ver algo providencial el que en esta salida de clausura, nada común, que he hecho para asistir a este Congreso, me haya encontrado con la presencia viva de Sta. Teresita en sus reliquias aquí. Esto me reafirma a seguir su camino espiritual por el que ha sido declarada “Patrona Universal” de las misiones católicas, sin haber estado jamás en territorio de misión. Lo que confirma, una vez más, la relación existente entre clausura y misión, oración y acción, contemplación y evangelización.

Yo como Teresita *“he encontrado mi puesto en la Iglesia. En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el Amor”*.

LAICADO MISIONERO EN LA IGLESIA

D^a Dolores GOLMAYO FERNÁNDEZ
Presidenta de CALM

1. LA INICIACIÓN DEL CRISTIANO Y EL COMPROMISO CON EL REINO DE DIOS

1.1. La misión de Jesús

La misión cristiana arranca de la vida y el mensaje de Jesús, con su visión de una comunidad universal de hombres, iguales ante su Creador y Padre, el Dios que actúa en la historia para la salvación del género humano. El evangelio, que es a la vez el mensaje de Jesús y el mensaje sobre Jesús de los primeros cristianos, está dirigido a todos los hombres, y desde el origen está libre de limitaciones sociales, nacionales, raciales o culturales. El centro de este mensaje es que Dios nos llama a la reconciliación por medio de su Hijo Jesús, en el que se cumple la alianza de Dios con los hombres, como anuncia en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, dar la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor”(Lc 3, 18-19). Desde el origen hasta hoy, aunque haya habido de tiempo en tiempo motivos subordinados, el motivo de la misión ha sido el seguimiento a la petición de Jesús: “Id a todo el mundo y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado; y sabed que yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”(Mt. 28, 19-20)

1.2. La Iglesia bautismal y la misión de Jesús

Hay que recuperar una concepción del bautismo como un acontecimiento que prolonga la historia de la alianza de Dios con su pueblo. El bautismo no debe ser

comprendido fundamentalmente en su dimensión individualista, en virtud del cual el bautizado recibe la gracia de Dios y es hecho miembro de la Iglesia. Por el bautismo, Dios nos consagra para cumplir una misión, no para pertenecer a un grupo. Debe quedar claro que el bautismo es un acto de responsabilidad, de protagonismo y de compromiso, con todas las exigencias de la alianza con Dios. El Bautismo, y los otros sacramentos de la iniciación cristiana, Eucaristía y Confirmación, deben implicar procesos personales de conversión en la que, superando la visión individualista de salvación personal, se alcance la visión mas global de participación en el plan de Dios, y por tanto todo cristiano iniciado se sentirá comprometido en la misión de Cristo, se sabrá responsable de anunciar la bondad de Dios y de trabajar por establecer su Reino entre todo el género humano.

Empujados por el Espíritu, el grupo inicial de los seguidores de Jesús sale de su seguridad del cenáculo para afrontar los dramas del hombre y de la historia. Nace así la Iglesia como depositaria y continuadora de la misión de Jesús. En los orígenes, junto al ministerio misionero itinerante, como el de Pablo y Bernabé, también los cristianos seculares extendieron el Evangelio en sus contactos del día a día y en sus desplazamientos; no es un fenómeno nuevo. Pero después, y durante siglos, estos cristianos han sido considerados como menores frente al clero y a los religiosos; entre las razones se podrían citar la falta de formación y un modelo de Iglesia clerical, donde no era ya el Bautismo el que daba protagonismo eclesial, sino la profesión de votos o el sacramento del Orden; y probablemente también habrá contribuido el hecho de que esta situación resultaría mas cómoda a todos. Pero hoy ¿qué modelo de Iglesia queremos? ¿qué tenemos que decir como laicos?

1.3. El renacimiento del misionerismo seglar

Ya en la edad moderna, la participación de los cristianos laicos en lo que ahora llamamos misión “ad gentes” comienza en el siglo XIX en las Iglesias protestantes; un ejemplo extraordinario lo tenemos en la labor evangelizadora y humanitaria del Dr. Livingstone, mas conocido entre nosotros por su faceta exploradora. El renacimiento del misionerismo seglar en la Iglesia Católica surge en la década de los años 50 del siglo XX, en la que nacen las primeras asociaciones de laicado misionero. Desde entonces, ha ido creciendo y fortaleciéndose a lo largo de los años, al tiempo que se va produciendo un cambio en la valoración del fenómeno: hoy resulta que la misión universal en el nuevo milenio sólo será posible si realmente los laicos asumen su compromiso y su responsabilidad misionera. Todos los documentos del Magisterio de esta época sobre el tema misionero vienen resaltando este hecho. En LG 33 se trata ya de la participación de los seculares en la misión de la Iglesia como testigos y como instrumentos vivos. Y en la actividad misionera, la aportación de los laicos es absolutamente necesaria porque sin ellos el Evangelio “no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo del pueblo” (AG 21). En el documento “La Misión *ad gentes* y la Iglesia en España”

publicado por la Comisión Episcopal de Misiones, se ha insistido en que la misión *ad gentes* no podrá ser delegada en unos pocos especialistas sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios.

Pero para que existan laicos misioneros se debe recuperar en toda su fuerza la centralidad del Bautismo y adecuar a ello el modelo de Iglesia: una Iglesia Pueblo de Dios, una Iglesia Comunidad de Comunidades. En la imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios, la Iglesia es ante todo las personas que la constituyen y su misión es responsabilidad de todos los bautizados. En la consagración bautismal está el origen del deber y del derecho de esta responsabilidad. La necesidad de que todos los fieles compartan tal responsabilidad no es sólo cuestión de eficacia apostólica, sino un deber-derecho basado en la dignidad bautismal. Los laicos cristianos son la Iglesia en el mundo, y los procesos de formación de la iniciación cristiana deben iluminarse con esa visión, para que los consagrados por el bautismo se inserten responsablemente en los problemas del mundo, considerándolos desde la perspectiva de la Alianza. Esta Alianza se humaniza y se hace posible en las Bienaventuranzas. La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la vida concreta personal y social del hombre; por tanto debe integrar el progreso humano, el desarrollo económico, la paz, la justicia, la lucha contra la pobreza y la opresión, el compromiso por la liberación frente a todo tipo de esclavitudes, la opción preferencial por los pobres y desfavorecidos,... (Doc. de Medellín y de Puebla, EN 30, RM 58). Como dijo Juan Pablo II ser misionero es ayudar al hombre a ser artífice libre de su propia promoción y salvación. No hay una “Evangelización verdadera” y “otras dimensiones de la Misión”. Esta es una visión demasiado clericalista y occidentalista. La acción a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo es una dimensión constitutiva del anuncio del Evangelio, y de esto dan testimonio los documentos de las Iglesias del sur, así como la experiencia de los misioneros.

Hoy de nuevo los bautizados creemos que el Espíritu de Dios está sobre nosotros, porque nos ha ungido para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, dar la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor.

2. EL EJERCICIO DE LA RESPONSABILIDAD MISIONERA DEL CRISTIANO SEGLAR

2.1. El laicado misionero en la Iglesia de hoy y de aquí

El renacimiento del misionerismo seglar despegó como se ha dicho anteriormente en la década de los años 50 del siglo pasado, cuando participa en el Congreso Misionero Internacional celebrado en Roma con motivo del año jubilar. Por esta época nacieron en España las primeras asociaciones de laicado misionero de

ámbito nacional, y nacen con una identidad cristiana y eclesial, identificándose con una Iglesia en la que la vocación misionera se consideraba patrimonio y tarea de todos los bautizados, y con el doble fin de promover la vocación misionera del seglar y de ser cauce para vivir de un modo explícito dicha vocación. Desde entonces han ido surgiendo diversas asociaciones, algunas totalmente laicales, en comunión con la Iglesia y reconocidas por ella, otras vinculadas a congregaciones religiosas o a delegaciones diocesanas de misiones.

Desde algunas congregaciones religiosas y delegaciones diocesanas de misiones, se envían laicos de uno en uno, o de equipo en equipo. También hay personas que van “por libre”; son personas que no se integran en ninguno de los anteriores grupos, pero que conocen a algún sacerdote, religioso o religiosa y se van con ellos; o los que se ponen en contacto con algún obispo de misiones y se ofrecen para trabajar con él. Esta atomización no es conveniente, ni para el laico ni para la institución que envía, ni menos para la Iglesia que recibe; porque lo que suele suceder es que se rebajan las exigencias ligadas al envío, perdiendo en calidad la misión laical. Se deben cuidar los cauces que hay en la Iglesia, y las diócesis deberían contar con las instituciones existentes a la hora de enviar a los laicos a misión. Pero hoy en día parece que interesa motivar y canalizar eclesialmente ofertas de presencia misionera al alcance de laicos no asociados, lo que revela un modelo de Iglesia clerical, un deseo de control y una falta de confianza en las asociaciones misioneras laicales, por muy reconocidas que sean y por muy vinculadas que estén a entidades eclesiales misioneras. Creemos en la bondad de cauces de Iglesia específicos y propios para misioneros seglares y nos importa la articulación que deben tener en la misión y dentro de la estructura eclesial.

La Comisión Episcopal de Misiones (CEM) publicó en 1997 el documento “Laicos Misioneros» (LM), con el deseo de que este despertar misionero del laico fuese verdaderamente eficaz para la causa de la evangelización de todos los pueblos, y sirviese de orientación para los que se sientan llamados a esta tarea y para las personas y organismos relacionados con la pastoral de la misión «ad gentes». Ya anteriormente, en 1984, también en esta línea y animados por la CEM, se crea la Coordinadora de Asociaciones de Laicos Misionero, como lugar de encuentro y coordinación entre las distintas asociaciones y como cauce de comunicación entre las mismas y la CEM.

2.2. De qué hablamos al hablar de laicos misioneros

La vivencia misionera no debe quedar reducida a una experiencia juvenil, sino que puede ser una forma estable de concretar la vocación laical. Así que, para fijar ideas y saber de qué estamos hablando, diremos que el laico misionero es un bautizado llamado desde el evangelio y la fe en Jesucristo a servir en la misión *ad gentes* de la Iglesia; es un testigo del Evangelio, parte integrante de una Iglesia local que le envía a misión, generalmente a proyectos concretos en los que se pide una cola-

boración técnica o bien una actividad pastoral, pero en cualquier caso va ante todo a compartir vida y fe con otro pueblo. Desde su trabajo voluntario, entendido como un compromiso serio, responsable, gratuito y *por algunos años*, es enviado como un verdadero agente pastoral para compartir su fe con los demás.

2.3. El compromiso en la comunidad de origen

El laico misionero ha hecho un proceso de maduración y compromiso en su propia comunidad cristiana. La madurez cristiana tiene que ser previa a la misión. Se sale con una experiencia previa de compromiso aquí, sin la cual es imposible improvisar. Nadie debe salir si antes no supo adaptar o superar dificultades aquí; no se puede ir a probar fortuna. Al estar en contacto con los no cristianos en su vida social y profesional, deben ofrecer el testimonio de la vida y de la palabra; deben desarrollar en sí mismos y en los demás el conocimiento y el amor a las misiones, comprometiéndose en los movimientos por la paz y la justicia, creando conciencia en nuestra sociedad acerca de la situación de los países empobrecidos, avivando en las familias, parroquias y grupos la responsabilidad misionera. Es desde la experiencia del encuentro con Cristo desde dónde se sienten llamados a la misión *ad gentes*, y como laicos, hacen de la misión un proyecto y compromiso de vida.

2.4. El envío a misión: selección y formación de los aspirantes

Dada la madurez del laicado y las circunstancias sociológicas actuales, es conveniente que el envío se haga a través de asociaciones públicas de laicos misioneros en las que laicos maduros y experimentados, concededores de su problemática específica y de la vida de la misión, se encarguen de la selección, formación y seguimiento de las nuevas vocaciones que surjan (LM 7.3).

Las asociaciones y entidades que envían laicos misioneros cuidan *la selección* de los aspirantes, dedicando personas capacitadas que les ayuden en el discernimiento. Esta selección es importante, pues no se trata de engrosar el número ni de satisfacer las demandas. De entre las cualidades del aspirante podemos destacar:

- 1) Que la *motivación* real sea servir a otros como expresión de la fe en Jesús. Que estén comprometidos ya en la diócesis de origen, participando en la vida de la Iglesia y en actividades de solidaridad con los más pobres y marginados, como prueba de autenticidad de la vocación. El laico misionero es enviado por su comunidad para dar testimonio de la fe que la Iglesia recibió de Jesús. Por ello debe conocerle vivencialmente, saber comunicar quién es para él y cómo influye en su vida; necesita conocer y vivir el Evangelio de Jesús.
- 2) Unas *cualidades personales* que ayuden a la convivencia, al trabajo en equipo y a la necesidad de enfrentarse a situaciones desconocidas o conflictivas. Entre

éstas podemos destacar la madurez afectiva entendida como equilibrio de la persona y como vivencia de la propia sexualidad en el estado civil en que se encuentre, la capacidad de adaptación, de iniciativa y de trabajo en equipo, disposición para aprender, capacidad de diálogo, de valoración de los demás y de sacrificio, etc. Y salud suficiente en relación al lugar al que se ha de ir. En el caso del envío de familias misioneras, es preciso cuidar del equilibrio emocional de los esposos entre sí y con los hijos.

- 3) Para poder prestar un servicio eficaz es necesaria también una buena *preparación profesional*, ya sea experimental o intelectual. En general se requiere a los laicos misioneros para compartir con los laicos del país al que van, de modo que poco a poco sean estos los artífices de su propio desarrollo, por lo cual no basta con saber hacer bien el trabajo, sino que además hay que tener la preparación y capacidad suficientes para enseñarlo a otros.

Las asociaciones y entidades experimentadas que envían laicos misioneros tienen estructurado el proceso de *formación* en varias etapas que van profundizando progresivamente. En este proceso se pretende tanto el conocimiento mutuo entre la entidad y el aspirante como la preparación específica del mismo para su tarea en la misión y la maduración en la fe que le impulsa. Este proceso en la práctica tiene una duración de uno a cinco años, aunque la mayoría de las entidades lo sitúan por encima de los dos años y comprende casi siempre períodos de convivencia en grupo o comunidad como preparación más directa para la vida en la misión.

El *envío* se podrá realizar cuando el aspirante sea considerado apto por la entidad o asociación. Para el envío se tendrá en cuenta además el que en el lugar de destino sean capaces de acogerle con eficacia. El envío debe realizarse desde la Iglesia local, y es conveniente que se manifieste públicamente ante la comunidad cristiana, de forma que el laico se sienta de verdad enviado y portador de la Buena Nueva del Evangelio, y también para que la comunidad se sienta partícipe y responsable de la misión (LM 10.2).

2.5. Tiempo de servicio. Apoyo y acompañamiento en la misión

Generalmente, las personas que se ofrecen para colaborar como laicos misioneros lo hacen por *períodos de tiempo* limitado, que algunos van renovando sucesivamente hasta convertirse de hecho en una entrega para toda la vida. Las diferentes asociaciones tienen organizado su servicio en períodos que van de dos a cinco años, aunque en la mayoría el período de cada compromiso misionero es de tres años.

Plazos menores en general se ha visto que no son aconsejables, ya que al principio se necesita tiempo de adaptación y conocimiento, y después un tiempo suficiente para prestar un servicio eficaz. Hay asociaciones que piensan que un envío de corta duración es un primer contacto con la misión *ad gentes* y lo ven favorable,

cuidando con esmero la preparación y la acogida allí. También hay diócesis que envían voluntarios en experiencias misioneras de verano.

Es muy importante, en estos envíos cortos o experiencias misioneras, partir de un respeto extremo hacia la Iglesia y gentes que reciben, cuidando de no utilizarla para nuestros objetivos subordinados, aunque sean tan loables, en principio, como la acción pastoral en nuestra Iglesia, o la colaboración financiera con la misión; y cuidando de que salgan con el ánimo de ir a descubrir valores, a compartirlos, mas que a “dar” o “ayudar”.

Ya que estas experiencias misioneras son una realidad desde hace algunos años, hay que hacer ya un análisis serio de la misma para que todos tengamos claro los objetivos; estudiar qué costes generan estas experiencias, tanto los materiales como los de dedicación y trabajo de los agentes de la misión que los atiende; evaluar cuánta gente continúa luego comprometida en España en sus respectivas asociaciones o diócesis, y cuánta gente llega después a un compromiso misionero laical.

La asociación o entidad que envía deberá establecer un acuerdo o compromiso con el enviado, de forma que cada uno conozca sus *derechos y obligaciones*, y además se determine el carácter altruista de la relación. Este compromiso no tiene carácter laboral. Es conveniente que este acuerdo sea firmado también por la entidad o comunidad de acogida, figurando en lo posible en el acuerdo los derechos y obligaciones de esta entidad. La persona deberá ser atendido en los riesgos básicos derivados de la actividad que desempeña, bien directamente o a través de seguros o prestaciones públicas y deberá también recibir los medios para su subsistencia en la forma apropiada para el lugar de trabajo.

Durante el tiempo de servicio en misión, las asociaciones y los grupos de origen, parroquias y diócesis de los misioneros deberán cuidar especialmente la comunión con sus enviados, de manera que el misionero se sienta respaldado y comprometido, y la comunidad sea motivada y enriquecida con la vivencia de la misión.

2.6. Protección social del laico misionero

El testimonio de vida del misionero laico implica una austeridad que se plasma en intentar vivir lo más cercano posible a la gente. Como ejemplo puedo citar el caso de la asociación a la que pertenezco, OCASHA, donde la asignación mensual que se recibe para atender las necesidades de alimentación, vestido y ocio de los laicos misioneros en destino es de unos 140 € al mes por persona.

Salvo excepciones, la *protección social* que disponen los laicos misioneros se limita a un seguro de enfermedad, accidentes, invalidez y fallecimiento. Debido a la escasa capacidad económica, la mayor parte de las asociaciones no pueden ofrecer la Seguridad Social, lo que ocasiona una fuerte problemática de cara sobre todo a la jubilación y afecta al planteamiento de compromisos misioneros más prolongados en el tiempo.

En el documento «Laicos Misioneros» (16.2-16.3) se hace la recomendación de que los laicos misioneros dispongan de Seguridad Social: *«Pedimos tanto a los fieles como a las parroquias, diócesis, congregaciones y Conferencia Episcopal, así como a las entidades de ayuda al Tercer Mundo –al desarrollo y a la evangelización– que hagan un esfuerzo para colaborar en la medida de sus posibilidades en el apoyo de los laicos misioneros y sus entidades, de forma que esta vocación que hoy el Espíritu suscita con especial intensidad, tenga los medios apropiados para prestar el servicio al que está llamada».*

«Especialmente pedimos que se estudie la posibilidad de que los laicos misioneros enviados por las Iglesias locales –bien directamente o a través de asociaciones– tengan una compensación económica mínima y Seguridad Social, en la forma y cumpliendo los requisitos que se consideren oportunos».

El coste anual de proporcionar Seguridad Social a un laico misionero es de 2.717€. Varias de las diócesis de origen de los misioneros están cooperando para pagar la Seguridad Social de sus laicos, aunque todavía son muchas las que por falta de recursos, u otros motivos, no lo están haciendo. Pero estamos seguros que se puede lograr si toda la Iglesia española comparte el esfuerzo y el problema. Es lo mínimo que se puede hacer para dejar atrás una situación demasiado precaria, para atender dignamente las situaciones de paro y de jubilación que se presentarán en un futuro a estos misioneros que están cooperando de una forma totalmente altruista y desinteresada. Incluso es una exigencia ética para cada asociación y para toda la Iglesia española de la que forman parte; no olvidemos que los laicos misioneros forman parte de la actividad misionera de la Iglesia y han sido enviados oficialmente por sus iglesias de origen a cooperar con otras iglesias hermanas.

2.7. Servicio en la misión. Espiritualidad

El trabajo del laico misionero se centra principalmente en el testimonio de vida cristiana, en el servicio profesional y en la formación de líderes laicos de las nuevas Iglesias. Los campos de cooperación son muy diversos: pastoral, educación, trabajo social, sanidad, medios de comunicación, agricultura, etc. El laico misionero estará obligado a ser responsable en el desempeño de su actividad, colaborando con el equipo de trabajo, con los destinatarios y con los responsables de su actividad, especialmente con el Obispo de la diócesis que lo recibe. Son importantes las actitudes: respeto, escucha, diálogo, interés, valoración, acompañar los procesos de los pueblos que reciben a los voluntarios, compartir más que dar. Aunque su trabajo fuese formalmente profesional, es importante tener en cuenta que como misionero se va también a compartir vida y fe cristiana, ilusiones y valores. Y junto con el compartir la vida y participar en la acción pastoral y de anuncio del Reino, tiene el deber-derecho de llevarlo a la práctica fomentando modos económicos, laborales, sociales, políticos, etc. con los valores del Evangelio.

La acción misionera exige una coherencia entre los objetivos y las acciones concretas que se llevan a cabo, entre los resultados perseguidos y los medios y modos empleados. Hay que insistir en la idea de la misión desde el compartir la vida, el descubrir juntos las semillas del Reino presentes en sus vidas y en sus culturas. A este nivel, las inseguridades de la vida de los laicos misioneros les acercan a la realidad de la gente normal y corriente, presentando otra forma de relacionarse y tratar a los laicos nativos. Por ejemplo, la perspectiva de la relación de pareja y de familia aporta una dimensión esencial para la encarnación del Evangelio en las diferentes culturas. Pero además, como miembro de una Iglesia más antigua, debe ser receptivo, siendo consciente de que nuestras Iglesias tienen necesidad de las más jóvenes, porque de alguna forma hemos acomodado el mensaje a nuestras circunstancias sociales. Tenemos que estar dispuestos a recibir; debemos potenciar la comunicación con las Iglesias jóvenes en ambas direcciones, para con humildad poder aprender de su vitalidad.

El misionero laico es consciente de que para ser testigo de Cristo, para trabajar por el Reino de Dios, es preciso dejarse poseer y conducir por el Espíritu, y desarrollará su vida interior, cuidando especialmente los espacios de oración tanto personal como comunitaria, especialmente la Eucaristía.

2.8. Misión-desarrollo integral y los movimientos sociales de solidaridad

El estilo de la misión ha ido evolucionando desde los años 50 hasta ahora, pero además, desde los noventa, en el mundo de los laicos se ha abierto un amplio abanico de nuevas formas de colaboración. El compromiso por establecer el Reino entre todo el género humano implica la ayuda al desarrollo, la solidaridad, la cooperación internacional, la promoción de la justicia y de la paz. Aparecen nuevos ámbitos misioneros: la condonación de la deuda externa, la globalización, el ecologismo, la explotación de la mujer y de los niños, etc., deben ser vistos como posibles espacios para la presencia misionera de los laicos. El desarrollo integral requiere equilibrar todos los factores que contribuyen al bienestar de la persona y la sociedad, como la economía, la cultura, la justicia, la política y la dimensión trascendente y espiritual del ser humano. Y ha de ser un desarrollo sostenible, que permita a todos los hombres de hoy y de las futuras generaciones, una vida digna, sin derroches, sin destruir los recursos del planeta para obtener beneficios inmediatos, por amor y respeto a toda la Creación.

Simultáneamente la sociedad civil ha dado origen a nuevas realizaciones de la solidaridad humana, y han proliferado los cooperantes, los voluntarios, las organizaciones no gubernamentales... Son ámbitos en que los misioneros cristianos se encuentran y colaboran con las iniciativas sociales, y de hecho en numerosas ocasiones se funden o se confunden. Por ello es necesario aprender a relacionarnos y a colaborar, superando los recelos, aunque cuidando de no reducir la dimensión de la misión a una visión meramente economicista o desarrollista. Este diálogo puede

servir para evangelizar y enriquecer desde lo cristiano los planteamientos y la ética de los movimientos sociales y, a la inversa, para interpelar, renovar y enriquecer desde los movimientos sociales y los signos de los tiempos los planteamientos de la Misión y de nuestra Iglesia.

3. EL MISIONERO LAICO RETORNADO

El regreso, con la reincorporación al mundo familiar, social, laboral y eclesial, es un proceso con frecuencia doloroso. En este momento debe sentirse apoyado tanto por la asociación como por la Iglesia local que le envió.

Han salido como voluntarios, sin un contrato laboral, percibiendo lo justo para vivir. Como se ha visto más arriba, faltan soluciones para los problemas laborales y de previsión social que afecten al voluntario cristiano de larga duración. Se requiere buscar una solución al problema de la falta de protección social del laico misionero retornado, y la solución pasa por una voluntad y esfuerzo de todos los elementos implicados, incluyendo asociaciones, instituciones religiosas a las que estén vinculadas, diócesis, e Iglesia española institucional.

3.1. El laico misionero retornado, fermento de la revitalización misionera en su Iglesia local

También la reinsertión del laico en la Iglesia local al regreso puede ser difícil: ha vivido unas experiencias muy diferentes, se ha identificado con unas formas distintas de ser Iglesia, ha caminado normalmente en una dirección distinta a la de nuestra Iglesia de origen. Esto genera desconcierto, tensiones, desilusiones... La repercusión del laicado misionero en nuestras diócesis es escasa. Son contados los laicos misioneros que a su regreso se incorporan como laicos liberados a la pastoral diocesana. Y contadas las ocasiones de poder exponer algo más que nuestro testimonio. Hay generalmente una mutua desconfianza, y el laico está generalmente bajo el patronazgo, la tutela u otras formas de control de clérigos o religiosos. Parece que siempre nos estuviesen descubriendo, y nunca se nos ve como adultos en la fe y corresponsables en la misión de la Iglesia, como si nos siguiesen considerados como “menores” frente al clero y a los religiosos; ahora, las razones serían un modelo de Iglesia clerical, o también que esta situación nos resultara más cómoda y menos comprometida, pero ya no vale como motivo la falta de formación de los laicos. Un reto para el futuro inmediato será el saber explotar nuestra experiencia misionera para beneficio de la Iglesia que nos ha enviado y ahora nos recibe, a veces con bastante más frialdad que cuando nos envió; ¿a qué se debe esta indiferencia? ¿puede ser porque al regresar ya no figuras en las estadísticas de misioneros? ¿porque las Iglesias del sur se ven como de segunda? ¿tal vez porque la comunidad parroquial que participó en el envío no era muy fuerte y se ha disgregado?

Tenemos que saber devolver la esperanza de futuro, aportar la visión de Iglesia “desde el Sur” ante el síndrome de ocaso que puede tener nuestra Iglesia española. Hay que rentabilizar esta riqueza. El que ha sido enviado por su comunidad y retorna después de una vivencia eclesial fuerte en la misión, la enriquece con lo vivido, y debe ser fermento de la revitalización de nuestras comunidades cristianas, ser agente de cambio y de camino en el dinamismo misionero de la Iglesia. Lo vivido fortalece su compromiso anterior a la partida, y con su conocimiento y amor a las misiones, suele comprometerse en los movimientos por la paz y la justicia, creando conciencia en nuestra sociedad acerca de la situación de los países empobrecidos, avivando en las familias, parroquias y grupos la responsabilidad misionera.

Ya que estamos tratando de reavivar la responsabilidad misionera de las Iglesias locales, en las delegaciones diocesanas de misiones se debiera contar de forma efectiva con los laicos pertenecientes a asociaciones misioneras presentes en la diócesis y con estas mismas asociaciones. Porque además de ser cauce para vivir de un modo explícito la vocación misionera del laico, somos una referencia para el compromiso del cristiano, una voz con experiencia sobre la misión *ad gentes* de la Iglesia, una voz a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo.

3.2. La misión *ad gentes* aquí

En la sociedad española y occidental hay situaciones nuevas que deben ser vividas con actitud y disponibilidad misionera.

También aquí es importante aprender a estar en una Iglesia minoritaria, humilde, cercana a la gente, abierta al diálogo, al amor y al servicio, sobre todo a los más pobres; una Iglesia que intraclesialmente sea modelo de amor y de justicia. La Iglesia necesita descubrir la presencia de Dios en todas las culturas, lo que incluye también el descubrir su presencia en nuestra realidad cultural actual. Porque también aquí tenemos el deber-derecho de anunciar el Reino fomentando modos económicos, laborales, sociales, políticos, etc. con los valores del Evangelio. Es desde dentro de la sociedad desde donde podremos conocer y amar a los que buscan, a los indiferentes, a los emigrantes, a los pobres, a los marginados.

El laico retornado, inmerso en la sociedad con actitud y disponibilidad misionera, debe ser testimonio de los valores del Reino de Dios a través de su presencia, solidaridad, estilo de vida y palabra.

Es fundamental fomentar la animación misionera en las parroquias en los caminos normales de formación cristiana, para que colorea todo el proceso de formación. En este aspecto, es muy importante unas relaciones fluidas con los agentes de pastoral de las Iglesias locales, pues dentro de la complejidad de la pastoral tanto por los ámbitos en los que se trabaja: familia, colegios, parroquias, movimientos, etc. como por las innumerables iniciativas y experiencias que se dan en cada ámbi-

to, se nos invita a todos a reflexionar en profundidad sobre la situación que vivimos y a mirar el futuro en clave comunitaria, corresponsable y misionera (JICM).

Así, fortaleciendo el espíritu misionero, podremos seguir escribiendo el Libro de los Hechos de los apóstoles en nuestras iglesias locales.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a los organizadores de este Congreso por la oportunidad que me ofrecen de hablar sobre el ministerio misionero de los laicos. Como cristiana laica, me siento miembro activo y responsable de la Iglesia, y en particular, me siento comprometida en su tarea de informar, fomentar y desarrollar la dimensión misionera en cualquiera de los procesos formativos de los cristianos.

Quiero también expresar mi agradecimiento a los compañeros de OCASHA y de la CALM por los espacios de reflexión compartidos y por los documentos de interés misionero elaborados a lo largo de los años.

LA VOCACIÓN LAICAL MISIONERA... DENTRO DE UN CARISMA O UNA ESPIRITUALIDAD CONCRETA

D. Alberto DE LA PORTILLA RODRÍGUEZ
y D^a. M^a Carmen TOMÁS RODRÍGUEZ
Laicos Misioneros Combonianos

INTRODUCCIÓN

Sacerdotes, religiosos y laicos formamos una misma y única Iglesia. Todos, radicalmente, tenemos la misma dignidad de hijos de Dios. A todos se nos confía la hermosa tarea de anunciar el Evangelio a todas las gentes y en todos los lugares de la tierra. (D. José Diéguez Reboredo en la presentación del documento LAICOS MISIONEROS).

Por eso, si realmente nos lo creemos, es importante la presencia, participación y colaboración de laicos, y de laicos misioneros, para transmitir una Iglesia de ministerios, no clericalizada, donde todos somos miembros activos, no pasivos en el anuncio del Evangelio. Y esto no sólo aquí en nuestra sociedad, sino mucho más en esas comunidades nuevas, entre esos nuevos hermanos que se acercan a conocer a Jesucristo, desde otras tierras, con unos bagajes culturales, religiosos, sociales... tan diferentes a los nuestros. Por eso creemos que es importante en la evangelización esa identidad específica laical, no como contraposición a la identidad religiosa, sino como complementaria.

Es importante reconocer por parte de los sacerdotes y religiosos la vocación laical misionera como fruto del Espíritu que inspira los nuevos tiempos. Y sobre todo abrirse a ella no como una amenaza, sino como una riqueza, cada uno desde su realidad, trabajando juntos por el Reino de Dios, con la misma responsabilidad desde los compromisos adquiridos por cada uno.

Otro reto importante en este camino que va comenzando, es el de “compartir” los carismas. El carisma no es exclusivo de religiosos y religiosas (que entre ellos sí

lo comparten y no es fuente de conflictos), el carisma es un don del Espíritu, que como tal es repartido entre hombres, mujeres, jóvenes, adultos, ancianos... y por tanto entre religiosos, religiosas y laicos.

DESDE NUESTRA REALIDAD

¿Qué es ser laico en este mundo de hoy? ¿Qué significa ser creyente, seguidor de Jesús, en esta sociedad? ¿Cómo dar respuesta a la llamada que hemos recibido?

Estos interrogantes u otros parecidos son los que debemos abordar y dar respuesta, como cristianos, en nuestro caminar, en nuestro día a día. Como laicos estamos llamados a transformar el mundo, fundamentalmente desde los hechos, desde nuestra vida, las palabras son importantes pero sólo pueden explicar o dar sentido a lo que hacemos, a lo que somos. Esta es nuestra vocación.

Aunque siempre habrá casos particulares hablaremos desde la generalidad. Para nosotros, en la vida del laico, el crear raíces es consustancial con nuestra esencia; nuestra presencia crea lazos y asienta a la humanidad en esta tierra:

Nuestras **familias**, fuentes de vida, pueblan la tierra y establecen lazos de sangre que son la estructura base de subsistencia de la persona. En ellas somos creados, alimentados y conformados de una determinada forma. Y esto es algo que se reproduce en todas las culturas en mayor o menor medida.

Nuestras relaciones de **amistad** crean lazos fraternales que van construyendo una nueva realidad, más allá de la familiar y que nos abren al mundo y a los demás.

En nuestro **trabajo** transformamos nuestros conocimientos y habilidades en el pan de cada día tras largas y duras jornadas laborales.

Creemos en Dios y por ello rezamos, y no lo hacemos solos, sino con otros que también creen en Él como nosotros.

Estamos tanto en mil **historias de compromiso** dando nuestro tiempo, como tumbados al sol descansando.

Todo ello y más configura el existir cotidiano del laico en las distintas sociedades y culturas que habitan la tierra...

Y por encima de todo esto, en medio de nuestra vida, hemos tenido un encuentro personal con Jesucristo que ha transformado nuestro existir. Hemos sentido su llamada para seguirlo y, a pesar, o mejor dicho, por encima de nuestras flaquezas queremos responder, queremos anunciar la llegada del Reino de Dios, queremos transformar esta sociedad porque no es la sociedad que Dios quiere. Y no podemos esconder este hecho que ha transformado nuestra vida, queremos y debemos llevar este gozo allá donde más se necesita, entre los más pobres y abandonados. Así de simple es la realidad misionera de nuestra fe.

DESDE NUESTRA VOCACIÓN

Cuando hablamos de misión “ad gentes” pensamos en aquellos pueblos que no han recibido el Evangelio, que la semilla lanzada por el Espíritu no ha florecido suficientemente, y también hablamos de pueblos empobrecidos, excluidos del carro de este mundo, abandonados, con grandes necesidades tan simples como comida, agua potable, educación, sanidad o el reconocimiento de sus derechos más básicos como personas e hijos de Dios que son.

En medio de ellos queremos que haya Vida, y Vida en abundancia. Vida de la buena. La llegada del Evangelio, el anuncio de Jesús, quiere transformar, revolucionar todo empezando por la persona, pero concretándose en el día a día: en las relaciones (familiares, amigos, ...), en el trabajo, en la sociedad, en la Iglesia... donde queremos aportar nuestro granito de arena, desde nuestro ser, cada misionero desde el suyo (padre, hermano, hermana, laico).

Cuántas veces nos quejamos de no llegar a la gente, de que la evangelización de muchos pueblos no pasa de un simple barniz. Creemos en una evangelización profundamente inculturada y plenamente liberadora, una evangelización que llegue al núcleo profundo de la persona, de la sociedad y la transforme. Para ello el aporte de los misioneros laicos es fundamental; con su inserción en el pueblo y el testimonio de sus vidas son un ejemplo vivo de cómo Jesús puede transformar una vida, crear un nuevo estilo de familia, ser un trabajador servicial y con vocación, etc, etc. Claro que el ejemplo no servirá de modelo, tal cual, para el africano, asiático o latinoamericano, sino que serán ellos los que lo harán posible desde su cultura, de eso somos conscientes, sabemos que por mucho que un tronco permanezca en el agua nunca llegará a ser cocodrilo. Y también somos conscientes de la responsabilidad que significa exponer tu vida ante los demás para dar testimonio de Jesús, aunque en eso nos fiamos de Él pues sabemos que al llamarnos también se comprometió a acompañarnos.

DESDE NUESTRO CARISMA MISIONERO

En medio de la miseria, la injusticia, las tristezas y las alegrías de los pueblos, aparece el misionero con la Buena Noticia. Esta Buena Noticia es real, es posible, y la haremos posible día a día.

Una nueva familia es posible, no una familia a la europea, sino una nueva familia africana, americana, asiática, etc. Donde habite el amor, que va más allá del respeto, la mutua preocupación, la corresponsabilidad por parte de todos bla, bla, bla ... Esto no son sólo palabras que escuchamos de los misioneros, es una realidad viva en esa familia misionera que lucha día a día para que el amor este presente en medio de ellos y sea luz para los demás; por ello son sacramento.

Esta es la maravilla del laicado misionero, ser ejemplo vivo, real, no ideal, con sus defectos pero con su viveza. Compartiendo el día a día, mostrando otra forma de ser familia, amigo, compañero de trabajo... Y esto es posible en la medida que lo hagamos posible:

“Con la llegada de nuestra primera hija, la gente nos comentaba “ésta es mozambicana... es nuestra”, ya era algo suyo y como tal la cuidaban, visitaban en casa, jugaban con ella y la llevaban de paseo. Esta presencia, como familia, nos abrió muchas puertas en la relación con la gente, otra manera de acercarnos, hizo nuestra presencia más real y significativa para el pueblo, porque compartíamos con ellos no sólo nuestras vidas sino nuestro ser familia. Para ellos, que viviésemos allí con nuestra hija era un signo de esperanza y una apuesta por ellos, por el pueblo macua de Namapa.”

De ahí el sinsentido que encontramos a veces cuando obispos o religiosos, no sólo no quieren, sino piden que los matrimonios misioneros no tengan hijos durante su periodo de servicio en misión, pues disminuye su capacidad de trabajo y dedicación, o algo así. Es triste y nos da la sensación de que no se tiene claro que significa eso de ser laico misionero y se busque más bien en sustituir el trabajo de un hermano o hermana sin valorar la importancia de la especificidad del laicado.

En la comunidad la amistad, que es fruto del amor, crea relaciones realmente fraternales de preocupación de los unos por los otros, donde nuestra felicidad está en hacer felices a los demás, por encima de lazos familiares que más o menos vienen dados; es una opción libre por el hermano y bla, bla, bla. Nosotros como laicos combonianos queremos hacer presente esta realidad partiendo de la comunidad donde se comparte todo, desde nuestra fe a nuestro dinero, pasando por la educación de nuestros hijos, discernir sobre nuestro trabajo y nuestro estar en misión y en el mundo. Y desde la comunidad responsabilizándonos de las necesidades de nuestros hermanos más cercanos y más lejanos, de sus problemas económicos, familiares, laborales, de sus alegrías y sus penas. El discurso no es “hay que ser buenos hermanos, todos hijos de un solo Padre...” sino más bien “¿Cómo estás? Yo estoy así o asao y necesito de ti, pero también estoy junto a ti ayudando en lo que pueda, esta es la Nueva Humanidad apúntate con nosotros”.

“Nosotros, en misión, hacíamos comunidad con otro matrimonio. A partir de la oración y las reuniones comunitarias semanales discerníamos, en una cultura tan diferente, nuestros aciertos y errores, cómo no meter la pata en demasía, y el que nuestra presencia fuera lo más auténtica, lo más cristiana posible, tanto para el pueblo que nos acogía como para nosotros y nuestra vocación como laicos misioneros combonianos. Sin la comunidad no sólo no lo hubiéramos hecho la mitad de bien, tanto en calidad como en cantidad, sino que probablemente se nos habría escapado mucho de la realidad y las necesidades de la gente. Con la comunidad de religiosos comboniana compartíamos misa u oración, mesa y ocio al menos una vez

a la semana. También la planificación del trabajo pastoral como equipo misionero; nos consultábamos, de manera más o menos formal según los casos, sobre nuestros trabajos y responsabilidades. Compartíamos inquietudes y las muchas dudas que nos iban saliendo sobre nuestro estilo de presencia, sobre cómo entender y servir mejor al pueblo. Y eso también lo ve la gente, la relación que teníamos entre nosotros, signo de esa nueva humanidad”.

Por eso tampoco tiene mucho sentido que los laicos o los religiosos se cierren y no quieran tener momentos de encuentros, o que no cuenten los unos con los otros a la hora de planificar trabajos y actividades, pensamos que es mejor sumar esfuerzos que no dividirlos.

El trabajo dignifica al hombre, pero junto con él encontramos explotación y corrupción que destruyen al hombre y sus relaciones y bla, bla, bla. Hay otra forma de trabajar y otra forma de establecer relaciones laborales, donde prime la persona por encima de la producción, donde no se explote ni se abuse de una posición. Es una lucha en la que hay que estar codo con codo. La denuncia es necesaria desde fuera, y si es posible, mejor desde dentro, como compañero apoyando la reivindicación, jugándotela con él, pues si tú no te la juegas por qué lo va a hacer él. Transformar desde dentro, atender a las personas con cariño buscando su bien y no el tuyo propio, con vocación y dedicación en tu profesión. Haciendo posible otra economía, otras empresas, otra agricultura...

Profundizar en lo que supone enraizar el Evangelio en la realidad social, es asumir que desde los poderosos no cambiará el mundo, no les interesa, es la gente sencilla la que le interesa que esto cambie y son ellos los que deben hacer posible este cambio y ahí está el laico misionero animando como uno más (en las asociaciones de padres, de vecinos, culturales, cooperativas...). Hay que estar presentes en la vertebración de la sociedad, lo cual requiere de constancia, de fe en que es posible a pesar de las dificultades... Y es ahí, en las reuniones de trabajo hasta altas horas, en el trabajo de fin de semana, con los vecinos... es ahí donde hay que dar esperanza, es ahí donde se hace presente a Jesús, es ahí donde tenemos que estar.

En todo ello es necesaria una especial atención de la comunidad, apoyando por detrás, sino la lucha será estéril y estaremos “en la calle” a los dos días.

“Nosotros trabajábamos en sanidad y educación, que son los pilares para el desarrollo, y los principales problemas que encontramos fueron corrupción, abuso de poder y falta de vocación de servicio. En este sentido nuestra aportación fue sencilla, aunque no fácil de llevar a cabo: Trabajar con vocación, atendiendo a los enfermos como seres humanos, intentando ser cercanos, atendiendo sus necesidades y resolviendo sus dudas, siendo cumplidores con nuestra tarea de profesores, preparando y dando las clases lo mejor posible y evaluando a los alumnos según sus conocimientos. Esto, en principio tan lógico, desestabiliza todo un sistema donde el dicho es que “cabrito come donde está amarrado”, pero nosotros rompíamos la baraja e incitábamos a otros a sumarse. El trabajo no puede ser el sitio donde sacar

provecho personal sino más bien donde servir al prójimo y transformar la sociedad, haciéndola más humana para todos. Todo ello sin ocupar cargos de dirección, como uno más. Si bien no fue fácil, a partir de finales del segundo año se empezaron a notar pequeños cambios, sumándose a este nuevo estilo, poco a poco no nos engañemos, enfermos/as y alumnos/as que empezaban a reconocer sus derechos y pedir que se les respetara, y funcionarios (enfermeros y profesores) que también se manifestaban en contra de las conductas más corruptas de sus compañeros e iban cambiando su estilo de actuación”.

Es posible otra forma de estar en el trabajo y encontrar satisfacción en el mismo. Poco a poco es posible. Creemos que desde fuera no hubiera sido lo mismo, hace falta meterse, desestabilizar el sistema desde dentro, mostrar que es posible y acompañar al que quiere levantar la cabeza y decir estamos contigo, lucharemos contigo, adelante. Este es también un lugar privilegiado para los laicos misioneros.

La Iglesia, sacramento universal de salvación, pueblo de Dios que quiere hacer presente el Reino de Dios en la tierra, Reino de amor y justicia para todos, donde los últimos serán los primeros y el quiera ser el primero se debe hacer servidor de todos. Lugar donde bla, bla, bla. Nuestro reto es hacer realidad esta Iglesia. Rezamos, celebramos la eucaristía y revisamos nuestra vida en comunidad a la luz del Evangelio. Creemos que este es el fundamento que ilumina nuestra vida, el que da sentido; es esa palabra que termina de explicar el por qué hacemos todo lo anterior, el por qué vivimos y queremos vivir de esa manera.

Y desde ahí queremos construir Iglesia, una Iglesia nueva:

- Una Iglesia ministerial donde el laico esté en su sitio, responsable de su fe, de su comunidad (esta forma de ser laico desgraciadamente más reconocida en misión, y en la figura de los laicos misioneros, que aquí en España).
- Creando comunidad de comunidades con todos y cada uno, miembros vivos e indispensables de la comunidad, conocidos por sus nombres, que comparten la vida y que se les cuestiona y exige por su estilo de vida, por su ser cristiano, por que en su vida hagan presente esta nueva fe que han abrazado.
- Inculturada porque es expresión de fe de cada hombre y mujer, de su cultura, de su tradición revivificada por la acción del Espíritu .
- Y plenamente liberadora, para que cada hombre y mujer se libere de aquello que le oprime, tanto a nivel interno como externo, y desde esa libertad pueda encontrarse con su creador, sintiéndose hijo amado y hermano de todo hombre.

“Nuestra parroquia en misión tiene 65 comunidades para 2 sacerdotes, y muchas de ellas quedan aisladas buena parte del año. Sólo gracias a que Mozambique es una Iglesia ministerial, con gran protagonismo de los laicos tras el periodo marxista, hace que estas comunidades de nuevos cristianos se mantengan. Nosotros

simplemente acompañábamos en la formación a los responsables de jóvenes y de los matrimonios, apoyando su labor desde nuestra experiencia y formación, acompañándolos en sus responsabilidades a nivel parroquial y de sus distintas comunidades. ¡Cuánto de lo que aprender en nuestra Iglesia!”

Por eso es importante el trabajo coordinado de la comunidad apostólica (padres, hermanos, hermanas y laicos), para aprovechar mejor las fuerzas y dar una imagen creíble de esa Iglesia ministerial, no piramidal.

DESDE NUESTRA COLABORACIÓN O PERTENENCIA CON UN INSTITUTO O CONGREGACIÓN RELIGIOSA

• ¿Pueden compartir carisma laicos y religiosos?

Creemos que es importante ampliar la visión del carisma, cosa clara para los religiosos pero que se enturbia al hablar de laicos, probablemente por la falta de costumbre y no otra cosa, aunque ya sabemos el peso de lo que puede ser una tradición y lo que cuesta avanzar a veces.

El carisma es un don que el Espíritu Santo en su pasear por el mundo ofrece a la humanidad, probablemente debido a la necesidad que el mismo mundo tiene de él y de su presencia para la construcción del Reino de Dios, aunque no nos metemos en por qué lo hace el Espíritu, pobres de nosotros, sería quererlo institucionalizar. Pero de lo que hablábamos; esa oferta que hace al mundo es como la semilla que lanza el sembrador y, cuando la tierra está abonada agarra y da más fruto. Una buena tierra de cultivo es la Iglesia, y por ello son tantos los carismas dentro de ella, pero no la única como sabemos. Por otro lado a lo largo de la historia hay quién ha abrazado y recreado estos carismas, como persona y después formando comunidades y grupos que incluso han llegado a ser congregaciones, institutos u organizaciones de distintos carácter.

De la misma forma que nuestra fe es un don del Espíritu, que nuestros padres y la Iglesia han cuidado y transmitido desde los primeros apóstoles, igualmente debemos reconocer cómo los institutos y congregaciones han animado y recreado algunos de esos dones del Espíritu que llamamos carismas; sabiendo que ni una persona, aunque sea un gran fundador o pionero, ni un instituto o congregación agota ese don, ese carisma.

Cada persona, que es tocada de manera especial por una espiritualidad, está llamada a alimentarla y recrearla, sea hombre, mujer, religioso o laico. Cada comunidad que se siente llamada según un carisma, debe igualmente alimentarlo y recrearlo. Y si esa comunidad, grupo o movimiento es laical, con certeza que lo hará de manera diferente a como lo hacen los religiosos o religiosas; no menos auténtico o necesario el uno o el otro, es el Espíritu el que está detrás y recordemos que este don no es para encerrarlo entre cuatro paredes, es para el mundo, para nuestros hermanos.

¿La vocación misionera laical puede realizarse en colaboración y sintonía con una congregación o instituto misionero sin que ello pueda desdibujar la identidad laical?

De igual manera que el catecúmeno se acerca a la comunidad para ser iniciado, y es la comunidad la que reconoce su camino de fe y lo acoge en ella, por el Bautismo; así los institutos, congregaciones o movimientos laicales debemos acoger a todos los que se acercan a conocer y profundizar en el Carisma, desde la especificidad de cada uno: religioso, religiosa o laico, y ayudarles en este madurar de su fe. Integrándolos en la comunidad o en el grupo, si ésta es su opción, para juntos seguir creciendo y madurando en el seguimiento de Jesús según nuestro carisma concreto, al servicio de los más pobres.

Después, dentro de cada carisma los religiosos, religiosas y laicos que lo compartan deberían caminar juntos. Cada uno desde su especificidad, pero reconociendo igual dignidad los unos a los otros y siendo conscientes que su estado de vida no abarca la totalidad de ese carisma, abiertos a la vida que es cambio. Igual que en una familia los padres dan la vida a los hijos pero no les pertenece la vida de estos. Ver y ayudar a crecer a los hijos para que sean independientes y puedan desarrollarse, para que también ellos puedan ser padres; todo ello manteniendo ese vínculo familiar, padres, hijos y abuelos que los une para siempre.

Cómo se expresa el carisma como laicos es una gran aventura a recorrer. El carisma está vivo y debe dar respuesta desde su originalidad y riqueza al avance de los tiempos, a las nuevas realidades que se van planteando. Estamos inventando, como adolescentes que somos la mayoría de movimientos laicales, situándonos en este mundo de una manera determinada. Es difícil no referenciarse en la vida de los religiosos y religiosas de los institutos o congregaciones a la sombra de los cuales nacemos, pero no nos engañemos laicos ni religiosos, la expresión de este carisma no será igual pues no somos iguales. Aunque apostemos por la comunidad como esencial en nuestra vida no será como una comunidad de religiosos; nuestra oración en tiempos, ritmos, o estilos tampoco es la oración del religioso; nuestro tipo de compromiso y trabajo aquí o en misión tampoco será igual y nuestra manera de expresar el seguimiento de Jesús, según el carisma determinado que tengamos, tendrá que ser diferente; ni mejor ni peor, ni el uno o el otro más auténtico por el peso de la tradición.

En este sentido nosotros optamos por formar comunidades o bien laicales o bien religiosas. Dónde cada uno viva y se exprese según su estado de vida. Pensemos en los ritmos de trabajo y oración, relación con el pueblo, relaciones de familia a familia, etc. Si bien no descartamos la opción de comunidades mixtas, pensamos que hoy por hoy, tienen todavía mucho camino por recorrer, pues hasta hoy la mayoría de los laicos en comunidades religiosas ocupaban un lugar de pseudo-hermanos, adaptando su vida al ritmo del religioso.

Creemos que es importante establecer un clima de corresponsabilidad entre religiosos y laicos, en nuestra presencia como misioneros en una determinada zo-

na, aunando esfuerzos, análisis y planteamientos para una mejor y más auténtica evangelización. En nuestro caso esto lo conseguimos en gran medida entre la comunidad de laicos y de religiosos de Namapa, pero no con todas las demás comunidades había esa misma relación. Queremos creer que donde hubo alguna incompreensión era más por desconocimiento de esta realidad de laicos misioneros, con los miedos y prejuicios que conlleva, que por otra cosa. El tiempo sin duda corre a nuestro favor, a favor de los que entendemos que todos somos uno en Cristo, laicos, religiosos y sacerdotes cada uno desde su vocación al servicio del Reino de Dios.

Una dificultad frecuente con la que nos encontramos, dentro de los institutos o congregaciones religiosas, es con una aceptación y una apuesta teórica por los laicos por parte de los religiosos. Es necesario ir haciendo camino para que de verdad crean que nuestra presencia, propia como laicos, no como sustitución de los religiosos, es necesaria e importante. Y para ello hace falta conocimiento, trato y humildad por parte de todos. Evitemos los juicios rápidos de valor que etiquetan la vocación de unos u otros. Necesitamos conocernos más, es la mejor manera para crecer.

La presencia del misionero no sólo está en la pastoral directa, y la evangelización no se limita al anuncio explícito con la palabra, aunque éste sea fundamental, sino también a ser testimonio vivo del Resucitado en medio de la gente. Dar buenos frutos para que la gente pueda apreciar la bondad del Padre que les ama y está en medio de ellos. Ampliar nuestra visión hará que se superen las trabas y sepamos ver el sitio que unos y otros debemos ocupar, así como la importancia de cada uno en esta ingente tarea, por que la mies es mucha y los obreros siguen siendo pocos.

• ¿Creemos que es el Espíritu el que está detrás?

Si la respuesta es sí entonces sepamos acompañarnos unos a otros para ser cada día más fieles a la llamada. Nosotros no podemos querer que nuestras hijas sean lo que nosotros somos, ni opten por lo que nosotros hemos optado, por eso debemos acompañarlas para que descubran a Jesucristo en sus vidas y consigan seguirlo según su vocación. Y sea cual sea ese caminar siempre seremos una familia, y los lazos que nos unen son los que nos darán la fuerza y nos harán cuidarnos unos a los otros. Creemos que algo parecido debería ser entre los que sentimos el mismo carisma.

A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

Perseguimos un mundo más humano, más divino, y por ello creemos que el Evangelio debe llegar a cada rincón de la tierra, el amor de Dios se debe hacer presente a cada hermano necesitado. Para que esto cambie, son sus gentes las que deben cambiar y asumir este cambio en sus vidas, es cada pueblo el que inculturi-

zará el evangelio, el misionero lleva esa Buena Nueva pero ésta debe echar raíces para que no se la lleve las primeras lluvias, son las raíces de las comunidades cristianas de cada lugar las que lo harán y son a ellas a las que debemos cuidar, a los hombres y mujeres trabajadores, padres de familia, miembros de asociaciones, cooperativas y cristianos de base que hacen realidad en sus vidas y en la de sus pueblos el evangelio.

En esta labor nosotros, como laicos misioneros, queremos ser como esas pequeñas plantas que se siembran en terrenos áridos y ayudan a agarrar la tierra en momentos difíciles, ayudan a la fertilidad del suelo para que puedan llegar las especies autóctonas y se vayan fijando y así poco a poco ser sustituidas por éstas y, como cualquier misionero, ir a otras tierras donde se nos necesite.

El carisma es un don para el seguimiento de Jesús, sin duda no es un capricho de nadie, pues fue Él quién nos escogió para seguirle de esta determinada manera. Con la fe puesta en ese seguimiento, todos y todas las que compartimos cada carisma debemos acompañarnos para que lleguemos a la plenitud de la realización del mismo, reconociéndonos unidos en el Bautismo como fuente de nuestra esencia. Y sabiendo que el Espíritu ha suscitado este don por el bien de este mundo y de su Iglesia y que nuestra responsabilidad es recrearlo y animarlo poniéndolo al servicio de nuestros hermanos y hermanas, especialmente los más pobres y abandonados.

Comboni decía que la misión no es tarea de un individuo o un instituto sino responsabilidad de toda la Iglesia y por eso luchó en su vida, pidiendo ayuda a todos y acogiendo para este servicio a sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de todos los carismas y espiritualidades y creyendo por encima de todo en Salvar África con África, reconociendo en el Espíritu y en la propia gente el protagonismo de la misión, y en los misioneros, cualquiera que sea su opción de vida, unos simples servidores del Reino.

PECULIAR IMPRONTA Y EXPERIENCIA MISIONERA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS Y COMUNIDADES ECLESIALES

Rvdo. D. **Manuel M^º BRU ALONSO**

Delegado Diocesano de Medios de Comunicación Social. Madrid

Sin pretender hacer una panegírico de las bondades y parabienes de los nuevos movimientos en relación con la misión universal de la Iglesia, ni una apología de los mismos con el pretexto de dicha relación, lo que busca esta comunicación, en respuesta a lo requerido en este Congreso Nacional de Misiones y en esta mesa de comunicaciones sobre el tratamiento concreto de los diversos modos de desarrollo de la misión por parte de los laicos, es mostrar con claridad la veracidad y la importancia de esta sentencia de la encíclica *Redemptoris Missio* en su número 72, que reza así: “Los nuevos movimientos representan un verdadero don de Dios para la evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha”.

Desde el convencimiento de que esta afirmación de Juan Pablo II, en sintonía con el resto de su magisterio, pretende sencillamente ofrecer a la toda la Iglesia el testimonio de la dimensión misionera de los nuevos carismas suscitados por el Espíritu en nuestro tiempo, para su utilidad y provecho apostólico, en la presente comunicación nos aproximaremos a la identidad y misión eclesial de los nuevos movimientos, a su concreta dimensión misionera, a la impronta carismática que dicha dimensión ofrece a la misión de la Iglesia, y a algunas experiencias testimoniales de la misma.

1. IDENTIDAD Y MISIÓN ECLESIAL DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ECLESIALES

1.1. Que entendemos por nuevos movimientos eclesiales.

No podemos hoy hablar de la actualidad de la Iglesia, sin hablar de las nuevas experiencias carismáticas en su seno como: La Renovación Carismática, Comunión

y Liberación, Schönstatt, Comunidad de San Egidio, Regnum Christi, Comunidades Neocatecumenales, Focolares u Obra de María, Comunidad del Arca, Oasis, Familia de Nazaret, Cursillos de Cristiandad, Adsis, Cristianos sin fronteras, Misioneros Franciscanos de María, etc. La lista sería interminable, tanto entre los más desarrollados como entre los menos, entre los que se llaman movimientos como entre los que prefieren otro tipo de expresiones como comunidades eclesiales.

Más de uno se puede preguntar: ¿Pero que es lo que define realmente a un movimiento como tal en la Iglesia? ¹. La pregunta no es ingenua, como la respuesta no es fácil; pues en realidad ni el derecho canónico ni el magisterio conciliar utilizan expresamente este término. Tenemos, eso sí, un magnífico cuerpo doctrinal en el magisterio pontificio de Pablo VI y de Juan Pablo II, aunque éste no sea sistemático ni preciso en cuanto a definiciones. Los eclesiólogos están interesándose cada vez más en buscar la definición más precisa, así como la lista de las características determinantes del fenómeno, pero el terreno en el que se mueven no es nada fácil. Y esto por tres razones:

- porque los nuevos movimientos no son realidades terminadas, sino en pleno desarrollo y configuración, con el dinamismo propio de verdaderas irrupciones carismáticas, aún en época de fundación, en vida de la mayoría de sus fundadores o iniciadores, con carismas personales muy especiales e imparablemente creativos.
- porque no a todos los teólogos les resulta fácil estudiar estas realidades carismáticas vivas –por lo que antes decíamos– y algunos tienden a usar una metodología claramente inadecuada, como si se pudiese diseccionar en el laboratorio una realidad viva y vivificante como se disecciona un cadáver, con complejas y predeterminadas clasificaciones teológicas que no tienen nada que ver con ellos, con moldes que no les corresponden, porque la novedad que aportan, entre otras muchas cosas, rompe esos moldes².
- porque incluso el término movimiento es un término problemático: no todos los movimientos lo aceptan, porque depende del conjunto de connotaciones que se le quiera atribuir a su significado. Y esto impide que se pue-

¹ Cf.: MANUEL MARÍA BRU, *Testigos del Espíritu. Los nuevos líderes católicos: movimientos y comunidades* (Madrid: Edibesa, 1998), pp. 279-282.

² Ha habido varios intentos de clasificación de los movimientos, con mayor o menor criterio eclesiológico, como son los de los italianos Favale y Secondin, o la de los españoles Guerra y Floristan. A mi corto entender todas ellas carecen de una suficiente aproximación a los carismas, y adolecen de un cierto prejuicio ideológico. Me parece muy acertada la propuesta de Jesús Castellano de la necesidad de un criterio objetivo de investigación sobre los movimientos, única base sobre la que poderse apoyar cualquier aventurado intento de clasificación. Cf.: JESÚS CASTELLANO, *Carismas para un tercer milenio* (Burgos: Monte Carmelo, 2003), pp. 64-66.

da hacer todavía una reflexión definitiva y conclusiva, cuando no es tan fácil reconocer cuales son y cuales no son los movimientos en la Iglesia.

A pesar de todas estas dificultades, y desde la óptica de la sociología eclesial, siempre más aventurada que la de la cátedra teológica, nos podemos ir acercando a una clarificación de lo que son los movimientos, en pro de una aproximación más clara de lo que representan estos movimientos en la vida de la Iglesia de hoy y de mañana, que es en realidad lo que nos interesa.

Siguiendo a Moreira Nieves, habría que empezar a decir que “no es” un movimiento eclesial: no es una “agregación” que haría referencia a algo demasiado genérico, impreciso e inclasificable. Tampoco es un “grupo”, que haría referencia a una realidad poco organizada, espontánea, sin normas fijas. Se distinguiría incluso también del término “asociación”, término familiar para el derecho canónico, que supone ya un “estar juntos” con objetivos comunes, compromisos determinados, y una más precisa fisonomía. En realidad los movimientos, aunque canónicamente puedan usar el concepto de “asociaciones de fieles”, privadas o públicas, son otra cosa: “añaden a la asociación un modo diverso de ser, un toque, un estilo, más aún, una dinámica interior y una dinámica exterior características”. En definitiva, añaden algo tan determinante y decisivo como es el ser un carisma.

Por eso no llamaríamos movimientos a las federaciones y asociaciones internacionales de profesionales católicos: periodistas católicos, médicos católicos, juristas católicos. Como no es tampoco, si ponemos en el aspecto carismático el elemento determinante, iniciativas laicales de primera magnitud como es la Acción Católica, que aunque ya hoy no se defina como “el brazo de los obispos que llega a donde ellos no pueden llegar”, por la eclesiología de subordinación que podría darse a entender con esta expresión, forma parte de su más esencial identidad el constituirse como “acción” de los laicos no sólo integrada sino emergente y determinada por la estructura eclesial básica y local: las diócesis y las parroquias.

1.2.- Principales características de los movimientos eclesiales.

Sin entrar aquí en el problema de la definición de un movimiento o de una comunidad eclesial, ni en la cuestión de su inserción eclesial, nos interesa aquí delimitar sucintamente las principales características distintivas de los mismos, desde un punto de vista a la vez eclesiológico y sociológico³:

- **Comunidades y Movimientos Eclesiales:** Carismas que no se identifican con una sola vocación en la Iglesia, ni siquiera con una sola necesidad, un

³ Cf.: MANUEL MARÍA BRU, “Los nuevos carismas eclesiales, generadores de cultura”, Verdad y Vida 231/LIX (Madrid: 2001), pp. 309-316.

ámbito peculiar de evangelización o de transformación eclesial y social, sino que más bien se identifican con la propuesta de una nueva espiritualidad, válida para todos y para todo, que desde un aspecto determinado de la experiencia cristiana, renovado y revitalizado, ofrece una nueva síntesis vital de toda la vida cristiana.

- **Principalmente laicales:** Aunque a ellos pertenecen sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas, e incluso obispos (de modos diversos), no identificándose con ninguna vocación, nacen y se desarrollan con una especial impronta laical, y con un especial protagonismo de los laicos⁴. Precisamente porque sus espiritualidades no se especifican por vocaciones eclesiales, sino por carismas eclesiales, éstas se identifican con la llamada universal a la santidad y se basan fundamentalmente en el bautismo, la palabra de Dios, la comunión eclesial y la presencia transformante en el mundo, características a su vez, sin especificidad ministerial ni consagrada alguna, de la espiritualidad laical. Uno de los signos de los nuevos movimientos, según el historiador Fidel González, es su modo de revitalización de la vocación laical que ayuda a “superar una tentación continua en la historia de la Iglesia y hoy especialmente amenazadora: la de la clericalización de la Iglesia por parte los clérigos, o la de la autoclericalización de los mismos laicos por ellos mismos o por algunos clérigos”⁵.
- **La universalidad y la misionalidad:** Se trata de movimientos de rápida expansión por todo el mundo. Especialmente capaces de penetrar la vida cristiana en los ambientes más difíciles y secularizados, sobre todo en los “nuevos areópagos de nuestro tiempo”, tal y como los describe Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptoris Missio*: esos mundos de los medios de comunicación, de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales, y de la economía.
- **La intensa experiencia de la comunión:** sería su característica común más interna, en cuanto respuesta a dos retos diversos: el reto, en el seno de la Iglesia, de una renovada eclesiología de comunión, y de una llamada a re-

⁴ “En la *nueva evangelización* el Papa quiere que participen todos los miembros de la Iglesia, todo el pueblo de Dios. Para comenzar nuestro movimiento, el Señor no eligió personas especiales como podrían ser los eclesiásticos o los religiosos. Eligió a laicos, es más, a laicas, unas pocas chicas. Y todavía hoy nuestra realidad eclesial, diseminada en 180 naciones de todos los continentes, si bien comprende todos los estados de vida, desde niños a obispos, es predominantemente laica. Es sobre todo de los laicos que el Señor se sirve como instrumentos para la *nueva evangelización*”: CHIARA LUBICH, “La nueva evangelización”, en *Gen 's* (Roma: 2/2002), p. 33.

⁵ FIDEL GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia*. Madrid: Ediciones Encuentro, 1999, p. 183.

tomar la experiencia más originalmente cristiana, con las primeras comunidades como referente histórico; y el reto de la sociedad, que envuelta en una cultura secularizada y pluralista, se resiste, o esta de vuelta, de la presión que en ella ejercen el laicismo, pero sobre todo la dispersión. Una sociedad que pide a gritos ámbitos comunitarios para los que no basta el fenómeno del asociacionismo (afiliación en torno a unos fines específicos), sino que demanda la experiencia de la acogida, la compenetración, la familiaridad, etc. en definitiva de la comunidad.

- **Una escuela de vida:** Dice José Luis Restán que “La adhesión al carisma permite a quienes la viven, su vinculación a una historia, a un lugar y a una forma de enseñanza. A través de un encuentro humano, se exaltan sus razones, su afecto y su responsabilidad dentro de la gran morada de la Iglesia. Se trata en primer lugar de una personalización de la fe (...): el carisma describe un itinerario, una educación en la fe; ofrece una forma (hecha de palabras y rostros concretos) a través de la cual la persona es sostenida en la memoria de Cristo, aprende a través de una corrección y una caridad continua a valorarlo todo según esa memoria, y a construir sus relaciones en la vida familiar y social como expresión de la misma. De esta forma se realiza un verdadero camino de conversión, en el que progresivamente la fe se hace fuente y criterio de la vida en sus intereses cotidianos: trabajo, familia, educación, cultura, compromiso social y político”⁶.
- **Capacidad de expresión de la totalidad:** Los miembros de los movimientos no tienen una experiencia parcial de la pertenencia eclesial, no sólo porque cualquier inserción eclesial auténtica (familia, parroquia, etc...) no parcializa, sino porque además precisamente su determinación carismática (no vocacional ni funcional) ofrece una especie de micro-experiencia de universalidad eclesial: “la unidad que produce la adhesión a un carisma está llamada a manifestarse públicamente en medio del mundo como realización concreta, contingente pero real, de la unidad de toda la Iglesia. De hecho, para muchos hombres y mujeres que viven alejados de todo contacto real con el cristianismo, la percepción de esta unidad nítida y expresiva que provoca la presencia de un carisma, es una introducción transparente para comprender la unidad total de la Iglesia. No sólo no es un límite o un impedimento para acceder a esa comprensión, sino que evita la abstracción y distancia afectiva con que muchas veces se entiende la Iglesia como totalidad”⁷.

⁶ JOSÉ LUIS RESTÁN, “Nueva Evangelización y movimientos eclesiales” (Ponencia en el Congreso de Evangelización, Madrid: 1997).

⁷ Ibid.

1.3. Los nuevos movimientos en el magisterio de Juan Pablo II.

30 de mayo de 1998. Vigilia de Pentecostés. La plaza de San Pedro, desde la mañana, esta repleta de gente que ha ido llegando desde distintos puntos de Roma. Nunca un Papa se ha reunido con los líderes carismáticos de su tiempo para celebrar con ellos una especie de “cenáculo especial” en los días previos a Pentecostés, ni había convocado a los cientos de miles de seguidores de estos líderes para celebrar con ellos la gran fiesta del Espíritu Santo. Como nunca un Papa había podido seguir tan de cerca a los grandes fundadores de las familias espirituales de su tiempo.

En la Plaza Mayor de la Cristiandad estaba la Iglesia del tercer milenio cristiano: con el Sucesor de Pedro, con los cardenales y obispos, con Chiara Lubich (Focolares), Kiko Argüello (Neocatecumentales), Jean Vanier (El Arca), don Giusanni (Comunión y Liberación), el padre Maciel (Regnum Christi), el profesor Riccardi (Comunidad de San Egidio) y otros Fundadores de Movimientos y comunidades cristianas. A partir de aquella noche los movimientos intensificaron notablemente la comunión entre ellos y con las Iglesias particulares. En cientos de países se repitió en los años sucesivos, y se sigue repitiendo, un “Pentecostés 98”.

“El Espíritu está aquí –dijo Juan Pablo II aquel día–, es como si esta tarde se renovase en esta Plaza el manantial fecundo de aquel Pentecostés primero. El Espíritu Santo está aquí, esta tarde, con nosotros, y vosotros sois la prueba de esa nueva efusión del Espíritu, de ese nuevo e inesperado dinamismo eclesial que surgió del Concilio Vaticano II”. Dijo que “en el camino ha habido presunciones, prejuicios, intemperancias, tensiones e incomprensiones, que han sido una dura prueba para conocer la singularidad genuina y la fidelidad de los Movimientos”, pero que, “a partir de ahora, se abre una nueva etapa: la de la madurez eclesial”, y que “los Movimientos sois la respuesta providencial al dramático desafío de este fin de milenio en el que una sociedad secularizada no parece querer saber nada con el Espíritu”.

Después de aquel día nadie ha puesto en duda, si alguien lo dudaba antes, que entre los adjetivos que se le pueden poner al Papa Juan Pablo II como seña de identidad de su largo pontificado uno de ellos es el de “El Papa de los Movimientos”⁸. Pero no porque estos hayan sido los “nuevos ejércitos” con los que el Papa ha contado para el “proceso de restauración” que ha querido llevar a cabo, como algunos han repetido hasta hacer de ello uno de los muchos erróneos tópicos de este pontificado. Si no por la confianza de Juan Pablo II en los nuevos movimientos, no para ninguna “cruzada de restauración de la cristiandad”, sino para una “nueva evangelización”, con la que, entre otras cosas, asume y potencia el espíritu de diálogo, la libertad religiosa, y la centralidad de la preocupación por el hombre,

⁸ Cf.: MANUEL MARÍA BRU, *Testigos del Espíritu...*, obra citada, pp. 294-311.

propias de la renovación conciliar, de la que Juan Pablo II no sólo no es retractor, sino su más profundo y prolijo promotor en sus veinticinco años de pontificado, decisivos para la extensión y el arraigo de la renovación eclesial de la segunda mitad del siglo XX y del inicio del XXI.

A nadie se le oculta, por otra parte, la adhesión y servicialidad incondicional al Papa por parte de los movimientos, que nace de la fe profunda en el ministerio del sucesor de Pedro y de una arraigada experiencia de comunión sin fisuras con toda la Iglesia. Tampoco se le oculta a nadie que Juan Pablo II guardó siempre en su memoria el testimonio que algunos de estos movimientos dieron en su propia patria en particular y en el resto de los países del Este Europeo en general, antes de la caída del Muro de Berlín. Un testimonio de valiente riesgo de familias misioneras, y un testimonio elocuente de un modo de presencia evangélica prudente, callada, y humilde, como levadura en la masa.

Además de algunos gestos proféticos e históricos, como fue la Fiesta de Pentecostés de 1998, nos queda su largo y rico magisterio sobre los nuevos movimientos eclesiales. A los participantes de uno de los congresos de los movimientos, realizado en septiembre de 1981, el Papa les recordaba que si bien “la Iglesia, en si misma, es un movimiento”, pues “está siempre en estado de misión”, por el gran florecimiento de estos nuevos “movimientos y las manifestaciones de energía y de vitalidad eclesiales que los caracterizan, han de ser considerados ciertamente como uno de los más hermosos frutos de la vasta y profunda renovación espiritual promovida por el último concilio”.

Uno de los principales valores de los movimientos lo encuentra el Papa en el hecho de que, “en el contexto de una sociedad pluralista y fraccionada y sobre todo en un mundo secularizado, las diversas formas asociadas pueden representar, para muchos, una preciosa ayuda para llevar una vida cristiana coherente con las exigencias del Evangelio y para comprometerse en una acción misionera y apostólica”. De tal modo que considera a los movimientos en la vanguardia de una nueva evangelización basada no tanto en el discurso como en el testimonio misionero. Dirigiéndose al Consejo Pontificio para los Laicos, el 24 de marzo de 1991, reconocía en los nuevos movimientos la singular capacidad para “comunicar al otro las razones de la experiencia misma de la propia conversión”.

Dos años antes del gran Encuentro del Papa con los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, el Papa, también en la Vigilia de Pentecostés, explicaba el lugar de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales en la Iglesia: “Uno de los dones del Espíritu en nuestro tiempo es ciertamente el florecimiento de los nuevos movimientos eclesiales, que desde el inicio de mi pontificado continuó indicando como motivo de esperanza para los hombres. Ellos son un signo de la libertad de formas, en los que se realiza la única Iglesia, y representan una segura novedad, que sigue esperando ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el Reino de Dios en el hoy de la historia”.

Ante los recelos y las prudencias que suscita siempre en la Iglesia lo nuevo, es el Papa el que insiste en que “tanto los pastores como los fieles laicos deben saber acoger este don con gratitud”. En la Encíclica *Redemptoris Missio* (nº 72) escribía a este propósito: “Cuando se integran con humildad en la vida de las Iglesias locales y son acogidos cordialmente por obispos y sacerdotes en las estructuras diocesanas y parroquiales, los movimientos representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha. Por tanto, recomiendo difundirlos y valerse de ellos para dar nuevo vigor, sobre todo entre los jóvenes, a la vida cristiana”.

Además de agradecerles su servicio a la Iglesia, de animarles y de confirmarles en la fe y en la unidad, al dirigirse a los movimientos eclesiales es constante su llamada “a un compromiso especial con espíritu de comunión y de colaboración”. El Padre Joaquín Allende, del Movimiento Schönstatt, contaba en una entrevista como encontrándose en la Jornada de la Juventud de Santiago de Compostela en 1989 con varios de los líderes de los movimientos, llamados por él como “catequistas” en las Jornadas, les hacía una singular confesión: “confío en que ustedes se quieran y se ayuden, que los hombres de Espíritu de este tiempo no rivalicen entre sí como los grandes fundadores de otros tiempos”.

Otro de los puntos a tener en cuenta del magisterio de Juan Pablo II es el que se refiere a la pertenencia a estos movimientos, no ya únicamente de los fieles laicos, sino también de sacerdotes diocesanos, de religiosos y religiosas, y de los candidatos tanto al presbiterio diocesano como a la vida religiosa: seminaristas, postulantes, novicios, etc. No sólo su aprobación, sino incluso su fomento, quedan patentes en las dos exhortaciones apostólicas postsinodales, la *Pastores Dabo Vobis*, de 1992, sobre la formación de los candidatos al sacerdocio, y la *Vita Consecrata*, de 1996, sobre la vida religiosa. En junio de 2001, con ocasión de un Congreso Internacional en Roma sobre ministerio sacerdotal y nuevos movimientos, Juan Pablo II dijo que “atraídos por el ímpetu carismático, pedagógico, comunitario y misionero que acompaña a las nuevas realidades eclesiales, esta experiencia puede resultar muy útil, porque es capaz de enriquecer la vida sacerdotal de cada uno y animar el presbiterio de preciosos dones espirituales”.

Pero desde el punto de vista eclesiológico, la gran novedad de este magisterio, inspirado en la teología de la permanencia de los perfiles (fundamentalmente: perfil petrino y perfil mariano) de la Iglesia de Von Balthasar, consiste en “la coesencialidad de los movimientos en la vida de la Iglesia junto a la jerarquía”, expresión que aparece en boca del Papa por vez primera en 1991, y que luego será central en los dos discursos papales de Pentecostés de 1998. Los movimientos, como expresión singular de la vitalidad carismática de este tiempo, expresarían de algún modo la presencia y la asistencia de María, madre que reúne y genera continuamente la novedad de la vida en Cristo, junto a la presencia y asistencia de Pedro, expresada en el Papa y en los sucesores de los apóstoles, garantes de la unidad en la fidelidad al verdadero don del Espíritu, y de la continuidad de sus dones sacramentales.

2. LA DIMENSIÓN MISIONERA EN LA IDENTIDAD DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS

2.1. Nuevos movimientos y nueva evangelización

El ímpetu de penetración evangelizadora en los diversos ámbitos de la sociedad propio de los nuevos movimientos muestra claramente la sintonía entre estos, desde su surgimiento, con las sensibilidades de la auto-misión de mediados del siglo XX (Francia, España, Italia, “países de misión”) y de la nueva evangelización de Juan Pablo II a la que en *Redemptoris missio* consagró los “nuevos areópagos de la misión”. Pero este vanguardismo evangelizador de las sociedades post-cristianas vivido por los nuevos movimientos no ha sufrido en ellos las dialécticas entre misión interior y exterior, por su “incipiente universalidad”, y porque su predilección por estos nuevos areópagos no se da sólo en las sociedades con raigambre cristiana secularizadas, sino en todos los países y culturas, cuales sea su etapa en el proceso misionero. Tampoco se trata de una opción programática, sino de una vocación carismática, de una llamada que surge del carisma de los movimientos y que se expresa en la espiritualidad concreta que se da y se recibe en ellos. Ciertamente sólo desde la espiritualidad, y desde una espiritualidad marcada por esta impronta, se sostiene la vocación misionera hacia los nuevos areópagos de la misión *ad gentes*, de tal modo que, como dice Monseñor Juan Esquerda Bifet, “vislumbrar la importancia misionera de la unidad cósmica y del influjo universalista de estos sectores supone una actitud interna de corazón unificado en sintonía con toda la humanidad y todo el cosmos (cf. EN 19)”⁹.

Los movimientos se sienten enviados tanto hacia los alejados como hacia los lejanos, e incluso hacia los cercanos, en tanto en cuanto han hecho suya la urgencia de una nueva evangelización sin límites tanto internos como externos. Les vienen como anillo al dedo las notas de “nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones”¹⁰ con las que Juan Pablo II describió desde el principio la Nueva Evangelización. Ni mejores, ni peores, ni mayores ni menores, pero desde luego nuevos y distintos si son su ardor evangélico, sus modos de presencia, su comunicación cristiana¹¹. Es un hecho que si en algún sitio están presentes los movimientos es allí donde precisamente urge la evangelización, que más allá de la dimensión geográfica, constituye la dimensión antropológica de la Nueva Evangelización, que hoy llama a los cristianos a “estar presentes en el mundo”, pues, “como el profeta Isaías,

⁹ JUAN ESQUERDA, “La espiritualidad misionera”, en OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS DE ESPAÑA, *La misionología hoy* (Estella: Verbo Divino, 1987), pp. 587-588.

¹⁰ JUAN PABLO II, “Essere al servizio del Popolo di Dio nell’attuale momento storico del continente Latino-americano”, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II* (Città del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1983), Tomo IV,1; p. 698. (del Discurso dirigido a la Asamblea de la Conferencia Episcopal Latino Americana del miércoles 8 de marzo de 1983).

los cristianos están puestos como centinelas encima de la muralla (cf. *Is* 21, 11-12), para discernir los desafíos humanos de las situaciones presentes, para percibir en la sociedad los gérmenes de esperanza y para mostrar al mundo la luz de la Pascua, que ilumina con un nuevo día todas las realidades humanas”¹².

¹¹ Del 26 al 28 de julio de 2001 tuvo lugar en Castelgandolfo un congreso sacerdotal sobre “Los movimientos eclesiales para la nueva evangelización”, organizado por el Movimiento de los Focolares, con la colaboración de otros cinco nuevos movimientos y comunidades eclesiales: Comunión y Liberación, Shöenstatt, Camino Neocatecumenal, Renovación Carismática, y Comunidad de San Egidio. Apelando a la primera comunión eclesial, que es la comunión con el Papa y su magisterio, Chiara Lubich desarrolló la doctrina de Juan Pablo II sobre la nueva evangelización para trazar después aquellos rasgos de la espiritualidad y la vitalidad de del Movimiento de los Focolares, por ella fundado, que responden a la propuesta del Papa de nuevo ardor, nuevos métodos, y nuevas expresiones en la misión evangelizadora de la Iglesia para el tercer milenio. “Dios me ama, Dios te ama, Dios nos ama inmensamente” es la expresión nueva de una ardorosa convicción, que testimoniada antes que anunciada por la vida en la familia, en la escuela, en la fabrica, en la calle, o en el parlamento, se descubre, antes de ser pensada como tal, como un verdadero nuevo método de evangelizar, que ha atraído de la increencia o de una creencia tibia a millones de personas de todas las naciones y culturas. El padre Michael Marmann recordó entre otras cosas que, cuando el Padre Kentenich fundó el más antiguo de los nuevos movimientos eclesiales, el movimiento de Shöenstatt, mostró un nuevo modo de vivir el ardor misionero típicamente mariano, expresado no en una devoción, sino en la experiencia de un lugar, el Santuario, reconocido como lugar de gracia, de educación, y de fecundidad apostólica, corazón del que parte todo impulso misionero, cuyo método también se basa en la primacía del ser respecto del hacer. El anuncio del Kerigma propio del Camino Neocatecumenal, por su parte, es, en cuanto a método de evangelización, fruto de un ardor que el Camino procura, como una “gestación a la fe”, que, según explicaba Stefano Gennarini, se expresa en dos signos claros de contradicción de los cristianos en una sociedad secularizada: la unidad y un amor a la medida de la cruz. Para Salvatore Martínez, de la Renovación Carismática, el nuevo ardor lo acredita sólo un evangelizador con rasgos de profeta, que anuncia la palabra que “le arde en la boca” tras ser por él asimilada y degustada; nuevos métodos son los de una evangelización que no parte de unos pocos individuos solitarios, sino de grupos de oración, pequeñas comunidades, y núcleos familiares, en los que los más pobres se convierten en promotores de evangelización; las nuevas expresiones son las que surgen de un corazón vivificado por el Espíritu, que no sabe contener la alegría y el estupor por la presencia de Cristo en medio de sus discípulos. El obispo Vincenzo Paglia, asistente general de la Comunidad de San Egidio, explicó que el gran problema de la transmisión de la fe en la cultura de hoy no se resuelve a través de los programas pastorales, aunque estos sean necesarios, sino a través de la autenticidad evangélica, la victoria sobre la ideologización, y la incorporación de los más pobres a la comunidad cristiana, evangelizada y evangelizadora. Para Jesús Carrascosa y el Padre Gastiglione, de Comunión y Liberación, la nueva evangelización pasa por cambiar la primacía de la ética por la primacía de la ontología, por mostrar que el acontecimiento cristiano responde al auténtico deseo del hombre de verdad, de bondad y de belleza, por demostrar la utilidad y la creatividad de la fe en los diversos ámbitos de la vida cotidiana, porque la fe tiende a renovar la vida entera y ser la forma misma de la persona.

¹² JUAN PABLO II, “Los cristianos deben dar testimonio de Cristo en los numerosos areópagos de nuestro tiempo”, Edición semanal en castellano de *L' Osservatore Romano* (Roma 2001), nº 5b, p. 248 (Extracto de la homilía pronunciada durante la misa celebrada en el palacio de deportes de Atenas, sábado 5 de mayo de 2001).

Para entender la dimensión misionera de los nuevos movimientos eclesiales hay que situarse indiscutiblemente bajo este paradigma de la Nueva Evangelización, que por reiterativo puede resultar tópico, pero que no es tan ambiguo e impreciso como se dice, sino que comporta un paso más en el proceso eclesial de redescubrimiento de su misión, siempre dinámico porque ha de responder a los signos de cada tiempo, pero también siempre dinámico porque el protagonismo del mismo lo trasciende, ya que la iniciativa no está en los programas humanos, sino en el Espíritu Santo¹³.

Precisamente la Nueva Evangelización significa, entre otras cosas, nueva precisión en la autoconciencia eclesial de la misión, precisión de nuevos retos, los de la globalización y la secularización actuales, y precisión de nuevas urgencias, las de una mayor fidelidad a la fe recibida, mayor hondura en el testimonio de santidad de los transmisores, y mayor intrepidez y creatividad en la forma de transmitirla. Aún significa una cosa más, para la que la aportación de los nuevos movimientos es también evidente: la mayor exigencia de la universalidad de la misión de la Iglesia de hoy no está sólo en la presencia global (de lugares y de ámbitos) y en la presencia intrépida (de desafíos y métodos) sino también en que ésta sea una presencia de comunión, en la que la pluralidad está en los lugares, los ámbitos, los desafíos, los métodos y los estilos de la evangelización, pero donde su unidad está en la fe de la Iglesia y en su inquebrantable comunión. Tal vez el mayor enemigo hoy de la universalidad de la misión de la Iglesia no esté en las distancias ni geográficas ni culturales, ni en la sana pluralidad de carismas y estilos, sino en la división, en la desafección y en los signos de ruptura intraeclesiales. Y en esto, a mi corto ver y entender, los movimientos se presentan también como humilde respuesta providencial, no por sus méritos sino por la radical espiritualidad de comunión que en ellos se respira, y que es constitutiva de sus carismas, de lo que el Espíritu a través de ellos regala a la Iglesia de hoy, y de lo que tal vez también la dice a través de estos “nuevos profetas”: que sin comunión, vana es la misión.

2.2. Características de la misionología de los nuevos movimientos eclesiales

Los nuevos movimientos hacen suyo este desafío de la Nueva Evangelización no sólo por su filial obediencia al Santo Padre sino también porque encuentran en esta propuesta un haz inmenso de sintonía con sus propias inquietudes, intuiciones, e inspiraciones. En el tren de la nueva evangelización, y por tanto de la reno-

¹³ “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz”: JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte* (Madrid: EDICE, 2001), nº 29c; p. 30. (Carta Apostólica de Juan Pablo II al concluir el gran jubileo del año 2000, del 6 de enero de 2001).

vada misionología de *Redemptoris Missio* y de *Novo Millenio Ineunte*, los movimientos acentúan algunas características concretas:

- **Pneumatológica:** Si tuviéramos que indicar dos disciplinas relevantes en la aportación misionológica de los nuevos movimientos estas serían, estrechamente unidas, cristología y pneumatología. Una vez más el factor decisivo es el de la conciencia de ser nuevas realidades eclesiales cuya única razón de ser es la de acoger, en la fragilidad de sus miembros, nuevos carismas para la Iglesia y para el mundo, que faciliten el encuentro con Cristo del hombre de hoy.
- **Carismática:** El propio carisma, concebido como expresión del don del Espíritu para la Iglesia y el mundo de hoy en armonía con los demás nuevos carismas, con los carismas históricos, y sobre todo con el soplo del Espíritu en el hoy de la vida de la Iglesia percibido en los nuevos signos de los tiempos, es el motor de toda la acción misionera de cada movimiento.
- **Vigorosa:** Se experimenta una suerte de vigorosa simplicidad en el proceso “recibir” y “dar” de los dones del Espíritu, que siendo propio de la identidad y de la temporalidad permanentes de la vida de la Iglesia, con cada carisma emergente en su historia se vive de un modo renovado, al tiempo enriquecido –a veces inconscientemente– por la herencia histórica de ese proceso, como liberado de sus elementos de lastre y anquilosamiento. Ese vigor rompe muchas barreras, supera limitaciones, y desbloquea muchas situaciones problemáticas, porque como dice el poeta argentino Leopoldo Marechal, “del laberinto se sale por arriba”.
- **Comunicativa:** La misión se entiende, desde esta genuina sencillez y vitalidad, como una honesta necesidad de no guardar los dones recibidos por el Espíritu, de comunicarlos por doquier. En el comunicar el carisma de un modo inteligible, como espiritualidad, como forma concreta de entender y de vivir la fe cristiana, con sus acentos y expresiones fácilmente perceptibles, lo que se comunica a la postre es la fe cristiana y a lo que se invita es a la comunión eclesial.
- **Vanguardista:** Los movimientos son eminentemente misioneros, entendido el apelativo misionero como “aspecto” o “acento” eclesial, pero también en cuanto “etapa” de la acción eclesial, pues sin desdeñar la colaboración de los movimientos con la acción pastoral de la Iglesia, donde su aportación es más significativa es en la vanguardia de la acción eclesial, es decir, en las etapas previas de pre-misión y de misión: “Los movimientos pueden ofrecer una valiosa contribución al dinamismo vital de la única Iglesia, fundada en Pedro, en las distintas situaciones locales, de manera particular en

aquellas regiones donde la *implantatio ecclesiae* está todavía en los comienzos o sufre no pocas dificultades”¹⁴. Tal vez porque los nuevos movimientos coinciden en su prontitud a la hora de anunciar, con la palabra y el testimonio, con emoción y con entusiasmo, “el amor infinito de Dios a todos los hombres”¹⁵.

- **Integral:** En el complejo contexto teológico y pastoral en el que nacen y se desarrollan los nuevos movimientos eclesiales, su concepto de misión está unido, desde diversos acentos, al de una propuesta integral de salvación. Las experiencias de “nacer de nuevo” de los neocatecumenales, el “encuentro con la verdadera libertad, por el Acontecimiento con mayúscula”, en Comunión y Liberación, la “nueva vida en el Espíritu” en la Renovación Carismática, la “educación orgánica en el acogimiento” de Schönstatt, o el “descubrimiento del ideal evangélico del amor trinitario” en los Focolares, por citar solamente algunos, son experiencias de salvación que abarcan al ser humano integralmente, en el ahora y en el para siempre, en la libertad y en el compromiso, en la pasión por Dios y en la pasión por el mundo. La hondura de la experiencia vivida y comunicada, pero también una fortísima insistencia común en penetrar en el drama real del hombre de hoy, es en ellos un antídoto fuerte, aunque lógicamente no siempre invencible, ante todo tipo de reduccionismos (espiritualismo, temporalismo, fideísmo, integrismo o inmanentismo) en su propuesta misional.
- **Eclesial:** La misión “desde” el carisma no es sólo “del” carisma, no por un voluntarismo correctivo de no caer en un supuesto neo-particularismo misionero, propio de concepciones ideológicas reduccionistas de la evangelización, sino porque el carisma, cuando es verdadero, no expresa una fracción o particularidad de la fe y de la comunión eclesial, sino que es una puerta, diferente a las demás, que da paso al encuentro con la única fe y con la única comunión de la Iglesia. Precisamente una de las claves evangelizadoras de los nuevos movimientos consiste en poder ofrecer una experiencia genuina, comunitaria y atractiva de Iglesia capaz de hacer superar a los hombres de hoy el prejuicio motivado por el rechazo cultural a la Igle-

¹⁴ JUAN PABLO II, *Mensaje autógrafa de Juan Pablo II a los participantes en el congreso mundial de los movimientos eclesiales* (Roma, 27 de mayo de 1998).

¹⁵ “La nueva evangelización, ¿debe comenzar con el gran anuncio: Dios ama a los hombres? Este necesario y primordial anuncio, querido por el Papa, me ha impresionado mucho porque el Espíritu Santo nos ha iluminado, desde los primeros días de nuestra vida, precisamente sobre esto, y sé que lo mismo ocurrió a otros Movimientos. Las primeras palabras, de hecho, que hemos aprendido a decir con emoción y entusiasmo a nosotras mismas y al prójimo han sido: *Dios me ama, Dios te ama, Dios nos ama inmensamente*”: CHIARA LUBICH, “La nueva evangelización”, artículo citado, p. 33.

sia, sin caer en la tentación de ofrecer un evangelio sin Iglesia, que a la postre deviene en ideología.

- **Actual:** Esta comunión real y concreta con la Iglesia pasa por ser una comunión *aggiornada* o actualizada, situándose los movimientos entre los diversos factores decisivos de la renovación eclesial del Concilio Vaticano II. De hecho, sus líderes, iniciadores o fundadores o están entre los innovadores profetas que prepararon a la Iglesia para la renovación conciliar (como el Padre Kentenich), o son creativos realizadores del Concilio (como Andrea Riccardi, Patti Mansfield, o Kiko Argüello), o son las dos cosas a la vez (como el Padre Lombardi, don Guissani, o Chiara Lubich). Esta sintonía está estrechamente relacionada con su característico vigor misionero, pues la recuperada conciencia de la dimensión misionera de la Iglesia es una de las principales claves de la renovación conciliar¹⁶. Para el historiador de la Iglesia Fidel González no es causal la irrupción de los movimientos en este contexto conciliar: “Aquí aparecen los nuevos movimientos eclesiales y las nuevas comunidades actuales, muchas de las cuales ya habían nacido antes del Concilio Vaticano II. El Concilio veía en la Iglesia signo y un instrumento eficaz del amor de Dios por el mundo y por el hombre (...) Toda la Iglesia, en todas sus componentes, era por ello misionera y responsable de la misión. Esta profesión corría el riesgo de permanecer en el mero plano de las teorías o de los buenos deseos. En estos momentos vemos intervenir con fuerza la rica imaginación del Espíritu Santo suscitando el gran mosaico de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales”¹⁷.
- **Mariana:** Si hay una expresión teológica convincente para explicar la ecle-siología, y por tanto también la misionología, de los nuevos movimientos, esta es la que dio el teólogo Hans Urs Von Baltasar, al incluir a los nuevos movimientos entre las manifestaciones más claras de nuestro tiempo del “perfil mariano” de la Iglesia¹⁸. Este, considerado por el Papa como coesencial con el perfil petrino, personaliza, liberándolo de una concepción dialéctica, la dimensión carismática de la Iglesia, entendida en continuidad con la presencia de María en Pentecostés: compartiendo, acompañando,

¹⁶ “Este fue un importante objetivo del Concilio; si desde entonces ha habido problemas internos en la Iglesia, quizá eso sea debido, en parte, a que la comunidad católica ha sido menos misionera de lo que el Señor Jesús y el Concilio querían”: JUAN PABLO II, “La Iglesia necesita una profunda complementariedad entre la vocación del sacerdote y la de los laicos”, Edición semanal en castellano de *L’Osservatore Romano* (Roma 2002), nº 5a, p. 245 (Extracto del discurso dirigido a los obispos de la Conferencia episcopal de las Antillas en visita *ad limina apostolorum* el martes 7 de mayo de 2002).

¹⁷ FIDEL GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia*. Obra citada, p. 183.

alentando, revitalizando, y abrazando la misión de los apóstoles. De hecho, los movimientos no están llamados tanto a la implantación sacramental y jurídica de la Iglesia entre los gentiles, como a llevarles, con el testimonio de la vida por delante, la Palabra de Dios. En estricta terminología de *Evangelii Nuntiandi*, no sería sólo característico de los movimientos la pre-evangelización, sino la misión, pero está en su dinámica más primaria, en la que en el mismo anuncio del Evangelio prima el aspecto de “generación de una presencia” (proposición atractiva de una vida evangélica) típicamente mariano.

3. IMPRONTA CARISMÁTICA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS EN SU ACCIÓN MISIONERA

Tres aspectos distintos constituyen, a mi modo de ver, la impronta carismática de los nuevos movimientos eclesiales en su acción misionera. Por un lado, como es en ellos el desarrollo de la misión *ad gentes*, es decir, como viven las dos claves reconocidas en la misionología de hoy que distinguen la peculiar acción misionera de una Iglesia que es toda ella misionera, a saber, la manifestación de la universalidad y su mediación a través del envío y del éxodo¹⁹. Cabe para ello distinguir una serie de características del desarrollo mismo de esta manifestación de la universalidad (primer aspecto), así como una serie de características sobre como se vive la vocación misionera en los nuevos movimientos, en cuanto agentes de la mediación de

¹⁸ El teólogo Von Balthasar “ha mostrado como el constante cuidado por salvaguardar la Palabra y la tradición corresponden al perfil jacobeo de la Iglesia; y como el primado de la unidad de la fe y de la vida de la Iglesia esta en su roca permanente que es el primado del perfil petrino; y como el primado de la caridad, de la santidad, de la maternidad que reúne a todos los hijos, de la fresca renovadora del soplo continuo del Espíritu en sus dones y carismas, se da en el permanente perfil mariano de la Iglesia (...) En el resumen de la tesis doctoral del profesor Breandán Leahy, del Seminario Diocesano de Dublín, sobre *El principio mariano de la Iglesia en Von Balthasar* (...). Él ve en los movimientos expresiones claras del perfil mariano de la Iglesia de nuestro tiempo por el haz de algunas de sus más importantes características: el origen carismático, el primado de la espiritualidad, la prevalencia laical, la participación de todo el Pueblo de Dios, el acento en la dimensión comunitaria, la irradiación evangelizadora de su testimonio, y la apertura dialógica y convivencial sin compromisos con los hermanos de otras confesiones cristianas, de otras confesiones religiosas, y de otras convicciones humanas; y recalca el teólogo suizo, por la relación no problemática de estos movimientos, nuevos carismas, con el Papa, expresión de la no problemática entre el perfil mariano y el perfil petrino de la Iglesia. Y llega a decir que es misión clarísima de estos movimientos hoy mantener unida a la Iglesia. Juan Pablo II, que es le principal propagador de este cuadro eclesial dibujado por Von Balthasar, lo ha referido en múltiples ocasiones y circunstancias, como en el famoso discurso a la curia vaticana, en el que proponía esta vivencia del perfil mariano, como alma de la vida que debe guiar las funciones de colaboración estrecha a la misión petrina a él conferida”: MANUEL MARÍA BRU, *Testigos del Espíritu...*, obra citada, pp. 322-323.

¹⁹ Cf.: ELOY BUENO DE LA FUENTE, *La Iglesia en la encrucijada de la misión* (Estella: Editorial Verbo Divino, 1999), pp. 161-163.

dicha universalidad (segundo aspecto). Por último, como ocurre con el resto de las comunidades cristianas, los movimientos comparten la misión de la Iglesia además de a través de sus propias iniciativas misioneras, con la colaboración con el resto de la misión eclesial, y de esta colaboración en los movimientos también cabe resaltar una serie de características propias (tercer aspecto). Propongo la siguiente aproximación sintética a estos tres aspectos:

3.1. Características del desarrollo de la acción misionera en los nuevos movimientos

- **Nacidos para la universalidad:** Para los nuevos movimientos eclesiales no existe otra manera de entender su misión, en la comunión con toda la Iglesia, que como una misión de los seis continentes, universal, sin diferencias ni distinciones que evoquen “paternalismos” eclesiales, culturales y sociales. No por ningún mérito especial, sino porque su corta historia se sitúa ya en nuevos parámetros eclesiales (coincidentes con los nuevos paradigmas de la misión²⁰), culturales (conciencia y valor de la interculturalidad) y sociales (globalización y urbanización). Desde su carácter incipientemente universal, la inculturación, el diálogo ecuménico e interreligioso, la proyección social, y una eclesiología de comunión vivida desde la unidad en la diversidad, son patrimonio común de los nuevos movimientos.
- **Inculturación:** No sólo es falsa la acusación a los nuevos movimientos eclesiales de déficit de inculturación y del peligro de que por ellos se repitan los errores de una misión colonizadora, sino que precisamente la inculturación es uno de los principales rasgos de su dinamismo misionero²¹. Lo que ocurre es que, por un lado, esta inculturación se realiza de modo desideologizado, y por tanto, según los criterios que el mismo magisterio de la Iglesia ofrece –tal y como son reiteradamente expuestas en las exhortaciones pontificias tras los diversos sínodos continentales– y no según algunas extravagantes y pseudo-sincretistas teorías de la inculturación. Por otro lado, porque esta inculturación nace sin gran parte del lastre de problematización de las “misiones” clásicas, dado que la configuración misma de los nuevos movimientos se desarrolla desde el principio en un contexto de in-

²⁰ “Si antes se hablaba de misiones (pensando en las misiones extranjeras), ahora se va a hablar de una misión única a escala mundial; si antes la responsabilidad misionera recaía en la jerarquía y en el clero, ahora se va a destacar la responsabilidad de todos los bautizados y sobre todo de cada una de las comunidades eclesiales; si antes se concebía a motivación de la actividad misionera desde la salvación que había que otorgar a los no cristianos, ahora la salvación se ha de referir de un modo decisivo a esta vida y este mundo; si antes la misión era contemplada desde el mandato de Jesucristo, ahora se va a destacar la acción del Espíritu, lo que provocará una mayor flexibilidad, libertad y apertura, superando los marcos piramidales e institucionales”: Ibid, p. 55.

ternacionalización, interculturalidad, e interreligiosidad. No son comunidades eclesiales que tras su maduración se vuelcan a la misión *ad gentes*, sino que nacen y se desarrollan naturalmente en un clima de diálogo intercultural porque nacen y se desarrollan en un contexto de globalización. Es decir, sólo tienen que inculcar un carisma, no un lastre cultural propio y previo, del que para bien o para mal adolecen (alguna ventaja tenía que tener su adolescencia eclesial).

- **Preferentemente urbana:** Sólo cabe hablar de un tipo de predilección sociológica de presencia de los movimientos, en virtud de este contexto de globalización, de su preeminencia laical, y de su acento en la evangelización del hombre moderno y de su cultura, en los grandes centros urbanos de todos los continentes, aglutinantes de por sí de los nuevos areópagos de la misión. Estos, en la mirada de los nuevos movimientos, no se descubren desde una superación del criterio antropológico sobre el geográfico de la misión *ad gentes*, sino que parten ya de una concepción globalizadora de la “gentilidad” que engloba viejas y nuevas culturas paganas o neopaganas que comparten un mismo espacio social. Los movimientos se presentan así como idóneos evangelizadores de las ciudades modernas y cosmopolitas.
- **Pluridireccional:** Esta misma “incipiente universalidad” explica a su vez como en los nuevos movimientos se da una connatural autoconciencia de misión pluridireccional, que no ha tenido que recorrer el arduo camino eclesial de superación del dualismo comunidades misioneras y comunidades misionadas. Claro está que en esta pluridireccionalidad existe un núcleo de radicación que, como ocurre en la historia de todo los grandes movimientos de renovación eclesial, como son gran parte de las congregaciones religiosas, emulan la experiencia misionera apostólica,

²¹ “El cristianismo no conforma una cultura beligerante e impenetrable en las culturas, sino muy al contrario, se trata de una fuerza interna que subyace en el fondo más auténtico de toda cultura, y que a través de los puentes que se establecen entre la revelación del Verbo y los diversas *semillas del Verbo* esparcidas en todas las culturas, es capaz de inculcarse en todas ellas, es decir, de abrigar sus más variadas conquistas, formas, expresiones y desarrollos, aquilatados y filtrados por el sentido cristiano, para hacer de toda cultura una cultura cristianizada. Las aquí llamadas *culturas determinadas* por los carismas eclesiales no son sino expresiones concretas de cultura cristianizada, determinadas por la luz carismática que penetrando en la cultura de nuestro tiempo es capaz de impregnarla de lo cristiano (...) a través de una genuina provocación testimonial, atractiva y coherente, de una propuesta de la identidad cristiana con notas de totalidad (del misterio cristiano como tal, no de un ethos, de una opción, de una devoción particular, etc...), y de una pasión por los problemas concretos del hombre y de la sociedad poco común (...) Con una metodología que no esta condicionada ni por complejos de dominio cultural, ni por compromisos de acomodamiento, ni por dificultad en acoger, respetar y buscar lo verdadero en todo foco de iniciativa y de proposición cultural”: MANUEL MARÍA BRU, “Los nuevos carismas eclesiales, generadores de cultura”. En FUNDACIÓN UNIVERSITARIA SAN PABLO-CEU. *Católicos y vida pública. Actas del II Congreso. Educar para una nueva sociedad* (2). Madrid: BAC. 2001, p. 486.

pues sus nuevas comunidades surgen del contacto directo con los fundadores o iniciadores o por miembros del movimiento de su más cercano entorno, a través, precisamente, de las dos mediaciones principales de la misión, el envío y el éxodo.

3.2. Características de la realización de la vocación misionera en los nuevos movimientos

- **Vocación carismática:** Los miembros de los nuevos movimientos tienen conciencia de tener una misma vocación, la de ser llamados a vivir una determinada espiritualidad, fundada en el carisma propio de cada movimiento. Vocación que se sitúa en el proceso de especificación vocacional entre la vocación cristiana de todo bautizado (generalmente redescubierta por ella), y la vocación eclesial propia de cada estado de vida (también generalmente redescubierta, discernida y clarificada por ella). Por tanto, la vocación al carisma no se especifica tras estas vocaciones (clerical o laical, consagrada o matrimonial, etc...), como ocurre en los movimientos laicales clásicos, sino que la precede, tratándose de carismas plurivocacionales.
- **Vocación misionera bautismal de sus miembros:** Esto hace que la experiencia de la vocación misionera, profundamente vivida en el plano de la vocación del carisma, revitalice la vocación común cristiana, recibida en el bautismo, de todos los miembros del movimiento desde una perspectiva netamente misionera, marcada por las claves de universalidad y de nueva evangelización. Explica Fidel González que “los cristianos que participaban en la vida eclesial a través de estos movimientos tenían conciencia de que su bautismo les capacitaba para la misión, no por delegación, sino por la misma naturaleza ontológica de su bautismo. Tal vocación cristiana se realizaba y concretizaba en dos dimensiones inseparables: la de construir la comunidad eclesial y la de vivir la presencia de Cristo y su acontecimiento en la realidad cotidiana de la vida”²².
- **Vocación misionera implícita:** En los nuevos movimientos no se habla mucho de la misión y sólo en algunos de ellos hay unos específicos grupos de sensibilidad misionera o de misioneros, y esto, seguramente, porque tal vez se adolezca aún de una concepción no *aggiornada* del concepto de misión, y por tanto muy ligada al concepto de “misión extranjera”, que resulta extraña para la natural y originaria experiencia de universalización de los movimientos, que sin embargo encajaría perfectamente en la nueva con-

²² FIDEL GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia*, obra citada, p. 183.

cepción de la misión entendida desde el “envío” y desde el “éxodo”, como ahora veremos.

- **Vocación misionera explícita desde la disponibilidad:** Es característico en los nuevos movimientos que muchos de ellos, especialmente los laicos (célibes o casados), fuertemente comprometidos en ellos, son enviados a lugares de presencia –tanto incipiente como consolidada– del movimiento “lejanos” geográficamente y/o “alejados” culturalmente de sus propios ambientes.
- **Vocación misionera explícita desde la movilidad:** Muchos de estos miembros llamados “disponibles” o no llamados de ningún modo particular, son profesionales acostumbrados a la movilidad laboral, que ahora la propician no sin heroico abandono a la Providencia, no en virtud de los intereses de las empresas, sino en virtud de las necesidades de los movimientos. Por tanto, a la característica universalidad de los movimientos, hay que añadir para entender este nuevo fenómeno misionero la participación de sus miembros de las nuevas formas de vida de la globalización.
- **Vocación misionera animada espiritualmente:** Otros miembros de los movimientos, sobre todo sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas, pero también laicos vinculados a institutos misioneros, viven una específica vocación misionera determinada por su vocación eclesial, y no por su pertenencia al movimiento, lo cual no quiere decir que ésta sea ajena a la vocación misionera, que es espiritualmente enriquecida por el nuevo carisma abrazado.

3.3. Características de la colaboración misionera en los nuevos movimientos

- **Colaboración misionera como comunión.** Si tomamos como referencia los clásicos tres tipos de ayuda a la acción misionera de la Iglesia, cauces de sensibilización y de colaboración misionera de todo el Pueblo de Dios (la comunión espiritual a través de la oración, el fomento tanto de la dimensión misionera de la vocación cristiana como de la vocación misionera específica, y la colaboración concreta con la actividad misionera a través de la puesta en común de todo tipo de recursos culturales, pastorales y materiales), podemos decir que los nuevos movimientos viven esta comunión con la acción misionera en cinco niveles distintos:
- **Experiencia de comunión en cada movimiento:** por un lado a través de la comunión completa establecida por la estructura, pero sobre todo por la vida misma del movimiento en su interior, dado que entre sus comunidades, repartidas por todo el mundo, existe una completa comunión de bienes tanto materiales como espirituales: todos sostienen a todos en una continua comunicación e intercambio de recursos, de experiencias, de

plegarias y de realizaciones. Cada movimiento, en este sentido, expresa en miniatura, pero de un modo cualitativamente intenso, la experiencia de la comunión misionera de la Iglesia universal.

- **Experiencia de comunión entre los movimientos:** En un segundo nivel, esta comunión, acrecentada especialmente desde “Pentecostés de 1998”, es prácticamente extensible a la comunicación de bienes entre diversos movimientos, en grados diversos, pero de un modo aceleradamente creciente en los últimos años: desde el intercambio continuo de experiencias y temas formativos, a la puesta en común de casas y otros bienes materiales, o a la participación conjunta en diversos proyectos internacionales.
- **Experiencia de comunión entre los movimientos y la Iglesia universal:** expresada principalmente en su estrecha relación tanto con el Santo Padre como con las distintas congregaciones, dicasterios y consejos pontificios de la Santa Sede. No se trata de una relación meramente formal y canónica, sino vital. Cada iniciativa del Santo Padre, cada documento de la Santa Sede, es vivido en los nuevos movimientos como una llamada concreta y urgente a volcarse en su realización, en su asimilación y en su difusión. Colaboran de este modo a que la red de comunión de bienes materiales y espirituales y la realización al unísono de la misión universal de la Iglesia, constituida principalmente por las Iglesias particulares, cuente con una mayor transversalidad gracias a la universalidad de los nuevos movimientos eclesiales, junto con la aportada por las principales congregaciones religiosas. De hecho, podríamos dibujar el mapa de la proyección universal misionera de la Iglesia a través del símil de la red con dos series de cuerdas paralelas (la de las diócesis y la de las congregaciones y movimientos), ambas series perpendiculares y entrelazadas entre sí, ambas configurando el simbólico enredamiento capaz de sostener la misión.
- **Experiencia de comunión entre los movimientos y cada iglesia particular:** En un tercer nivel, esta comunión es vivida desde el nacimiento de cada movimiento con la Iglesia local. Se saben llamados, superados los desajustes propios de cualquier novedad²³, a mantener la unidad con el obispo diocesano, estar arraigados con su propio carisma en la realidad social y pastoral de la diócesis, cultivar la estima hacia las demás realidades eclesiales, poner de manifiesto el espíritu de servicio sin dejarse llevar por el protagonismo, vivir el espíritu de colaboración sin hacer un gueto de los propios grupos, estar atentos a seguir las directivas para la formación, ser transparentes en la forma de actuar y de informar²⁴. Desde una arraigada “espiritualidad de comunión” compartida entre los movimientos, y en el proceso de apertura propio de su creciente madurez, si las experiencias, los anhelos, los proyectos, y las tareas cotidianas de la Iglesia particular son cada vez más sentidos y compartidos por las comunidades de los movi-

mientos en las diócesis, cuanto más lo son aquellas experiencias, anhelos y proyectos diocesanos de carácter universal, como son los concernientes a su proyección misionera.

- **Experiencia de diálogo ecuménico e interreligioso:** Desde una misionología actualizada nadie pone en duda que el diálogo ecuménico e interreligioso es clave en la misión universal de la Iglesia de hoy, pues en las fronteras de la misión, tanto en las geográficas como en las antropológicas y culturales, estos diálogos no sólo preparan y ayudan a la misión, sino que ellos mismos son misión, pues la evangelización es encuentro y es diálogo, antes de ser “respetuoso anuncio”. Y en el caso del ecumenismo, existe de hecho ya una larga experiencia de colaboración misionera en tantos campos comunes de actividad evangelizadora como el uso compartido de los medios de comunicación o de las iniciativas sociales. Pues bien, los movimientos se presentan a la Iglesia y a las sociedades de hoy también con este marchamo, y se encuentran ciertamente en la vanguardia de estos dos diálogos, no tanto o no sólo en el terreno teológico e intelectual, sino en el más importante para la misión concreta de la Iglesia que es el vital²⁵. De hecho, algunos movimientos son las únicas realidades eclesiales en las que formalmente pertenecen a una institución católica miembros de otras confesiones cristianas y adhieren miembros de otras religiones²⁶, que atraídos por su espiritualidad y compartiendo valores comunes, pueden vivir juntos diversos caminos de comprensión, reconciliación, y unidad, según los casos.

²³ Nadie duda de que este aspecto ha sido siempre el telón de Aquiles de la inserción eclesial de los nuevos movimientos, que ha dibujado un cuadro de situaciones problemáticas, tal vez menor en la realidad de lo que de ello se ha difundido. Se trata de situaciones en gran medida ya superadas provenientes por un lado de la inmadurez de los movimientos, en sus etapas iniciales, en las que la tentación de la autocomplacencia ha ralentizado los procesos de su inserción en las iglesias locales. Pero también en parte porque algunas concepciones de la pastoral diocesana han puesto como condición para la permisión del desarrollo de los movimientos en su seno el que renuncien a sus carismas, lenguajes y estilos en pro de un sometimiento a unos planes pastorales herméticos y sin espacio a la creatividad y la innovación. Frecuentemente, como denunciaba el Cardenal Ratzinger en su conferencia en el Congreso de los movimientos de 1998, una concepción de la Iglesia local como porción y no como expresión de la Iglesia universal ha llevado a obviar que lo aceptado y acompañado universalmente por la Iglesia pertenece ya, incluso cuando todavía no está físicamente presente, a toda la Iglesia allí donde esté. Conviene estar atentos, dice el Cardenal Ratzinger, del peligro de caer en un tipo de uniformidad absoluta en la organización y programación pastoral de las diócesis que ponga puertas a la acción del Espíritu. Ya antaño, en las historias de la Iglesia, recuerda el Prefecto de la Congregación para la Fe, se ha repetido esta tentación, como cuando los clérigos diocesanos no veían con buenos ojos el desarrollo de las ordenes mendicantes, queriendo reducir la vida religiosa a la monacal que no interfiriese ni incomodase la autonomía y el control clerical de las iglesias locales. Cf.: JOSEPH RATZINGER, “I movimenti eclesiali e la loro collocazione teologia”, en PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *I movimenti nella Chiesa* (Città del Vaticano 1999), pp. 23-52.

²⁴ Cf. JESÚS CASTELLANO, *obra citada*, pp. 147-148.

4. ALGUNAS EXPERIENCIAS CONCRETAS DE LA ACCIÓN MISIONERA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS

Parecería demasiado teórica esta exposición sin algunas referencias concretas a la experiencia misionera de los movimientos. Sería interminable la lista de todas ellas, y casi también interminable la explicación de cada una de ellas. Me limito pues a exponer cuatro experiencias referidas a cuatro aspectos comunes de esta realidad que van desde lo más genérico a lo más específico: Primero, la experiencia de un movimiento como movimiento eclesial, y por tanto misionero, para mostrar su dimensión misionera sin necesidad de contar acciones misioneras específicas (Comunión y Liberación). Segundo, la experiencia también de la dimensión misionera de un movimiento como dimensión que abarca su totalidad, pero añadiendo además una experiencia concreta como expresión paradigmática de esta dimensión (Focolares). En tercer lugar, la experiencia de la dimensión misionera de un movimiento, con especial incidencia en un acento propio de su carisma, que a su vez es también un acento característico de la misión *ad gentes* (San Egidio). Y en cuarto lugar, la experiencia de una iniciativa concreta de colaboración misionera de un movimiento que a su vez expresa lo esencial de su carisma (Juventud y Familia misioneras de *Regnum Christi*).

²⁵ “Son conocidos los contactos y la participación de muchos no católicos y no cristianos en el movimiento de los focolares; las relaciones de CL con los cristianos ortodoxos de Rusia y de otros países del Este y del Oeste, que a menudo han alabado la vitalidad de estos movimientos eclesiales católicos y han participado con su testimonio en el Meeting de Rimini. Desde hace tiempo ha habido una gran difusión de experiencias neocatecumenales, de cursillos, de WME, entre no católicos en Estados Unidos, Inglaterra, Austria. Larche es un movimiento con base ecuménica. Es curioso el fenómeno de la Renovación en el Espíritu, nacido en su tiempo del contacto entre católicos y episcopalianos pentecostales de los Estados Unidos en 1967, y que practica un atrevido ecumenismo en algunas comunidades americanas. Muy particular es la influencia –esta vez en el sentido opuesto, de protestantes sobre católicos– de la comunidad ecuménica de Taizé. La comunidad de San Egidio tiene una fuerte huella ecuménica e interreligiosa, tanto por la relación con cristianos de otras denominaciones como por el diálogo con otros jefes religiosos, como finalmente por el encargo de promover las jornadas anuales de oración por la paz”: *Ibid.*, pp. 83-84.

²⁶ “El tema fue recogido parcialmente en una proposiciones del Sínodo de 1987 (P 15,C) y en la exhortación postsinodal *Christifideles Laici n.31*. Se afirma de hecho: El Pontificio Consejo para los laicos es el encargado de preparar un listado de Asociaciones que reciben la aprobación oficial de la Santa Sede y de definir, junto con el Pontificio Consejo para la unidad de los Cristianos, las condiciones según las cuales puede aprobarse una asociación ecuménica en la que la mayoría sea católica y haya una minoría no católica, estableciendo también en que casos no puede darse un juicio positivo. Esta recomendación está aún a la espera de una actuación práctica. Tampoco el nuevo Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre Ecumenismo (25 de marzo de 1993) ha resuelto este problema. De toas formas, la vía para la colaboración y la pertenencia de no católicos a movimientos católicos no está cerrada. En la aprobación de los estatutos de la Obra de María, el Pontificio Consejo para los Laicos augura una *fructuosa colaboración con los hermanos de otras confesiones y de otras religiones y con todos los hombres de buena voluntad, en el espíritu del Movimiento*. Los estatutos aprobados dejan abierta la participación de no católicos en el movimiento, igual que los focolares con votos privados”: *Ibid.*, pp. 84-85.

4.1. **Comunión y Liberación en el servicio a la misión de la Iglesia por el testimonio del acontecimiento cristiano.**

La misión no es concebida para ningún movimiento eclesial como una realidad extraña y extraordinaria, porque ni siquiera el movimiento lo es para el que pertenece a él. Como explica José Miguel Oriol, “en la persona que encuentra y se adhiere a la persona de Cristo se produce un *movimiento* de conversión y testimonio que tiende a influir sobre el ambiente en que vive (familia, trabajo, escuela, barrio, sociedad, etc.)”²⁷. Esta es la experiencia de quien pertenece a un movimiento, la de una novedad y la de no poder hacer otra cosa que comunicarla a los demás. En Comunión y Liberación hay una conciencia clara (compartida por la mayoría de los nuevos movimientos) de que su carisma no se caracteriza por ningún aspecto particular o específico, sino por el modo, por el método, según el cual se descubre y se vive la experiencia cristiana, siendo los movimientos, en palabras de Juan Pablo II dirigidas precisamente a los miembros de Comunión y Liberación, un “signo de la libertad de formas en las que se realiza la única Iglesia”. Por tanto, no es un aspecto o un campo de la acción misionera lo que identifica la dimensión misionera de un movimiento, sino el modo con el que éste participa en la misión de la Iglesia.

En el caso de Comunión y Liberación este modo lo constituye la peculiar dinámica de reconocimiento de que la libre adhesión al anuncio cristiano corresponde a las exigencias propias del corazón humano. Esta fue la experiencia misional inicial, paradigmática y carismática, que vivió don Giussani en el liceo Berthet de Milán²⁸. Había dejado las clases en el Seminario por las clases en el instituto porque en un viaje en tren conversando con un grupo de estudiantes percibió la llamada a hacer que los jóvenes conociesen el cristianismo tal y como él lo había conocido. El primer día en el que el nuevo profesor sube las escaleras del Instituto recuerda que un profesor suyo al explicar el misterio de la Encarnación dijo “la justicia, la verdad, la belleza, se ha hecho carne”, y como a sus dieciséis años, suficientemente sediento de estas palabras, fue para él una iluminación imprevista, y el momento más decisivo de su vida. Esta habría de ser su única pasión: que aquellos jóvenes conociesen como había conocido él esa novedad inconmensurable, y que la memoria de Cristo los hiciese cristianos creativos y protagonistas, y no repetidores de fórmulas y discursos. Que aquellos jóvenes pudiesen gozar de la experiencia que él había vivido cuando con sus compañeros encontraban continuamente los nexos entre Cristo y todo aquello que veían o estudiaban, desde la poesía hasta las matemáticas.

En el Liceo Berthet, años 50, los estragos de la secularización eran evidentes. De los más de 1200 alumnos ni siquiera los que militaban en algún grupo cristiano

²⁷ JOSÉ MIGUEL ORIOL, “Movimientos eclesiales y misión: comunión y liberación”, *Misiones Extranjeras* (Madrid: 1999), p. 299.

²⁸ Cf. MANUEL MARÍA BRU, *Testigos del Espíritu...*, obra citada, pp. 66-71.

eran capaces de responder con un “sí” espontáneo y natural cuando don Gissani les preguntaba si eran cristianos. Allí, por tanto, el cristianismo era una asignatura, una moral, un rito, pero no un acontecimiento, aquello que a uno le ocurre cuando ha tenido un encuentro con alguien que conmueve su vida y no deja las cosas como antes. Pero allí surgió un grupo, *Gioventù Studentesca*, que luego sería Comunión y Liberación, y se extendería por todo el mundo, marcada por esa misma genuina experiencia: el cristianismo percibido como acontecimiento, como milagro, como presencia viva de Cristo, como continua verificación de que todo tiene sentido en y por la fe y sólo desde la fe.

La educación de las personas en la fe tiene lugar en comunidades que están presentes en los distintos “ambientes” (escuela, universidad, trabajo). En la vida de la comunidad, que se basa en la obediencia a la autoridad, la práctica de los sacramentos y la escucha de la Palabra, la persona profundiza en las dimensiones fundamentales del acontecimiento cristiano: la cultura, la caridad y la misión. El instrumento fundamental para la formación de los miembros del Movimiento es una catequesis semanal denominada “Escuela de Comunidad”: texto, meditación personal y encuentros comunitarios. El gesto de la Escuela de Comunidad, que tiene un carácter misionero, se desarrolla preferentemente en los ambientes de estudio y de trabajo o en el ámbito parroquial. A través del gesto de la Escuela de Comunidad se han acercado al cristianismo numerosas personas no creyentes o que habían abandonado desde hacía años la práctica religiosa. Muchos se han reencontrado con los sacramentos (Penitencia y Eucaristía) y otros muchos en edad escolar o adulta han pedido recibir el sacramento del Bautismo. Para la educación en la caridad se invita a cada miembro a participar periódicamente en gestos guiados en los cuales se comparte gratuitamente alguna necesidad, y que se denominan “Caritativa”.

Personas adultas del movimiento han dado vida –libremente y bajo su total responsabilidad personal– a diversas obras de carácter cultural, caritativo y empresarial, de acuerdo con las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia y en continuidad con la tradición del movimiento católico. Muchos de estos adultos han colaborado al nacimiento y crecimiento de la Compañía de las Obras, una asociación que reúne más de 9.000 obras de caridad y empresas que tratan de realizar los principios de la doctrina social de la Iglesia como tentativa de respuesta a ese “mar de necesidades” al que tantas veces se ha referido el cardenal Martini.

La descripción de la magnitud de la experiencia misionera vivida en Belo Horizonte en Brasil, a partir de 1962, serviría por sí sola para justificar la dimensión misionera de Comunión y Liberación, sobre todo si se tiene en cuenta que tal vez fue la primera “misión” en la historia de la Iglesia confiada a unos estudiantes de bachillerato, de los inicios del movimiento. Pero esto no es en absoluto lo importante. Lo que define la dimensión misionera de este movimiento es que aquella experiencia mostró por vez primera a sus miembros que la actividad misionera no difiere en lo sustancial de la acción evangelizadora vivida en otros países y basada en la pro-

puesta del mismo método: proponer la liberación que surge de un encuentro, y la comunión de una compañía donde ese encuentro se hace presencia. Esta presencia penetra, tiende a penetrar toda la realidad, es “ecuménica”, es decir, que descubre que el amor a la verdad, aunque sea un simple fragmento, esta presente en cualquiera”, más o menos cercano, alejado o lejano de la fe. Presencia y Ecumenismo así entendidos y vividos se convierten en la experiencia de este movimiento en método genuino de la “Nueva Evangelización”. Como este y sólo este es el secreto de la rápida extensión del movimiento, presente ya en más de 70 países, para Comunión y Liberación la misión se identifica con la catolicidad, y la acción misionera, con la mera presencia, no buscando su propia difusión, sino como servicio a la única misión de la Iglesia.

En Uganda, la implicación de algunos médicos, maestros, técnicos y sacerdotes del Movimiento a partir de 1969 desembocó en una auténtica “trama de vida cristiana” que alcanza a los más diversos ambientes sociales, las etnias más diferentes y opuestas entre sí, y las más distintas regiones de este país de África Oriental. Allí, por exigencias locales, se llama *Christ is Communion and Life*. Su vitalidad, con los ojos de la fe, no puede ser ajena al “grano de trigo que muere y fructifica” de un primer mártir, Francis, un joven catequista que en las cercanías de Kampala, el 22 de noviembre de 1982, amenazado ya repetidamente de muerte por soldados del gobierno de Obote si no suspendía las reuniones de oración y meditación que promovía como responsable local del Movimiento, fue finalmente asesinado a golpes de culata y bayoneta por no haberse plegado a esa orden expresa. El hecho es que, según don Giussani, si Comunión y Liberación crece en Uganda con tanta intensidad y largueza como en Italia, siendo tan evidentes sus diferencias geográficas, históricas, culturales, económicas y políticas, esto quiere decir que el Movimiento no es en absoluto una realidad típicamente italiana, ni tampoco típicamente europea, sino más bien una realidad típicamente de Iglesia, católica, y como tal, puede valer en cualquier contexto histórico y socio-cultural.

La dimensión misionera de Comunión y Liberación, por tanto, no constituye un ámbito de su acción, sino que, como ocurre con la Iglesia en su conjunto, abraza todo su ser. En el caso de un movimiento como éste porque identifica plenamente su propio carisma, que se caracteriza por “revelar, anunciar, proclamar que Dios se ha hecho hombre, que tiene un nombre preciso, Jesús de Nazaret, y hacérselo saber a todo el mundo mediante el testimonio en el lugar donde uno vive o adonde Dios le enviará mañana (...) Nuestro carisma es un método para decir el primer contenido de la misión, un método para decir que Jesús es el Verbo de Dios que ha asumido en Sí mismo a un hombre, que lo ha creado dentro del Misterio de la Trinidad: ¡un hombre!”²⁹.

²⁹ En “Si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita”, Suplemento a *Huellas – Litterae Communionis*, Revista internacional de Comunión y Liberación, nº 8, 1997, pp. 29-30, recogido por JOSÉ MIGUEL ORIOL, artículo citado.

4.2. El Movimiento de los Focolares y la Nueva Evangelización planetaria. La experiencia paradigmática de Fontem

Así nace la vocación “misionera” (dejar padre y madre para ir donde Dios llama) de Chiara Lubich, y con ella del Movimiento de los Focolares por ella fundado: Con 24 años Chiara deja a sus padres para quedarse en Trento junto a sus primeras compañeras. En la vida de Chiara ha quedado con el hermoso nombre de “noche de estrellas y lagrimas”, una noche llena de poesía, de dolor y de amor, de encanto, de heroísmo: “Trento había sufrido un violento bombardeo; también mi casa quedó destruida e inhabitable. Era necesario evacuarla, buscar un refugio (...). Yo sentía que tenía que permanecer en Trento. Pero, ¿cómo podía dejar sola a mi familia, a la que amaba muchísimo, en aquellas condiciones y sin un sitio donde ir...? Estuve pensando en esto toda la noche y lloré mucho bajo la bóveda del cielo estrellado. En un momento determinado recordé una frase de Virgilio, que había aprendido en el instituto: *Omnia vincit amor*, y la tomé como inspirada por lo Alto. Todo, todo, todo, ¿también eso tenía que vencer el amor? Y pronuncié mi sí. Después de dejar a los míos, que se encaminaron hacia la montaña, angustiada pero segura –era de madrugada–, me dirigí hacia el centro de la ciudad bombardeada. Calles vacías, árboles arrancados, todo destrozado. Fui a buscar a mis compañeras, para ver si todavía estaban vivas, y las encontré a todas, sanas y salvas. Por la calle me vino al encuentro una mujer. Parecía enloquecida. *Se me han muerto cuatro*, me repetía, agarrándome por los hombros. Frente a aquel dolor, mi dolor me pareció bastante pequeño, y decidí desde entonces pensar en los dolores de los demás”.

Y así continuó su peculiar experiencia misionera: En medio de los bombardeos y teniendo que acudir al refugio antiaéreo hasta once veces al día, Chiara y sus primeras seguidoras comienzan a la luz de una vela a leer el evangelio de un modo que les resultaba completamente nuevo: aquellas palabras adquirían una luz hasta entonces desconocida: eran para vivirlas, una a una, en ese único momento presente que la vida les regalaba, y que se descubría más acuciante que nunca entre los bombardeos, donde además no faltaban ocasiones para ponerlas en práctica. Es allí donde comienzan a hacer una experiencia genuina de lo que es vivir el mandamiento nuevo, dispuestas a dar la vida la una por la otra. Y es allí donde verdaderamente hacen de Dios el ideal de su vida, el único ideal que ninguna bomba puede destruir. Aquel fue el primer “focolar” (“fuego de hogar” en dialecto tridentino), entorno al cual, cada día, se unían más personas atraídas por esta vida.

Y así nació su peculiar misionología, la del “mundo unido”: Un día leen en el Evangelio la oración sacerdotal de Jesús, en la que pide al Padre: “que todos sean uno, para que el mundo crea” (Jn 17,21). Ésta llegó a convertirse en la página más señalada de aquel librito: “No era un texto fácil para nosotras. Sin embargo nos pareció encontrar una cierta comprensión, y no sólo eso, sino intuir que habíamos nacido sobre todo para aquella página; que era la *carta magna* del Movimiento que

estaba naciendo; advertíamos que estábamos llamadas a dar una aportación a la realización de la unidad, de la cual habla el testamento de Jesús”.

Y así nació su también peculiar y pronta extensión misionera: Al acabar la guerra, a aquel grupito de chicas de Trento, les seguían ya más de 500 personas, involucradas en su silenciosa revolución evangélica. Las vacaciones de Chiara y de sus primeras compañeras en las montañas Dolomitas fueron, año tras año, incrementando el grupo de amigos, provenientes pronto de toda Italia y de toda Europa, para compartir con ellas la experiencia de esas originales vacaciones, que acordaron en llamar “Mariapolis”, hasta que éstas tuvieron que multiplicarse por todas partes. En 10 años habían alcanzado ya los 10.000 participantes. La experiencia concreta de la Palabra, vivida con la misma radicalidad que cuando estaban bajo los bombardeos, atrae niños, jóvenes, hombres, y mujeres, de todos los puntos de la tierra. En la incipiente “Obra de Maria”, que en pocos años se hace presente en 180 países, se ve el alma mundo de una madre que abraza con su peculiar estilo mariano a todos, y que lleva la unidad entre los pueblos, las razas y las religiones, entre las generaciones, entre los pobres y los ricos, en los más diversos ámbitos sociales. Con un único objetivo: contribuir a la realización del Mundo Unido. Con un único “ideal”: responder a los grandes interrogantes de nuestro tiempo desde el testamento de Jesús en la oración sacerdotal: “Que todos sean uno” (Jn 17,20).

La comprensión carismática del misterio de la unidad, unidad trinitaria participada por los hombres, enraizada en el misterio de Jesús crucificado y abandonado, que ha hecho suya toda la “des-unidad” del mundo, provoca una espiritualidad basada en el arte de amar, de “hacerse uno” con todos, que llevaría al movimiento a iniciar y crecer continuamente en la vanguardia de los cuatro diálogos: el diálogo con los demás católicos, el diálogo ecuménico (al movimiento pertenecen cientos de miles de cristianos de otras confesiones), el diálogo interreligioso con budistas, musulmanes y judíos (Chiara Lubich es la primera cristiana de la historia que habla de Jesús en una mezquita o en un templo budista), y el diálogo con personas de convicciones diversas (así llamados porque si se les ama, no se les puede definir por lo que no son, sino por lo que son), con quienes, abiertos a su posible encuentro con la fe, lo que se les propone es la experiencia del amor al prójimo, personal y social, convencidos de que, en todo caso, como dice el Santo Padre, para ellos “el servicio a los pobres puede ser un camino providencial para encontrarse con Cristo, porque el Señor recompensa con creces cada don hecho al prójimo (cf. Mt 25,40)”³⁰.

Y esta es su peculiar estructura misionera: Los Focolares son el tronco de un árbol, que Pablo VI definió como “ya muy rico y fecundo”, con muchas ramificacio-

³⁰ JUAN PABLO II, “Hay mayor felicidad en dar que en recibir”, *Ecclesia* (Madrid 2003), p. 233. (Extracto del mensaje con ocasión de la Cuaresma del año 2003, hecho público el 7 de enero).

nes, y que hoy puede aglutinar todo un pueblo de unos siete millones de personas. Entre los laicos más activos, tanto los “focolarinos” (vida común), como los “voluntarios”, trabajan en su lugar en la sociedad, comprometiéndose a llevar esta presencia de Jesús a los distintos mundos de la familia, del trabajo, de la escuela, de la medicina, del arte, de la ciencia, de la política, de todas las expresiones humanas como la levadura en la masa, dando así origen a varios movimientos ramificados: los “Jóvenes por un mundo unido”, las “Familias Nuevas”; “Humanidad Nueva”, para la renovación social; el “Movimiento por la unidad” en el ámbito específicamente político, los “Movimiento parroquial”, y “Movimiento diocesano” en los ámbitos de la Iglesia particular. Miles de sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas de todo el mundo adhieren a esta espiritualidad, integrada en la del ministerio sacerdotal y en los más diversos carismas religiosos. Cerca de ochocientos obispos encuentran en esta espiritualidad de la unidad un gran apoyo para su ministerio episcopal. Todos los focolarinos y focolarinas, así como muchos voluntarios, están disponibles a ser enviados por la presidenta del movimiento a cualquier lugar del mundo. Los conjuntos internacionales *Gen Rosso* y *Gen Verde*, formados por jóvenes focolarinos y focolarinas, llenan teatros y estadios deportivos de jóvenes por todo el mundo con sus conciertos, y por su reconocimiento profesional editan sus discos con las principales casas discográficas de música *pop*, y en Exposiciones Universales representan por igual a la Ciudad del Vaticano como a la ONU o a la Unión Europea.

La experiencia de Fontem, que provocó el inicio de los focolares en África, en Camerum, resulta especialmente paradigmática para comprender tanto el estilo típico misionero de este movimiento como el modo de afrontar la inculturación, de la que es especialmente sensible, siendo el suyo un carisma que se realiza fundamentalmente en el diálogo. En los primeros años de la década de los 60, Fontem era una poblado selvático de la tribu bangwa, en trance de extinción por la enorme mortalidad infantil. El “fon” o rey de la tribu acudió a los líderes animistas para solicitar remedio a esta situación. Pasados tres años, envió una delegación al obispo católico de Buea, quien recurrió a los focolarinos. Los primeros focolarinos llegaron el año 1966, y en junio de ese mismo año Chiara Lubich fue a colocar la primera piedra de un hospital. Luego se instaló una maternidad, y más tarde una central eléctrica. A los tres años comenzó a disminuir la mortalidad infantil, se construyeron casas en armonía con las construcciones tradicionales, y el poblado se convirtió en una ciudad próspera y saludable. El fon y gran parte de la población autóctona se convirtieron al cristianismo, y en 1975 se levantó la parroquia³¹.

El caso es que esta labor social de tan gran envergadura, con escasísimos medios, y siempre contando en cada paso con el beneplácito de los ciudadanos de

³¹ Cf. FERNANDO GUERRERO, “El movimiento de los focolares y la misión de la Iglesia”, *Misiones Extranjeras* 172 (1999), p. 318.

Fontem, y con su ayuda, no iba acompañado de una acción programada de anuncio explícito del Evangelio. Los focolarinos eran conscientes de la necesidad de desmontar con el testimonio los prejuicios que podían existir heredados de la colonización. Fue, según cuentan los mismos evangelizados, el testimonio de caridad, no sólo hacia ellos, sino también de amor fraterno entre los focolarinos, lo que les conquistó. Al preguntarles por el sentido de su entrega, por su fe, estos compartían con ellos las experiencias de la “Palabra de Vida”, y así comenzaba, de un modo testimonial y vivencial la petición del bautismo por parte de la gran mayoría de los bangwa. Ha surgido una Iglesia viva claramente impregnada de los valores tradicionales de esta tribu y de las limítrofes, con quienes se ha establecido una relación de colaboración jamás vista entre comunidades ancestralmente en litigio. El progreso humano y la evangelización son indisociables. Muchos hablan de un verdadero prodigio. La tribu bangwa se ha convertido en una escuela de vida cristiana para África y para todo el mundo, y muchos jóvenes de todos los continentes van allí a aprender esta revolución³².

4.3. La comunidad de San Egidio en la vanguardia de la misión liberadora y pacificadora

La experiencia de la Comunidad de San Egidio es la experiencia de un grupo de jóvenes que descubren la periferia de Roma en los años 60, cuando las condiciones de los emigrantes del sur de Italia a la ciudad no tenía nada que envidiar a las condiciones del Tercer Mundo. Las chabolas, el frío del invierno, la fatiga para encontrar un trabajo, el olor de la salsa de tomate cocinada en la calle, de los años 60-70; o la droga, la situación de abandono de los ancianos, y las nuevas miserias de los años 80-90, son el escenario fundacional de la Comunidad. Es en los años 72-73 cuando la Comunidad va tomando la forma de una realidad carismática propia. Y en los años 80, afianzada su genuina vocación misionera sin escapar fuera de la ciudad, se ve lanzada, sin proponérselo y sin presentirlo, a una vocación universal³³.

El sociólogo italiano Franco Ferrarotti dice que la realidad de San Egidio se podría representar con una gallina con sus polluelos. La gallina sería la Comunidad, y los polluelos, los pobres acogidos por la comunidad. Cada Navidad preparan la cena más hermosa de Roma, no por los cubiertos o por los candelabros sobre las mesas, si por el marco, que ya lo quisieran para si los mejores restaurantes de la ciudad, los preciosos mosaicos de la Basílica de Santa María en Trastevere, y si por los comensales, que forman una original familia entre los animadores de la comunidad, la mayoría jóvenes, y todos aquellos que, procedentes de etnias, historias personales, y situaciones tan diferentes, y casi siempre difíciles, encuentran en la

³² Cf. CHIARA LUBICH, “La nueva evangelización”, artículo citado, pp. 36-37.

³³ Cf. MANUEL MARÍA BRU, *Testigos del Espíritu...*, obra citada, pp. 186-197.

comunidad el antídoto a la soledad, a la marginación, y a la tristeza. Para la noche buena han ideado un modo de invitar a todos: más de cien voluntarios llevan la cena hasta los últimos rincones de la gran ciudad. Y luego el día a día.

Los miembros de San Egidio, aunque se repartan por toda la ciudad de Roma, o sólo alcancen a ayudar a unos pocos en otras ciudades del mundo, no miran tanto la cantidad de sus acciones, como la calidad. De este modo la Comunidad de San Egidio ofrece toda una espiritualidad de la ciudad. No es casual que la Comunidad tome el templo y el nombre del antiguo monasterio de San Egidio. No resulta fácil explicar porque, pero basta acudir allí cualquier tarde, a las ocho y media, compartir con ellos “la preghiera della sera”, para entenderlo. San Benito, San Francisco, San Felipe Neri, el místico ruso contemporáneo Evdokimov, no son sólo padres espirituales de la lectura de los miembros de la Comunidad, sino que parece que estén allí, rezando con ellos, cada tarde.

Pero a fuerza de vivir la espiritualidad de la ciudad, y del barrio, ésta se universaliza, tal vez porque lo local vivido en profundidad hace de todo y de todos vecindad, y por que la vocación del “renovar el aquí”, se hace en seguida querer en cualquier “aquí” del mundo. Así surgen primero en varias partes de Italia, y luego por todo el mundo, otras experiencias gemelas, y vinculadas filialmente a San Egidio: Hungría, Ucrania, Chequia, Lituania, Rusia, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia, España, Portugal, Irlanda, Estados Unidos, El Salvador, Cuba, Guatemala, Bolivia, Méjico, Argentina, Indonesia, Mozambique, Camerún, Guinea, Costa de Marfil, etc... Siempre en aquellos otros “trasteveres” donde toma cuerpo o bien la soledad, o la enemistad, o el abandono, o la división, que parecen ser los rostros de Cristo que atraen como un imán a los cristianos “enseñados” en la comunidad de San Egidio.

Nada mejor para explicar este paso del Trastevere de Roma al Trastevere del mundo, que estas calurosas palabras de Juan Pablo II: “Vuestras comunidades llevan el signo de esta maternidad de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad y está abierta al mundo entero. Con el pasar de los años, habéis sentido el reto de este amor universal y os habéis encaminado por las sendas del mundo”. A estas palabras, respondió así Andrea Riccardi, fundador y presidente de la Comunidad de San Egidio: “Haber echado raíces en esta iglesia del Trastevere de Roma, en esta Iglesia de Roma, ciertamente no ha sido para nosotros una limitación, sino que nos ha abierto a amar al mundo. Aquí no hemos experimentado nada viejo, sino que hemos visto lo antiguo revestido de nueva juventud. Aquí hemos recibido el impulso a nuevos encuentros en la plaza del mundo. La Iglesia y la plaza. Aquí hemos experimentado aquello que vivimos también fuera de aquí: la apertura a la plaza del mundo, a cada plaza, que permanece fiel y profunda si hunde sus raíces en la Iglesia y en la oración”.

Recorriendo el mundo se notan las grandes diferencias culturales, de costumbres, y de modos de convivencia. Pero las comunidades de San Egidio han puesto de relieve que en cierto modo las ciudades del mundo tienen todas mucho en común. El fenómeno de los barrios pobres o míseros que rodean las grandes ciuda-

des es perceptible en todos los continentes. Las aspiraciones de los emigrantes, que en cada ciudad son tanto de procedencia nacional como internacional, el espejismo de la imagen del bienestar con el que estas ciudades les engañan a través de la televisión, configuran una constante no sólo sociológica, sino antropológica, pues estas aspiraciones y desengaños definen al hombre urbano. Por supuesto que para San Egidio esta no ha sido una conclusión a la que han llegado de un modo teórico, sino a través del contagio, tanto a través de los pobres, que en Roma uno de cada cinco son emigrantes, como a través de los miembros de la comunidad, que allí dónde han ido no han dejado en casa su experiencia. Lo que no ha supuesto, según Riccardi, una “clonación” de la comunidad de Trastevere, sino más bien una “multiplicación con originalidad”.

Otro de los viajes “tras los muros” de San Egidio ha sido el que la ha llevado a “mendigar la paz” por el mundo. Como la de su extensión, tampoco está prevista, ni se ha dibujado sobre un mapamundi o en un despacho, sino que ha surgido de modo espontáneo. Las parábolas evangélicas del pobre Lázaro y del buen samaritano les llevó a poner su mirada en el sur del mundo, pero porque el sur del mundo, de un modo o de otro, a través de los emigrantes, de las noticias, de los propios miembros, entraba poco a poco dentro de los muros del viejo muro de San Egidio.

El resultado ha sido el desarrollo de inauditas experiencias de pacificación. Probadas y firmadas, como la del fin de la guerra de Mozambique en octubre de 1992, o la de las “garantías democráticas” en Albania, en junio de 1997. E iniciadas de un modo o de otro, en Burundi, Palestina o Guatemala. En el caso de Mozambique el punto de encuentro providencial fue la amistad con un obispo del norte del país, monseñor Jaime Gonçalves, que de paso por Roma ha participado, como tantas otras personas anónimas, en la oración de la tarde de San Egidio. A partir de aquel contacto se empezó a pensar en algunos proyectos de cooperación con Mozambique. Pero la pregunta surgió en seguida: ¿cómo llevar a cabo cualquier tipo de acciones en un país en guerra? Y el riesgo de la fe empezó a tomar protagonismo cuando apareció la segunda pregunta: ¿cómo luchar contra el demonio de la guerra?. En la lógica humana la respuesta era “de ninguna manera”, ante una guerra interna tan compleja y con repercusiones internacionales en la relación entre USA y Unión Soviética. La razón evangélica en cambio era bien distinta: “todos los demonios pueden ser expulsados, también el de la guerra”.

Jesús Romero nos explica el secreto: “Quizás la novedad es la de que esta pequeña comunidad, sin grandes fuerzas, sin posibilidad de imponer acuerdos forzosos a nadie, ha aprendido con el tiempo a convencer, a amar a los enemigos, a buscar lo mejor de una forma desinteresada, a hablar de paz con convicción y con fe, y esto es hoy algo fuera de lo común en los círculos de poder internacionales. No somos diplomáticos, no somos expertos en la negociación, no somos un poder fáctico, somos los mismos de 1968, los mismos que cuidamos a los niños y a los ancianos, los mismos que reparten sopa caliente a los vagabundos, los mismos que están

al pie de la cama de un enfermo de SIDA. Es el mismo corazón en escenarios diversos, en la misma conmoción de Jesús cuando lloró ante las puertas de Jerusalén la que nos mueve a salir a la calle, para convencer al mundo de que no es justo el sufrimiento de tantos hombres y mujeres”³⁴.

El reto del encuentro de Asís de 1986, hito sin precedentes organizado por Juan Pablo II por inspiración de Andrea Riccardi, ha llevado a San Egidio a crear la Asociación “Hombres y Religiones”, con iniciativas de estudio, encuentro e intercambio cultural, y con la renovación, año tras año, del encuentro de Asís en nuevos lugares (Roma en 1987 y en 1988, Varsovia en 1989, Bari en 1990, Malta en 1991, Lovaina-Bruselas en 1992, Milán en 1993, Asís en 1994, Florencia en 1995, Roma en 1996, Padua, Venecia en 1997, Bucarest en 1998, Asís y Roma en 1999, Lisboa en 2000, Barcelona en 2001, Palermo en 2002) en el que siguen participando los principales líderes religiosos del mundo.

Las palabras de Juan Pablo II definen con la máxima autoridad, y con enorme claridad, el testimonio de San Egidio en el diálogo ecuménico e interreligioso: “La fraternidad entre las Iglesias particulares y la pasión por el ecumenismo os ha lanzado a recorrer el camino a la vez simple y arduo del corazón, para favorecer la amistad entre los creyentes. En torno a vosotros se han llevado a cabo significativas acciones de comunión eclesial y habéis sido capaces de conquistar la simpatía de prestigiosos Pastores de otras confesiones religiosas. El amor continúa a animar constantemente el diálogo que vuestra comunidad realiza con otras religiones no cristianas, en particular con el mundo del Judaísmo y del Islam. ¡Continuad por ese camino! Gracias a la fuerza del respeto y de la amistad podréis contribuir a superar viejas dificultades y a derribar muros de incompreensión y de reciproca frialdad. ¿No es precisamente este espíritu de reconciliación y de paz que vosotros os esforzáis de propagar mediante los encuentros internacionales promovidos por vosotros?”.

Esta es la comunidad de San Egidio, llamada a salir a las plazas y a las calles de Roma para invitar al Banquete del Reino a los que nadie hace caso, y porque en este Reino hay sitio para todos, invitada después también a ir a los caminos y a las aceras del mundo, para invitar a otros muchos al Banquete, y para sembrar el Reino de la paz, la justicia y la reconciliación.

4.4. Juventud y Familia Misionera (de *Regnum Christi*), propuestas de colaboración temporal con la misión

Juventud Misionera y Familia Misionera son dos organizaciones, entre tanta otras, de jóvenes con inquietud misionera. Algunos de ellos, aún jóvenes, pero ya

³⁴ JESÚS ROMERO, “Comunidad de San Egidio: la amistad preferencial por los pobres”, *Misiones Extranjeras* 172 (1999), pp. 310-311.

casados y con hijos, han formado la rama familiar de la experiencia, y continúan colaborando con el mundo de la misión verano tras verano, lejos de sus países, y sobre todo de sus comodidades. Se trata de una juventud *más que solidaria*. Al abrigo de uno de los nuevos movimientos eclesiales, *Regnum Christi*, surge una nueva juventud que no entiende como puede vivir su fe en el círculo cerrado de su vida personal y de las cuatro paredes de su pequeño mundo. Es una juventud que parece que lleva ya en la sangre la exigencia del Concilio Vaticano II de una renovación eclesial desde la comunión y desde la misión. Es la juventud que responde a la llamada del Papa en la encíclica *Redemptoris Missio* (nº 82) a vivir *nuevas formas* de misión, entre ellas las de las experiencias misioneras de los jóvenes.

La cooperación en proyectos misioneros tanto de alfabetización y catequesis, como de promoción socio-económica, pueden parecer ciertamente limitada. Pero los mismos misioneros permanentes, que suelen dedicar un periodo largo de tiempo a la inserción en la cultura, la sensibilidad y las costumbres de cada lugar antes de llevar a cabo ningún proyecto, valoran notablemente estas experiencias, pues los jóvenes no van con ideas preconcebidas, sino para ayudarles en actividades ya en marcha. Si el misionero se hace uno con los pueblos en misión, los jóvenes se hacen uno con el misionero. Por otro lado se trata de experiencias que tienen una proyección de largo alcance, no sólo porque durante el curso se mantiene una *conexión activa* con los lugares de misión, sino porque constituyen la mejor escuela de evangelización y de sensibilidad social y misionera que pueda idearse, una escuela desde la experiencia que marca profundamente la vida, la mentalidad y la visión de futuro de estos jóvenes, y que suscita muchas vocaciones misioneras, religiosas, sacerdotales o seculares.

Juventud Misionera nació en octubre de 1986, realizando sus primeras misiones en Cotija, Michoacán, ante el constante ataque a los valores humanos de su población. Sus objetivos son: promover, en colaboración con los párrocos y los demás agentes de la pastoral diocesana, la acción misionera de la Iglesia, mediante misiones rurales y urbanas, y la promoción de actividades religiosas y de las genuinas devociones populares; crear un clima adecuado donde pueda nacer, desarrollarse y concretarse inquietudes vocacionales y de mayor entrega al apostolado en la Iglesia, promover una mayor conciencia de la responsabilidad misionera de todos los cristianos.

Los jóvenes de Juventud Misionera hacen de Cristo el centro e ideal de su vida, el modelo en el que tienen que transformarse y la meta de su realización humana y cristiana. Saben que es imposible amar a Cristo y no amar a los hombres. Por ello, buscan que su amor a Cristo se concrete en una entrega real y abnegada al servicio de los hermanos, sabiendo siempre que la mayor caridad es llevar a los hombres al conocimiento de Dios y a la comunión plena con Él. Su preocupación absorbente es la extensión del Reino de Cristo, llevando el mensaje evangélico al mayor número posible de personas por los medios más eficaces. Son jóvenes de oración y busca crecer siempre en santidad, no como un estado de tranquilidad y bienestar espiritual si-

no como el camino para una mayor entrega y fecundidad apostólicas, consciente de que las gracias recibidas de Dios no son sólo para el propio provecho sino más bien para el de todos los hombres, pues “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2,4), que es Cristo.

El conformismo, el espíritu de comodidad, la pereza, la huida del sacrificio y de la abnegación no tienen sentido en un verdadero apóstol de Juventud Misionera que está llamado a colaborar con Jesucristo en la predicación de su Reino con verdadera pasión, sabiendo que “la vida es corta y se vive una sola vez”. El testimonio de alegría ha de ser uno de los argumentos más convincentes de que vale la pena creer en Cristo y confiar en Él. Debe ser una alegría nacida de la paz del alma que posee a Dios, del descubrimiento de la mano providente y amorosa del Padre en la propia vida, de la satisfacción que produce la entrega generosa a los demás; una alegría vivida aún en medio del dolor y de los fracasos humanos, sabiendo que Dios nunca abandona.

La dimensión misionera de esta experiencia de colaboración, como la dimensión misionera de *Regnum Christi* y de la Legión de Cristo, fundadas por el Padre Maciel³⁵, se caracteriza por su carisma, que yo me he atrevido a definir como un carisma marcado por la militancia, así explicada por el Padre Maciel: “Es verdad que queda mucho por hacer y que la tarea que nos espera es inmensa, que la sociedad moderna nos sigue desafiando y que no podemos permanecer inactivos o indiferentes ante una situación que reclama de todos los cristianos sus mejores energías. Por esto siempre he pensado que necesitamos un cristianismo *militante*, en el sentido positivo de este término. Militante en la evangelización, que no se conforme con caminos hechos, sino que, como Juan Pablo II, busque siempre las mejores y más eficaces formas de evangelizar, de llevar a cabo esa tarea enorme de la nueva evangelización de las sociedades tradicionalmente cristianas y de predicación del Evangelio a quien todavía no ha oído hablar de Cristo. Tuvimos en la posguerra un enemigo visible con represiones, campos de concentración, cárceles, muerte, etc.; el actual es como un tanque de gas venenoso que va matando insensiblemente”³⁶.

5.- CONCLUSIÓN.

Para el profesor de eclesiología Manuel González Muñana, “los nuevos carismas estimulan la misión posibilitando una real evangelización de amplios sectores del pueblo de Dios y, al mismo tiempo, los cauces apostólicos no dejan resquicio a la inseguridad o la improvisación, facilitando el compromiso apostólico de cada

³⁵ Cf. JESÚS COLINA, *Marcial Maciel: Mi vida es Cristo*. Madrid: Planeta Testimonio, 2003.

³⁶ MANUEL MARÍA BRU, *Testigos del Espíritu...*, obra citada, pp. 246-247.

bautizado en el mundo en el que vive”. Ellos representan ese tipo de comunidades cristianas que, “abiertos al impulso del Espíritu Santo, hablen al hombre actual en su lenguaje y sepan afrontar de manera crítica y creativa los desafíos de la compleja cultura que va más allá del posmodernismo atomizante, cristianos y comunidades que sean fermento en la mesa, y lleguen a aquellos ambientes que están alejados del evangelio de Cristo”. Y es que “su impulso misionero y el afán evangelizador que propugnan hacen que lleguen allí donde otras instancias tradicionales tienen nula o escasa incidencia. Se hacen presentes en los ambientes más dispares, desde los más sofisticados hasta los más ordinarios. Además, en aquellas ocasiones en las que la Iglesia ha de manifestarse como pueblo de Dios ante la mirada del mundo y del hombre moderno, ante lo que muchos cristianos manifiestan una profunda alegría, malestar e indiferencia, cuando no un rechazo abierto, estos movimientos con su presencia masiva demuestran su fina sensibilidad eclesial”³⁷.

Podemos decir, por tanto, que los nuevos movimientos y comunidades eclesiales son misioneros porque con sus carismas, dones recibidos para ser compartidos, ayudan a la Iglesia universal a responder a su vocación primordialmente misionera, y porque con su experiencia concreta, realización limitada pero felizmente significativa y perceptible de la novedad de sus carismas, ofrecen a la Iglesia universal nuevos ardor, métodos y expresiones para la Nueva Evangelización, y por consiguiente, nuevos caminos y formas para traspasar las fronteras de los lugares y de los ámbitos, viejos y nuevos areópagos, de la misión *ad gentes*.

Advierte el profesor Eloy Bueno lo significativo de la coincidencia entre las conclusiones de la Asamblea General del Consejo Mundial de las Iglesias en *Upsala* (1968) y *Evangelii Nuntiandi* (1975) a la hora de resaltar, como expresión de la misión de la Iglesia, la cita de Apocalipsis 21, 5 “He aquí que hago nuevas todas las cosas”, expresión paradigmática de la concepción holística y global de la misión de la Iglesia conquistada en el proceso de comprensión tanto teológica como vital de la central dimensión misionera de la Iglesia³⁸. A mi me resulta doblemente significativa esta coincidencia, cuando dicha cita neotestamentaria constituye también uno de los referentes comunes más usados por los nuevos movimientos eclesiales, definidos por Juan Pablo II como “respuesta providencia suscitada por el Espíritu Santo a este dramático desafío del fin de milenio”³⁹, cuyos miembros, en palabras también del Santo Padre, han “asumido que la fe no es un discurso abstracto ni un vago sentimiento religioso, sino vida nueva en Cristo suscitada por el Espíritu Santo”⁴⁰.

³⁷ MANUEL GONZÁLEZ MUÑANA. *Nuevos movimientos eclesiales*. Madrid: San Pablo, 2001, pp. 166-167.

³⁸ Cf. ELOY BUENO DE LA FUENTE, *La Iglesia en la encrucijada de la misión*, obra citada, p. 147.

³⁹ JUAN PABLO II, *Homilía en la Vigilia de Pentecostés en la Plaza de San Pedro, encuentro mundial de los movimientos eclesiales* (Roma, 30 de mayo de 1998).

⁴⁰ *Ibid.*

